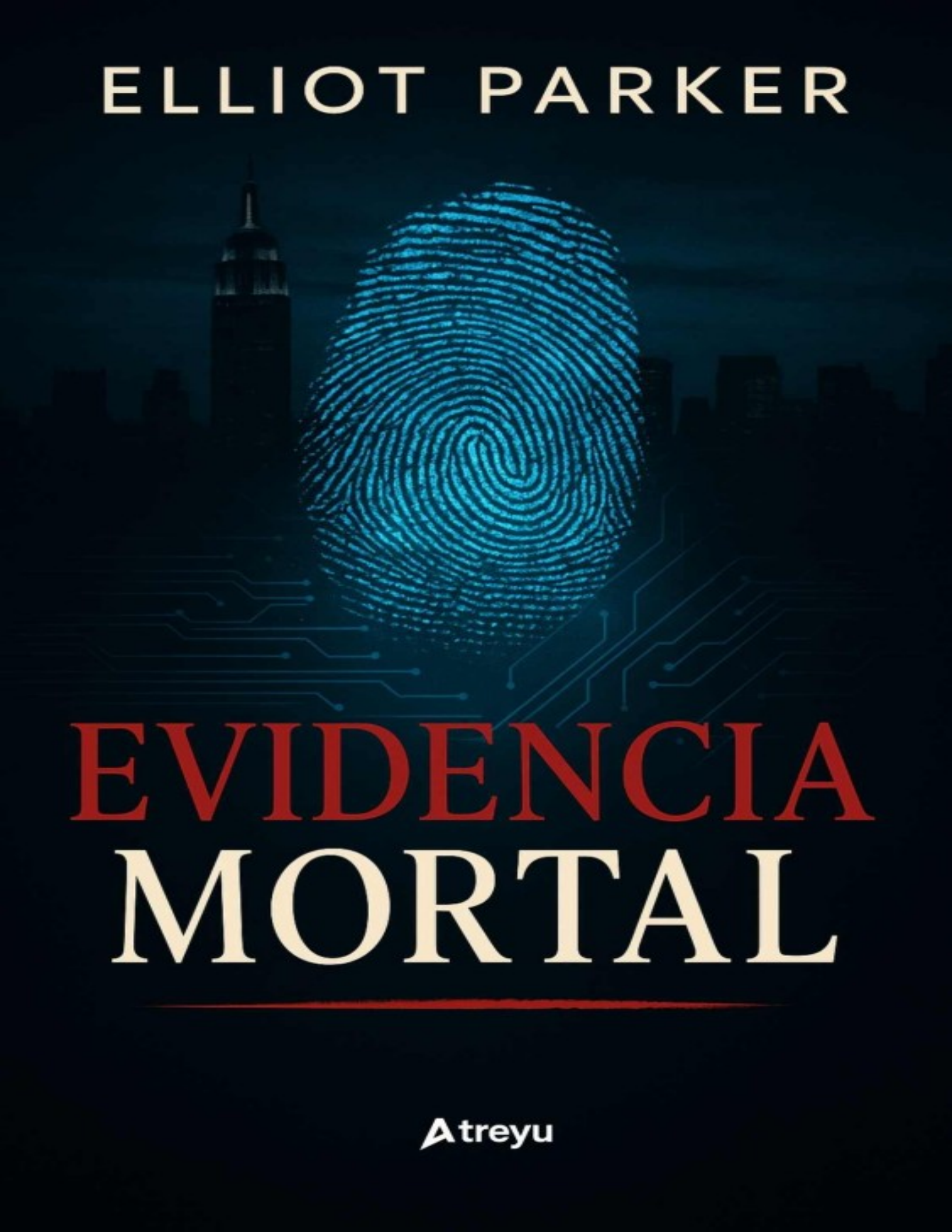
ELLIOT PARKER



EVIDENCIA MORTAL

Atreyu

Evidencia Mortal

Elliot Parker

Atreyu Servicios Digitles



Derechos de autor © 2025 Francisco Javier Gonzáez Rolo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Evidencia mortal
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50

Evidencia mortal

Elliot Parker

Capítulo 1

El olor a café recién hecho seguía siendo el perfume oficial de Foster & Ortega, pero ahora se mezclaba con una tensión subyacente, un aroma metálico a peligro latente que ni la cafeína más robusta lograba disipar del todo. Habían pasado tres semanas desde la incursión en la fortaleza de Michael Trent, tres semanas desde que rescataron a María Rodríguez y Sam había recibido un disparo en el brazo que, por suerte, solo había rozado el músculo. Tres semanas en las que Washington D.C. había seguido su curso, indiferente a la guerra silenciosa que se libraba en sus entrañas, pero para Daniel Foster y su pequeño equipo, cada día era una extensión del anterior, una tensa vigilia bajo la sombra opresiva de un enemigo que sabían implacable.

La oficina, antes un refugio de trabajo duro y esperanza frágil, ahora se sentía más como un búnker. Las persianas venecianas, antes abiertas para dejar entrar la luz de la mañana, permanecían casi siempre entornadas, una barrera contra miradas indiscretas. Sam había insistido en instalar un nuevo sistema de seguridad, más sofisticado, con cámaras discretas que cubrían cada ángulo de la entrada y sensores de movimiento que alertarían de cualquier presencia no deseada. Incluso Lisa Chang, normalmente absorta en el universo digital, levantaba la vista con más frecuencia, sus oídos atentos al menor ruido inusual en el pasillo.

Daniel se sirvió otra taza de café, la tercera de la mañana, aunque apenas eran las nueve. El líquido oscuro y amargo no lograba calentar el frío que sentía instalado en sus huesos, un frío que no tenía nada que ver con el otoño que comenzaba a teñir de ocres y rojos burdeos los árboles de la capital. Era el frío del miedo

constante, de la vigilancia, de saber que Michael Trent no olvidaría la afrenta. La liberación de Ethan Hayes, aunque fuera bajo fianza y con cargos reducidos gracias al testimonio inicial de María, había sido una victoria pírrica. Trent seguía libre, su imperio intacto, y ahora, Daniel Foster estaba firmemente en su radar, no como una molestia lejana, sino como una amenaza directa.

—¿Alguna novedad de Rachel? —preguntó Daniel, dirigiéndose a Sam, quien revisaba unos documentos con una concentración que no lograba ocultar del todo la rigidez en su hombro herido. La cicatriz, aún sensible, era un recordatorio constante.

Sam levantó la vista, sus ojos, aunque cansados, conservaban esa chispa de determinación que Daniel tanto admiraba. —Llamó hace una hora. María está bien, dentro de lo que cabe. Asustada, por supuesto, pero Rachel la tiene en un nuevo piso franco, el tercero en dos semanas. Trent tiene recursos, y sus hombres de Aegis Security son como sabuesos. No dejan de buscarla.

María Rodríguez, la asistente personal del concejal Sterling, la testigo ocular del asesinato, era ahora una pieza clave y, por tanto, un objetivo prioritario para Trent. Su testimonio era lo único que mantenía a Ethan Hayes fuera de una celda de máxima seguridad, pero también era una sentencia de muerte si Trent lograba encontrarla. Rachel Myers, con su experiencia en el FBI y su instinto para el peligro, se había convertido en la sombra protectora de María, una tarea que la consumía día y noche.

—¿Crees que María aguantará la presión si esto llega a juicio? —preguntó Daniel, más para sí mismo que para Sam. La joven había presenciado algo terrible y ahora vivía como una fugitiva.

—Es fuerte —respondió Sam, con una convicción que Daniel necesitaba oír—. Más de lo que parece. Pero todos tenemos un límite. Trent lo sabe. Intentará romperla psicológicamente si no puede llegar a ella físicamente.

La puerta del despacho de Lisa se abrió y ella apareció con su tablet en la mano, el rostro pálido y con las inevitables ojeras de quien pasa más tiempo con algoritmos que con la luz del sol.

—Nada —anunció, la frustración tiñendo su voz—. La encriptación de la memoria USB de Sarah Bennett es de nivel militar.

He probado todas las herramientas de desencriptación estándar, he buscado patrones, posibles contraseñas relacionadas con sus investigaciones conocidas, fechas importantes... Es como intentar abrir una caja fuerte con un clip.

La memoria USB, recuperada de la cabaña de la periodista de investigación desaparecida, era su otra gran esperanza, y su mayor dolor de cabeza. Sabían que contenía la totalidad de la investigación de Bennett sobre Trent, pruebas que podrían ser devastadoras. Pero sin la clave, era solo un trozo inútil de plástico y metal.

—¿Alguna idea sobre el "dead man's switch"? —preguntó Daniel.

Lisa negó con la cabeza. —Los metadatos del archivo "Seguro" son crípticos. No puedo identificar a los destinatarios sin desencriptar las instrucciones. Si Sarah no ha accedido a ese servidor en un tiempo determinado, se supone que la información debería haberse liberado. Pero no tenemos forma de saber si el plazo ya se cumplió, o si Trent, al obtener su ordenador, encontró una forma de interferir o retrasar el proceso.

La incertidumbre sobre el destino de Sarah Bennett era otra sombra que se cernía sobre ellos. ¿Estaba viva? ¿Retenida por Trent? ¿O algo peor? Si Trent la tenía, estaría haciendo todo lo posible por obligarla a desactivar ese seguro digital.

Daniel se acercó a la ventana, apartando ligeramente una de las lamas de la persiana. La calle abajo parecía normal: gente caminando deprisa hacia sus trabajos, el tráfico matutino comenzando a congestionarse. Pero él sabía que la normalidad era solo una fachada. En algún lugar de esa ciudad, en alguna oficina de cristal y acero, o en alguna mansión discreta, Michael Trent estaba planeando su siguiente movimiento. Y Arthur Jenkins, su ejecutor, estaría listo para cumplir sus órdenes.

La bala que habían dejado en la cocina de la oficina seguía sobre su escritorio, dentro de una bolsa de pruebas, un recordatorio tangible y frío. No la había entregado a la policía. ¿Para qué? Sabía que la investigación oficial no llegaría a ninguna parte, no con la influencia de Trent. Era un recordatorio para él, para no bajar la guardia, para no olvidar la naturaleza del enemigo al que se enfrentaban.

El teléfono de la oficina sonó, un timbre estridente que los sobresaltó a los tres. Se miraron por un instante, la tensión regresando con fuerza. En su nueva realidad, cada llamada no identificada, cada visita inesperada, era una posible amenaza.

Lisa fue la primera en reaccionar, acercándose al identificador de llamadas. —Número desconocido —anunció, su voz apenas un susurro.

Sam se levantó, acercándose al teléfono. —Yo contesto.

Descolgó el auricular, su rostro una máscara de profesionalismo tranquilo. —Foster & Ortega, buenos días.

Escuchó durante un momento, su expresión impasible. Luego, sus cejas se fruncieron ligeramente. —Entiendo... Sí, él está aquí... Un momento, por favor.

Tapó el auricular con la mano y miró a Daniel. —Es para ti. Un hombre. No ha querido dar su nombre. Dice que es urgente. Que se trata de un asunto de vida o muerte. Y que solo hablará contigo.

Daniel sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Un asunto de vida o muerte. En su línea de trabajo, esas palabras podían significar muchas cosas, pero en el contexto actual, con la sombra de Trent acechando, solo podían significar problemas. Se acercó y tomó el auricular que Sam le ofrecía.

—Aquí Daniel Foster —dijo, su voz firme, intentando proyectar una calma que no sentía.

Una voz masculina, distorsionada por la tensión o quizás por un modulador, respondió al otro lado de la línea. —Señor Foster, no tenemos mucho tiempo. Necesito su ayuda. Me acusan de algo que no hice. Algo terrible. Y tengo pruebas... pruebas que podrían destruir a gente muy poderosa. Pero me están cazando. Si no me ayuda, estoy muerto.

Daniel escuchó, su mente acelerándose, analizando cada palabra, el tono de desesperación en la voz del desconocido. Otro inocente atrapado en una red de poder y corrupción. Otra petición de ayuda en un mundo donde la justicia a menudo era un lujo inalcanzable. La pregunta era: ¿era una trampa de Trent, una forma de atraerlo hacia el peligro? ¿O era el comienzo de algo nuevo, algo que podría, de alguna manera, conectarse con la guerra que ya estaban librando?

—¿Quién es usted? —preguntó Daniel, su instinto de abogado, su necesidad de saber, superando la cautela inicial.

Hubo una pausa al otro lado de la línea, un silencio cargado de miedo. Luego, la voz respondió, apenas un susurro ahogado.

—Mi nombre es Alistair Finch. Soy científico. Y creo... creo que estoy a punto de convertirme en la siguiente víctima de la "Evidencia Mortal".

El eco de las últimas palabras resonó en la mente de Daniel mucho después de que la llamada terminara abruptamente. "Evidencia Mortal". El título de la segunda novela. El nuevo caso acababa de llamar a su puerta.

Capítulo 2

La llamada se cortó con la misma brusquedad con la que había comenzado, dejando un silencio cargado en la oficina. Daniel seguía sosteniendo el auricular, la voz distorsionada y desesperada de Alistair Finch resonando en sus oídos: "Evidencia Mortal". Las palabras flotaban en el aire viciado por el café y la tensión, preñadas de un peligro implícito que erizaba la piel.

Sam fue el primero en romper el silencio, su voz grave y mesurada contrastando con la agitación que sentía Daniel. —¿Qué piensas, Daniel? ¿Un científico desesperado o una nueva táctica de Trent para atraernos a una trampa?

Daniel dejó el auricular lentamente sobre la base del teléfono. Se pasó una mano por el cabello, intentando ordenar el torbellino de pensamientos. —No lo sé, Sam. La voz sonaba... genuinamente aterrada. La mención de "evidencia que podría destruir a gente muy poderosa"... eso suena al tipo de problemas en los que solemos meternos.

Lisa se acercó desde su puesto de trabajo, sus ojos oscuros y analíticos fijos en Daniel. —¿Alistair Finch? ¿Científico? ¿Dijo de qué empresa? ¿O qué tipo de evidencia?

—No dio muchos detalles —respondió Daniel—. Solo que lo acusan de algo terrible, que tiene pruebas y que lo están cazando. Mencionó "BioGen Corp" justo antes de que se cortara la llamada, o al menos eso creo haber oído entre la distorsión.

—BioGen Corp... —murmuró Lisa, tecleando rápidamente en su tablet—. Un momento. Sí, aquí está. Una de las corporaciones biotecnológicas más grandes de D.C., con varios laboratorios de investigación en la zona. Han estado en las noticias últimamente por

un nuevo fármaco en desarrollo, algo relacionado con enfermedades neurodegenerativas. Grandes expectativas, grandes inversiones.

Una corporación biotecnológica con un fármaco estrella en desarrollo. Gente poderosa. Dinero. Secretos. El patrón comenzaba a tomar una forma inquietantemente familiar.

—Podría ser una trampa muy elaborada, Daniel —advirtió Sam, su rostro curtido por años de batallas legales reflejaba una profunda cautela—. Trent sabe que no nos echaremos atrás ante un inocente en apuros. Podría estar usando a este Finch como cebo.

—Lo sé —admitió Daniel—. Pero si hay una mínima posibilidad de que diga la verdad, si realmente tiene pruebas de algo grande y lo están persiguiendo... no podemos simplemente ignorarlo. Sería como darle la espalda a Ethan Hayes.

La mención de Hayes trajo a la memoria la reciente victoria y el peligro persistente. La libertad de Ethan era frágil, y la sombra de Trent se alargaba cada día más.

—Si vamos a encontrarnos con él, tiene que ser en nuestros términos —intervino Rachel Myers, su voz clara y decidida llegó a través del altavoz del teléfono de la sala de conferencias. Daniel la había puesto al tanto inmediatamente después de colgar con Finch. Aunque estaba ocupada con la seguridad de María Rodríguez, su instinto le decía que esto era importante—. Nada de lugares oscuros o citas a ciegas. Un lugar público, concurrido, pero que permita una conversación discreta. Yo me encargaré de la vigilancia perimetral.

—Estoy de acuerdo —dijo Daniel—. Lisa, ¿puedes intentar encontrar algo más sobre Alistair Finch? ¿Algún informe policial reciente? ¿Noticias sobre problemas en BioGen Corp? Cualquier cosa que nos dé contexto antes de que hablemos con él.

—Ya estoy en ello —respondió Lisa, sus dedos volando sobre el teclado.

Decidieron organizar el encuentro para esa misma tarde. Finch, en su desesperación, había sugerido un pequeño café cerca del National Mall, un lugar aparentemente neutral. Rachel lo investigó: concurrido a la hora del almuerzo, múltiples entradas y salidas, pero también rincones discretos. Era arriesgado, pero cualquier encuentro lo sería.

La tarde llegó con la misma luz gris y opresiva que había caracterizado los últimos días. Daniel se dirigió al café, sintiendo el peso de la bala de Trent en el bolsillo interior de su chaqueta, un recordatorio constante. Sam lo acompañó, aunque se quedaría a una distancia prudente, observando, listo para intervenir. Rachel ya estaba en posición, invisible, una sombra entre la multitud de turistas y oficinistas.

Alistair Finch era fácil de reconocer. Estaba sentado en una mesa al fondo, encogido, mirando nerviosamente a su alrededor. Era un hombre de mediana edad, con el pelo revuelto, gafas gruesas y una palidez enfermiza que hablaba de noches sin dormir y un miedo constante. Su traje, aunque caro, parecía arrugado y desaliñado, como si hubiera dormido con él puesto. Sostenía una taza de café con manos temblorosas, derramando parte del líquido sobre el platillo.

Daniel se acercó, proyectando una calma que no sentía. —Doctor Finch, soy Daniel Foster.

Finch dio un respingo, casi tirando la taza. Sus ojos, agrandados por el miedo detrás de las gruesas lentes, se fijaron en Daniel. —¿Foster? Gracias a Dios que ha venido. No sabía a quién más recurrir.

—Tranquilícese, Doctor —dijo Daniel, sentándose frente a él—. Estamos en un lugar público. Está a salvo por ahora. Cuénteme qué sucede. ¿De qué lo acusan?

Finch tragó saliva, su mirada recorriendo el café con nerviosismo antes de volver a Daniel. —De asesinato, señor Foster. Me acusan del asesinato de la Dra. Lena Hanson. Mi colega. Mi mentora.

La Dra. Lena Hanson. Lisa había encontrado un breve informe policial: encontrada muerta en su laboratorio en BioGen Corp hacía dos días. La investigación estaba en curso, pero los rumores ya señalaban a Finch, su principal colaborador y, según algunas fuentes anónimas filtradas a la prensa, alguien con quien había tenido recientes desacuerdos profesionales.

—La policía dice que tuvimos una discusión, que la amenacé —continuó Finch, su voz apenas un susurro tembloroso—. Encontraron mis huellas en el... en el arma homicida. Una jeringuilla con una

sustancia experimental. Pero yo no lo hice, señor Foster. Se lo juro. Lena era... era como una madre para mí.

—¿Por qué lo acusarían entonces, Doctor? ¿Quién querría incriminarlo?

Finch se inclinó hacia adelante, su voz bajó aún más, casi inaudible. —Porque Lena iba a denunciarlos. Iba a exponerlos. Descubrió que estaban manipulando los datos de "NeuroCure".

—¿NeuroCure? —preguntó Daniel, recordando la información de Lisa. El fármaco estrella de BioGen.

—Sí. Nuestro proyecto más importante. Un tratamiento revolucionario para el Alzheimer. Pero... pero los resultados de las últimas fases de prueba... no eran buenos. Había efectos secundarios graves. Mortales, en algunos casos. Lena lo descubrió. Tenía las pruebas. Los datos originales, los correos electrónicos internos donde se ordenaba ocultar esos resultados, manipular las estadísticas para que pareciera seguro y efectivo.

Daniel sintió un escalofrío. Manipulación de datos de un fármaco con efectos mortales. Era el tipo de corrupción corporativa que podía destruir miles de vidas, todo por el beneficio económico.

—¿Y esa es la "Evidencia Mortal" a la que se refería? —preguntó Daniel.

Finch asintió frenéticamente. —Sí. Lena había recopilado todo. Iba a llevarlo a las autoridades, a la prensa. Y la mataron antes de que pudiera hacerlo. Y ahora quieren que yo cargue con la culpa. Saben que yo también conocía parte de la verdad, que trabajaba estrechamente con ella.

—¿Tiene usted acceso a esa evidencia, Doctor Finch?

Los ojos de Finch se movieron con rapidez, evaluando a Daniel. —Tengo... tengo una parte. Lena me dio una copia de seguridad de algunos archivos cruciales unos días antes de... antes de morir. Dijo que temía por su seguridad. El resto... el resto está en su ordenador, en su laboratorio. O en servidores seguros de BioGen. No sé cómo acceder a todo.

Daniel lo miró fijamente. La historia era coherente con la desesperación que proyectaba. Pero la sombra de Trent era larga. ¿Podría BioGen Corp estar conectada de alguna manera a él?

—Doctor Finch, las personas que dirigen BioGen Corp... ¿son poderosas? ¿Tienen conexiones?

Finch soltó una risa amarga, sin alegría. —¿Poderosas? Señor Foster, manejan miles de millones. Tienen a políticos en nómina, a reguladores comprados. Harán cualquier cosa para proteger NeuroCure y sus beneficios. Cualquier cosa.

Daniel pensó en Michael Trent, en su vasta red de influencia. No sería descabellado que tuviera intereses en una corporación como BioGen, o que la propia corporación operara con una crueldad similar.

—Necesito ver esas pruebas que tiene, Doctor —dijo Daniel—. Y necesito que me cuente todo lo que sabe. Cada detalle. Pero quiero que entienda algo. Si lo que dice es cierto, se está enfrentando a gente muy peligrosa. Y al aceptarlo como cliente, yo también.

Finch asintió, la comprensión del peligro reflejada en sus ojos aterrados. —Lo sé, señor Foster. Lo sé muy bien. Por eso lo llamé a usted. He oído hablar de su... reputación. De que no le teme a los poderosos.

Daniel sintió el peso de esa reputación, una carga y una responsabilidad. Miró a Finch, al científico asustado que sostenía una taza de café con manos temblorosas, un hombre que podría ser otro inocente atrapado en una conspiración mortal.

—Está bien, Doctor Finch —dijo Daniel, tomando una decisión. El instinto le decía que había verdad en las palabras del científico, y la posibilidad de exponer otro nido de corrupción era demasiado fuerte para ignorarla—. Investigaré su caso. Veremos qué podemos hacer para encontrar esa "Evidencia Mortal" y limpiar su nombre. Pero necesito su total cooperación. Y necesito que sea extremadamente cuidadoso.

Finch pareció encogerse de alivio, las lágrimas asomando a sus ojos. —Gracias, señor Foster. Gracias. Haré lo que me pida.

El científico sacó con manos temblorosas una pequeña memoria USB de su bolsillo y se la deslizó a Daniel por debajo de la mesa. —Aquí está lo que Lena me dio. No es todo, pero es un comienzo. Es... es la punta del iceberg.

Daniel tomó la memoria USB, sintiendo su peso familiar. Otra pieza de tecnología que contenía secretos peligrosos. El caso de la "Evidencia Mortal" había comenzado oficialmente. Y Daniel sabía, con una certeza helada, que acababa de adentrarse en otro laberinto oscuro, uno que podría ser tan letal como el que involucraba a Michael Trent, o quizás, de alguna manera retorcida, estar conectado a él. El color rojo burdeos, el color de la sangre y los documentos manchados, comenzaba a teñir el nuevo caso.

Capítulo 3

El café se había enfriado en la taza de Alistair Finch, pero él no parecía notarlo. Sus manos, aunque todavía temblorosas, aferraban la pequeña memoria USB que le había deslizado a Daniel por debajo de la mesa como si fuera un salvavidas en medio de un océano embravecido. La conversación había sido breve, tensa, cargada de la desesperación de un hombre que se sabía perseguido, pero también de la determinación de quien cree tener la verdad de su lado, por peligrosa que esta sea.

Daniel guardó la memoria USB en el bolsillo interior de su chaqueta, junto a la bala de Trent. Dos pequeños objetos que representaban mundos de peligro y corrupción muy diferentes, o quizás, inquietantemente conectados.

—Doctor Finch, necesito que me prometa algo —dijo Daniel, su voz firme, intentando infundir algo de calma en el científico—. No hable con nadie más sobre esto. Con nadie. Ni con la policía, ni con sus colegas, ni con amigos. Cuanto menos gente sepa que tiene estas pruebas, o que ha hablado conmigo, más seguro estará.

Finch asintió con la cabeza repetidamente, sus ojos agrandados detrás de las gruesas lentes reflejaban una mezcla de terror y una frágil esperanza. —Sí, sí, lo entiendo. No diré nada. Pero... ¿qué va a pasar ahora? ¿Qué van a hacer?

—Primero, vamos a analizar lo que me ha dado —dijo Daniel, refiriéndose a la memoria USB—. Luego, investigaremos a fondo BioGen Corp, a la Dra. Hanson y las circunstancias de su muerte. Necesitaremos que nos proporcione toda la información que tenga: nombres, fechas, cualquier detalle que recuerde sobre la

manipulación de datos de NeuroCure, sobre quiénes podrían estar implicados.

—Lo haré —aseguró Finch—. Tengo notas, algunos correos electrónicos que Lena me reenvió... No es mucho, pero podría ayudar.

—Bien. Ahora, tiene que desaparecer por un tiempo, Doctor —dijo Daniel—. No vuelva a su casa. No vaya a su trabajo. No contacte a nadie que pueda estar vigilado. ¿Tiene algún lugar seguro donde ir? ¿Algún amigo o familiar fuera de la ciudad en quien confíe plenamente y que no esté conectado con BioGen?

Finch lo pensó por un momento, la desesperación nublando su rostro. —Hay... hay una hermana. Vive en Vermont. No nos vemos mucho, pero...

—Contáctela. Váyase de D.C. hoy mismo —ordenó Daniel—. Le daré un número de teléfono seguro para que se comunique conmigo. Solo conmigo. Y no use su teléfono habitual. Compre uno de prepago, con efectivo.

Anotó el número de uno de sus teléfonos desechables en una servilleta y se lo entregó a Finch. El científico lo tomó con manos temblorosas.

—Gracias, señor Foster —murmuró Finch, su voz quebrada por la emoción—. Gracias por creerme.

—Aún no hemos llegado a eso, Doctor —respondió Daniel con seriedad—. Pero investigaremos. Y si es inocente, haremos todo lo posible para demostrarlo. Ahora, váyase. Y sea extremadamente cuidadoso.

Finch asintió, se levantó con dificultad y, después de una última mirada nerviosa a su alrededor, salió del café, mezclándose con la multitud del mediodía, un hombre asustado huyendo de sombras muy reales.

Daniel esperó unos minutos antes de salir. Sam lo esperaba en el coche, aparcado a una manzana de distancia. Rachel, invisible, ya se habría retirado, habiendo asegurado que el encuentro transcurriera sin incidentes visibles.

—¿Y bien? —preguntó Sam en cuanto Daniel subió al coche.

—Tenemos un nuevo cliente. Y otro USB lleno de posibles problemas —dijo Daniel, mostrándole la pequeña memoria—. Se llama Alistair Finch. Científico de BioGen Corp. Acusado de matar a su jefa, la Dra. Lena Hanson. Afirma que ella descubrió que estaban falsificando datos de un fármaco llamado NeuroCure para ocultar efectos secundarios mortales. Dice que tiene pruebas parciales.

Sam silbó por lo bajo. —Corrupción corporativa de alto nivel. Eso nunca es sencillo. ¿Le crees?

Daniel arrancó el coche, incorporándose al tráfico. —Hay algo en su miedo que parece genuino, Sam. Y la historia... encaja con el tipo de avaricia que puede llevar a la gente a hacer cosas terribles. Pero no podemos descartar que sea una trampa. O que esté siendo manipulado.

De vuelta en la oficina, la atmósfera ya tensa se cargó aún más con los detalles del nuevo caso. Lisa escuchó con atención mientras Daniel relataba la conversación con Finch.

—BioGen Corp y NeuroCure —dijo Lisa, sus dedos ya volando sobre el teclado—. Esto va a ser complicado. Las grandes farmacéuticas y biotecnológicas tienen equipos legales y de seguridad formidables. Y si hay miles de millones en juego con ese fármaco...

—Lo sé —asintió Daniel—. Por eso necesitamos analizar esa memoria USB cuanto antes. Ver qué contiene realmente.

Lisa tomó la memoria USB de Finch, conectándola a su ordenador aislado, el mismo que usaba para la memoria de Sarah Bennett. La tensión en la sala era palpable mientras esperaban.

—Sin encriptación aparente esta vez —anunció Lisa después de unos momentos, un pequeño suspiro de alivio escapando de sus labios—. Al menos, no una que salte a la vista. Parece que Finch, o la Dra. Hanson, no tuvieron tiempo o los medios para protegerla como lo hizo Bennett.

Abrió los archivos. Eran una mezcla de documentos de investigación, hojas de cálculo con datos sin procesar, gráficos y algunos correos electrónicos internos de BioGen Corp. El color rojo burdeos parecía salpicar simbólicamente los nombres de los archivos y las advertencias de confidencialidad.

—Esto es... denso —murmuró Lisa, escaneando rápidamente el contenido—. Datos de ensayos clínicos, protocolos de prueba, análisis estadísticos. Y estos correos... parecen confirmar lo que dijo Finch. Hay discusiones sobre "discrepancias en los resultados", "necesidad de ajustar las conclusiones para la presentación a la FDA", "minimizar los eventos adversos serios".

Daniel y Sam se acercaron, mirando por encima de su hombro. Los fragmentos de correos electrónicos eran incriminatorios, aunque redactados con un lenguaje corporativo cuidadosamente ambiguo.

"...es imperativo que el informe final de NeuroCure refleje el perfil de seguridad positivo que esperamos. Cualquier dato atípico debe ser reevaluado en el contexto de su significancia estadística marginal..."

"...la Dra. Hanson ha expresado preocupaciones que considero prematuras. Debemos enfocarnos en el potencial del fármaco y en cumplir con los plazos de la Fase III..."

—Estaban encubriendo algo, sin duda —dijo Sam, su voz grave —. Y la Dra. Hanson se interpuso en su camino.

—Esto es solo una parte, según Finch —recordó Daniel—. La evidencia completa, la que podría hundirlos, sigue en BioGen o en el ordenador de Hanson.

—Rachel podría intentar averiguar algo sobre la seguridad interna de BioGen —sugirió Lisa—. O sobre quién tenía acceso al laboratorio de la Dra. Hanson.

Daniel asintió. —La llamaré. Mientras tanto, Lisa, necesito que profundices en BioGen Corp. ¿Quiénes son los directivos clave? ¿Su historial? ¿Alguna conexión con... bueno, ya sabes quién.

La sombra de Michael Trent planeaba sobre cada nuevo caso, sobre cada nueva amenaza. Era imposible no preguntarse si su red de corrupción se extendía también al lucrativo y a menudo opaco mundo de la biotecnología.

Mientras Lisa se sumergía en la investigación de BioGen, el teléfono de Daniel sonó. Era un número conocido esta vez. El detective Marcus Bell, su contacto extraoficial en la policía de homicidios de D.C.

—Foster, tenemos que hablar —dijo Bell, su voz sonaba cansada y tensa al otro lado de la línea—. Sobre el caso Hanson, en BioGen Corp.

—Te escucho, Marcus —respondió Daniel, alerta.

—La escena del crimen es... extraña. Demasiado limpia en algunos aspectos, demasiado obvia en otros. Y tu nuevo cliente, el Dr. Finch... su nombre surgió muy rápido como el principal sospechoso. Demasiado rápido para mi gusto.

—¿Qué quieres decir, Marcus?

—Quiero decir que alguien en las altas esferas de la policía, o quizás más arriba, quiere que este caso se cierre rápido, con Finch como culpable. Hay presión para no investigar demasiado otras vías. Me huele a podrido, Daniel. Como otros casos en los que te has metido.

La confirmación de Bell, aunque no sorprendente, era preocupante. Si la policía estaba siendo presionada para incriminar a Finch, significaba que las fuerzas detrás de BioGen eran poderosas y tenían influencia.

—Gracias por el aviso, Marcus —dijo Daniel—. Significa mucho.

—Solo ten cuidado, Foster —advirtió Bell antes de colgar—. Este tipo de gente no juega limpio. Ya lo sabes.

Daniel colgó, una nueva capa de preocupación añadiéndose al peso que ya sentía. La "Evidencia Mortal" no solo era peligrosa para Finch; lo era para cualquiera que intentara sacarla a la luz. Y ahora, Foster & Ortega estaba directamente en la línea de fuego. La investigación apenas comenzaba, y el color rojo burdeos de la sangre y los secretos ya estaba manchando cada rincón del caso.

Capítulo 4

La advertencia del detective Marcus Bell resonó en la oficina con la misma gravedad que el eco de un portazo en una catedral vacía. "Alguien en las altas esferas... quiere que este caso se cierre rápido". No era una sorpresa, no después de sus encontronazos con la red de Trent, pero confirmaba que BioGen Corp, al igual que las otras entidades corruptas con las que se habían topado, tenía protectores influyentes, gente dispuesta a torcer la justicia para salvaguardar sus intereses. El color rojo burdeos de la corrupción parecía extenderse como una mancha de vino derramado sobre la inmaculada fachada de la corporación biotecnológica.

Daniel colgó el teléfono, la mandíbula apretada. La memoria USB que Alistair Finch les había entregado descansaba sobre el escritorio de Lisa, un pequeño rectángulo de plástico que contenía, potencialmente, la clave para desentrañar una conspiración mortal.

—Así que BioGen también tiene amigos poderosos —comentó Sam, su tono era una mezcla de resignación y la familiaridad de quien ha visto demasiadas veces cómo el poder corrompe—. No me sorprende. Miles de millones en juego con un fármaco como NeuroCure… eso compra mucho silencio y mucha influencia.

—Y mucha prisa por encontrar un culpable conveniente —añadió Daniel, mirando a Lisa—. ¿Qué tenemos en esa memoria, Lisa? ¿Es la "Evidencia Mortal" que Finch prometió?

Lisa llevaba ya un rato analizando el contenido, sus dedos moviéndose con la velocidad del rayo sobre el teclado, sus ojos escrutando líneas de datos y fragmentos de correos electrónicos en la pantalla. La oficina se había sumido en un silencio expectante, roto solo por el clic-clac de su trabajo.

—Es… significativo —dijo finalmente Lisa, apartando la vista de la pantalla y frotándose los ojos cansados—. No es la totalidad de la investigación de la Dra. Hanson, Finch tenía razón en eso. Pero es más que suficiente para demostrar que algo muy turbio estaba ocurriendo en BioGen con NeuroCure.

Giró una de sus pantallas para que Daniel y Sam pudieran ver. Mostraba una serie de hojas de cálculo con datos de ensayos clínicos. Columnas de números, gráficos con curvas de eficacia y, lo más alarmante, una sección separada, casi oculta, con "eventos adversos serios" que habían sido minimizados o directamente omitidos en los informes preliminares que BioGen había presentado a la FDA.

—Aquí lo tenéis —señaló Lisa una serie de entradas destacadas en rojo—. Pacientes que experimentaron fallos orgánicos múltiples, deterioro neurológico acelerado, incluso muertes, después de recibir dosis experimentales de NeuroCure. En los informes oficiales, estos casos fueron atribuidos a "complicaciones preexistentes" o "eventos no relacionados con el fármaco". Pero los datos brutos, los que la Dra. Hanson guardó aquí, cuentan una historia muy diferente.

Daniel sintió un nudo de indignación en el estómago. Era la fría y calculada indiferencia hacia la vida humana en nombre del beneficio lo que más le repugnaba.

—Y los correos electrónicos son aún peores —continuó Lisa, abriendo otra ventana. Mostraba una cadena de mensajes entre altos directivos de BioGen, incluyendo al CEO, un tal Dr. Marcus Thorne, y al jefe de investigación y desarrollo, un nombre que ya les sonaba: el Dr. Sterling… No, no Thomas Sterling, el concejal asesinado, sino un primo lejano, el Dr. Elian Sterling, una coincidencia de apellido que, por un instante, les heló la sangre hasta que Lisa aclaró la no relación directa. Los correos discutían abiertamente la "necesidad de gestionar la narrativa" de los resultados de NeuroCure, de "optimizar los datos para asegurar una aprobación rápida" y de "manejar" las preocupaciones éticas de la Dra. Hanson.

"Lena se está volviendo un obstáculo," decía un correo de Elian Sterling al CEO. *"Sus escrúpulos morales amenazan con retrasar*

todo el proyecto. Debemos encontrar una forma de neutralizar su influencia antes de que cause un daño irreparable a la compañía y a nuestros inversores."

—"Neutralizar su influencia" —repitió Daniel, el eco de las palabras de Trent resonando en su mente—. Suena a que la Dra. Hanson firmó su sentencia de muerte al enfrentarse a ellos.

—Esto es dinamita, Daniel —dijo Sam, su voz grave—. Si podemos autentificar estos correos y los datos, tenemos una base sólida para la defensa de Finch. Y para algo mucho más grande.

—Pero Finch dijo que esto era solo una parte —recordó Daniel—. La evidencia completa, la que realmente podría hundirlos, la que mencionaba "testigos" en los nombres de archivo de Sarah Bennett, sigue en BioGen. Probablemente en el ordenador de Hanson o en sus servidores.

—Y acceder a eso será como intentar entrar en Fort Knox —comentó Lisa—. BioGen tendrá una seguridad informática de primer nivel.

Daniel llamó a Rachel. Le explicó lo que habían encontrado en la memoria de Finch y la necesidad de obtener más información desde dentro de BioGen.

—Necesitamos saber cómo funciona su seguridad interna, Rachel —dijo Daniel—. Quién tenía acceso al laboratorio de la Dra. Hanson la noche de su muerte. Si hay cámaras de seguridad, quién las controla. Y, lo más importante, si hay alguna forma de acceder a su ordenador o a los servidores de forma discreta.

—Entendido, Daniel —respondió Rachel desde su ubicación segura—. Ya he empezado a mover algunos hilos. Tengo un par de antiguos contactos que ahora trabajan en seguridad corporativa para empresas de D.C. Quizás alguno tenga información sobre los protocolos de BioGen o conozca a alguien que trabaje o haya trabajado allí y esté dispuesto a hablar, con el incentivo adecuado.

—Mientras tanto —continuó Daniel, volviéndose hacia Lisa—, necesito que investigues a fondo a los directivos de BioGen. Marcus Thorne, el CEO. Elian Sterling, el jefe de I+D. Sus historiales, sus conexiones, cualquier trapo sucio. Y, por supuesto, cualquier posible vínculo con Michael Trent.

La pregunta seguía flotando en el aire, una sombra persistente. ¿Estaba Trent involucrado también en esto? ¿Era BioGen otra de sus inversiones, otra herramienta en su vasto imperio de corrupción? El color rojo burdeos parecía mancharlo todo.

Los días siguientes se convirtieron en una febril carrera contra el tiempo. Lisa se sumergió en el laberinto digital de BioGen Corp, rastreando las carreras de sus ejecutivos, buscando vulnerabilidades en su seguridad online, analizando cada dato de la memoria de Finch. Descubrió que Marcus Thorne tenía un historial de adquisiciones agresivas y de silenciar a denunciantes en empresas anteriores. Elian Sterling, por su parte, parecía ser el cerebro científico, pero también el ejecutor de las directrices más turbias de Thorne.

Rachel, utilizando su red de contactos y su habilidad para moverse por las sombras, comenzó a obtener información fragmentada sobre la seguridad de BioGen. Era, como se esperaba, extremadamente hermética. Múltiples capas de acceso, vigilancia constante, personal de seguridad interno y, probablemente, externo contratado a través de firmas como Aegis Security, aunque no había una conexión directa visible con la empresa de Trent… todavía.

La presión sobre Alistair Finch también aumentaba. La policía lo había interrogado varias veces, presentándole las pruebas en su contra, intentando que confesara. Victor Hale, el fiscal del distrito, ya estaba preparando el caso, filtrando detalles a la prensa que pintaban a Finch como un científico inestable y resentido.

Daniel se reunió con Finch en secreto varias veces, utilizando lugares discretos y cambiando constantemente los puntos de encuentro. El científico estaba cada vez más demacrado, el miedo grabado en su rostro.

—Me están siguiendo, señor Foster —dijo Finch en uno de esos encuentros, su voz apenas un susurro—. Coches desconocidos aparcados cerca de donde me alojo con mi hermana en Vermont. Llamadas silenciosas.

—Son tácticas de intimidación, Doctor —intentó tranquilizarlo Daniel, aunque él mismo sentía la presión—. Quieren que se quiebre. Que confiese algo que no hizo. No podemos permitirlo.

La información que Finch proporcionaba era crucial. Les dio nombres de otros científicos en BioGen que podrían haber tenido dudas sobre NeuroCure, aunque la mayoría estaban demasiado asustados para hablar. Describió la disposición del laboratorio de la Dra. Hanson, los protocolos de acceso, los posibles lugares donde podría haber ocultado la evidencia completa.

Una tarde, Lisa llamó a Daniel a su despacho, su rostro pálido y serio.

—Daniel, tienes que ver esto —dijo, señalando su pantalla.

Mostraba un intrincado diagrama de empresas pantalla, inversiones cruzadas y directores nominales. Un laberinto financiero similar al que habían encontrado al investigar a Trent en el caso Sterling. Y en el centro de esa nueva red, como una araña esperando a su presa, había una conexión.

—BioGen Corp recibió una importante inyección de capital hace unos dieciocho meses —explicó Lisa, su dedo trazando una línea en el diagrama—. De un fondo de inversión privado con sede en las Islas Caimán. Un fondo notoriamente opaco. He estado rastreando la propiedad de ese fondo. Es casi imposible, está diseñado para serlo. Pero he encontrado un nombre que aparece como beneficiario en varias de las empresas que componen ese fondo. Un nombre que ya conocemos muy bien.

Daniel contuvo la respiración. —¿Michael Trent?

Lisa asintió lentamente, sus ojos oscuros fijos en los de Daniel. —Michael Trent. No es una inversión directa, está enterrada bajo capas y capas de intermediarios. Pero está ahí. Trent tiene intereses financieros significativos en BioGen Corp.

La revelación golpeó a Daniel con la fuerza de un mazazo. No era una coincidencia. No era una simple similitud en los métodos. Trent estaba detrás de esto también. La "Evidencia Mortal" no solo amenazaba a una corporación biotecnológica; amenazaba a uno de los hombres más poderosos y peligrosos de Washington D.C.

La sombra de Trent se había extendido, confirmando los peores temores de Daniel. El caso de Alistair Finch acababa de volverse infinitamente más peligroso. Y la lucha por la verdad, una vez más,

los enfrentaba directamente al arquitecto de la muerte de su hermano.

Capítulo 5

La revelación de que Michael Trent tenía sus garras financieras hundidas profundamente en BioGen Corp cayó sobre la oficina de Foster & Ortega como una losa de granito. No era solo una corporación corrupta más; era otro tentáculo del mismo pulpo que había estrangulado la vida de Peter, que había intentado destruir a Ethan Hayes y que ahora los tenía a ellos en su mira. El aire, ya cargado por la investigación de NeuroCure y la precaria situación de Alistair Finch, se espesó aún más, volviéndose casi irrespirable. El color rojo burdeos, antes un matiz simbólico del caso, ahora parecía teñir las paredes, un recordatorio constante de la sangre derramada y los secretos mortales que estaban desenterrando.

—Así que Trent no solo juega en el sector inmobiliario y la seguridad privada —murmuró Sam, su voz era un eco grave de la conmoción que todos sentían. Se pasó una mano por la barba canosa, un gesto que Daniel reconocía como señal de profunda preocupación—. Se expande. Biotecnología. Un sector con un potencial de beneficio enorme y, por lo que parece, con la misma falta de escrúpulos.

Daniel miraba el intrincado diagrama de empresas pantalla y fondos de inversión en la pantalla de Lisa, la conexión con Trent brillando como una luz de alarma. —Esto lo cambia todo, Sam. No estamos solo ante una empresa farmacéutica que ha manipulado unos datos. Estamos, una vez más, pisándole los talones a Trent. Y él lo sabrá. O lo sabrá pronto.

—Ya debe saber que estamos investigando a BioGen por el caso Finch —dijo Lisa, su rostro pálido reflejaba la gravedad del descubrimiento—. Si tiene intereses significativos, tendrá gente

dentro, informantes. Y si se entera de que hemos vinculado su fondo de inversión de las Caimán con la empresa...

No necesitó terminar la frase. Las represalias de Trent eran una certeza, no una posibilidad. La bala en la cocina, el acoso a Sam, la vigilancia constante... eran solo el principio.

—Esto significa que la "Evidencia Mortal" de Finch no solo es peligrosa para BioGen —continuó Daniel, su mente trabajando a toda velocidad, conectando las implicaciones—. Es peligrosa para Trent. Y eso la convierte en un objetivo prioritario para él. Necesita destruirla antes de que salga a la luz, antes de que pueda vincularlo a otro escándalo, a otra muerte.

La urgencia por encontrar la totalidad de las pruebas de la Dra. Hanson se multiplicó por diez. Ya no solo se trataba de salvar a Finch; se trataba de asestar un golpe, por pequeño que fuera, al imperio de Trent.

Rachel Myers se unió a la conversación por videoconferencia segura, su rostro serio y alerta llenando una de las pantallas. Daniel la puso al corriente de la conexión con Trent.

—Sabía que este caso olía mal, Daniel, pero no imaginé que tanto —dijo Rachel, su voz era tranquila, pero sus ojos reflejaban la comprensión del peligro añadido—. Esto explica la seguridad casi paranoica en BioGen. No solo protegen un fármaco defectuoso; protegen los intereses de Trent.

—¿Algún avance en la investigación interna de BioGen, Rachel? —preguntó Daniel.

—He conseguido algo —respondió Rachel—. Uno de mis contactos me ha pasado información sobre el jefe de seguridad de BioGen, un exmilitar llamado Marcus Cole. Duro, eficiente y absolutamente leal a Marcus Thorne, el CEO. Cole ha reforzado todos los protocolos desde la muerte de Hanson. El laboratorio de Hanson está sellado, bajo vigilancia constante. Su ordenador fue confiscado por seguridad interna el mismo día de su muerte, supuestamente para "preservar la integridad de los datos de investigación".

—"Preservar la integridad" o borrar las pruebas —masculló Sam.

—Exacto —confirmó Rachel—. Y el acceso a los servidores principales de BioGen donde se almacenan los datos de investigación es prácticamente una fortaleza digital y física. Múltiples firewalls, encriptación de extremo a extremo, y acceso físico restringido a un puñado de personas, incluyendo a Elian Sterling.

Elian Sterling. El jefe de I+D. El primo del concejal asesinado. El hombre que, según los correos, quería "neutralizar la influencia" de la Dra. Hanson.

—Si la evidencia completa está en ese ordenador o en esos servidores, conseguirla será una pesadilla —dijo Lisa, con un suspiro de frustración profesional—. Necesitaríamos acceso físico y las credenciales adecuadas. O un hacker de nivel dios, y aun así...

Daniel se reunió de nuevo con Alistair Finch al día siguiente. El encuentro tuvo lugar en un parque diferente, esta vez cerca del río Anacostia, un lugar menos transitado, con el murmullo del agua como telón de fondo. Finch parecía aún más consumido por el miedo. Sus ojos se movían constantemente, escrutando a cada persona que pasaba.

—Me están vigilando más de cerca, señor Foster —dijo Finch en cuanto Daniel se sentó en el banco a su lado, su voz apenas un hilo —. El coche que vi cerca de la casa de mi hermana... era diferente, pero la sensación era la misma. Y recibí una llamada anónima anoche. Solo silencio al otro lado.

—Lo sé, Doctor. Están intentando asustarlo —dijo Daniel, aunque él mismo sentía la presión creciente—. Pero no podemos ceder. La memoria USB que me dio es un buen comienzo, pero necesitamos más. Necesitamos la evidencia completa que mencionó la Dra. Hanson. ¿Dónde la guardaba? ¿Tiene alguna idea de cómo podríamos acceder a ella?

Finch se encogió, abrazándose a sí mismo a pesar del calor incipiente del día. —Lena era... muy metódica. Muy cuidadosa. Sabía que estaba en peligro. Me dijo que tenía copias de seguridad de todo. Una en su ordenador personal en el laboratorio, encriptada. Otra, la más completa, en una unidad de almacenamiento externa que guardaba... en un lugar seguro.

—¿Qué lugar seguro, Doctor? —presionó Daniel, intentando mantener la calma.

Finch dudó, mirando a su alrededor con nerviosismo. —No me lo dijo directamente. Solo me dio una pista, una especie de acertijo, por si algo le pasaba. Dijo: "Si la verdad necesita un guardián silencioso, búscalo donde el conocimiento descansa, pero no en el trabajo".

Daniel frunció el ceño. "¿Donde el conocimiento descansa, pero no en el trabajo?" No era el laboratorio. ¿Una biblioteca? ¿Una universidad? ¿Su casa?

—¿Su casa, Doctor? ¿Podría estar en su casa?

Finch negó con la cabeza. —La policía ya registró su casa. No encontraron nada, o eso dijeron. Y Lena sabía que sería el primer lugar que mirarían. Era más inteligente que eso.

"Donde el conocimiento descansa". La frase resonaba en la mente de Daniel.

—Piénselo, Doctor —insistió Daniel—. Cualquier detalle, por pequeño que sea. Un lugar que ella frecuentara, un hobby, algo que le gustara hacer fuera del trabajo.

Finch cerró los ojos, concentrándose, rebuscando en sus recuerdos. —Lena amaba los libros antiguos. Las primeras ediciones. Tenía una pequeña colección. A veces iba a una librería especializada en el centro, "The Quill & Scroll". Pasaba horas allí, hablando con el dueño, un anciano llamado Sr. Abernathy. Eran amigos.

Una librería de anticuarios. "Donde el conocimiento descansa". Podría ser. Era el tipo de lugar discreto y personal que alguien como la Dra. Hanson podría elegir para ocultar algo vital.

—"The Quill & Scroll" —repitió Daniel—. Gracias, Doctor. Eso podría ser exactamente lo que necesitamos. Ahora, tiene que seguir siendo extremadamente cuidadoso. Mantenga el teléfono de prepago encendido. Lo contactaré pronto.

De vuelta en la oficina, Daniel compartió la información con Sam y Lisa.

—Una librería de anticuarios —dijo Sam, pensativo—. Es una posibilidad. Discreta. Inesperada. Pero si Trent también está

buscando esa evidencia, y sabe de la afición de Hanson por los libros antiguos...

—Tenemos que llegar antes que ellos —dijo Daniel—. Rachel, ¿puedes investigar "The Quill & Scroll"? El dueño, el Sr. Abernathy. Ver si hay alguna conexión con Hanson que podamos confirmar. Y, lo más importante, si ha habido alguna visita inusual recientemente, alguien preguntando por ella o por libros específicos.

—Lo haré, Daniel —respondió Rachel—. Pero si esa evidencia está allí, y Trent lo sabe, esa librería podría ser una trampa.

La tensión en la oficina era casi insoportable. Estaban jugando una partida de ajedrez mortal contra un oponente que siempre parecía ir un paso por delante, que tenía ojos y oídos en todas partes. La "Evidencia Mortal" estaba oculta en algún lugar de esa librería, o eso esperaban. Encontrarla era su única oportunidad. Pero la sombra de Trent, ahora directamente vinculada a BioGen Corp, se proyectaba sobre cada movimiento, amenazando con convertir su búsqueda en una misión suicida. El color rojo burdeos de los secretos y la sangre parecía teñir las páginas de cada libro antiguo en "The Quill & Scroll".

Capítulo 6

El aire en la oficina de Foster & Ortega seguía cargado con la electricidad estática del peligro y la urgencia. La conexión de Michael Trent con BioGen Corp había transformado una investigación de corrupción corporativa en otro frente de la guerra personal y profesional que libraban contra el hombre que había destrozado la vida de Peter. La memoria USB del Dr. Finch era una pieza del rompecabezas, pero la "Evidencia Mortal" completa, la que la Dra. Lena Hanson había ocultado "donde el conocimiento descansa, pero no en el trabajo", seguía siendo su objetivo principal. Y todas las pistas apuntaban ahora a "The Quill & Scroll", la librería de anticuarios.

Mientras Daniel y Sam coordinaban la protección de Alistair Finch, quien ya estaba camino a Vermont bajo un manto de secretismo, y Lisa continuaba su inmersión en las finanzas de BioGen y Trent, Rachel Myers se preparaba para su visita a la librería. No era una simple tarea de reconocimiento; era una incursión en un territorio potencialmente hostil, un lugar que podría estar ya bajo la vigilancia de Trent si sus tentáculos llegaban tan lejos, o si había interpretado las mismas pistas que ellos.

"The Quill & Scroll" estaba ubicada en una calle adoquinada y tranquila de Georgetown, un oasis de calma aparente en medio del bullicio de la ciudad. Su fachada era discreta: un escaparate con algunos volúmenes encuadernados en cuero, el nombre de la tienda pintado con letras doradas y elegantes sobre un fondo de un intenso y profundo color rojo burdeos, casi negro. El color, pensó Rachel con una punzada de ironía, parecía seguirles. Al empujar la puerta, un

tintineo suave de una campanilla anunció su llegada, un sonido que parecía pertenecer a otra época.

El interior de la librería era un santuario para los amantes de los libros. Estanterías de madera oscura, que llegaban hasta el techo, abarrotabas de volúmenes de todas las épocas y tamaños. El aire olía a papel viejo, a cuero curtido y a ese indefinible aroma a historia y conocimiento acumulado. La luz era tenue, filtrada por las vidrieras del escaparate, creando una atmósfera íntima y silenciosa, rota solo por el crujido ocasional de las tablas del suelo.

Detrás de un imponente mostrador de caoba, cubierto de libros abiertos y lupas de lectura, se encontraba un hombre anciano, de cabello blanco y escaso, con unas gafas de montura metálica que descansaban sobre la punta de su nariz. Debía ser el Sr. Abernathy. Levantó la vista de un grueso tomo que estaba examinando, sus ojos azules, aunque velados por la edad, conservaban una chispa de inteligencia y curiosidad.

—Buenos días —dijo el Sr. Abernathy, su voz era suave, con el tono ligeramente polvoriento de quien pasa más tiempo con los libros que con las personas—. ¿En qué puedo ayudarla?

Rachel sonrió, una sonrisa amable y profesional, la que usaba cuando quería obtener información sin levantar sospechas. —Buenos días, Sr. Abernathy. Mi nombre es… —hizo una pausa, usando uno de sus alias habituales— Anne Carpenter. Soy una investigadora privada. Estoy trabajando en un caso un tanto delicado, relacionado con una antigua clienta suya, la Dra. Lena Hanson.

La mención del nombre de la Dra. Hanson hizo que la expresión del Sr. Abernathy cambiara sutilmente. La curiosidad inicial dio paso a una tristeza velada y a una cautela inmediata. Dejó el libro sobre el mostrador con cuidado.

—La Dra. Hanson… —murmuró, el nombre pareció traerle recuerdos dolorosos—. Una tragedia terrible. Una mujer brillante. Una gran amante de los libros. ¿Qué necesita saber de ella, señorita Carpenter? La policía ya estuvo aquí, haciendo preguntas.

—Lo sé, señor —respondió Rachel, manteniendo su tono suave —. Y no quiero importunarle más de lo necesario. Solo intento reconstruir sus últimos días, entender algunas cosas que la policía

podría haber pasado por alto. La Dra. Hanson… ¿solía confiarle cosas? ¿Quizás algún libro en particular para su custodia?

El Sr. Abernathy la miró fijamente por un momento, sus ojos azules evaluándola con una agudeza que desmentía su aparente fragilidad. Parecía sopesar sus palabras, decidir cuánto podía o debía revelar.

—Lena y yo éramos amigos, sí —dijo finalmente, su voz era queda—. Compartíamos la pasión por el conocimiento, por las historias encerradas en estas páginas. A veces me pedía que le guardara algún volumen especialmente valioso o delicado, sí. O que le buscara alguna rareza.

—¿Recuerda si en las semanas previas a su… fallecimiento, le pidió que guardara algo para ella? ¿Quizás un libro específico, o una caja, algo que pudiera parecer fuera de lo común?

El anciano librero se quedó pensativo, su mirada perdida entre las estanterías cargadas de historia. El silencio en la librería se hizo más denso, solo roto por el lejano murmullo del tráfico de Georgetown.

—Sí… —dijo Abernathy lentamente, como si recuperara un recuerdo borroso—. Sí, ahora que lo menciona. Unos diez días antes de que… de que ocurriera la tragedia. Vino a la tienda. Parecía… preocupada. Más de lo habitual. Me entregó un libro. Un volumen bastante corriente en apariencia, una edición de principios del siglo XX de "Meditaciones" de Marco Aurelio, encuadernado en un cuero rojo burdeos algo desgastado.

Rojo burdeos. De nuevo. La coincidencia era demasiado fuerte para ignorarla.

—Me pidió que se lo guardara —continuó el Sr. Abernathy—. Dijo que era importante para ella, que contenía… notas personales. Y que vendría a recogerlo en unas semanas. O que, si no podía venir, alguien más lo haría en su nombre, alguien de confianza que conocería una frase clave.

—¿Una frase clave, señor? —preguntó Rachel, sintiendo que se acercaba a algo crucial.

—Sí. Algo sobre… "la verdad silenciosa siempre encuentra su voz". Una cita que a ella le gustaba mucho.

Rachel sintió un escalofrío. La "Evidencia Mortal" podría estar oculta dentro de ese libro. O el libro mismo podría ser la clave para acceder a ella.

—¿Sigue teniendo ese libro, Sr. Abernathy? —preguntó Rachel, intentando mantener la calma en su voz.

El anciano asintió. —Por supuesto. Está en la caja fuerte, con otros artículos de valor que los clientes me confían. Lena era una clienta especial.

—Sr. Abernathy, creo que ese libro podría contener información vital para un caso muy importante, información que podría salvar la vida de un hombre inocente y exponer a gente muy peligrosa —dijo Rachel, decidiendo arriesgarse con una verdad parcial—. ¿Sería posible… verlo?

El Sr. Abernathy la miró con duda. La lealtad a su amiga fallecida luchaba con la posibilidad de ayudar a la justicia.

—No lo sé, señorita Carpenter… Lena fue muy específica sobre quién podía recogerlo. La frase clave…

Antes de que Rachel pudiera responder, la campanilla de la puerta tintineó de nuevo. Dos hombres entraron en la librería. Eran corpulentos, con trajes oscuros que no lograban ocultar del todo su constitución atlética y la dureza en sus miradas. No parecían el tipo de clientes habituales de "The Quill & Scroll". Sus ojos recorrieron la tienda con una eficiencia fría y calculadora, deteniéndose brevemente en Rachel antes de fijarse en el Sr. Abernathy.

Uno de ellos, con una cicatriz apenas visible en la mejilla, se acercó al mostrador. Su sonrisa era amable, pero sus ojos eran fríos como el acero.

—Sr. Abernathy, ¿verdad? —dijo el hombre, su voz era suave, casi melosa, pero con un matiz de amenaza subyacente—. Tenemos entendido que la Dra. Lena Hanson le dejó un paquete para su custodia. Un libro

Capítulo 7

La campanilla de la puerta de "The Quill & Scroll" aún vibraba suavemente en el aire cargado de olor a papel viejo cuando los dos hombres corpulentos se plantaron frente al mostrador. Sus trajes oscuros parecían fuera de lugar entre las venerables estanterías, una nota discordante de modernidad amenazante en aquel santuario de conocimiento antiguo. El que había hablado, el de la cicatriz casi invisible y la sonrisa que no llegaba a sus ojos fríos como el acero, mantuvo su mirada fija en el Sr. Abernathy, ignorando deliberadamente a Rachel.

—Un libro, sí —repitió el hombre, su voz suave, casi un susurro, pero con un filo que cortaba el silencio de la librería—. Un ejemplar de "Meditaciones" de Marco Aurelio. Encuadernación en cuero rojo burdeos. La Dra. Hanson nos pidió que lo recogiéramos en su nombre.

El Sr. Abernathy, aunque visiblemente afectado por la repentina aparición de aquellos individuos y la naturaleza de su petición, mantuvo una admirable compostura. Sus manos, sin embargo, temblaban ligeramente al aferrarse al borde del mostrador de caoba.

—La Dra. Hanson fue muy específica con sus instrucciones, caballeros —respondió el anciano librero, su voz, aunque temblorosa, no carecía de firmeza—. Solo entregaría el libro a alguien que conociera la frase clave.

El hombre de la cicatriz ladeó la cabeza, su sonrisa se amplió un milímetro, volviéndose más depredadora. —¿Una frase clave? Qué pintoresco. Verá, Sr. Abernathy, nosotros tenemos... una forma más directa de obtener lo que queremos. No nos gustaría tener que molestarle innecesariamente.

Su compañero, que había permanecido en silencio hasta entonces, un bloque de músculo y amenaza contenida, dio un paso sutil hacia un lado, bloqueando la única salida visible de la tienda además de la puerta principal. Sus ojos, pequeños y porcinos, se movieron lentamente por la librería, evaluando cada rincón, cada sombra, deteniéndose un instante en Rachel.

Rachel sintió la adrenalina recorrer su cuerpo, una descarga eléctrica que agudizó sus sentidos. Estaba atrapada entre el mostrador y una estantería alta, con pocas vías de escape. No llevaba un arma visible; su política era evitar la confrontación directa siempre que fuera posible, confiando en su ingenio y en sus habilidades de evasión. Pero la situación se estaba deteriorando rápidamente. Estos hombres no eran simples recaderos; eran profesionales, enviados por alguien que no aceptaría un no por respuesta. Eran hombres de Trent, o al menos, de BioGen, lo que ahora, para Daniel, venía a ser lo mismo.

—Entiendo que tienen prisa —intervino Rachel, su voz sonando sorprendentemente calmada, intentando desviar la atención de los hombres del anciano librero y ganar tiempo, evaluar sus opciones—. Pero el Sr. Abernathy solo sigue las instrucciones de su clienta. Quizás si pudieran proporcionar alguna prueba de que actúan en nombre de la Dra. Hanson...

El hombre de la cicatriz se giró lentamente hacia Rachel, su sonrisa desapareció, reemplazada por una expresión de fría evaluación. Sus ojos la recorrieron de arriba abajo, deteniéndose en el bolso que llevaba cruzado, calculando, sopesando.

—Usted debe ser la señorita Carpenter, la investigadora privada —dijo, el tono meloso había desaparecido, reemplazado por una dureza metálica—. Qué coincidencia encontrarla aquí. O quizás no sea una coincidencia en absoluto.

Rachel mantuvo la calma, su rostro una máscara de profesionalismo sereno. —Estoy aquí como parte de mi investigación, sí. Intentando ayudar a la familia de la Dra. Hanson a entender lo que sucedió.

—Entendemos —dijo el hombre, aunque era evidente que no creía una palabra—. Pero este es un asunto privado entre nosotros y

el Sr. Abernathy. Le agradecería que no interfiriera.

Su compañero dio otro paso, acercándose a Rachel, su presencia física era una amenaza implícita.

El Sr. Abernathy, a pesar del miedo evidente en sus ojos, intervino de nuevo. —No puedo entregarles el libro sin la frase clave. Se lo prometí a Lena.

El hombre de la cicatriz suspiró, un sonido teatral de falsa paciencia. —Sr. Abernathy, de verdad que no queremos que esto se ponga desagradable. Somos gente razonable. Pero tenemos órdenes. Y siempre cumplimos nuestras órdenes.

Extendió una mano y, con un movimiento rápido y preciso, agarró la muñeca del Sr. Abernathy, apretando con fuerza. El anciano soltó un gemido ahogado de dolor, su rostro se contrajo.

—¡Suelte...! —comenzó a decir Rachel, dando un paso adelante.

El segundo hombre se interpuso en su camino, bloqueándola, su cuerpo era una muralla.

—Le sugiero que se quede donde está, señorita Carpenter —advirtió el hombre de la cicatriz, sin apartar la mirada del Sr. Abernathy, su agarre intensificándose—. A menos que quiera unirse a la Dra. Hanson en su... descanso eterno.

La amenaza era directa, brutal. Rachel se detuvo, evaluando la situación. Dos contra uno, y ellos probablemente armados. El Sr. Abernathy era frágil. Una confrontación física directa sería desastrosa. Necesitaba una distracción, una oportunidad.

—La frase, Sr. Abernathy —siseó el hombre—. Ahora. O le romperé la muñeca. Y luego pasaremos a cosas peores.

El anciano librero miró a Rachel, sus ojos llenos de dolor y una súplica silenciosa. Rachel le sostuvo la mirada, intentando transmitirle fuerza, buscando una señal.

De repente, el Sr. Abernathy cerró los ojos con fuerza y, con voz temblorosa pero clara, recitó: —"La verdad silenciosa siempre encuentra su voz".

El hombre de la cicatriz sonrió, una sonrisa de triunfo frío. Soltó la muñeca del Sr. Abernathy, quien se la masajeó con una mueca de dolor.

—Excelente, Sr. Abernathy. Ve qué fácil era. Ahora, el libro, por favor.

El anciano, con lágrimas de dolor y humillación en los ojos, se giró lentamente y se dirigió a la parte trasera del mostrador, donde había una pequeña caja fuerte empotrada en la pared, oculta tras un panel de madera. Sus manos temblaban tanto que apenas podía marcar la combinación.

Mientras el Sr. Abernathy abría la caja fuerte, el hombre de la cicatriz se volvió hacia Rachel, sus ojos fríos fijos en ella. —En cuanto a usted, señorita Carpenter... creo que nos acompañará. Tenemos algunas preguntas que hacerle. Sobre su interés en la Dra. Hanson. Y sobre quién la contrató.

Rachel sabía que no podía permitir que la sacaran de allí. Si la llevaban, estaría a merced de Trent. Necesitaba actuar, y rápido.

El Sr. Abernathy sacó un libro de la caja fuerte. Era un volumen de tamaño mediano, encuadernado en un cuero rojo burdeos desgastado, exactamente como lo había descrito. Lo sostuvo con manos temblorosas, como si le quemara.

—Aquí está —dijo, su voz apenas un susurro.

El hombre de la cicatriz extendió la mano para tomarlo. En ese instante, Rachel actuó.

Con un movimiento rápido y fluido, agarró un pesado pisapapeles de bronce que había sobre el mostrador, un objeto ornamental con forma de león, y lo lanzó con todas sus fuerzas contra la cabeza del hombre que la bloqueaba. El impacto fue brutal. El hombre soltó un gruñido de sorpresa y dolor, tambaleándose hacia atrás, llevándose una mano a la cabeza, la sangre comenzando a manar entre sus dedos.

Rachel no esperó a ver el resultado. Se lanzó hacia el hombre de la cicatriz, que se había girado, sorprendido por el ataque repentino. Intentó agarrar el libro de las manos del Sr. Abernathy, pero Rachel fue más rápida. Lo empujó con fuerza, haciéndolo perder el equilibrio. El libro cayó al suelo con un golpe sordo.

—¡Corra, Sr. Abernathy! —gritó Rachel, interponiéndose entre el anciano y los dos hombres—. ¡Llame a la policía!

El hombre de la cicatriz se recuperó rápidamente, su rostro una máscara de furia. Sacó un arma de debajo de su chaqueta, una pistola semiautomática de aspecto letal.

—¡Maldita sea! —siseó.

Rachel esquivó por poco un intento de agarrarla por parte del primer hombre, que se recuperaba del golpe, y se agachó para recoger el libro del suelo. Lo agarró justo cuando el hombre de la cicatriz apuntaba el arma hacia ella.

El tintineo de la campanilla de la puerta sonó de nuevo.

Todos se giraron. En la puerta, recortada contra la luz de la calle, había una figura alta. Daniel Foster.

Y detrás de él, Sam Ortega.

Los hombres de Trent se quedaron helados por un instante, sorprendidos por la aparición inesperada. Ese instante fue todo lo que Rachel necesitó.

Con el libro de Marco Aurelio firmemente en su mano, se lanzó hacia un lateral, utilizando una estantería como cobertura, y gritó: —¡Daniel, Sam! ¡Son de Trent! ¡Quieren el libro!

La librería de anticuarios, antes un remanso de paz y conocimiento, se había convertido en el escenario de una confrontación peligrosa y desesperada. La "Evidencia Mortal" estaba en juego. Y la sangre, como el color rojo burdeos de la encuadernación del libro, amenazaba con manchar sus páginas.

Capítulo 8

La entrada de Daniel y Sam en "The Quill & Scroll" fue como una cerilla arrojada a un polvorín. El grito de alerta de Rachel —"¡Daniel, Sam! ¡Son de Trent! ¡Quieren el libro!"— resonó entre las vetustas estanterías, rompiendo el tenso impasse. Por un instante, el tiempo pareció congelarse. Los dos matones de Trent, sorprendidos por la repentina aparición de dos hombres más, giraron instintivamente hacia la puerta, sus expresiones de fría profesionalidad transformándose en una mezcla de sorpresa y furia contenida. El hombre de la cicatriz, que aún apuntaba su pistola semiautomática en la dirección general donde Rachel se había cubierto, dudó una fracción de segundo, su atención dividida.

Esa fracción de segundo fue todo lo que Sam Ortega necesitó.

Con una agilidad que desmentía sus años y la rigidez de su hombro herido, Sam se lanzó hacia adelante, no directamente contra el hombre armado, sino hacia su compañero, el bloque de músculo que se recuperaba del golpe del pisapapeles. Sam no era un luchador callejero, pero décadas defendiendo a clientes en los tribunales y, en ocasiones, fuera de ellos, le habían enseñado que la sorpresa y la determinación podían ser tan efectivas como la fuerza bruta. Embistió al hombre con el hombro, un placaje bajo y potente que lo desequilibró, haciéndolo chocar ruidosamente contra una estantería cargada de volúmenes encuadernados en cuero. Libros antiguos, testigos silenciosos de la historia, cayeron al suelo con un estrépito sordo, levantando una nube de polvo con olor a siglos.

Daniel, siguiendo el instinto de Sam, se movió hacia el hombre de la cicatriz. No intentó un ataque directo; sabía que sería inútil contra un profesional armado. En lugar de eso, agarró la silla más

cercana, una pesada pieza de roble oscuro, y la levantó, usándola como un escudo improvisado mientras avanzaba, gritando: —¡Policía! ¡Suelte el arma!

Era un farol, por supuesto. No había policía. Pero en la confusión del momento, con la alarma implícita de la situación y el caos provocado por Sam, esperaba crear una duda, una vacilación.

El hombre de la cicatriz, momentáneamente distraído por el ataque de Sam a su compañero, se giró hacia Daniel, su rostro una máscara de rabia. El cañón de su arma se movió, buscando un blanco.

Desde su cobertura detrás de una estantería, Rachel vio la oportunidad. El hombre armado estaba expuesto, su atención dividida. Con el libro de Marco Aurelio, encuadernado en ese distintivo cuero rojo burdeos, firmemente sujeto bajo un brazo, se impulsó, utilizando la estantería como apoyo para lanzarse lateralmente. No era un ataque, sino una maniobra de distracción y posicionamiento. Aterrizó con agilidad cerca del mostrador, justo al lado de un carrito de biblioteca cargado de libros pesados.

—¡Sr. Abernathy, abajo! —gritó Rachel, empujando el carrito con todas sus fuerzas hacia el hombre de la cicatriz.

El carrito, cargado con el peso del conocimiento encuadernado, se deslizó por el suelo de madera pulida, ganando velocidad. El hombre de la cicatriz, sorprendido por el nuevo ataque desde un flanco inesperado, tuvo que saltar hacia atrás para evitar ser golpeado. Su disparo, si es que llegó a apretar el gatillo, se perdió en el techo, arrancando una lluvia de yeso y polvo.

El caos reinaba en la librería. El Sr. Abernathy se había agachado detrás del mostrador, sus ojos muy abiertos por el terror. Sam y el segundo matón forcejeaban entre las estanterías, el sonido de golpes sordos y gruñidos llenando el aire. Daniel mantenía al hombre de la cicatriz a raya con la silla, buscando una apertura, una forma de desarmarlo o neutralizarlo.

—¡El libro, Rachel! ¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Daniel, esquivando un torpe intento del hombre de la cicatriz de apartar la silla.

Rachel, con el libro de Marco Aurelio en su poder, vio su oportunidad. El hombre de la cicatriz estaba concentrado en Daniel. Su compañero estaba ocupado con Sam. La puerta principal estaba a unos metros.

—¡Sam, ahora! —gritó Rachel.

Sam, entendiendo la señal, utilizó su peso y su experiencia para derribar al hombre con el que luchaba. No lo noqueó, pero le dio unos segundos preciosos. Se levantó con dificultad, cojeando ligeramente.

Rachel corrió hacia la puerta, esquivando una mesa volcada y libros esparcidos por el suelo. El hombre de la cicatriz se dio cuenta de su intención y se giró, intentando interceptarla, pero Daniel lo bloqueó de nuevo con la silla, forzándolo a retroceder.

—¡No tan rápido! —gruñó Daniel.

Rachel llegó a la puerta, la abrió de golpe y salió a la calle adoquinada, el libro rojo burdeos apretado contra su pecho. El aire fresco de Georgetown, aunque tenso, fue un alivio.

Daniel vio que Rachel estaba a salvo. Ahora tenían que salir ellos.

—¡Sam, vámonos! —gritó Daniel, retrocediendo hacia la puerta sin perder de vista al hombre de la cicatriz.

Sam se unió a él, cubriendo su retirada. El hombre de la cicatriz, furioso, intentó seguirlos, pero su compañero, aún aturdido en el suelo, lo obstaculizaba.

Salieron de "The Quill & Scroll", dejando atrás el caos, el olor a polvo y la amenaza inminente. Corrieron por la calle adoquinada, buscando el coche que habían aparcado a varias manzanas de distancia, conscientes de que los hombres de Trent no tardarían en recuperarse y seguirlos.

El Sr. Abernathy, desde detrás del mostrador, los vio irse, su rostro una mezcla de terror y una extraña gratitud. Había protegido el secreto de Lena, aunque fuera por poco tiempo.

Mientras corrían, Daniel miró a Sam. —¿Estás bien? Ese tipo era enorme.

Sam sonrió con ironía, una mueca de dolor cruzando su rostro. —He tenido peores citas, Daniel. Pero creo que necesitaré hielo para este hombro. Y quizás un trago fuerte.

Llegaron al coche, subieron rápidamente y arrancaron, dejando atrás la tranquila calle de Georgetown, que ahora guardaba el eco de una confrontación violenta.

Rachel los esperaba en el coche, el libro de Marco Aurelio sobre el asiento a su lado. Su respiración estaba agitada, pero sus ojos brillaban con la satisfacción del deber cumplido.

—Lo tenemos —dijo, su voz aún tensa por la adrenalina—. La "Evidencia Mortal", o al menos, la clave para encontrarla, está en este libro.

Daniel tomó el volumen encuadernado en cuero rojo burdeos. Era un libro de aspecto corriente, desgastado por el tiempo y el uso. Pero sabía que, entre sus páginas, o quizás oculto en su encuadernación, se encontraba el secreto que la Dra. Lena Hanson había intentado proteger con su vida. Un secreto que podría liberar a Alistair Finch y, quizás, asestar un golpe devastador al imperio de Michael Trent.

La huida de la librería había sido un éxito, pero sabían que la verdadera batalla acababa de comenzar. Trent no se rendiría fácilmente. Ahora que sabían que tenían el libro, la caza se volvería aún más desesperada, más peligrosa. Y ellos, con la "Evidencia Mortal" en sus manos, eran el objetivo principal.

Capítulo 9

El trayecto de Georgetown de regreso a la relativa seguridad de la oficina de Foster & Ortega fue una carrera tensa contra un enemigo invisible que sabían que no tardaría en movilizarse. Las calles de D.C., normalmente un laberinto familiar, se sentían ahora como un campo de minas, cada semáforo en rojo una eternidad, cada coche oscuro en el espejo retrovisor una posible amenaza. Sam conducía con una concentración férrea, sus nudillos blancos sobre el volante, mientras Rachel, en el asiento del copiloto, no dejaba de escanear el entorno, sus ojos agudos buscando cualquier señal de seguimiento. Daniel, en el asiento trasero, sostenía el libro de Marco Aurelio encuadernado en cuero rojo burdeos. El volumen, desgastado por el tiempo, se sentía pesado en sus manos, no solo por sus páginas, sino por los secretos mortales que sospechaba que albergaba.

—¿Crees que nos siguieron? —preguntó Daniel, su voz apenas un susurro por encima del ruido del motor.

—No lo sé con certeza —respondió Rachel, sin apartar la vista de la calle—. Eran profesionales. Si nos siguieron, lo hicieron bien. Pero no vi nada obvio. Cambiamos de ruta varias veces, como precaución.

Llegaron a la oficina sin incidentes visibles. Subieron rápidamente, el tintineo de la campanilla de la puerta de la librería aún resonando en sus oídos, un eco de la violencia contenida y el peligro inminente. Lisa los esperaba en la puerta, su rostro pálido y ansioso.

—¿Lo tenéis? —preguntó, sus ojos fijos en el libro que Daniel llevaba.

—Lo tenemos —confirmó Daniel, entrando en la sala de conferencias. Dejó el libro con cuidado sobre la mesa pulida, como si

fuera un artefacto explosivo—. Ahora la pregunta es, ¿qué tenemos exactamente?

Cerraron las persianas, aseguraron la puerta principal y activaron el sistema de seguridad. La oficina, su búnker improvisado, se sentía un poco más segura, pero la sensación de estar sitiados persistía.

Se reunieron alrededor de la mesa, el libro de Marco Aurelio en el centro, su encuadernación rojo burdeos destacando sobre la madera oscura. El aire estaba cargado de expectación.

—El Sr. Abernathy dijo que la Dra. Hanson mencionó que contenía "notas personales" —recordó Rachel—. Y que solo lo entregaría a alguien que conociera la frase clave: "La verdad silenciosa siempre encuentra su voz".

Daniel tomó el libro con cuidado. Lo abrió, pasando sus páginas amarillentas y frágiles. Eran las "Meditaciones" de Marco Aurelio, el texto filosófico del emperador romano. No había anotaciones obvias en los márgenes, ni papeles sueltos entre las páginas. A primera vista, parecía un ejemplar antiguo y bien conservado, nada más.

—Quizás las notas están escritas con tinta invisible —sugirió Sam, recordando viejas películas de espías.

Lisa sonrió levemente, a pesar de la tensión. —Podríamos probar con una luz ultravioleta, pero Lena Hanson era una científica brillante. Dudo que usara un truco tan... clásico. Debió ser algo más sofisticado, más seguro.

Rachel examinó la encuadernación con la minuciosidad de un forense. El cuero rojo burdeos estaba desgastado en los bordes, con pequeñas grietas que revelaban el paso del tiempo. Las guardas, el papel que une las tapas al cuerpo del libro, parecían originales.

—La encuadernación es sólida —dijo Rachel, pasando los dedos por el lomo—. No parece haber sido manipulada recientemente. Si hay algo oculto, está bien hecho.

Daniel volvió a hojear el libro, esta vez más despacio, buscando cualquier anomalía, cualquier página que pareciera diferente, más gruesa, o con alguna marca sutil. Nada.

—"La verdad silenciosa siempre encuentra su voz" —repitió Daniel, pensativo—. La frase clave. ¿Podría ser una pista literal? ¿Algo relacionado con el sonido, con la voz?

Lisa se inclinó sobre el libro. —¿Podría haber un microchip, un dispositivo de grabación oculto en la encuadernación? Necesitaríamos un escáner para detectarlo.

—O podría ser algo más simple, más ingenioso —dijo Sam, recordando los acertijos que a veces resolvía en sus crucigramas—. Algo que requiera una forma específica de "leer" el libro.

Pasaron la siguiente hora examinando cada centímetro del volumen. Probaron con una luz ultravioleta, sin éxito. Buscaron páginas pegadas, dobles fondos en las tapas, cualquier indicio de un compartimento secreto. La frustración comenzaba a hacer mella. ¿Se habían equivocado? ¿Era solo un libro antiguo, un señuelo, una pista falsa?

—Quizás la frase clave no se refiere al contenido del libro en sí, sino a cómo acceder a él —sugirió Lisa, su mente analítica buscando patrones—. "La verdad silenciosa... encuentra su voz". ¿Y si hay que "hacerlo hablar"?

Daniel miró el libro. Un objeto silencioso, lleno de la sabiduría silenciosa de un emperador filósofo. ¿Cómo hacerlo hablar?

De repente, Lisa tuvo una idea. —¿Y si no es lo que está escrito, sino cómo está escrito? ¿O lo que *no* está escrito?

Tomó el libro y comenzó a examinar las páginas con una lupa potente, no buscando palabras, sino la estructura del texto, los espacios, las posibles marcas diminutas.

—A veces, en los libros antiguos, se usaban códigos basados en la posición de las letras, o en pequeñas marcas casi imperceptibles —explicó Lisa, su voz llena de una nueva excitación—. Pinchazos de aguja, puntos de tinta casi invisibles...

Sus dedos recorrieron las páginas con delicadeza. Daniel, Sam y Rachel la observaban en silencio, conteniendo la respiración.

Después de varios minutos de escrutinio minucioso, Lisa se detuvo en una página hacia el final del libro. —Aquí —susurró, señalando un párrafo—. Mirad esto.

Se acercaron. A simple vista, el texto parecía normal. Pero bajo la lupa de Lisa, y con la luz adecuada, se veían unas marcas diminutas, casi invisibles, debajo de ciertas letras. Pequeñísimos puntos de

tinta, de un color ligeramente diferente al de la impresión original, un rojo burdeos casi imperceptible sobre el negro.

—Es un código —dijo Lisa, su voz temblaba ligeramente por la emoción del descubrimiento—. La Dra. Hanson marcó letras específicas a lo largo de varias páginas. Si las unimos...

Con cuidado, utilizando la lupa y una hoja de papel, Lisa comenzó a transcribir las letras marcadas, una por una. El proceso fue lento, meticuloso. La tensión en la sala era casi insoportable.

Poco a poco, las letras comenzaron a formar palabras. Y las palabras, una frase.

"Clave acceso servidor seguro BioGen: VERITASVOX"

Veritas Vox. La Verdad tiene Voz. Una variación de la frase clave.

—¡Lo tenemos! —exclamó Lisa, sus ojos brillando—. Es la contraseña para acceder a los servidores seguros de BioGen donde la Dra. Hanson debió guardar la investigación completa. O al menos, a una parte de ella.

Un escalofrío recorrió a Daniel. La ingeniosidad de la Dra. Hanson era asombrosa. Había ocultado la clave de su "Evidencia Mortal" a plena vista, en un código casi indetectable dentro de un libro de filosofía, protegido por una frase que era en sí misma una pista.

—Increíble —murmuró Sam, impresionado.

—Ahora viene la parte difícil —dijo Lisa, volviendo a su ordenador —. Acceder a los servidores de BioGen de forma remota, incluso con la contraseña, no será fácil. Tendrán múltiples capas de seguridad, firewalls, sistemas de detección de intrusos. Necesitaré tiempo. Y suerte.

—Y nosotros necesitamos protegerte mientras lo haces —dijo Daniel, consciente de que Trent no se quedaría de brazos cruzados. Si sabían que tenían el libro, sabrían que estaban cerca de acceder a la información—. Sam, Rachel, tenemos que asumir que la oficina ya no es segura. Trent podría intentar un asalto directo, o algo más sutil.

—Podríamos mover el equipo de Lisa a un lugar seguro temporal —sugirió Rachel—. Un piso franco que aún no esté comprometido.

Mientras discutían las opciones, el teléfono de la oficina sonó de nuevo. Esta vez, Lisa no necesitó mirar el identificador. El sonido era

diferente, una serie de tonos específicos que había programado para una alerta de alta prioridad en sus sistemas de vigilancia.

—Problemas —dijo Lisa, su rostro palideciendo—. Alguien está intentando un ataque de fuerza bruta contra nuestros servidores. Ahora mismo. Un ataque masivo. Están intentando entrar.

La sombra de Trent acababa de llamar a su puerta de la forma más directa y digital posible. Sabían que tenían la clave. Y querían detenerlos antes de que pudieran usarla. La carrera por la "Evidencia Mortal" había entrado en una nueva fase, aún más peligrosa.

Capítulo 10

La alerta roja parpadeaba en las múltiples pantallas de Lisa, un faro carmesí en la penumbra de la oficina, el sonido agudo de la sirena digital de sus sistemas de seguridad aún resonando en sus oídos como un eco fantasma. El ataque de fuerza bruta había cesado tan abruptamente como había comenzado, pero la sensación de haber estado bajo un asedio digital, de que las defensas de su pequeño bufete habían sido probadas hasta el límite por un enemigo con recursos prácticamente ilimitados, persistía en el aire, densa y opresiva. Michael Trent no solo sabía que tenían el libro; sabía que habían descifrado su secreto. La carrera por la "Evidencia Mortal" se había convertido en una guerra abierta en dos frentes: el físico y el cibernético.

—Han cortado el ataque —dijo Lisa, su voz tensa, sus dedos aún volando sobre el teclado, revisando registros, evaluando los daños, buscando cualquier posible brecha que los hackers de Trent pudieran haber dejado atrás—. Parece que nuestro aislamiento de emergencia de los servidores principales funcionó. No lograron penetrar las defensas internas del sistema donde guardo la información más sensible, ni el ordenador aislado con el que estoy trabajando en la memoria USB. Pero estuvieron cerca. Muy cerca.

Sam se acercó, su rostro grave. —¿Crees que saben que tenemos la contraseña?

Lisa negó con la cabeza, aunque su expresión era de incertidumbre. —No puedo estar segura. El ataque fue masivo, intentando múltiples vectores. Podrían estar sondeando, intentando averiguar qué tenemos exactamente. O podrían haber detectado la actividad inusual cuando examiné la memoria USB de Finch y luego

la de Bennett, asumiendo que encontramos algo. Trent no es estúpido. Sabe que el libro era la clave para algo.

Daniel miró el libro de Marco Aurelio sobre la mesa, su cubierta rojo burdeos ahora parecía casi brillar con una luz propia, un faro de peligro y promesa. "VERITASVOX". La Verdad tiene Voz. La ingeniosa contraseña de la Dra. Hanson.

—No tenemos tiempo que perder —dijo Daniel, la urgencia apremiando en su voz—. Si Trent sabe que estamos cerca de acceder a los servidores de BioGen, redoblará sus esfuerzos para detenernos. Lisa, ¿puedes intentarlo ahora? ¿Con la contraseña?

Lisa asintió, sus ojos fijos en la pantalla de su ordenador aislado, donde la interfaz de acceso a los servidores seguros de BioGen, una página de inicio de sesión austera y sin adornos, esperaba. Era una fortaleza digital, diseñada para repeler a los intrusos más hábiles.

—Voy a intentarlo —dijo Lisa, su voz apenas un susurro. Escribió la contraseña: VERITASVOX. Letra por letra. La tensión en la sala era tan espesa que se podría cortar con un cuchillo—. Estoy usando una conexión VPN enrutada a través de múltiples servidores proxy anónimos en diferentes países, intentando enmascarar nuestra ubicación original. Pero si BioGen tiene sistemas de detección de intrusos de última generación, y estoy segura de que los tiene, podrían rastrear la conexión eventualmente, o al menos, detectar un acceso no autorizado.

Presionó "Enter".

Por un instante, no pasó nada. La pantalla permaneció igual. Luego, un pequeño icono de carga comenzó a girar, un círculo que parecía moverse a cámara lenta, cada rotación una eternidad. Daniel, Sam y Rachel contuvieron la respiración.

Y entonces, la pantalla cambió. La página de inicio de sesión desapareció, reemplazada por una interfaz de directorio de archivos. Estaban dentro.

Un suspiro colectivo de alivio y triunfo silencioso recorrió la oficina. Lo habían logrado. La clave de la Dra. Hanson había funcionado.

—Estoy dentro —susurró Lisa, su voz temblaba ligeramente por la emoción y la incredulidad—. Acceso concedido. Servidores de

Investigación y Desarrollo de BioGen Corp.

—Busca los archivos de la Dra. Hanson, Lisa —dijo Daniel, su corazón latiendo con fuerza—. Su investigación sobre NeuroCure. Los datos originales. La "Evidencia Mortal" completa.

Lisa navegó rápidamente por la estructura de directorios, sus dedos ágiles moviéndose con precisión. Los nombres de los archivos eran técnicos, crípticos para un profano, pero para Lisa, que había estado estudiando los fragmentos de la memoria USB de Finch, comenzaban a tener sentido. Encontró una carpeta con el nombre "LH_INVESTIG_NC_FINAL". Las iniciales de Lena Hanson. Investigación NeuroCure Final.

—Aquí está —dijo Lisa, abriendo la carpeta. Contenía docenas de archivos: documentos de texto, hojas de cálculo, presentaciones, archivos de datos sin procesar, incluso algunos archivos de audio y vídeo cortos—. Es... es enorme, Daniel. Hay años de investigación aquí.

Comenzó a abrir algunos de los archivos, escaneando rápidamente su contenido. Lo que encontraron confirmó sus peores sospechas, y más. Los datos brutos de los ensayos clínicos de NeuroCure eran devastadores. No solo los efectos secundarios eran graves y a menudo mortales, como ya habían visto en la memoria de Finch, sino que la propia eficacia del fármaco para tratar el Alzheimer era cuestionable, sus beneficios marginales en el mejor de los casos, y completamente inexistentes en otros. BioGen no solo estaba ocultando los peligros; estaba vendiendo una falsa esperanza, un producto potencialmente inútil y letal, a millones de personas desesperadas y a sus familias.

Y luego estaban los archivos de audio y vídeo. Grabaciones discretas que la Dra. Hanson había hecho de reuniones internas. Conversaciones con Elian Sterling, con Marcus Thorne, el CEO, con otros directivos. En ellas, se oía claramente cómo desestimaban sus preocupaciones, cómo la presionaban para que "ajustara" sus conclusiones, cómo hablaban abiertamente de la necesidad de "gestionar la percepción pública" y de "asegurar la aprobación de la FDA a toda costa".

Una de las grabaciones de audio era particularmente escalofriante. La voz de Elian Sterling, fría y despectiva: *"Lena, tus escrúpulos te honran, pero no van a pagar las facturas de esta empresa ni a satisfacer a nuestros inversores. NeuroCure tiene que ser un éxito. Y lo será. Con o sin tu bendición. Asegúrate de que tus informes finales reflejen eso."*

—Esto es... monstruoso —murmuró Sam, su rostro pálido por la indignación.

—Es la prueba que necesitamos, Sam —dijo Daniel, sus ojos brillando con una mezcla de horror y una sombría determinación—. Esto no solo exonera a Finch; hunde a BioGen. Y si podemos conectar esto directamente con Trent...

—Estoy descargando todo lo que puedo, lo más rápido posible —dijo Lisa, sus dedos volando sobre el teclado, copiando los archivos a múltiples unidades de almacenamiento encriptadas y seguras—. Pero no sé cuánto tiempo tenemos antes de que detecten la intrusión. Un acceso de este nivel, a esta cantidad de datos... va a disparar todas las alarmas internas de BioGen.

Mientras Lisa descargaba frenéticamente los archivos, el teléfono de Rachel sonó. Era uno de sus contactos en el mundillo de la seguridad.

—Problemas, Daniel —dijo Rachel después de colgar, su rostro serio—. Mi contacto dice que hay una alerta de seguridad masiva en BioGen. Han detectado una brecha en sus servidores de I+D. Están bloqueando todo el acceso remoto y han puesto a su equipo de respuesta a incidentes en máxima alerta. Y, lo que es peor, han notificado a Aegis Security.

Aegis Security. Los hombres de Trent.

—Saben que estamos dentro —dijo Daniel—. Y saben lo que estamos buscando. Van a intentar detener la descarga. O rastrearnos. Lisa, ¿cuánto te falta?

—Casi he terminado con los archivos más cruciales —respondió Lisa, su rostro tenso por la concentración—. Pero hay terabytes de datos de investigación. No puedo descargarlo todo antes de que nos corten el acceso o nos encuentren.

En ese momento, su conexión con los servidores de BioGen se cortó abruptamente. La pantalla mostró un mensaje de error: "Acceso denegado. Conexión terminada por el administrador del sistema".

—Demasiado tarde —dijo Lisa, con un suspiro de frustración—. Nos han bloqueado.

Pero había logrado descargar lo esencial: los datos manipulados de NeuroCure, los correos electrónicos incriminatorios, las grabaciones de audio y vídeo. La "Evidencia Mortal" estaba, en gran parte, en sus manos.

—Lo tenemos, Lisa —dijo Daniel, poniendo una mano en su hombro—. Tenemos suficiente. Más que suficiente.

Pero la victoria era agridulce, teñida por el peligro inminente. Trent y BioGen ahora sabían que tenían pruebas devastadoras en su contra. La caza se intensificaría. Ya no se trataría solo de intimidación; se trataría de recuperación o destrucción. De ellos. Y de la evidencia.

—Tenemos que sacar esta información de la oficina, ahora mismo —dijo Sam, su voz era urgente—. Y tenemos que prepararnos para lo que venga. Trent no se quedará de brazos cruzados.

La noche aún no había terminado. Habían obtenido la "Evidencia Mortal", pero la verdadera batalla por la supervivencia y la justicia apenas comenzaba. El color rojo burdeos de los secretos de BioGen ahora manchaba sus manos, y sabían que Trent haría cualquier cosa para limpiarlas, incluso si eso significaba teñirlas con más sangre.

Capítulo 11

La conexión con los servidores de BioGen se había cortado con la brutalidad de un hachazo, dejando un silencio digital cargado de triunfo y un peligro inminente. En la pantalla del ordenador aislado de Lisa, el mensaje "Acceso denegado" parpadeaba como una advertencia en rojo burdeos. Lo habían logrado. Habían penetrado la fortaleza digital de una corporación multimillonaria y extraído el corazón de sus secretos más oscuros. La "Evidencia Mortal", o una parte sustancial de ella, estaba ahora en su poder, a salvo en múltiples unidades de almacenamiento encriptadas.

Pero la victoria, por dulce que fuera, era efímera y precaria. El contraataque de Michael Trent y BioGen no se haría esperar. Sabían que tenían la información, y harían cualquier cosa para recuperarla o para asegurarse de que nunca viera la luz del día.

—Tenemos que movernos —dijo Sam, su voz rompiendo el tenso silencio que siguió al bloqueo del acceso. Se levantó, su cuerpo cansado pero sus ojos alerta, evaluando la situación con la rapidez de un veterano—. Esta oficina ya no es segura. Si Trent pudo lanzar un ciberataque de esa magnitud, sabe dónde estamos. Y sus hombres no tardarán en llegar.

Daniel asintió, la adrenalina aún bombeando en sus venas, mezclada con una fría determinación. —Lisa, ¿cuánto lograste descargar? ¿Tenemos lo suficiente?

Lisa se giró, sus ojos brillaban con una mezcla de agotamiento y excitación profesional. —Descargué los archivos clave de la carpeta "LH_INVESTIG_NC_FINAL". Los datos brutos de los ensayos, los correos electrónicos internos entre Thorne y Elian Sterling, y lo más importante, las grabaciones de audio de la Dra. Hanson. Es... es una

bomba de relojería, Daniel. Pruebas irrefutables de la manipulación, del encubrimiento, de la negligencia criminal. Es más que suficiente para exonerar a Finch y para iniciar una investigación federal masiva contra BioGen.

—¿Y alguna conexión directa con Trent en esos archivos? —preguntó Daniel, la pregunta que más le importaba.

Lisa frunció el ceño ligeramente. —No directamente en los archivos que tuve tiempo de revisar a fondo. Los pagos de su fondo de inversión a BioGen ya los teníamos. Estos archivos se centran en la manipulación interna de NeuroCure. Pero si BioGen cae, si se investigan sus finanzas a fondo, los hilos conducirán inevitablemente a Trent y a sus inversiones. Es un golpe indirecto, pero un golpe muy duro a su imperio.

—Es un comienzo —dijo Sam—. Un comienzo muy bueno. Ahora, tenemos que proteger esa evidencia y protegernos a nosotros.

El plan de evacuación se puso en marcha con una eficiencia nacida de la necesidad y la experiencia previa. Lisa comenzó a hacer copias de seguridad de los archivos descargados en múltiples dispositivos, encriptándolos con contraseñas complejas y almacenándolos en pequeñas unidades portátiles que podían llevar consigo. Destruyó cualquier rastro de la conexión a los servidores de BioGen en su ordenador aislado, borrando registros y formateando discos.

Mientras tanto, Daniel y Sam recogieron los documentos esenciales del caso Finch, la información sobre Trent y cualquier otro material sensible. La oficina, que había sido su santuario y su cuartel general, ahora tenía que ser abandonada, al menos temporalmente.

Rachel llamó por el teléfono seguro. Su voz era tensa. —Daniel, algo se mueve. He detectado actividad inusual cerca de vuestra zona. Varios vehículos sin marcar, con hombres dentro que tienen toda la pinta de ser de Aegis Security. Se están posicionando. Creo que van a por vosotros. Tenéis que salir de ahí ya.

La advertencia de Rachel confirmó sus temores. Trent no perdía el tiempo.

—Estamos en ello, Rachel —respondió Daniel—. Lisa está asegurando los datos. ¿Tienes un lugar seguro para nosotros? Un

nuevo piso franco, indetectable.

—Tengo varias opciones preparadas —dijo Rachel—. Os enviaré la dirección al teléfono de Sam en cuanto estéis en movimiento. No uséis vuestros coches habituales. Están comprometidos. He organizado un transporte discreto que os recogerá en un punto ciego a unas pocas manzanas de la oficina. Tenéis que llegar allí sin ser vistos.

El plan de salida era arriesgado. Tenían que abandonar la oficina, llevar consigo la evidencia y llegar al punto de encuentro sin ser interceptados por los hombres de Trent, que ya estaban desplegando un cerco.

Lisa terminó de asegurar los datos. Guardó las unidades de almacenamiento encriptadas en un pequeño maletín metálico, resistente y discreto. —Listo, Daniel. La "Evidencia Mortal" está a salvo, al menos por ahora.

Daniel miró a su alrededor, a la oficina que había sido el centro de tantas batallas. El olor a café y papel viejo, la sensación de familiaridad... todo estaba a punto de quedar atrás.

—Sam, tú y Lisa saldréis primero por la puerta trasera —ordenó Daniel—. Yo crearé una pequeña distracción en la entrada principal, para daros tiempo. Nos encontraremos en el punto que indique Rachel.

—Daniel, no —protestó Sam—. Es demasiado arriesgado. Saldremos juntos.

—No hay tiempo para discutir, Sam —replicó Daniel con firmeza —. Es la única forma de asegurar que la evidencia salga de aquí. Lisa tiene que estar protegida. Idos. Ahora.

Sam dudó por un instante, pero la determinación en los ojos de Daniel lo convenció. Asintió con gravedad. —Cuídate mucho, Daniel. No hagas ninguna estupidez.

Sam y Lisa se deslizaron por la puerta trasera, que daba a un callejón estrecho y oscuro, desapareciendo en las sombras. Daniel esperó unos segundos, escuchando. Luego, se dirigió a la entrada principal.

Respiró hondo. Sabía que lo que iba a hacer era increíblemente peligroso. Pero necesitaban esa distracción. Abrió ligeramente la

puerta principal, lo suficiente para ver la calle. Vio uno de los coches sin marcar aparcado al otro lado, con dos hombres dentro, observando la entrada del edificio.

Daniel tomó una papelera metálica vacía de la recepción, la levantó y, con todas sus fuerzas, la arrojó contra el escaparate de una tienda vacía al lado de su edificio. El estruendo del cristal al romperse resonó en la calle silenciosa, una alarma instantánea.

Los hombres del coche se sobresaltaron, sus cabezas giraron hacia el ruido. Uno de ellos abrió la puerta, saliendo a investigar.

Era la distracción que necesitaba. Daniel cerró la puerta de la oficina con cuidado, echó la cerradura y, utilizando una salida de emergencia lateral que rara vez usaban, se deslizó fuera del edificio, mezclándose con las sombras de un callejón adyacente, moviéndose en dirección opuesta a Sam y Lisa.

Corrió por las calles secundarias, su corazón latiendo con fuerza, la adrenalina bombeando. Sabía que los hombres de Trent estarían buscándolo, buscándolos a todos. La caza había comenzado de verdad.

Llegó al punto de encuentro que Rachel había indicado, una parada de autobús poco concurrida en una calle tranquila, justo cuando un viejo taxi amarillo, de aspecto destartalado, se detenía. La ventanilla trasera bajó. Era Rachel.

—Sube, rápido —dijo.

Daniel subió. Sam y Lisa ya estaban dentro, pálidos pero a salvo. El taxi arrancó, alejándose discretamente.

—¿Funcionó la distracción? —preguntó Daniel, jadeando.

—Como un reloj —dijo Rachel con una leve sonrisa—. Los tenías corriendo en círculos. Les dio a Sam y Lisa el tiempo suficiente para llegar aquí sin ser vistos.

Se dirigieron a un nuevo piso franco, un apartamento anónimo en un barrio tranquilo de las afueras, un lugar que Rachel había preparado con antelación. Era pequeño, espartano, pero seguro por el momento.

Una vez dentro, con las puertas cerradas y las ventanas cubiertas, Lisa conectó una de las unidades de almacenamiento a un

portátil seguro que Rachel había proporcionado. La "Evidencia Mortal" estaba allí, intacta. Los datos, los correos, las grabaciones.

—Lo tenemos —dijo Daniel, sintiendo un cansancio inmenso pero también una oleada de triunfo—. Tenemos las pruebas para hundir a BioGen. Y para golpear a Trent donde más le duele.

Pero la victoria era solo el primer paso. Ahora venía la parte más difícil: cómo usar esa evidencia. Cómo llevarla ante las autoridades sin que fuera desacreditada o enterrada por la influencia de Trent. Cómo proteger a Alistair Finch y, crucialmente, cómo asegurarse de que ellos mismos sobrevivieran para ver el resultado.

La noche caía sobre D.C. En algún lugar de la ciudad, Michael Trent estaría furioso, sus planes frustrados, su imperio amenazado. La "Evidencia Mortal" estaba en manos de Daniel Foster. Y la guerra, lejos de terminar, acababa de entrar en su fase más crítica y peligrosa. El color rojo burdeos de la verdad estaba a punto de manchar las portadas de los periódicos, o las manos de aquellos que intentaran silenciarla para siempre.

Capítulo 12

El nuevo piso franco era un apartamento anónimo en un edificio anodino de las afueras de D.C., uno de esos lugares que existen en la periferia de la conciencia de la ciudad, diseñado para no ser recordado. Las paredes eran de un color beige insípido, los muebles escasos y funcionales, y el aire olía a pintura fresca y a la soledad de los lugares de paso. Pero para Daniel, Sam, Lisa y Rachel, representaba un santuario temporal, un respiro precario en la tormenta que los envolvía. El sol de la mañana se filtraba a través de las persianas de plástico baratas, dibujando franjas de luz sobre el suelo de linóleo desgastado.

La tensión, sin embargo, era una invitada no deseada que se negaba a marcharse. Aunque habían escapado de la oficina y tenían en su poder la "Evidencia Mortal", la sensación de ser cazados era más intensa que nunca. Michael Trent no era un hombre que aceptara la derrota fácilmente. Sabía que tenían algo que podía herirlo, y no se detendría ante nada para recuperarlo o para silenciarlos.

Rachel, con la eficiencia de un operativo experimentado, había asegurado el perímetro del apartamento. Revisó las cerraduras, buscó posibles puntos de vigilancia, estableció rutas de escape de emergencia y conectó un pequeño dispositivo que había traído consigo, un detector de escuchas y cámaras ocultas. —Está limpio, por ahora —anunció, su voz baja y profesional—. Pero no podemos quedarnos aquí mucho tiempo. Trent tiene recursos. Si sabe que estamos en D.C., nos encontrará eventualmente.

Lisa, a pesar del agotamiento visible en su rostro pálido y en las ojeras que marcaban sus ojos, ya había montado una estación de

trabajo improvisada en la pequeña mesa de la cocina. Conectó el portátil seguro que Rachel había proporcionado y una de las unidades de almacenamiento encriptadas que contenían los archivos de BioGen. Su prioridad era verificar la integridad de los datos descargados y asegurarse de que no hubiera ningún troyano o malware oculto que los hackers de Trent pudieran haber deslizado durante el ciberataque.

—Los archivos parecen estar intactos —confirmó Lisa después de una hora de análisis exhaustivo, un pequeño suspiro de alivio escapando de sus labios—. Y no hay señales de corrupción o de software malicioso. La Dra. Hanson fue increíblemente meticulosa. Y nuestra salida de sus servidores fue lo suficientemente rápida.

Daniel y Sam observaban, el cansancio de la noche anterior pesando sobre ellos. Sam se había curado la herida del brazo, una venda limpia cubriendo el corte superficial que, por suerte, no había requerido puntos. Pero la palidez de su rostro y la forma en que se movía con cautela revelaban el dolor y el shock del encuentro.

—Entonces, ¿qué tenemos exactamente, Lisa? —preguntó Daniel, acercándose a la mesa de la cocina. El olor a café instantáneo, el único que habían encontrado en el apartamento, llenaba el aire, un sustituto pobre del aroma familiar de su oficina.

Lisa abrió varios archivos en la pantalla, su contenido iluminando la pequeña cocina con un brillo siniestro. Eran los datos crudos de los ensayos clínicos de NeuroCure, las hojas de cálculo con columnas de números que representaban vidas humanas, esperanzas rotas y una codicia corporativa sin límites. Y luego estaban las grabaciones de audio.

Puso una de ellas. La voz fría y despectiva de Elian Sterling, el jefe de I+D de BioGen, llenó la habitación, discutiendo con la Dra. Lena Hanson sobre la necesidad de "ajustar" los resultados, de "gestionar la narrativa".

"...los efectos secundarios son estadísticamente insignificantes en el panorama general, Lena. El potencial de NeuroCure para revolucionar el tratamiento del Alzheimer es demasiado grande como para dejar que unos pocos casos aislados lo empañen..."

Luego, la voz firme y ética de la Dra. Hanson, llena de una indignación apenas contenida: *"¿Casos aislados, Elian? ¡Estamos hablando de pacientes que han sufrido fallos hepáticos, crisis psicóticas, incluso muertes! ¡Esto no es 'gestionar la narrativa', es fraude científico y negligencia criminal!"*

El silencio que siguió a la grabación fue pesado, cargado de la gravedad de lo que acababan de escuchar.

—Esto es... devastador —murmuró Sam, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. No solo manipulaban los datos; eran conscientes de las consecuencias letales y siguieron adelante.

—Tenemos correos electrónicos internos que lo confirman —añadió Lisa, mostrando otra pantalla—. Órdenes directas de Marcus Thorne, el CEO, para "acelerar el proceso de aprobación" y "minimizar cualquier obstáculo regulatorio", refiriéndose claramente a las preocupaciones de Hanson.

Daniel sintió una oleada de la misma rabia fría que lo había impulsado en el caso Sterling. La corrupción, la indiferencia hacia la vida humana, la arrogancia del poder... era un patrón que se repetía, una enfermedad que parecía infectar cada rincón oscuro de la ciudad.

—Esto es suficiente para exonerar a Alistair Finch por completo —dijo Daniel, su voz firme—. Y para hundir a BioGen. La Dra. Hanson nos ha dado el arma que necesitábamos.

—Pero, ¿cómo la usamos? —preguntó Rachel, siempre pragmática, evaluando los riesgos—. Si vamos directamente a la FDA o al Departamento de Justicia, ¿quién nos garantiza que la influencia de Trent o de los lobistas de BioGen no lo enterrará todo? Ya vimos lo que pasó con la investigación policial del caso Hanson.

Era una preocupación válida. El sistema estaba plagado de agujeros, de puertas traseras por las que los poderosos podían escabullirse.

—Podríamos filtrarlo a la prensa —sugirió Lisa—. A un periodista de investigación de confianza, alguien que no se deje intimidar. Alguien como... Sarah Bennett.

La mención de Sarah Bennett trajo de nuevo la incertidumbre sobre su destino. ¿Seguía viva? ¿Estaba en manos de Trent? Si

lograban encontrarla, y si estaba dispuesta a hablar, su testimonio, combinado con esta nueva evidencia, sería imparable.

—Primero, tenemos que asegurar la defensa de Finch —dijo Daniel, centrándose en lo inmediato—. Victor Hale va a presionar para el juicio. Necesitamos presentar esta evidencia de forma que sea irrefutable y admisible en el tribunal.

—Hale intentará bloquearla a toda costa —advirtió Sam—. Alegará que fue obtenida ilegalmente, que es inadmisible. Necesitaremos una estrategia legal impecable.

Mientras discutían las opciones, el teléfono desechable de Daniel, el que le había dado a Alistair Finch, sonó. Era un número desconocido, pero no el de Finch.

Daniel contestó con cautela. —¿Sí?

Una voz distorsionada, similar a la que había usado Finch pero con un matiz diferente, más profesional, más frío, habló al otro lado. —Señor Foster, tenemos un interés común en la caída de BioGen Corp. Y quizás, en la de Michael Trent.

Daniel se tensó. —¿Quién habla?

—Digamos que soy... un amigo de un amigo. Alguien que cree que la verdad silenciosa debe encontrar su voz. Sé que tiene la investigación de la Dra. Hanson. Y sé que está buscando a Sarah Bennett.

Un escalofrío recorrió a Daniel. ¿Quién era esta persona? ¿Cómo sabía tanto? ¿Era otra trampa de Trent?

—¿Qué quiere? —preguntó Daniel, su voz era una mezcla de cautela y una incipiente esperanza.

—Quiero ayudarlo —dijo la voz—. Sarah Bennett sigue viva. Pero no por mucho tiempo si Trent la encuentra. Sé dónde podría estar. Y sé algo sobre el "dead man's switch" que podría interesarle.

La oferta era tentadora, casi demasiado buena para ser verdad. Pero en la guerra que estaban librando, cualquier aliado, por inesperado que fuera, podía ser la diferencia entre la victoria y la aniquilación.

—Reunámonos —dijo Daniel, tomando una decisión arriesgada.

La voz le dio una dirección, una hora. Un lugar público, pero discreto. Las mismas precauciones que ellos tomaban.

Colgó el teléfono, la mente de Daniel bullendo con preguntas. ¿Quién era este misterioso aliado? ¿Y qué sabía realmente sobre Sarah Bennett y el imperio de Trent? La "Evidencia Mortal" había abierto una nueva puerta, pero detrás de ella podría haber más peligros, o quizás, la clave para la victoria final. La partida de ajedrez contra Michael Trent acababa de volverse aún más compleja, y el siguiente movimiento podría ser decisivo.

Capítulo 13

La llamada del misterioso aliado había dejado un eco de incertidumbre y una peligrosa esperanza flotando en el aire viciado del piso franco. "¿Un amigo de un amigo? ¿Alguien que cree que la verdad silenciosa debe encontrar su voz?". Las palabras eran un eco directo de la frase clave de la Dra. Hanson, una conexión demasiado específica para ser una simple coincidencia, pero también lo suficientemente calculada como para sembrar la duda. ¿Era una mano amiga extendiéndose desde las sombras, o el tentáculo de Michael Trent disfrazado de ayuda, buscando atraerlos a una trampa aún más sofisticada?

Daniel colgó el teléfono desechable, la dirección y la hora del encuentro grabadas a fuego en su memoria: el Jardín Botánico Nacional, cerca del invernadero principal, a las tres de la tarde. Un lugar público, sí, concurrido por turistas y locales, pero también lleno de senderos serpenteantes, rincones apartados y la densa vegetación del invernadero, un lugar perfecto para una conversación discreta o una emboscada.

—¿Qué hacemos, Daniel? —preguntó Sam, su rostro una máscara de preocupación. La herida en su brazo, aunque sanando, le recordaba constantemente la brutalidad de sus enemigos—. Suena demasiado bueno para ser verdad. O demasiado peligroso.

—Lo sé, Sam —respondió Daniel, paseando por la pequeña sala de estar del apartamento, la inquietud vibrando en cada uno de sus músculos—. Pero dijo que Sarah Bennett sigue viva y que sabe dónde podría estar. Y que tiene información sobre el "dead man's switch". No podemos ignorar eso. Es la pista más sólida que tenemos sobre Sarah.

Rachel, que había escuchado la conversación por el altavoz del teléfono seguro, intervino con su habitual pragmatismo. —Si es una trampa, es una muy bien elaborada. Usar la frase de Hanson es un toque inteligente para ganar tu confianza. Pero también podría ser alguien de dentro, Daniel. Alguien que quiere ver caer a Trent tanto como nosotros, pero que no tiene los medios o el valor para hacerlo solo.

—Un desertor de la red de Trent —murmuró Lisa, sus ojos analíticos brillando con una mezcla de escepticismo y la fascinación de un nuevo rompecabezas—. O alguien a quien Trent ha traicionado. En ese mundo, las lealtades son tan frágiles como el cristal.

—Sea quien sea, tenemos que tomar precauciones extremas —dijo Daniel—. Rachel, ¿puedes encargarte de la vigilancia en el Jardín Botánico? Necesito que seas mis ojos y mis oídos. Si algo huele mal, si ves algo fuera de lugar, la más mínima señal de una trampa, abortamos la misión de inmediato.

—Estaré allí —confirmó Rachel—. Cubriré el perímetro, buscaré cualquier señal de vigilancia de Aegis o de hombres de Trent. Tendrás cobertura, pero si las cosas se ponen feas, estarás solo durante unos minutos cruciales hasta que pueda llegar a ti.

—Sam, tú te quedarás aquí con Lisa —continuó Daniel—. Necesito que estéis a salvo y que sigáis trabajando en la "Evidencia Mortal" de BioGen. Si algo me pasa...

—No digas eso, Daniel —lo interrumpió Sam con firmeza, aunque la preocupación era evidente en su voz—. Irás, escucharás, y volverás. Y si es una trampa, Rachel te sacará de allí.

La tarde llegó con una luz dorada y melancólica que se filtraba entre los árboles del Jardín Botánico. El aire era fresco, con el aroma dulce y terroso de las plantas exóticas y la tierra húmeda. Daniel caminó por los senderos serpenteantes, sus sentidos alerta, observando a la gente que paseaba, a las parejas que se sentaban en los bancos, a los niños que corrían por el césped. Intentaba parecer un visitante más, alguien disfrutando de una tarde tranquila, pero por dentro, cada nervio estaba tenso, cada músculo listo para reaccionar. Llevaba una pequeña pistola automática, discreta pero

letal, oculta en la sobaquera, un seguro que esperaba no tener que usar.

Llegó al invernadero principal, una estructura imponente de cristal y acero que albergaba una jungla tropical en miniatura. El calor y la humedad del interior lo golpearon al entrar, un contraste con el aire fresco del exterior. El lugar estaba lleno de plantas exuberantes, flores de colores vibrantes y el sonido constante del goteo del agua y el canto de pájaros exóticos. Había poca gente dentro, algunos turistas tomando fotos, un par de estudiantes dibujando en sus cuadernos.

La voz distorsionada le había dicho que esperara cerca de la colección de orquídeas, en un rincón apartado del invernadero. Daniel se dirigió hacia allí, sintiendo la mirada de Rachel sobre él, aunque no podía verla. Se sentó en un banco de piedra, rodeado de la belleza silenciosa y exótica de las orquídeas, el aire denso con su perfume dulce y embriagador.

Esperó. Los minutos se alargaban, cada uno una pequeña eternidad. Comenzó a preguntarse si era una trampa, si alguien aparecería, o si simplemente lo estaban observando desde la distancia, evaluándolo.

Entonces, una figura emergió de entre las sombras de las plantas tropicales. No era lo que esperaba. No era un hombre corpulento con traje oscuro, ni una figura encapuchada y misteriosa. Era una mujer.

Alta, elegante, vestida con un traje pantalón de corte impecable de un sutil tono rojo burdeos, el color que parecía perseguirlos. Su cabello oscuro estaba recogido en un moño severo, y sus ojos, de un gris acerado e inteligente, lo evaluaron con una intensidad que lo descolocó. No parecía asustada, ni desesperada. Parecía... controlada. Profesional. Peligrosa.

—Señor Foster —dijo la mujer, su voz era tranquila, culta, sin la distorsión que había oído por teléfono. Había un ligero acento, quizás europeo del este, apenas perceptible—. Gracias por venir. Aprecio su puntualidad. Y su valentía.

Daniel se puso de pie, alerta, pero intentando mantener una fachada de calma. —¿Quién es usted? ¿Y cómo sabe tanto sobre mí

y sobre mi investigación?

La mujer sonrió levemente, una sonrisa que no llegó a sus ojos grises. —Digamos que compartimos un enemigo común, señor Foster. Un enemigo muy poderoso. Y, como usted, creo que ha llegado el momento de que Michael Trent pague por sus crímenes.

—¿Trabaja para Trent? —preguntó Daniel directamente, sin rodeos.

La mujer soltó una risa breve y sin alegría. —¿Para Trent? Por favor, señor Foster. Yo no trabajo *para* hombres como Michael Trent. Yo los utilizo. O, en este caso, ayudo a destruirlos cuando se vuelven un lastre o una amenaza demasiado grande.

Daniel la estudió con atención. No encajaba en ningún perfil que hubiera imaginado. No era una víctima, ni una simple informante. Había algo en su porte, en su mirada, que irradiaba poder y una confianza en sí misma casi arrogante.

—Entonces, ¿quién es usted? —insistió Daniel.

—Mi nombre no es importante en este momento, señor Foster —respondió la mujer, su tono era firme, cortando cualquier intento de profundizar en su identidad—. Lo que importa es la información que tengo para usted. Información que podría salvar la vida de Sarah Bennett. E información que podría ayudarle a activar ese famoso "dead man's switch" antes de que Trent encuentre la forma de neutralizarlo por completo.

La mención del "dead man's switch" confirmó que esta mujer sabía mucho, quizás demasiado.

—¿Dónde está Sarah Bennett? —preguntó Daniel, la urgencia por encontrar a la periodista superando su cautela.

—Está viva. Por ahora —dijo la mujer—. Trent la tiene. La capturaron poco después de que usted y sus hombres estuvieran en su cabaña. La tienen en una de sus propiedades seguras, fuera de la ciudad. La misma donde estuvo retenida la testigo que usted rescató.

Daniel sintió un escalofrío. La finca. El puesto de guardia. Trent la tenía allí.

—¿Por qué me dice esto? ¿Qué gana usted con esto? —preguntó Daniel, la desconfianza luchando con la necesidad de creerle.

—Digamos que Michael Trent ha cometido el error de enemistarse con gente que es incluso más poderosa y despiadada que él, señor Foster —dijo la mujer, una sombra de algo que parecía desprecio cruzó su rostro—. Y esa gente ha decidido que su tiempo se ha acabado. Yo soy simplemente... una facilitadora. Alguien que ayuda a que las cosas sucedan.

Un facilitador. Una jugadora en un juego mucho más grande, mucho más complejo de lo que Daniel había imaginado. Un juego donde Trent era solo una pieza, aunque una muy peligrosa.

—Trent está presionando a Bennett para que le dé acceso a su investigación completa, para que desactive el "seguro" —continuó la mujer—. Tiene el ordenador, pero no la clave maestra de sus archivos encriptados, ni el control total del servidor donde está alojado el "dead man's switch". Bennett es fuerte, pero no resistirá para siempre. Necesita ayuda.

—¿Cómo podemos ayudarla? ¿Cómo podemos llegar a ella? Esa propiedad es una fortaleza.

La mujer sonrió de nuevo, esa sonrisa fría y enigmática. —Ahí es donde entro yo, señor Foster. Conozco las debilidades de Trent. Conozco sus rutinas. Y conozco a gente dentro de su organización que está... dispuesta a cambiar de bando si se les ofrece el incentivo adecuado. O si se les presiona lo suficiente.

Sacó una pequeña tarjeta de memoria de su bolso, idéntica a las que usaba Lisa, y se la ofreció a Daniel. —Aquí tiene. Contiene información detallada sobre la seguridad de esa propiedad. Horarios de las patrullas, puntos ciegos en las cámaras, códigos de acceso temporales a ciertas áreas. Y, lo más importante, la ubicación exacta donde tienen retenida a Sarah Bennett dentro del complejo.

Daniel tomó la tarjeta, sintiendo su peso, el peso de la información que contenía. Era una llave inesperada, una oportunidad que no podía rechazar.

—¿Por qué confiar en usted? —preguntó Daniel, aunque ya sabía la respuesta. No tenía otra opción.

—No tiene que confiar en mí, señor Foster —dijo la mujer, su voz era suave como la seda, pero con un trasfondo de acero—. Solo tiene que decidir si quiere salvar a Sarah Bennett y derribar a

Michael Trent. Yo le estoy ofreciendo las herramientas. Lo que haga con ellas... es su decisión. Y su riesgo.

Se giró para marcharse, su silueta elegante desapareciendo entre la exuberante vegetación del invernadero tan silenciosamente como había aparecido.

—Una cosa más, señor Foster —dijo, deteniéndose por un instante, sin volverse—. Michael Trent no es el único jugador en esta ciudad. Hay sombras mucho más profundas. Tenga cuidado en quién confía. Y tenga aún más cuidado con quién se enemista.

Y luego, desapareció, dejando a Daniel solo en el calor húmedo del invernador, con una tarjeta de memoria en la mano que contenía la promesa de la salvación de Sarah Bennett y la posible caída de Michael Trent, pero también con la inquietante sensación de haberse adentrado en un juego mucho más grande y peligroso, un juego cuyas reglas apenas comenzaba a comprender. El aliado misterioso le había dado una oportunidad, pero también una advertencia. Las sombras de Washington D.C. eran más profundas y complejas de lo que jamás había imaginado.

Capítulo 14

El calor húmedo del invernadero del Jardín Botánico pareció adherirse a Daniel como una segunda piel mientras salía de nuevo a la luz dorada y melancólica de la tarde. La pequeña tarjeta de memoria que la misteriosa mujer le había entregado se sentía como un bloque de hielo en la palma de su mano, un contraste gélido con la opresiva atmósfera tropical de la que acababa de escapar. Sus palabras, cargadas de un conocimiento inquietante y una advertencia velada sobre "sombras mucho más profundas", resonaban en su mente, compitiendo con el alivio y la incredulidad de saber que Sarah Bennett podría estar viva.

"Michael Trent no es el único jugador en esta ciudad."

La frase era una astilla clavada en su conciencia. ¿Quién era aquella mujer? ¿Una "facilitadora" trabajando para enemigos aún más poderosos de Trent? ¿O una maestra de la manipulación, tejiendo una red más compleja de lo que podían imaginar? Por ahora, esas preguntas tendrían que esperar. Lo urgente era la información que contenía la tarjeta.

Con la discreción de un operativo experimentado, Daniel se aseguró de que nadie lo seguía al salir del Jardín Botánico. Tomó una ruta indirecta hacia el punto de encuentro donde Rachel lo esperaba, su mente repasando cada detalle de la conversación, cada matiz en la voz y la mirada de la mujer del traje rojo burdeos. El color. Siempre ese color.

Rachel lo esperaba en un coche anodino, aparcado en una calle lateral tranquila. Sus ojos agudos lo escanearon en cuanto se acercó.

—¿Todo bien, Daniel? —preguntó, su tono profesional apenas ocultando la tensión—. Pareces... agitado. ¿Era una trampa?

—No lo sé, Rachel —respondió Daniel, subiendo al coche—. No lo creo. Pero fue... inesperado. Y muy, muy extraño. Tenemos que volver al piso franco. Ya.

El viaje de regreso fue tenso. Daniel relató a Rachel los detalles del encuentro, la aparición de la mujer, la información sobre Sarah Bennett, la tarjeta de memoria. Rachel escuchó en silencio, su expresión impasible, pero sus ojos analizando cada palabra.

—Una aliada anónima que conoce los detalles de la seguridad de Trent y la ubicación de Bennett —dijo Rachel finalmente, su voz era escéptica pero con un atisbo de intriga—. Suena a una operación de inteligencia, no a una simple filtración. O es alguien muy bien conectado, o nos están llevando directamente a la boca del lobo.

Llegaron al piso franco. Sam y Lisa los esperaban, la ansiedad visible en sus rostros. La puerta se cerró tras ellos, el sonido de los cerrojos echándose pareció amplificar el aislamiento del mundo exterior.

Daniel puso la tarjeta de memoria sobre la mesa de la cocina, junto al portátil seguro de Lisa. El pequeño objeto de plástico negro parecía irradiar una energía peligrosa.

—Sarah Bennett está viva —anunció Daniel, yendo directamente al grano—. Trent la tiene. En la finca. La misma donde estuvo María.

Un suspiro ahogado escapó de los labios de Lisa. Sam se irguió, su expresión endureciéndose.

—¿Cómo lo sabes, Daniel? —preguntó Sam, su voz grave.

Daniel les contó sobre la mujer del Jardín Botánico, la descripción de su apariencia, la conversación, la información que le había proporcionado. Les habló de la tarjeta de memoria.

—Dice que contiene información detallada sobre la seguridad de la finca —explicó Daniel—. Horarios de patrullas, puntos ciegos de las cámaras, códigos de acceso temporales. Y la ubicación exacta de Sarah.

Lisa miró la tarjeta con una mezcla de fascinación profesional y aprensión. —¿Y se supone que debemos confiar en esto? ¿En una desconocida que aparece de la nada con información tan sensible?

—No tenemos muchas opciones, Lisa —dijo Daniel—. Es la única pista que tenemos sobre Sarah. Y si hay una mínima posibilidad de que sea verdad, tenemos que investigarlo.

—Podría ser una trampa muy elaborada, Daniel —advirtió Sam, repitiendo la preocupación de Rachel—. Podrían estar esperándonos en esa finca.

—Lo sé. Pero la mujer también me dio una advertencia —añadió Daniel—. Dijo que Trent no es el único jugador. Que hay sombras más profundas. Eso no suena a alguien que trabaje para él.

Rachel, que había permanecido en silencio, observando y escuchando, finalmente habló. —La descripción de la mujer, Daniel. Alta, elegante, acento de Europa del Este, profesional, controlada... No encaja con el perfil de los matones habituales de Trent. Suena más a... inteligencia extranjera. O a una operadora de muy alto nivel de alguna organización privada.

La idea de que estuvieran lidiando con algo que iba más allá de Trent, con jugadores aún más poderosos y desconocidos, era profundamente inquietante.

—Lisa, ¿puedes analizar esa tarjeta? —pidió Daniel, volviendo a la tarea inmediata—. Con todas las precauciones. No sabemos qué puede contener además de la información prometida.

Lisa asintió, su rostro serio. Tomó la tarjeta y la insertó en una unidad externa conectada a su portátil aislado, el mismo que había utilizado para la memoria de Bennett y los archivos de BioGen. Sus dedos comenzaron a moverse sobre el teclado, ejecutando protocolos de seguridad, escaneando en busca de malware, analizando la estructura de los archivos.

El silencio en la pequeña sala era denso, roto solo por el tecleo de Lisa y el sonido de sus propias respiraciones contenidas. Daniel, Sam y Rachel la observaban, la tensión creciendo con cada segundo que pasaba.

Después de varios minutos que parecieron una eternidad, Lisa levantó la vista, sus ojos brillando con una mezcla de asombro y alarma.

—Es... es increíble, Daniel —dijo, su voz apenas un susurro—. La información está aquí. Todo lo que dijo la mujer.

Giró la pantalla para que pudieran ver. Mostraba planos detallados de la finca de Trent, no solo del puesto de guardia, sino de la casa principal y de varias estructuras auxiliares. Horarios de cambio de guardia, rutas de patrulla de los hombres de Aegis Security, la ubicación precisa de las cámaras de vigilancia, con indicaciones de sus ángulos muertos. Códigos de acceso numéricos para ciertas puertas y sistemas. Y, en un archivo separado, claramente marcado, la ubicación donde supuestamente tenían retenida a Sarah Bennett: una habitación en un ala aislada de la casa principal, descrita como una "suite de invitados" convertida en celda improvisada.

—Esto es... demasiado detallado —murmuró Sam, impresionado y receloso a partes iguales—. Demasiado bueno para ser verdad. ¿Cómo pudo alguien obtener esta información?

—Alguien con acceso de muy alto nivel a los sistemas de seguridad de Trent —dijo Rachel, su mente analítica trabajando a toda velocidad—. O alguien que los diseñó. O alguien que tiene a un topo muy bien colocado dentro de la organización de Trent.

—La mujer dijo que conocía a gente dentro de la organización de Trent dispuesta a cambiar de bando —recordó Daniel.

Lisa seguía navegando por los archivos de la tarjeta. —Hay más. Un análisis de las vulnerabilidades del sistema de seguridad. Sugerencias sobre cómo explotarlas. Incluso perfiles de algunos de los guardias clave, con sus hábitos y posibles puntos débiles. Es... es un manual completo para infiltrarse en la fortaleza de Trent.

La magnitud de la información era abrumadora. Les habían entregado, en bandeja de plata, todo lo que necesitaban para intentar un rescate. Pero la pregunta seguía flotando en el aire, más ominosa que nunca: ¿Por qué? ¿Quién era esta misteriosa benefactora y cuáles eran sus verdaderas intenciones?

—Esto no es un regalo, Daniel —dijo Sam, su voz era grave, llena de la sabiduría de la experiencia—. Nadie da algo así sin esperar algo a cambio. O sin tener una agenda oculta.

—Lo sé —asintió Daniel—. Pero, ¿qué otra opción tenemos? Sarah Bennett está allí. Trent la tiene. Y esta podría ser nuestra

única oportunidad de sacarla con vida. Y de obtener su testimonio, su investigación.

Rachel, siempre la estratega, comenzó a analizar los planos y la información de seguridad. —¿Cuándo podríamos intentarlo? Los códigos de acceso suelen ser temporales, cambian con regularidad. Si esta información es reciente, tenemos una ventana de oportunidad limitada.

—La mujer no me dio un plazo —dijo Daniel—. Pero la urgencia en su voz era palpable.

—Tenemos que asumir que el tiempo es esencial —dijo Rachel—. Si vamos a hacerlo, tiene que ser pronto. Y tiene que ser perfecto. No habrá segundas oportunidades.

La decisión se cernía sobre ellos, pesada y cargada de consecuencias. Infiltrarse en la finca de Trent, rescatar a Sarah Bennett, enfrentarse a sus guardias y, posiblemente, al propio Trent... era una misión suicida. Pero la alternativa, dejar que Bennett corriera la misma suerte que Peter, que la "Evidencia Mortal" se perdiera para siempre, era impensable.

Daniel miró a Sam, a Lisa, a Rachel. Vio en sus ojos la misma mezcla de miedo, determinación y la lealtad inquebrantable que los había mantenido unidos a través de tantos peligros.

—Lo haremos —dijo Daniel, su voz firme, sin rastro de duda—. Prepararemos un plan. Usaremos esta información. Y sacaremos a Sarah Bennett de allí. Cueste lo que cueste.

La tarjeta de memoria de la misteriosa mujer había abierto una puerta, una puerta que conducía directamente al corazón del peligro. Pero también, quizás, a la justicia que tanto anhelaban. La noche caía sobre D.C., pero en el pequeño piso franco, una nueva y peligrosa esperanza comenzaba a tomar forma.

Capítulo 15

La decisión de Daniel, "Lo haremos. Cueste lo que cueste", resonó en la pequeña sala del piso franco con la solemnidad de un juramento irrevocable. El aire, ya cargado por el cansancio y la tensión acumulada, pareció vibrar con una nueva energía, una mezcla peligrosa de miedo y una determinación casi febril. La tarjeta de memoria de la misteriosa mujer yacía sobre la mesa de la cocina, un pequeño rectángulo de plástico negro que contenía los planos de la fortaleza de Michael Trent y, con ellos, la llave para una operación que bordeaba la locura.

Sam fue el primero en romper el silencio que siguió a la declaración de Daniel. Se frotó la cicatriz aún sensible de su brazo, un recordatorio constante de la brutalidad de sus adversarios. —Si vamos a hacer esto, Daniel, tiene que ser con los ojos bien abiertos. La información de esa... "facilitadora"... es increíblemente detallada. Demasiado, quizás. Sigo pensando que podría ser una trampa diseñada para eliminarnos a todos de una vez.

—Es un riesgo que no podemos ignorar, Sam —convino Rachel, su rostro serio y concentrado mientras sus dedos ya se deslizaban por la pantalla de su tablet, donde Lisa le había transferido los archivos de la tarjeta de memoria—. Pero la información parece genuina. Los planos, los horarios de patrulla, los perfiles de los guardias... esto no es algo que se inventa en una tarde. Quienquiera que nos haya dado esto tiene acceso de muy alto nivel, o ha realizado una vigilancia exhaustiva y muy profesional.

Lisa, que había estado analizando la estructura de los archivos y buscando cualquier rastro de malware o troyanos en la tarjeta (no había encontrado ninguno, estaba limpia), asintió. —La forma en

que está organizada la información, los detalles técnicos sobre los sistemas de seguridad... es obra de un profesional. O de un equipo de profesionales. La pregunta sigue siendo: ¿por qué nosotros? ¿Por qué darnos esta llave?

—"Michael Trent no es el único jugador en esta ciudad. Hay sombras mucho más profundas" —citó Daniel las palabras de la mujer del Jardín Botánico—. Quizás seamos peones en un juego más grande. Quizás esta "facilitadora" y sus jefes quieren que nosotros hagamos el trabajo sucio, que nos arriesguemos a sacar a Bennett y a enfrentarnos a Trent, mientras ellos observan desde la distancia.

—Y si fallamos, somos nosotros los que caemos. Si tenemos éxito, ellos se benefician de la caída de Trent sin mancharse las manos —concluyó Sam con amargura—. Un cálculo frío y cínico. Típico de los juegos de poder en esta ciudad.

—Pero eso no cambia nuestra situación fundamental —intervino Daniel, su mirada fija en los planos que ahora se proyectaban en la pared desde el portátil de Lisa—. Sarah Bennett está allí. Trent la tiene. Y esa finca es el único lugar donde podemos encontrarla. La información de la tarjeta, sea cual sea su origen, es nuestra única oportunidad de intentarlo con alguna posibilidad de éxito, por mínima que sea.

Rachel se levantó y se acercó a la pared, estudiando los planos con la intensidad de un general antes de una batalla. Los planos mostraban la casa principal, una mansión extensa y de múltiples alas, el puesto de guardia que ya conocían, y varias estructuras auxiliares: garajes, lo que parecían ser barracones para el personal de seguridad, e incluso una pequeña pista de aterrizaje para helicópteros en un extremo de la propiedad.

—La "suite de invitados" donde supuestamente tienen a Bennett está en el ala oeste de la casa principal —señaló Rachel un punto en el plano—. Es una zona relativamente aislada del resto de la casa, según estas notas, con su propia entrada de servicio y menos tráfico de personal. Eso podría jugar a nuestro favor.

—Pero para llegar allí, tenemos que cruzar el perímetro, evitar las patrullas internas, neutralizar la seguridad de la casa principal y luego sacarla —enumeró Sam, cada punto una barrera casi

insuperable—. Y todo esto sin alertar a Trent, que probablemente esté en la casa.

—La tarjeta menciona puntos ciegos en las cámaras perimetrales, los mismos que identificamos en nuestra primera incursión, pero con más detalle —dijo Rachel, su dedo trazando una ruta en el plano—. Y los horarios de las patrullas de Aegis Security. Hay ventanas de oportunidad, momentos en los que la vigilancia es menor en ciertos sectores. Podríamos usar eso para cruzar el perímetro exterior sin ser detectados.

—Una vez dentro del perímetro boscoso, el verdadero desafío será llegar a la casa principal —continuó, señalando las rutas de las patrullas internas y la ubicación de las cámaras adicionales que habían encontrado—. Los perros de rastreo son nuestro mayor problema. Necesitaremos algo para enmascarar nuestro olor o para distraerlos.

Lisa, que había estado investigando en su portátil mientras escuchaba, levantó la vista. —Podría tener algo para eso. Hay compuestos químicos que pueden confundir temporalmente el olfato de los perros, o neutralizadores de olores de grado profesional. Podríamos intentar conseguir algunos.

—Bien pensado, Lisa —dijo Daniel—. Cada pequeña ventaja cuenta.

La planificación continuó durante horas, adentrándose en la noche. Analizaron cada detalle de la información de la tarjeta: los perfiles de los guardias, buscando al más negligente o al que tuviera una rutina predecible; los códigos de acceso, que según la tarjeta se cambiaban cada doce horas, lo que significaba que su ventana de oportunidad era crítica; las vulnerabilidades en el sistema de alarma de la casa principal, que según las notas, tenía un pequeño retraso en la activación en ciertas zonas si se accedía con un código específico.

El plan que comenzó a tomar forma era audaz, complejo y lleno de riesgos mortales en cada etapa:

Infiltración Perimetral: Utilizarían el mismo punto ciego que en su incursión anterior, pero esta vez con información más

precisa sobre los sensores y las cámaras, y con compuestos para enmascarar su olor de los perros.

Avance hacia la Casa Principal: Se moverían de noche, utilizando la cobertura del bosque y evitando las rutas de patrulla conocidas. Rachel iría en cabeza, guiándolos.

Neutralización de la Seguridad Externa de la Casa: Intentarían usar los códigos de acceso temporales para desactivar selectivamente las alarmas en el ala oeste. Si eso fallaba, tendrían que improvisar.

Entrada y Rescate: Una vez dentro del ala oeste, localizarían la "suite de invitados" y rescatarían a Sarah Bennett. Daniel y Rachel se encargarían de esto, mientras Sam vigilaba la ruta de escape y proporcionaba cobertura.

Extracción: Sacar a Bennett de la finca sería tan peligroso como entrar. Tendrían que volver a cruzar el perímetro boscoso y llegar a un punto de extracción seguro que Rachel establecería.

—¿Y qué pasa con Trent? —preguntó Sam, la pregunta que todos estaban evitando—. Si está en la casa, y es casi seguro que lo estará, no podemos simplemente entrar y salir sin que se entere.

—Nuestra prioridad es Sarah Bennett —dijo Daniel con firmeza—. Sacarla con vida y con su investigación, si es posible. Enfrentarnos a Trent directamente en su fortaleza, con sus hombres, es un suicidio. Lo evitaremos a toda costa.

Pero en el fondo de su mente, la idea de tener a Trent tan cerca, la posibilidad de una confrontación, ardía como una brasa incandescente. La justicia para Peter lo exigía.

Decidieron que irían la noche siguiente. Les daba menos de veinticuatro horas para prepararse, para conseguir cualquier equipo adicional que necesitaran, para repasar el plan una y otra vez hasta que cada movimiento fuera instintivo.

Lisa se encargaría de la comunicación segura desde el piso franco, monitoreando cualquier actividad digital de Trent o Aegis Security, lista para transmitir cualquier información de última hora. También intentaría acceder de forma remota a cualquier sistema de

la finca que no estuviera completamente aislado, aunque las posibilidades eran escasas.

El cansancio era un enemigo más, invisible pero persistente. Intentaron descansar por turnos, pero el sueño era esquivo, lleno de sombras y el eco de la advertencia de la misteriosa mujer.

Antes de intentar dormir unas pocas horas, Daniel sacó el libro de Marco Aurelio. Lo abrió al azar. Sus ojos se posaron en una frase: *"La mejor venganza es no ser como tu enemigo."*

Cerró el libro. La venganza no era su objetivo principal, o al menos, intentaba convencerse de ello. Era la justicia. La justicia para Alistair Finch, para la Dra. Hanson, para Sarah Bennett. Y sí, la justicia para Peter. Pero la línea entre justicia y venganza, especialmente cuando el enemigo era Michael Trent, se volvía cada vez más borrosa, teñida con el rojo burdeos de la sangre y la traición.

La noche siguiente, bajo una luna nueva que sumía el campo de Virginia en una oscuridad casi total, se pusieron en marcha. El destino de Sarah Bennett, y quizás el suyo propio, pendía de un hilo.

Capítulo 16

La noche descendió sobre Virginia como un sudario de terciopelo negro, espeso e impenetrable. La luna nueva, una astilla de plata apenas visible en el vasto lienzo estrellado, ofrecía poca guía, sumiendo el paisaje rural en una oscuridad casi total. Para Daniel, Sam y Rachel, esa oscuridad era a la vez una aliada y una enemiga: ocultaba sus movimientos, pero también magnificaba cada sonido, cada sombra, cada peligro potencial que acechaba en el corazón de la finca de Michael Trent.

El viaje desde el piso franco en D.C. hasta las inmediaciones de la propiedad de Trent había sido tenso y silencioso. Utilizaron el coche alquilado, anónimo e imposible de rastrear hasta ellos, conduciendo por carreteras secundarias y caminos rurales para evitar cualquier posible vigilancia. Lisa se quedó atrás, en el piso franco, su fortaleza digital. Sería sus ojos y oídos en el mundo cibernético, monitoreando las comunicaciones de Aegis Security, buscando cualquier alerta inusual, cualquier señal de que Trent o sus hombres estuvieran al tanto de su incursión. Les había proporcionado pequeños comunicadores encriptados, de corto alcance pero seguros, para mantenerse en contacto una vez dentro del perímetro.

Aparcaron el coche a varios kilómetros de la entrada principal de la finca, en un camino forestal abandonado, cubriéndolo con ramas y maleza para ocultarlo de cualquier patrulla casual. Desde allí, el resto del camino sería a pie, a través del denso bosque que rodeaba la propiedad, un terreno que ya conocían por su anterior y casi desastrosa visita a la cabaña de Sarah Bennett.

Se equiparon en el silencio del bosque, el único sonido el susurro del viento entre los árboles y el canto lejano de un búho. Llevaban ropa oscura, no reflectante, que se fundía con las sombras. Mochilas ligeras contenían lo esencial: agua, raciones de emergencia, un botiquín básico, linternas con filtros rojos para preservar la visión nocturna, las herramientas de Sam para cerraduras y sistemas de alarma, y los compuestos químicos que Lisa había logrado sintetizar a partir de instrucciones encontradas en foros de seguridad –una mezcla diseñada para confundir temporalmente el agudo olfato de los perros de rastreo. Daniel llevaba consigo la memoria USB de la misteriosa "facilitadora", con los planos y la información de seguridad, y la pistola automática que esperaba no tener que usar. Rachel, además de su propio equipo especializado de infiltración, llevaba una pequeña mochila con suministros médicos más avanzados; en operaciones como esta, la preparación para lo peor era una necesidad, no una opción.

—Lisa, ¿nos recibes? —susurró Daniel en el comunicador, su voz apenas un murmullo.

—Alto y claro, Daniel —respondió la voz de Lisa, nítida y sin interferencias a pesar de la distancia—. Estoy monitoreando. No hay actividad inusual detectada en las comunicaciones de Aegis por ahora. Pero mantened la guardia alta.

—Entendido. Nos moveremos hacia el punto de infiltración perimetral. Mantendremos contacto cada treinta minutos, o antes si hay problemas. Corto.

Comenzaron la marcha, adentrándose en la oscuridad del bosque. Rachel iba en cabeza, sus movimientos fluidos y silenciosos como los de un depredador nocturno, sus ojos adaptados a la penumbra, leyendo el terreno, buscando el camino más seguro y discreto. Sam, a pesar de la tensión y el recuerdo de su reciente herida, se movía con una sorprendente agilidad, su experiencia y su calma eran un ancla para el grupo. Daniel los seguía, intentando igualar su sigilo, cada sentido alerta, el corazón latiéndole con una mezcla de miedo y una determinación fría que se había asentado en su interior.

El bosque era un laberinto de sombras y sonidos desconocidos. El crujido de una rama bajo una bota descuidada, el ulular de una lechuza, el susurro del viento... todo parecía amplificado, cada sonido una posible amenaza. Los compuestos químicos que rociaron en sus botas y en la parte inferior de sus pantalones ayudaban a enmascarar su olor, pero la tensión de saber que los perros de Trent podían estar patrullando cerca era constante.

Después de casi una hora de avance lento y agotador, llegaron al borde del perímetro exterior de la finca, al mismo punto ciego que la tarjeta de memoria había confirmado y que habían utilizado en su incursión anterior a la cabaña. La información de la "facilitadora" era precisa. Las cámaras de vigilancia, aunque presentes, tenían un ángulo muerto en esa zona debido a la densidad de la vegetación y a un pequeño terraplén natural. Los sensores de movimiento parecían menos sensibles allí.

—Este es el punto —susurró Rachel, deteniéndose y observando el perímetro con unos binoculares de visión nocturna—. Según la información, la patrulla de Aegis que cubre este sector pasó hace unos quince minutos. Tenemos una ventana de aproximadamente cuarenta y cinco minutos antes de que regresen.

No era mucho tiempo. Tenían que moverse rápido y con precisión.

Cruzaron el perímetro uno por uno, con Rachel yendo primero para asegurarse de que el camino estaba despejado. Daniel sintió la misma descarga de adrenalina que la primera vez, la sensación de estar cruzando una línea invisible hacia un territorio hostil. Una vez dentro, el aire pareció volverse más denso, más opresivo. Estaban en el dominio de Trent.

El avance hacia la casa principal fue aún más lento y peligroso que el cruce del perímetro. Los planos de la "facilitadora" mostraban las rutas de las patrullas internas y la ubicación de las cámaras adicionales, pero el bosque era un terreno impredecible en la oscuridad. Evitaron los senderos conocidos, moviéndose a través de la maleza densa, utilizando cada árbol, cada sombra, como cobertura.

En un momento dado, tuvieron que detenerse y esconderse rápidamente cuando oyeron el sonido inconfundible de una patrulla acercándose, el tintineo metálico del equipo y el jadeo de los perros. Se agacharon entre unos helechos espesos, conteniendo la respiración, mientras la patrulla pasaba a menos de veinte metros de ellos. Los perros olfatearon el aire, inquietos, pero los compuestos químicos y la brisa nocturna parecieron confundirlos lo suficiente como para que los guardias no les prestaran atención. El corazón de Daniel martilleaba contra sus costillas como un tambor desbocado hasta que la patrulla se perdió de vista.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, llegaron al borde del claro que rodeaba la casa principal. La mansión de Trent se alzaba ante ellos, una estructura imponente y oscura contra el cielo nocturno, con solo unas pocas luces encendidas en algunas ventanas, como ojos vigilantes en la oscuridad. El puesto de guardia, donde habían visto a Bennett y a la otra testigo, estaba a un lado, también en penumbra, pero con una presencia amenazante.

—La información de la tarjeta dice que el ala oeste es nuestro objetivo —susurró Rachel, señalando una sección de la mansión que parecía más oscura y menos transitada—. Allí está la "suite de invitados". Y la entrada de servicio que mencionaban los planos debería estar por ese lado.

Se movieron con extrema cautela a lo largo del borde del bosque, utilizando la línea de árboles como última cobertura antes de tener que cruzar el espacio abierto que rodeaba la casa. El césped bien cuidado se extendía ante ellos como una alfombra verde y expuesta bajo la escasa luz de la luna.

—Lisa, ¿alguna novedad? —susurró Daniel en el comunicador.

—Todo tranquilo por aquí, Daniel —respondió Lisa—. No hay alertas inusuales en las comunicaciones de Aegis. Pero he estado revisando los perfiles de los guardias que estaban en la tarjeta. Hay uno asignado al ala oeste esta noche, un tal Henderson. Según las notas, tiene fama de ser... algo negligente. A veces se duerme en su puesto o se distrae con facilidad. Podría ser nuestra oportunidad.

Un guardia negligente. Era una pequeña grieta en la armadura de Trent, una posible ventaja.

—Los códigos de acceso para la puerta de servicio del ala oeste —continuó Rachel, consultando una pequeña tablet que llevaba, donde había cargado la información de la tarjeta de memoria—. Según esto, el código actual es 7-3-9-1. Pero cambia en... —miró su reloj— ...exactamente treinta y siete minutos. Tenemos que entrar antes de eso.

La presión del tiempo se sumó a la tensión del momento. Treinta y siete minutos para cruzar el claro, llegar a la puerta de servicio, introducir el código y entrar en el ala oeste sin ser detectados.

—Sam, tú te quedarás aquí, en el borde del bosque, como nuestra primera línea de cobertura y vigilancia —decidió Daniel—. Si ves algo, si algo sale mal, nos avisas de inmediato y abortamos. Rachel y yo iremos a por Bennett.

Sam asintió, su rostro serio en la oscuridad. —Entendido. Tened cuidado ahí dentro. Recordad, el objetivo es sacar a Bennett. Nada de héroes innecesarios.

Daniel miró a Rachel. Ella asintió, lista. La hora de la verdad había llegado. Se prepararon para cruzar el claro, para adentrarse en la guarida del león. La "Evidencia Mortal" y la vida de Sarah Bennett dependían de los siguientes treinta y siete minutos.

Capítulo 17

El reloj digital en la muñeca de Rachel marcaba treinta y siete minutos. Treinta y siete minutos para cruzar el claro expuesto que rodeaba la mansión de Michael Trent, llegar a la puerta de servicio del ala oeste, introducir el código de acceso temporal y encontrar a Sarah Bennett. Treinta y siete minutos antes de que los códigos cambiaran, convirtiendo su única llave de entrada en un trozo inútil de información y sellando su destino, y el de Bennett, dentro de la fortaleza. La oscuridad de la noche, aunque profunda bajo la luna nueva, se sentía insuficiente para ocultarlos de los ojos invisibles que sabían que vigilaban desde la imponente estructura de piedra y cristal que se alzaba ante ellos.

Sam permaneció en el borde del bosque, una sombra entre las sombras, su figura apenas perceptible. Sería su vigía, su primera línea de advertencia si algo salía mal, si una patrulla de Aegis Security aparecía inesperadamente o si detectaba cualquier movimiento sospechoso. Susurró un último "Cuidaos" en el comunicador antes de que Daniel y Rachel comenzaran su avance.

Se movieron agachados, utilizando cada brizna de hierba alta, cada arbusto ornamental, cada sombra proyectada por los árboles dispersos en el césped como cobertura. El césped, perfectamente cuidado, ofrecía poco escondite. Cada paso era una apuesta, cada metro ganado una pequeña victoria contra el miedo y la exposición. Daniel sentía el latido de su corazón resonando en sus oídos, un tambor sordo que competía con el sonido de su propia respiración contenida. Rachel se movía delante, con la gracia fluida y silenciosa de un felino, sus ojos escaneando constantemente el entorno, la casa, las ventanas oscuras.

Llegaron al muro exterior del ala oeste de la mansión. Era una estructura imponente, de piedra oscura, con grandes ventanales que, en su mayoría, estaban oscuros. La información de la "facilitadora" indicaba que esta ala era menos utilizada, principalmente para invitados o almacenamiento, lo que explicaba la menor presencia de personal.

—La puerta de servicio debería estar a unos veinte metros, doblando esa esquina —susurró Rachel, señalando un recodo en el muro.

Se deslizaron a lo largo de la pared fría de piedra, sus espaldas rozando la superficie rugosa, hasta que llegaron a una pequeña puerta de metal, pintada de un color oscuro para que se mezclara con la piedra. Un pequeño teclado numérico brillaba débilmente a su lado. Era la entrada de servicio.

Rachel miró su reloj. —Veintiocho minutos.

Daniel asintió. Se acercó al teclado. La información de Lisa sobre el guardia Henderson, el supuestamente negligente asignado a esta zona, le daba una mínima esperanza de que no estuvieran siendo observados activamente en ese preciso instante. Introdujo el código: 7-3-9-1.

Una pequeña luz verde parpadeó en el teclado. Se oyó un suave clic metálico. La puerta estaba abierta.

Contuvieron la respiración, esperando el sonido de una alarma, el grito de un guardia. Nada. Silencio. Solo el susurro del viento nocturno y el latido de sus propios corazones.

Rachel abrió la puerta con extremo cuidado, una rendija apenas suficiente para mirar dentro. Un pasillo de servicio oscuro y estrecho. No se veía a nadie. Hizo una señal a Daniel. Entraron.

El interior del ala oeste estaba en silencio, un silencio opresivo que contrastaba con el sonido constante de la naturaleza exterior. El aire era frío, con un ligero olor a polvo y a productos de limpieza. Las luces estaban apagadas, sumiendo los pasillos en una penumbra casi total, rota solo por la luz pálida que se filtraba por alguna ventana distante o el brillo de los indicadores de emergencia.

Se movieron por el pasillo de servicio, sus botas de goma apenas haciendo ruido sobre el suelo de baldosas. Los planos de la

"facilitadora" eran su guía. Indicaban que la "suite de invitados" donde supuestamente tenían a Bennett estaba en el segundo piso de esa ala, al final de un pasillo que daba a un pequeño patio interior.

Llegaron a una escalera de servicio, también oscura y silenciosa. Subieron con cautela, cada escalón un posible delator. El segundo piso era igual de silencioso, igual de oscuro. Los pasillos alfombrados ayudaban a amortiguar sus pasos.

Según los planos, la habitación de Bennett era la tercera a la derecha. Se acercaron a la puerta, una pesada puerta de madera oscura. No había señales de guardias en el pasillo.

Daniel miró a Rachel. Ella asintió. Él puso la mano en el pomo. Estaba cerrado.

Rachel sacó un pequeño juego de ganzúas de su bolsillo. En la oscuridad, trabajando con la habilidad de un cirujano, comenzó a manipular la cerradura. Los segundos se estiraban, cada clic metálico de las ganzúas resonando en el silencio.

Finalmente, un clic más fuerte. La cerradura había cedido.

Daniel empujó la puerta lentamente, abriéndola apenas unos centímetros. Miró dentro.

La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por la luz de la luna que se filtraba a través de una gran ventana con barrotes. En una cama en el centro de la habitación, había una figura inmóvil.

Sarah Bennett.

Estaba acostada de lado, de espaldas a la puerta. Su cabello oscuro estaba esparcido sobre la almohada. Parecía estar dormida, o inconsciente.

Daniel y Rachel entraron en la habitación con sigilo. Se acercaron a la cama.

—¿Sarah? —susurró Daniel, tocándole suavemente el hombro.

La figura se movió ligeramente, un gemido ahogado escapó de sus labios. Se giró lentamente.

No era Sarah Bennett.

La mujer que los miraba con ojos muy abiertos, llenos de terror y confusión, era más joven, con el cabello castaño y rasgos que Daniel no reconoció de ninguna foto de la periodista. Era la misma mujer

que habían visto en el monitor del puesto de guardia, la que estaba en la celda. María Rodríguez.

Pero, ¿qué hacía María Rodríguez aquí? Se suponía que estaba a salvo, con la madre de Daniel, bajo la protección de los contactos de Rachel.

—¿María? —preguntó Daniel, la sorpresa y la confusión evidentes en su voz—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo...?

Antes de que María pudiera responder, antes de que pudieran procesar la impactante revelación, oyeron un ruido detrás de ellos. Un clic metálico. El inconfundible sonido de un arma siendo amartillada en la oscuridad.

Se giraron lentamente.

En el umbral de la puerta, recortada contra la penumbra del pasillo, había una figura. Alta, elegante. Sosteniendo una pistola con una calma escalofriante.

Era la mujer del Jardín Botánico. La "facilitadora". Su rostro, antes una máscara de fría profesionalidad, ahora mostraba una leve sonrisa de triunfo.

—Buenas noches, señor Foster. Señorita Myers —dijo, su voz suave como la seda, pero con un trasfondo de acero—. Veo que encontraron mi... invitación. Y a mi pequeña carnada.

La trampa se había cerrado. Y ellos habían caído directamente en ella. La información, los planos, los códigos... todo había sido una elaborada farsa para atraerlos al corazón de la fortaleza de Trent, directamente a las manos de esta mujer, cuyo juego y cuyas verdaderas intenciones seguían siendo un misterio aterrador.

Capítulo 18

La sonrisa de triunfo en el rostro de la "facilitadora" era un golpe más certero que cualquier bala. El cañón de su pistola, firme en su mano elegante, apuntaba directamente al pecho de Daniel, un punto oscuro y letal en la penumbra de la habitación. María Rodríguez, encogida detrás de Daniel, soltó un gemido ahogado, el terror paralizándola. Rachel, a un lado, permanecía tensa, sus ojos grises fijos en la mujer, evaluando cada microexpresión, cada posible debilidad, cada ángulo de escape.

—Una carnada muy efectiva, ¿no cree, señor Foster? —dijo la mujer, su voz suave como la seda, pero con un matiz de acero que helaba la sangre—. Sabía que la mención de Sarah Bennett sería irresistible para usted. Y la perspectiva de obtener información sobre la seguridad de Trent... bueno, digamos que simplificó mucho las cosas.

—¿Quién es usted? —preguntó Daniel, su voz era baja, controlada, intentando ocultar la furia y la sensación de haber sido manipulado tan burdamente. La información, los planos, los códigos... todo había sido una farsa.

—Ya le dije que mi nombre no es importante —replicó la mujer, su sonrisa se desvaneció ligeramente, reemplazada por una expresión de fría profesionalidad—. Lo que importa es que ahora están exactamente donde quería que estuvieran. Y tengo a la testigo que tanto anhelaban.

Señaló con un gesto de la cabeza a María Rodríguez. —¿O acaso pensaban que la verdadera Sarah Bennett sería tan fácil de encontrar? Trent no es un aficionado, señor Foster. La tiene bien guardada. Mucho mejor que a esta... pieza de recambio.

—¿Por qué María? —preguntó Rachel, su voz era cortante, analítica—. ¿Por qué traerla aquí? ¿Para atraernos?

—Precisamente, señorita Myers —confirmó la facilitadora—. Un señuelo creíble. Sabía que el señor Foster tenía un... interés personal en la testigo del caso Sterling. Y la información de la tarjeta de memoria, aunque genuina en sus detalles técnicos sobre la finca, estaba diseñada para llevarlos directamente a esta habitación, a esta hora.

Daniel sintió una oleada de náusea. Habían sido conducidos como ovejas al matadero. La información sobre el guardia negligente, los códigos de acceso temporales... todo parte del engaño.

—¿Trabaja para Trent? —espetó Daniel—. ¿Todo esto ha sido un juego para él?

La mujer soltó una risa breve, un sonido que no tenía nada de divertido. —Michael Trent es un peón en un tablero mucho más grande, señor Foster. Un peón muy útil, a veces. Otras, un obstáculo. En este momento, es ambas cosas. Yo no trabajo *para* él. Digamos que mis... empleadores... tienen intereses que a veces coinciden con los suyos, y a veces, como ahora, divergen.

"Sombras mucho más profundas", había dicho en el Jardín Botánico. Ahora Daniel comenzaba a entender la verdadera magnitud de esas sombras.

—¿Qué quieren de nosotros? —preguntó Rachel, su postura no delataba el más mínimo temor, aunque la pistola seguía apuntando a Daniel.

—De usted, señorita Myers, nada en particular por ahora. Es un daño colateral interesante —dijo la mujer, sus ojos grises fijos en Daniel—. Pero del señor Foster... ah, del señor Foster queremos varias cosas. Queremos la "Evidencia Mortal" que obtuvo de BioGen. Sabemos que la tiene. Y queremos que deje de investigar ciertos... asuntos... que no le conciernen. Asuntos que van mucho más allá de la corrupción local de un concejal o la manipulación de datos de un fármaco.

Así que no solo era Trent. Había otros jugadores, aún más poderosos, que estaban preocupados por lo que Daniel y su equipo

estaban desenterrando. La investigación de BioGen, la conexión con Trent... quizás era solo la punta de un iceberg mucho más grande y peligroso.

—No les daré nada —dijo Daniel con firmeza, aunque sabía que su posición era desesperada.

La sonrisa regresó al rostro de la facilitadora. —Oh, creo que lo hará, señor Foster. Tenemos formas muy persuasivas de conseguir cooperación. Y tenemos a su... amiga... la señorita Rodríguez. Una excelente palanca, ¿no cree?

María sollozó, el miedo finalmente rompiendo su entereza.

Antes de que Daniel pudiera responder, el comunicador de Rachel, que llevaba discretamente en el oído, emitió un chasquido apenas perceptible. Un código preestablecido. Sam.

La atención de la facilitadora se desvió por una fracción de segundo hacia el sonido, una arruga de contrariedad cruzando su frente. —¿Tiene compañía, señorita Myers? Qué descuidado por mi parte no haberlo previsto.

En ese instante, Rachel actuó. Con una velocidad y una precisión asombrosas, se lanzó, no hacia la mujer armada, sino hacia la gran ventana con barrotes que había en la habitación. No intentó romperla; sabía que sería inútil. En lugar de eso, agarró las pesadas cortinas de terciopelo que la cubrían y tiró de ellas con todas sus fuerzas.

Las cortinas se rasgaron y cayeron con un estrépito, revelando no solo la noche exterior, sino también un pequeño panel de control de alarma incrustado en la pared junto a la ventana, uno que no aparecía en los planos "filtrados". La luz roja de una alarma silenciosa comenzó a parpadear.

La facilitadora siseó, sorprendida por la rapidez y la audacia del movimiento. Su atención se desvió hacia el panel de alarma.

Fue la oportunidad que Daniel necesitaba. Se lanzó hacia un lado, apartando a María del peligro, y agarró una pesada lámpara de pie de bronce que había junto a la cama. La levantó, listo para usarla como arma.

—¡Sam, ahora! —gritó Daniel en su propio comunicador, esperando que su socio hubiera entendido la señal de Rachel.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y Sam Ortega entró, no con un arma, sino con algo mucho más inesperado en ese contexto: un extintor de incendios. Lo había encontrado en el pasillo de servicio. Sin dudarlo, apuntó la boquilla hacia la facilitadora y apretó la palanca.

Una nube densa y blanca de polvo químico llenó la habitación al instante, ahogando la luz, creando confusión, haciendo toser a todos. La facilitadora gritó, sorprendida y cegada, y su pistola se disparó, el fogonazo iluminando brevemente el caos blanco, la bala perdiéndose en el techo.

—¡Salgan! —gritó Sam, su voz ahogada por el polvo—. ¡Hacia la escalera de servicio!

Daniel agarró a María, que tosía y lloraba, y la empujó hacia la puerta. Rachel ya estaba allí, guiándolos. Salieron al pasillo, dejando atrás la habitación llena de polvo y la figura enfurecida y momentáneamente cegada de la facilitadora.

Corrieron por los pasillos oscuros, el sonido de la alarma general de la finca comenzando a sonar ahora, un aullido penetrante que se unía al caos. Las luces de emergencia parpadeaban, creando un efecto estroboscópico que dificultaba la visión.

—¡Por aquí! —guió Rachel, recordando los planos, incluso los falsos, que les habían dado una idea general de la distribución del ala.

Llegaron a la escalera de servicio, bajaron a trompicones, sus pasos resonando en el hueco de la escalera. Oían gritos y pasos apresurados acercándose desde otras partes de la mansión. Los hombres de Trent, alertados por la alarma general, estarían convergiendo en su posición.

Salieron por la puerta de servicio por la que habían entrado, de vuelta al claro oscuro y frío. La noche, antes una amenaza, ahora parecía ofrecer una promesa de escape.

—¡Hacia el bosque! —ordenó Daniel.

Corrieron a través del césped, hacia la línea de árboles, mientras las luces de la mansión se encendían, proyectando haces de luz que barrían el terreno. Oyeron gritos detrás de ellos, órdenes siendo ladradas en la oscuridad.

Se adentraron en la espesura del bosque justo cuando los primeros guardias de Aegis Security llegaban al claro, sus linternas cortando la oscuridad.

Estaban fuera de la casa, pero no fuera de peligro. La trampa de la facilitadora había fallado, gracias a la rapidez mental de Rachel y la improvisación de Sam. Tenían a María Rodríguez con ellos de nuevo. Pero ahora, toda la finca de Trent estaba en alerta máxima. Y ellos estaban atrapados dentro del perímetro, con una jauría de hombres armados pisándoles los talones. La huida acababa de comenzar.

Capítulo 19

La noche se los tragó enteros. El bosque, antes un laberinto de sigilo y avance calculado, se convirtió en un infierno de ramas que arañaban, raíces traicioneras y el eco constante de sus propias respiraciones agitadas. Detrás de ellos, la mansión de Michael Trent era una bestia herida y furiosa, sus luces barriendo el claro como ojos enloquecidos, el aullido penetrante de la alarma general rasgando el velo de la noche.

—¡Por aquí! ¡Rápido! —la voz de Rachel era un susurro urgente, cortante, mientras se abría paso entre la maleza con la determinación de un animal acosado.

Daniel agarraba con fuerza el brazo de María Rodríguez, ayudándola a sortear los obstáculos del terreno irregular. La joven asistente personal de Sterling, rescatada por segunda vez de las garras de sus captores, tropezaba y sollozaba, el terror nublando su capacidad de reacción. El polvo blanco del extintor aún se adhería a su ropa y a su pelo, un recordatorio fantasmal del caos del que acababan de escapar.

Sam, a pesar de su cojera y el dolor punzante en su brazo herido, se movía con una sorprendente tenacidad, cubriendo la retaguardia, su cabeza girando constantemente, sus oídos atentos a cualquier sonido de persecución. La adrenalina era un combustible feroz que quemaba el cansancio y el dolor.

—¡Se están dispersando! ¡Vienen hacia el bosque! —gritó Sam, mirando hacia atrás por un instante. Pudo ver las luces de las linternas de los guardias de Aegis Security abanicándose entre los árboles, como luciérnagas mortales. Y luego, el ladrido profundo y amenazante de los perros de rastreo.

—¡Los perros! —jadeó María, el pánico estrangulando su voz—. ¡Nos encontrarán!

—No si podemos evitarlo —dijo Rachel con firmeza, aunque su rostro, apenas visible en la oscuridad, estaba tenso—. Tenemos que romper el rastro. ¡Hacia el arroyo!

Recordaba los mapas de la "facilitadora", incluso los falsos, y su propio reconocimiento del terreno. Había un pequeño arroyo que serpenteaba a través de una parte del bosque dentro del perímetro de la finca. El agua corriente podría ayudar a confundir el olfato de los perros, a borrar sus huellas.

Se desviaron de su ruta de escape original, internándose aún más en la oscuridad del bosque, dirigiéndose hacia el sonido distante y apenas perceptible del agua corriendo. La persecución era implacable. Los ladridos de los perros se oían más cerca, más insistentes. Las luces de las linternas de los guardias se movían entre los árboles como ojos depredadores.

El terreno se volvió más escarpado, descendiendo hacia una pequeña hondonada. Daniel casi pierde el equilibrio varias veces, pero la necesidad de proteger a María, de sacarla de allí, lo mantenía en pie. Sentía el arañazo de las ramas en su rostro, el dolor de los músculos fatigados, pero seguía adelante.

Finalmente, llegaron al borde del arroyo. No era muy ancho, pero el agua corría con fuerza sobre un lecho de piedras resbaladizas.

—¡Crucen! —ordenó Rachel—. ¡Rápido! Intenten no dejar muchas huellas en la orilla.

Ayudaron a María a cruzar primero, el agua fría y rápida le llegaba hasta las rodillas, haciéndola temblar. Luego cruzaron Daniel y Sam. El agua helada fue un shock, pero también una bendición, lavando el sudor y el miedo, y con suerte, su rastro.

Una vez al otro lado, no se detuvieron. Siguieron el curso del arroyo durante un trecho, caminando por el agua siempre que era posible, utilizando las piedras como puntos de apoyo para minimizar las salpicaduras y el ruido. Los ladridos de los perros parecían haberse confundido, sus ecos rebotando entre los árboles, menos directos, menos amenazantes.

—Creo que los hemos despistado un poco —susurró Sam, jadeando, el esfuerzo visible en su rostro.

—No por mucho tiempo —replicó Rachel—. Trent no escatimará recursos para encontrarnos. Conoce este bosque mejor que nosotros. Y la "facilitadora"... ella también sabe que escapamos. Y dudo que esté contenta.

La mención de la misteriosa mujer trajo de nuevo la inquietante sensación de estar atrapados en un juego mucho más grande. ¿Quién era ella? ¿Y qué papel jugaba realmente en todo esto? Su traición había sido un golpe maestro, pero su objetivo final seguía siendo un enigma.

Después de seguir el arroyo durante casi un kilómetro, Rachel decidió que era seguro salir del agua. Se adentraron de nuevo en el bosque, buscando el camino hacia el perímetro exterior, hacia el coche que habían dejado oculto.

La noche era una aliada y una enemiga. La oscuridad los ocultaba, pero también dificultaba su avance, convirtiendo cada raíz, cada piedra, en un obstáculo potencial. Se movían en silencio, comunicándose con gestos, sus sentidos agudizados por el peligro.

María, a pesar del terror y el agotamiento, mostraba una sorprendente resistencia. Seguía adelante, apoyándose en Daniel, sus ojos muy abiertos escrutando la oscuridad. Había visto demasiado, había sufrido demasiado. Pero seguía luchando.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad de tensión y esfuerzo, llegaron al borde del perímetro exterior, cerca del punto ciego que habían utilizado para entrar. La valla electrónica seguía allí, una barrera invisible pero formidable.

—Tenemos que cruzar de nuevo —dijo Rachel—. Con el mismo cuidado que antes. No sabemos si han reforzado la vigilancia aquí después de la alarma.

Repitieron el proceso de infiltración, esta vez a la inversa, moviéndose con una lentitud agónica, cada uno conteniendo la respiración. Cruzaron. Estaban fuera del perímetro inmediato de la finca de Trent. Pero no estaban a salvo. Aún tenían que llegar al coche, y luego, salir de la zona sin ser detectados.

El camino de regreso al coche fue una prueba de resistencia. Estaban agotados, física y emocionalmente. María apenas podía mantenerse en pie. Sam cojeaba visiblemente, su brazo le dolía con cada movimiento. Incluso Rachel, la más experimentada, mostraba signos de fatiga.

Llegaron al coche justo cuando las primeras luces del alba comenzaban a teñir el cielo de un gris pálido, un amanecer que traía consigo la promesa de un nuevo día, pero también la certeza de que la noche anterior había dejado cicatrices profundas.

Subieron al vehículo, el alivio mezclado con una profunda aprensión. Arrancaron el motor, el sonido pareció un trueno en el silencio del bosque. Se alejaron por el camino forestal, dejando atrás la fortaleza de Michael Trent.

Habían rescatado a María Rodríguez. Habían sobrevivido a la trampa de la "facilitadora". Pero la guerra estaba lejos de terminar. Trent estaría furioso, sus recursos ilimitados. La "facilitadora" seguía siendo una incógnita peligrosa. Y Sarah Bennett... su destino seguía siendo desconocido, una pregunta dolorosa sin respuesta.

Mientras el coche se alejaba, Daniel miró hacia atrás, hacia el bosque oscuro que ocultaba la finca de Trent. Sabía que volverían. De alguna manera, tendrían que volver. La "Evidencia Mortal" que tenían era poderosa, pero la verdad completa, la justicia para Peter, aún estaba enterrada en las profundidades de ese imperio de corrupción. Y el color rojo burdeos de la sangre y la traición seguía manchando el horizonte.

Capítulo 20

El amanecer se filtraba por el parabrisas del coche alquilado, un resplandor grisáceo y hostil que no ofrecía consuelo, solo la cruda revelación del agotamiento grabado en sus rostros. El viaje de regreso desde la infernal finca de Michael Trent había sido una mezcla borrosa de adrenalina menguante, dolor punzante y una tensión silenciosa que pesaba más que cualquier palabra. María Rodríguez, acurrucada en el asiento trasero entre Daniel y un Sam visiblemente dolorido, temblaba intermitentemente, sus ojos muy abiertos reflejando el horror de su cautiverio y la reciente y caótica huida. El polvo blanco del extintor, aunque en su mayoría desaparecido, parecía haber dejado una pátina fantasmal en su ropa oscura.

Rachel conducía con una concentración inquebrantable, sus ojos grises escrutando la carretera y los espejos retrovisores, buscando cualquier señal de que la jauría de Trent los hubiera seguido más allá del perímetro del bosque. El coche, anónimo y discreto, se deslizaba por las carreteras secundarias de Virginia, acercándose a la promesa de relativa seguridad que ofrecía la vasta jungla de asfalto de Washington D.C.

—¿Cómo está el brazo, Sam? —preguntó Daniel en voz baja, rompiendo el silencio tenso.

Sam hizo una mueca, apretando la improvisada venda que Rachel le había hecho con un trozo de su propia camisa sobre la herida sangrante. —He estado mejor, Daniel. Pero también he estado peor. Creo que la bala solo rozó, pero necesitaremos que Lisa o alguien con conocimientos lo revise bien en cuanto lleguemos. Lo importante es que estamos fuera. Y tenemos a María.

María se estremeció al oír su nombre, pero asintió levemente, una pequeña muestra de la sorprendente resistencia que había demostrado.

—Rachel, ¿alguna señal de seguimiento? —preguntó Daniel.

—Nada visible por ahora —respondió Rachel, su voz era tranquila, profesional—. Cambié de ruta varias veces. Si nos siguieron al salir del bosque, los hemos perdido o están siendo muy, muy discretos. Pero no podemos bajar la guardia. Trent movilizará todos sus recursos. Estará furioso.

La furia de Trent. Daniel podía imaginarla. Habían invadido su fortaleza, habían sido engañados por una tercera parte desconocida, y habían escapado con una de sus prisioneras. No, Trent no se quedaría de brazos cruzados.

Llegaron al nuevo piso franco, otro apartamento anónimo en un edificio diferente, uno que Rachel había asegurado como contingencia, justo cuando las primeras luces del día comenzaban a pintar el cielo de un pálido y enfermizo color rojo burdeos. Lisa los esperaba en la puerta, su rostro una mezcla de alivio y una profunda ansiedad.

—¡Dios mío, estáis bien! —exclamó al verlos, ayudando a Sam a entrar—. ¿Y ella es...?

—María Rodríguez —dijo Daniel—. La testigo. Estaba en la finca de Trent.

Lisa miró a María con compasión, luego a la herida de Sam con preocupación. —Tenemos que curar ese brazo, Sam. Y María necesita descansar, agua, algo de comer.

Mientras Rachel y Lisa atendían a Sam y a una María aún conmocionada, Daniel se apartó un momento, sintiendo el peso de la noche anterior sobre sus hombros. Habían rescatado a María, sí. Pero la "facilitadora" seguía siendo un enigma, una amenaza desconocida con una agenda propia. Y Sarah Bennett... su destino era una pregunta dolorosa y abierta. ¿Seguía viva? ¿Qué le estaría haciendo Trent en ese momento?

Una vez que Sam tuvo el brazo vendado correctamente por Rachel (la bala, efectivamente, solo había sido un roce doloroso pero no grave) y María había tomado un poco de agua y se había

calmado lo suficiente como para hablar, se reunieron en la pequeña sala de estar del apartamento.

—María —comenzó Daniel con suavidad—, sé que ha pasado por una experiencia terrible. Pero necesitamos saber qué pasó. ¿Cómo terminó en la finca de Trent? ¿Es usted la mujer que vio el asesinato del concejal Sterling?

María asintió, sus ojos aún reflejando el trauma. —Sí... sí, yo estaba allí. En el apartamento del señor Sterling. Yo... yo vi... vi cómo lo mataban.

Su voz se quebró, pero continuó, relatando con dificultad la noche del asesinato. Cómo había ido al apartamento de Sterling tarde, a petición de él, para recoger unos documentos urgentes. Cómo escuchó voces airadas desde el estudio. Cómo vio a un hombre corpulento, al que no reconoció, discutiendo acaloradamente con Sterling. Y luego, el horror. El ataque, la sangre. Y la figura que huyó.

—¿Vio a la persona que huyó? —presionó Daniel con delicadeza.

—Sí... era... era una mujer —susurró María—. Salió corriendo justo después... justo después de que el hombre alto... lo apuñalara. Yo me escondí. Luego, cuando todo quedó en silencio, intenté salir, pero... pero me encontraron. Unos hombres. Me llevaron.

Así que Jenkins había dicho la verdad. Había una mujer que huyó. Pero, ¿era Sarah Bennett?

—¿Pudo ver el rostro de esa mujer, María? ¿La reconocería?

María negó con la cabeza. —Estaba oscuro... y yo estaba tan asustada... Solo vi una silueta, pelo oscuro... huyó muy rápido.

No era mucho, pero confirmaba la historia de Hayes y la de Jenkins.

—¿Y cómo llegó a la finca de Trent? ¿La llevaron allí directamente?

—No lo sé... me drogaron, creo. Desperté en esa... en esa celda. Luego, esta mañana, o ayer, no sé cuánto tiempo ha pasado... esa mujer elegante... la que estaba en la habitación con ustedes... vino a verme. Me hizo preguntas sobre lo que vi. Sobre la otra mujer que huyó.

La "facilitadora". Estaba interrogando a María, buscando información sobre la otra testigo, sobre Sarah Bennett. ¿Para ayudarla o para encontrarla para sus propios fines?

—¿Le dijo algo sobre Sarah Bennett? ¿O sobre por qué la tenían a usted?

—Solo que... que yo era importante. Que mi testimonio era valioso. Y que pronto todo terminaría.

Daniel intercambió una mirada con Rachel y Sam. La "facilitadora" estaba jugando su propio juego, utilizando a María como peón.

—Tenemos que sacar a María de D.C. inmediatamente —dijo Rachel con firmeza—. Trent la buscará. Y la "facilitadora" también podría tener interés en ella. Conozco un lugar aún más seguro, fuera del estado, donde estará completamente aislada.

Mientras Rachel hacía los arreglos para el traslado de María, Daniel y Sam se sentaron con Lisa para analizar la situación.

—Tenemos el testimonio de María —dijo Daniel—. Eso refuerza enormemente la defensa de Finch, al menos indirectamente, al demostrar la corrupción y la violencia de la gente conectada con BioGen y, por extensión, con Trent. Y es crucial para el caso Sterling, si alguna vez logramos que se reabra de verdad.

—Pero no tenemos a Sarah Bennett —recordó Sam, su voz era sombría—. Y Trent tiene su investigación. El "dead man's switch" es nuestra única esperanza allí.

—La "facilitadora" mencionó que sabía algo sobre el "dead man's switch" —dijo Lisa, recordando la llamada—. Quizás su intención era darnos esa información, además de usar a María como cebo para atraernos.

—O para obtener la "Evidencia Mortal" de BioGen que teníamos nosotros —sugirió Rachel, uniéndose de nuevo a la conversación—. Si sabía que la teníamos, podría haber querido apoderarse de ella.

El misterio de la "facilitadora" y sus motivaciones se volvía cada vez más profundo. Era una jugadora experta, moviendo piezas en múltiples tableros.

—Por ahora, nuestra prioridad es triple —dijo Daniel, intentando poner orden en el caos—. Primero, asegurar que María esté a salvo y

que su testimonio sea registrado legalmente. Segundo, usar la "Evidencia Mortal" de BioGen para defender a Alistair Finch y exponer a la corporación. Y tercero... seguir buscando a Sarah Bennett y encontrar una forma de activar o proteger su "dead man's switch".

La tarea parecía titánica, casi imposible, con Trent y ahora esta nueva y enigmática jugadora moviéndose en las sombras.

—Victor Hale no nos lo pondrá fácil con el caso Finch —advirtió Sam—. Especialmente ahora que Trent estará presionándolo aún más.

—Lo sé —asintió Daniel—. Pero ahora tenemos pruebas. Pruebas irrefutables. Y tenemos un testigo presencial de la corrupción y la violencia que rodea a esta gente.

El amanecer había llegado por completo, pero la verdadera luz, la de la justicia, aún parecía muy lejana. Habían sobrevivido a otra noche de infierno, habían rescatado a una testigo clave, pero la guerra contra las sombras de Washington D.C. estaba lejos de terminar. Y el color rojo burdeos, el color de la sangre, la corrupción y los secretos mortales, seguía siendo el tono dominante en la paleta de su peligrosa realidad.

Capítulo 21

El nuevo piso franco, aunque anónimo y espartano, se había convertido en el epicentro de una febril actividad. El sol de la mañana, que se colaba a través de las persianas de plástico baratas, encontraba a Daniel, Sam, Lisa y Rachel ya en pie, a pesar del agotamiento extremo que se reflejaba en sus rostros. El café instantáneo, amargo y sin matices, era el combustible que los mantenía en marcha. María Rodríguez descansaba en una de las habitaciones, sedada ligeramente por un calmante que Rachel le había proporcionado, su cuerpo y su mente necesitados de un respiro tras el terror vivido.

La "Evidencia Mortal", los archivos de BioGen Corp extraídos de sus servidores, era ahora el foco de todas sus energías. Lisa, con una concentración que desafiaba el cansancio, había pasado las primeras horas de la mañana organizando y analizando la ingente cantidad de datos.

—Es incluso peor de lo que pensábamos —dijo Lisa, su voz era un murmullo ronco, sus ojos fijos en las complejas hojas de cálculo y en los fragmentos de las grabaciones de la Dra. Hanson—. No solo manipularon los datos para ocultar los efectos secundarios mortales de NeuroCure, sino que hay indicios de que presionaron a los investigadores clínicos, falsificaron firmas en consentimientos informados e incluso... parece que hubo un encubrimiento de la muerte de al menos dos pacientes durante los ensayos de la Fase II, muertes que nunca se reportaron a la FDA como potencialmente relacionadas con el fármaco.

Un escalofrío recorrió la espalda de Daniel. La magnitud de la corrupción de BioGen era abrumadora. —Esto es... es un asesinato

corporativo a gran escala, Lisa.

—Y tenemos las pruebas —afirmó Sam, su voz grave resonando en la pequeña sala. Se había quitado la venda improvisada del brazo y Rachel le había aplicado un vendaje más profesional. La herida era superficial, pero el dolor persistía, un recordatorio constante de la violencia de la noche anterior—. Las grabaciones de Hanson, los correos de Elian Sterling y Thorne... es irrefutable.

—Pero, ¿cómo lo usamos? —preguntó Rachel, siempre la estratega, evaluando el campo de batalla—. Si entregamos esto a la FDA o al Departamento de Justicia, ¿cuánto tiempo tardará la influencia de Trent o los abogados de BioGen en enterrarlo bajo una montaña de burocracia y tecnicismos legales? Necesitamos que esto explote, que sea público, que no puedan controlarlo.

—El juicio de Alistair Finch es nuestra primera oportunidad —dijo Daniel—. Victor Hale quiere llevarlo a juicio rápido. Usaremos esta evidencia para defender a Finch, para demostrar que la Dra. Hanson fue asesinada porque iba a exponer esta monstruosidad. Y al hacerlo, expondremos a BioGen.

—Hale luchará con uñas y dientes para que esta evidencia no sea admitida —advirtió Sam—. Alegará que fue obtenida ilegalmente, que no es pertinente para el caso de asesinato de Finch.

—Lo sé. Pero la jueza Prescott… ella es diferente —replicó Daniel, recordando la mirada penetrante de la magistrada en la audiencia preliminar del caso Sterling—. Si podemos presentarle esto de la manera correcta, si podemos demostrar su relevancia… podría escucharnos.

Mientras planeaban la estrategia legal para el caso Finch, la sombra de la "facilitadora" y el destino de Sarah Bennett seguían pesando sobre ellos.

—La mujer del Jardín Botánico… —comenzó Daniel, su rostro ensombrecido—. Nos usó. Nos llevó directamente a una trampa. Pero también nos dio la información para entrar en la finca. ¿Cuál es su juego?

—Quería algo de nosotros, o quería que nosotros hiciéramos algo por ella —dijo Rachel, pensativa—. Quizás quería que recuperáramos

la investigación de Bennett para ella. O que creáramos el caos suficiente en la finca de Trent para que ella pudiera operar.

—Mencionó que Trent se había enemistado con gente aún más poderosa —recordó Lisa—. Quizás ella representa a esos enemigos. Y nos ven como un instrumento útil para debilitar a Trent.

—"Hay sombras mucho más profundas", nos advirtió —añadió Daniel—. No me gusta la idea de ser un peón en su juego, sea cual sea. Pero nos dio una pista vital: Sarah Bennett sigue viva. Y Trent la tiene.

La preocupación por Sarah era una constante. Si Trent la tenía, estaría intentando por todos los medios que desactivara el "dead man's switch".

—¿Hay alguna forma de activar ese "seguro" nosotros mismos, Lisa? —preguntó Sam—. Si Bennett está incapacitada o coaccionada.

Lisa negó con la cabeza. —No sin la clave maestra o las instrucciones específicas que probablemente solo ella conoce. El sistema está diseñado para ser activado por su inacción o por una señal específica de ella. Nuestra mejor esperanza es que Trent no haya logrado romperla todavía, o que el plazo para la activación automática esté cerca.

—Tenemos que encontrarla, Daniel —dijo Rachel con urgencia—. Si está en esa finca, y la "facilitadora" nos dio planos precisos, quizás podamos intentarlo de nuevo.

—Es demasiado arriesgado ahora, Rachel —intervino Sam con firmeza—. Trent tendrá esa finca bajo un bloqueo total después de lo de anoche. Sería un suicidio. Necesitamos otra forma de llegar a Bennett, o de presionar a Trent para que la libere.

La conversación fue interrumpida por una alerta en el portátil de Lisa. No era un ataque esta time, sino una notificación de noticias.

—Dios mío… —susurró Lisa, sus ojos muy abiertos fijos en la pantalla.

—¿Qué pasa, Lisa? —preguntó Daniel, acercándose.

Lisa giró la pantalla. Era un titular de una agencia de noticias de D.C.: *"Escándalo en BioGen Corp: Se investigan irregularidades en los ensayos clínicos del fármaco estrella NeuroCure. La FDA anuncia una revisión urgente."*

Debajo del titular, un breve artículo mencionaba "fuentes anónimas" que habían alertado a las autoridades sobre posibles manipulaciones de datos y efectos secundarios no revelados. No había detalles específicos, no se mencionaba la "Evidencia Mortal" que ellos tenían, pero la noticia estaba ahí. Alguien había filtrado algo.

—¿El "dead man's switch" de Bennett? —aventuró Sam, esperanzado.

—O la "facilitadora" —dijo Daniel, una nueva comprensión comenzando a formarse en su mente—. Ella dijo que era una "facilitadora". Quizás su objetivo no era solo usarnos, sino también asegurarse de que la información sobre BioGen saliera a la luz, pero de una manera controlada, sin implicarla directamente a ella ni a sus "empleadores".

La noticia era una bomba. BioGen estaba bajo escrutinio. Esto cambiaba las reglas del juego para el caso Finch. Y ejercía una presión inmensa sobre Trent.

—Esto es bueno para Finch —dijo Daniel, sintiendo una oleada de optimismo cauteloso—. Ahora Hale no podrá ignorar tan fácilmente la corrupción en BioGen. Y si podemos presentar nuestra evidencia en el juicio…

—Pero también significa que Trent estará más desesperado que nunca —advirtió Rachel—. Si BioGen cae, pierde una inversión multimillonaria y una posible fuente de influencia. Y si la investigación de la FDA o del Departamento de Justicia profundiza lo suficiente, podrían llegar hasta él. Redoblará sus esfuerzos para silenciar a cualquiera que pueda implicarlo. A nosotros. A Finch. Y, sobre todo, a Sarah Bennett.

La noticia sobre BioGen era una victoria, pero también una nueva y peligrosa escalada en su guerra contra Trent. La "Evidencia Mortal" que poseían era ahora aún más valiosa, y ellos, sus custodios, aún más vulnerables. El color rojo burdeos de la corrupción estaba a punto de salpicar las portadas de todos los periódicos, y la tormenta que se avecinaba prometía ser devastadora.

Capítulo 22

El titular en la pantalla del portátil de Lisa seguía brillando con una urgencia casi palpable: "Escándalo en BioGen Corp: Se investigan irregularidades en los ensayos clínicos del fármaco estrella NeuroCure. La FDA anuncia una revisión urgente." La noticia, filtrada anónimamente, había caído como una bomba en el ya tenso ambiente del piso franco. Era una victoria inesperada, un golpe contra BioGen que no habían previsto tan pronto, pero también una peligrosa escalada en su guerra contra las sombras.

—Esto lo cambia todo —dijo Daniel, rompiendo el silencio que había seguido a la lectura del artículo. Sus ojos, aunque cansados, brillaban con una nueva intensidad—. La presión pública sobre BioGen será enorme. Y sobre la FDA para que investigue a fondo.

—Y sobre Victor Hale —añadió Sam, con una media sonrisa astuta que no llegaba a sus ojos preocupados—. No podrá simplemente desestimar nuestras pruebas sobre NeuroCure ahora que el escándalo es público. La jueza Prescott tendrá aún más razones para admitir la "Evidencia Mortal" en el juicio de Finch.

Lisa asintió, aunque su expresión seguía siendo cautelosa. —La filtración fue muy general, sin los detalles específicos que tenemos nosotros. Menciona "fuentes anónimas" y "posibles manipulaciones". Quienquiera que lo haya filtrado, ya sea el "dead man's switch" de Bennett activándose parcialmente o nuestra misteriosa "facilitadora", ha preparado el terreno perfectamente para nosotros.

—Pero también ha puesto una diana aún más grande en nuestras espaldas —intervino Rachel, su voz era un contrapunto de frío realismo. Se había acercado a la ventana, mirando discretamente a través de un resquicio de la persiana la calle anónima de abajo—. Si

Trent ya estaba desesperado por silenciarnos, ahora lo estará el doble. La caída de BioGen no solo significa pérdidas financieras para él; significa que una de sus vacas lecheras, una de sus fuentes de poder e influencia, está amenazada. Y si la investigación de la FDA o del Departamento de Justicia es lo suficientemente profunda, podrían empezar a tirar de los hilos que conducen directamente a él.

Daniel sabía que Rachel tenía razón. La noticia era una espada de doble filo. Les daba una ventaja táctica en el caso Finch, pero también los convertía en el objetivo prioritario de un enemigo herido y acorralado.

—Tenemos que actuar rápido —dijo Daniel—. Primero, asegurar el testimonio de María Rodríguez. Necesitamos una declaración jurada completa, detallada, sobre lo que vio en el apartamento de Sterling y sobre su secuestro por parte de la "facilitadora" y su posterior retención en la finca de Trent. Su testimonio es crucial, no solo para el caso Sterling, sino para demostrar los métodos de esta gente.

—Me encargaré de eso —dijo Sam—. Conozco a un notario de confianza, alguien que puede venir aquí discretamente y tomar su declaración sin hacer preguntas innecesarias.

—Mientras tanto —continuó Daniel, dirigiéndose a Lisa—, necesito que prepares un resumen ejecutivo de la "Evidencia Mortal" de BioGen. Los puntos clave, las pruebas más contundentes. Algo que podamos presentar a la jueza Prescott en una moción de emergencia, solicitando la admisión de nuevas pruebas en el caso Finch.

—Y yo seguiré intentando rastrear cualquier comunicación de la "facilitadora" o cualquier pista sobre Sarah Bennett —añadió Rachel —. Si la filtración sobre BioGen provino de ella o de su "seguro", podría haber dejado algún rastro digital que Lisa pueda seguir. O podría intentar contactarnos de nuevo, ahora que el tablero de juego ha cambiado.

Los siguientes días fueron una vorágine de actividad febril y tensión constante. Sam, con la ayuda de Daniel, tomó la declaración jurada de María Rodríguez. La joven, aunque aún traumatizada, relató con sorprendente claridad los eventos de la noche del

asesinato de Sterling y su posterior cautiverio. Su testimonio era un relato escalofriante de la brutalidad y la impunidad con la que operaban sus captores.

Lisa, trabajando día y noche, compiló un dossier demoledor sobre BioGen Corp, utilizando los archivos de la Dra. Hanson. Los datos manipulados, los correos electrónicos incriminatorios, las grabaciones de audio... cada pieza de evidencia pintaba un cuadro de corrupción corporativa y negligencia criminal de una magnitud aterradora. El color rojo burdeos de los informes falsificados y la sangre de las víctimas anónimas parecía impregnar cada página.

Rachel, utilizando sus contactos y sus habilidades de vigilancia, intentaba encontrar cualquier rastro de Sarah Bennett o de la "facilitadora". Pero ambas parecían haberse desvanecido en el aire, como fantasmas en la ciudad de las sombras.

La presión de Victor Hale no se hizo esperar. En cuanto la noticia del escándalo de BioGen se hizo pública, Hale intentó distanciarse, declarando que el caso de asesinato de la Dra. Hanson era un asunto criminal separado y que la culpabilidad de Alistair Finch seguía siendo la única línea de investigación de su oficina. Pero Daniel sabía que Hale estaba sintiendo el calor.

Presentaron la moción de emergencia a la jueza Prescott, solicitando la admisión de la "Evidencia Mortal" en el juicio de Finch. La respuesta de Hale fue furibunda: acusó a Daniel de tácticas dilatorias, de intentar introducir evidencia obtenida ilegalmente y de montar un circo mediático.

La jueza Prescott convocó una audiencia a puerta cerrada para escuchar los argumentos. La tensión en la pequeña sala del tribunal era casi insoportable. Daniel, frente a un Victor Hale visiblemente irritado y a un equipo de abogados de BioGen Corp que habían aparecido de la nada con sus trajes caros y sus sonrisas condescendientes, argumentó con pasión y lógica implacable.

—Su Señoría —dijo Daniel, su voz resonando en la sala silenciosa —, la evidencia que presentamos no solo demuestra la inocencia del Dr. Alistair Finch, sino que revela un patrón de engaño y corrupción en BioGen Corp que es directamente relevante para el motivo del asesinato de la Dra. Lena Hanson. Ella fue asesinada porque iba a

exponer esta verdad. Y el Dr. Finch fue incriminado para silenciarlo a él también.

Presentó los puntos clave de la "Evidencia Mortal": los datos manipulados, los correos electrónicos, las grabaciones. La jueza Prescott escuchó en silencio, su rostro impasible, pero sus ojos agudos no perdían detalle.

Hale contraatacó con vehemencia, pero sus argumentos sonaban huecos frente a la contundencia de las pruebas. Los abogados de BioGen intentaron desacreditar la evidencia, pero Daniel y Sam estaban preparados, refutando cada objeción con precisión legal.

Al final de la audiencia, la jueza Prescott se retiró a deliberar. Las horas que siguieron fueron una agonía de espera.

Finalmente, llegó la decisión. La jueza Prescott, en un fallo que sacudió los cimientos del caso, admitió una parte significativa de la "Evidencia Mortal", dictaminando que era "potencialmente relevante y crucial para garantizar un juicio justo" para Alistair Finch. No admitió todo, algunas de las grabaciones obtenidas de forma más dudosa quedaron fuera, pero lo esencial, los datos manipulados y los correos clave, estaba dentro.

Fue una victoria monumental. La primera grieta seria en el muro de BioGen y, por extensión, en la red de Trent.

Pero la victoria tuvo un precio inmediato. Esa misma noche, mientras regresaban al piso franco, sintieron que la vigilancia sobre ellos se intensificaba. Los coches sin marcar eran más audaces, siguiéndolos más de cerca. Recibieron una llamada anónima, una voz distorsionada que simplemente dijo: "Han cavado su propia tumba, Foster. Y la de todos los que le importan".

La amenaza era directa, inequívoca. Trent estaba herido, y un animal herido es el más peligroso.

Al llegar al piso franco, encontraron la puerta forzada, la cerradura rota. Dentro, el apartamento estaba revuelto, los pocos muebles volcados, los papeles esparcidos. No habían robado nada de valor monetario. Habían estado buscando algo específico. La "Evidencia Mortal".

Lisa revisó su estación de trabajo improvisada. —No han tocado los portátiles seguros ni las unidades encriptadas —informó, con un

suspiro de alivio—. Estaban bien escondidos. Pero han registrado todo lo demás. Buscaban las copias físicas, o cualquier pista sobre dónde podríamos tener más.

—Saben que estamos aquí —dijo Rachel, su rostro sombrío—. Este piso franco ya no es seguro. Tenemos que movernos de nuevo.

La guerra contra Trent había entrado en una nueva fase, una de confrontación abierta y peligro creciente. Habían ganado una batalla importante en el frente legal, pero el enemigo estaba contraatacando con furia. Y la pregunta seguía en el aire: ¿dónde estaba Sarah Bennett? ¿Y qué papel jugaría la misteriosa "facilitadora" en el próximo y sangriento capítulo de esta historia teñida de rojo burdeos?

Capítulo 23

El aire en el piso franco asaltado era irrespirable, no por el polvo levantado o los muebles volcados, sino por la violación palpable de su precario santuario. La puerta forzada colgaba de una bisagra, un testimonio mudo de la audacia de Michael Trent. Sus hombres no habían encontrado la "Evidencia Mortal" –Lisa la había asegurado demasiado bien–, pero el mensaje era inequívoco: no había lugar seguro, no mientras tuvieran lo que él tanto ansiaba destruir. El rojo burdeos de la ira y la desesperación de Trent parecía haber salpicado las paredes invisibles de su refugio.

—Tenemos que largarnos de aquí. Ahora mismo —la voz de Rachel era un filo de acero en la penumbra del amanecer que se colaba por la puerta rota. Ya estaba en su teléfono seguro, coordinando su siguiente movimiento, sus ojos grises barriendo cada sombra, cada posible punto de entrada para un segundo ataque.

Sam, con el rostro demacrado por el cansancio y el dolor persistente de su brazo, ayudaba a Lisa a recoger el equipo esencial: los portátiles seguros, las unidades de almacenamiento encriptadas, los pocos documentos físicos que aún conservaban. Cada objeto parecía pesar una tonelada, cargado con el peso de los secretos que contenía y el peligro que atraía.

—Han sido profesionales —murmuró Lisa, examinando su estación de trabajo improvisada, ahora un amasijo de cables y componentes desconectados—. No han dejado rastro digital de su búsqueda. Sabían lo que hacían. Buscaban algo específico.

—Buscaban esto —dijo Daniel, señalando el pequeño maletín metálico donde Lisa guardaba las copias maestras de la evidencia de

BioGen—. Y no se detendrán hasta que lo consigan. O hasta que nos eliminen.

La victoria en la audiencia con la jueza Prescott, la admisión de la "Evidencia Mortal" en el caso de Alistair Finch, se sentía ahora lejana, casi irreal. Había sido un golpe audaz contra BioGen y, por extensión, contra Trent, pero también había sido como pinchar a una bestia herida con una vara corta. La reacción no se había hecho esperar.

El traslado al siguiente piso franco fue una operación de sigilo y paranoia. Rachel los condujo por una ruta tortuosa a través de los barrios menos transitados de D.C., cambiando de vehículo dos veces, utilizando tácticas de contravigilancia que harían palidecer a un agente de la CIA. El nuevo refugio era aún más anónimo que el anterior: un pequeño apartamento en un bloque de viviendas en un distrito industrial en decadencia, un lugar donde nadie esperaría encontrar a un equipo de abogados y una investigadora que estaban desafiando a uno de los hombres más poderosos de la ciudad. Las paredes estaban desconchadas, el aire olía a humedad y a la desesperanza de las vidas olvidadas, pero por ahora, era seguro. O tan seguro como podía ser cualquier lugar en su situación.

Una vez instalados, la prioridad inmediata fue la preparación para el juicio de Alistair Finch. La decisión de la jueza Prescott había abierto la puerta, pero cruzarla y ganar sería otra batalla.

—Hale y los abogados de BioGen van a intentar destrozar cada pieza de esta evidencia —dijo Sam, extendiendo copias impresas de los documentos clave sobre una mesa desvencijada que hacía las veces de escritorio—. Alegarán manipulación, obtención ilegal, irrelevancia. Necesitamos que nuestro caso sea hermético.

Daniel asintió, sus ojos recorriendo los informes, los correos, las transcripciones de las grabaciones de la Dra. Hanson. —La cadena de custodia de la memoria USB original de Finch es sólida. Él nos la entregó directamente. Pero los archivos de los servidores de BioGen... ahí es donde nos atacarán con más fuerza.

—Conseguí acceso con una contraseña legítima, aunque obtenida de forma poco convencional —intervino Lisa—. Y la descarga se

realizó a través de múltiples proxies para enmascarar nuestra IP. Pero podrán argumentar que el acceso fue no autorizado.

—Nos centraremos en la veracidad intrínseca de los datos, Lisa —dijo Daniel—. En las grabaciones de Hanson. En los datos de los ensayos que demuestran la manipulación. La verdad tiene un peso propio. Y si podemos conseguir que Finch testifique de forma creíble sobre cómo la Dra. Hanson le confió sus temores y una parte de sus hallazgos...

La preparación del testimonio de Alistair Finch era crucial. El científico, aunque brillante en su campo, era un hombre quebrado por el miedo y la acusación. Necesitaría toda la ayuda de Daniel para enfrentarse al interrogatorio implacable de Victor Hale.

Mientras Daniel y Sam se sumergían en la estrategia legal, Rachel intentaba obtener nueva información sobre Sarah Bennett. La filtración anónima sobre BioGen no parecía haber sido seguida por más revelaciones del "dead man's switch", lo que la preocupaba.

—Si Trent tiene a Bennett, y si la filtración inicial fue una activación parcial o una advertencia de su "seguro", Trent estará haciendo todo lo posible para obligarla a desactivarlo por completo —dijo Rachel, su voz tensa—. O para encontrar y destruir las copias de seguridad.

—¿Y la "facilitadora"? —preguntó Daniel—. ¿Alguna señal de ella? ¿Alguna idea de quiénes son sus "empleadores"?

Rachel negó con la cabeza. —Desapareció sin dejar rastro después de nuestro encuentro en el Jardín Botánico. Quienquiera que sea, sabe cómo operar en las sombras más profundas. Y su advertencia sobre "otros jugadores" sigue resonando en mi cabeza. Esto podría ser mucho más grande que solo Trent y BioGen.

La sensación de estar atrapados en una telaraña de conspiraciones, con hilos invisibles movidos por manos desconocidas, era cada vez más fuerte.

Los días que precedieron al inicio del juicio de Finch fueron una mezcla de preparación intensa y una vigilancia constante. Dormían por turnos, siempre con un oído atento a cualquier ruido sospechoso. La comida era frugal, a menudo pedida a domicilio a

través de aplicaciones anónimas y pagada con tarjetas de prepago. La presión era inmensa.

Una tarde, mientras Daniel repasaba el contrainterrogatorio que Hale probablemente le haría a Finch, recibió una llamada en uno de sus teléfonos desechables. Era un número bloqueado.

—¿Foster? —La voz era áspera, distorsionada, pero con un matiz de urgencia.

—¿Quién habla? —preguntó Daniel, alerta.

—No importa quién soy. Escuche con atención. Lo que le voy a decir podría salvarle la vida a su cliente. Y quizás la suya.

Daniel hizo una señal a Sam y Rachel para que escucharan.

—Hay un topo dentro de BioGen —continuó la voz—. Alguien que trabajó muy de cerca con la Dra. Hanson. Alguien que tiene acceso a información que ni siquiera usted ha encontrado. Información que podría conectar directamente la orden de silenciar a Hanson con los más altos niveles de la corporación. Y quizás... más allá.

—¿Quién es ese topo? ¿Cómo puedo contactarlo? —preguntó Daniel, el corazón latiéndole con fuerza.

—No puede. Él lo contactará a usted. O le hará llegar la información. Pero tiene que tener cuidado. Lo están vigilando. A usted. A su equipo. Y a cualquiera que se acerque a BioGen. La filtración a la prensa los ha puesto en pánico. Están purgando cualquier posible fuente de información.

—¿Por qué me dice esto? ¿Qué quiere?

—Digamos que algunos de nosotros creemos que la "Evidencia Mortal" debe salir a la luz completa. Y que los responsables deben pagar. Pero no podemos hacerlo solos. Necesitamos a alguien como usted, alguien dispuesto a llevarlo a los tribunales, a enfrentarse a ellos públicamente.

La llamada se cortó tan abruptamente como había comenzado.

Daniel se quedó mirando el teléfono, una nueva pieza del rompecabezas, o quizás una nueva trampa, acababa de caer sobre la mesa. Un topo en BioGen. Información aún más comprometedora. Y la advertencia de que estaban siendo vigilados de cerca.

—Esto podría ser lo que necesitamos para asegurar la condena de los directivos de BioGen —dijo Sam, con un brillo de esperanza

en sus ojos—. Pero también podría ser una forma de atraernos hacia otro peligro.

—Sea lo que sea, tenemos que estar preparados —dijo Daniel—. El juicio de Finch comienza en dos días. Y siento que las cosas están a punto de volverse mucho más... explosivas.

La noche antes del juicio, mientras Daniel intentaba conciliar un sueño esquivo, pensó en Peter. En su lucha solitaria contra la corrupción. En cómo la verdad, a veces, exigía un precio terrible. Ahora, él estaba en ese mismo camino, con la "Evidencia Mortal" en sus manos, enfrentándose a sombras que parecían extenderse hasta el infinito. Y el color rojo burdeos, el color de la sangre que se había derramado y la que aún podría derramarse, parecía ser el único color visible en la oscuridad que los rodeaba.

Capítulo 24

La llamada del informante anónimo, con su promesa de un topo dentro de BioGen y la advertencia de una vigilancia intensificada, se había disuelto en el éter tan abruptamente como había llegado, dejando tras de sí un silencio cargado de nuevas preguntas y un peligro aún más palpable. Daniel sostenía el teléfono desechable en la mano, la conexión muerta, pero las palabras del desconocido resonaban en la pequeña y destartalada sala del piso franco: "Hay un topo... información que ni siquiera usted ha encontrado... lo están vigilando... la filtración a la prensa los ha puesto en pánico."

Sam rompió el silencio, su voz grave y reflexiva. —¿Un topo en BioGen? ¿O otra trampa de la "facilitadora", o del propio Trent, para hacernos bajar la guardia o para llevarnos a otro callejón sin salida?

—No lo sé, Sam —respondió Daniel, el cansancio y la tensión marcando líneas profundas en su rostro—. La voz era diferente a la de la mujer del Jardín Botánico. Más áspera, menos... controlada. Y la información que dio sobre la purga en BioGen tras la filtración a la prensa... eso suena creíble. Es exactamente lo que haría una corporación culpable y asustada.

Rachel, que había escuchado la llamada con la misma intensidad silenciosa que Daniel, asintió. —Si hay un topo, y si realmente tiene información que conecta la orden de silenciar a Hanson con los directivos, o incluso con Trent, sería la pieza que nos falta para asegurar no solo la exoneración de Finch, sino para ir tras los verdaderos responsables del asesinato de Hanson.

—Pero también dijo que nos están vigilando muy de cerca —intervino Lisa, sus ojos moviéndose rápidamente por la pantalla de su portátil, donde tenía abiertos múltiples programas de monitoreo

de red y seguridad—. Después del asalto al último piso franco, es de esperar. Trent no es de los que se rinden. Estará usando todos sus recursos para localizarnos y recuperar la "Evidencia Mortal".

La perspectiva de un topo era una luz de esperanza en la oscuridad, pero también una nueva variable en una ecuación ya de por sí peligrosa. ¿Podían confiar en esta nueva fuente anónima? ¿O era una forma de atraerlos hacia una trampa aún más letal?

—El informante dijo que el topo nos contactaría o nos haría llegar la información —recordó Daniel—. No nos dio forma de contactarlo a él. Eso significa que tenemos que esperar. Y estar preparados para cualquier cosa.

La preparación para el juicio de Alistair Finch, que comenzaba en menos de cuarenta y ocho horas, se convirtió en su foco principal, una carrera desesperada contra el reloj y contra las fuerzas que intentaban silenciarlos. El nuevo piso franco, aunque lúgubre y desolador, se transformó en una colmena de actividad legal y estratégica.

Daniel y Sam trabajaron sin descanso en la estrategia de defensa. La "Evidencia Mortal" que habían obtenido de los servidores de BioGen era su principal baza: los datos manipulados de NeuroCure, los correos electrónicos incriminatorios entre Marcus Thorne y Elian Sterling, y las escalofriantes grabaciones de audio de la Dra. Lena Hanson. Pero sabían que Victor Hale y el formidable equipo legal de BioGen intentarían desacreditar cada prueba, alegando obtención ilegal, manipulación o irrelevancia.

—Tenemos que presentar la evidencia de forma que la jueza Prescott no pueda ignorarla —insistió Daniel, repasando una y otra vez las transcripciones de las grabaciones de Hanson—. La historia de la Dra. Hanson, su lucha interna, su decisión de exponer la verdad... tenemos que hacer que el jurado la escuche, que sienta su convicción.

Lisa, mientras tanto, trabajaba en la autenticación de los archivos digitales, preparando cadenas de custodia impecables para cada pieza de evidencia electrónica. También intentaba rastrear cualquier posible comunicación del topo, monitoreando canales encriptados y foros seguros donde un denunciante podría intentar hacer llegar

información de forma anónima. El color rojo burdeos de los informes manipulados de BioGen parecía extenderse sobre todas las pantallas de su improvisada estación de trabajo.

Rachel se encargaba de la seguridad física, una tarea cada vez más difícil y estresante. Reforzó las medidas en el nuevo piso franco, aunque sabía que eran temporales y precarias contra un enemigo como Trent. También intentaba, discretamente, obtener información sobre el paradero de Sarah Bennett, aunque las pistas eran escasas y el peligro de preguntar demasiado era enorme. La "facilitadora" no había vuelto a dar señales de vida, y su silencio era tan inquietante como sus apariciones.

La noche antes del juicio, la tensión era casi insoportable. Daniel apenas durmió, su mente repasando cada detalle del caso, cada posible pregunta de Hale, cada posible respuesta de Finch. El científico, que seguía escondido en Vermont bajo la protección de los contactos de Rachel, estaba aterrorizado ante la perspectiva de testificar, pero también decidido a limpiar su nombre y honrar la memoria de la Dra. Hanson.

A la mañana siguiente, mientras se preparaban para dirigirse al tribunal, con un plan de transporte discreto y rutas de escape alternativas diseñadas por Rachel, Lisa recibió una alerta en uno de sus sistemas de monitoreo.

—Daniel, tengo algo —dijo, su voz era una mezcla de excitación y aprensión—. Un paquete de datos encriptado ha sido subido a uno de los servidores seguros que he estado vigilando, uno que a veces utilizan los denunciantes para filtrar información a periodistas. Ha sido subido de forma anónima, pero la firma digital... es muy sofisticada. Y el archivo está etiquetado con una sola palabra: "VERITAS".

Veritas. Verdad.

—¿El topo? —preguntó Daniel, el corazón comenzando a latirle con más fuerza.

—Podría ser —respondió Lisa, sus dedos ya trabajando para intentar desencriptar el paquete. La contraseña que habían obtenido del libro de Marco Aurelio, "VERITASVOX", no funcionó con este nuevo archivo. Era una encriptación diferente, más compleja—.

Necesitaré tiempo para esto. Y no sé si lo tendré antes de que empiece el juicio.

—Haz lo que puedas, Lisa —dijo Daniel—. Nosotros tenemos que irnos. El juicio no espera.

Salieron del piso franco, la incertidumbre sobre el contenido del paquete "VERITAS" añadiendo una nueva capa de tensión a la ya de por sí explosiva situación. El camino al tribunal fue una prueba de nervios, cada coche que se acercaba demasiado, cada mirada prolongada de un transeúnte, parecía una amenaza potencial.

El juzgado estaba abarrotado. La noticia del escándalo de BioGen y la admisión de nuevas pruebas en el caso Finch habían atraído a una multitud de periodistas y curiosos. Victor Hale estaba en la entrada, rodeado de cámaras, sonriendo con una confianza que Daniel sabía que era pura fachada. Los abogados de BioGen, un ejército de trajes caros y maletines de cuero, ya estaban en la sala.

El juicio de Alistair Finch estaba a punto de comenzar. Y Daniel sabía que no solo estaba en juego la libertad de un hombre inocente, sino también la posibilidad de asestar un golpe decisivo a la red de corrupción que había consumido a su hermano y que ahora amenazaba con devorarlos a ellos. La "Evidencia Mortal" estaba sobre la mesa. Y el topo, si existía, acababa de hacer su primer movimiento. La partida final, teñida del rojo burdeos de la verdad y la sangre, estaba a punto de jugarse.

Capítulo 25

El amanecer del día del juicio de Alistair Finch llegó con la misma luz gris y opresiva que se había instalado sobre Washington D.C. desde que el escándalo de BioGen había comenzado a filtrarse. Para Daniel Foster, cada rayo de sol que se colaba por las mugrientas ventanas del piso franco industrial parecía un foco inquisidor, iluminando la magnitud de la tarea que tenían por delante y la delgadez del hielo sobre el que patinaban. El paquete de datos "VERITAS", aún encriptado y resistiéndose a los esfuerzos de Lisa, era una promesa silenciosa y una fuente de frustración palpitante.

El juzgado era un hervidero. La entrada principal estaba asediada por una nube de periodistas, cámaras y unidades móviles de televisión, todos ansiosos por capturar el drama del "Juicio BioGen", como ya lo apodaban los medios. El olor a café rancio, a perfume barato y a la desesperación de otros casos menos mediáticos impregnaba el aire de los pasillos de mármol.

Victor Hale, el fiscal del distrito, se pavoneaba frente a las cámaras, su sonrisa era la de un tiburón que huele sangre en el agua. Su traje, de un impecable color carbón, parecía absorber la luz, y su corbata, de un intenso rojo burdeos, era una declaración de intenciones.

—La fiscalía demostrará, más allá de toda duda razonable, que el Dr. Alistair Finch, consumido por la envidia profesional y la inestabilidad emocional, asesinó a su mentora, la Dra. Lena Hanson —declaró Hale a los micrófonos, su voz resonando con una falsa convicción—. Cualquier intento de la defensa de desviar la atención con teorías conspirativas infundadas sobre la integridad de una

corporación respetada como BioGen Corp será rebatido con la contundencia de los hechos.

Daniel, flanqueado por un Sam Ortega de rostro adusto y una Rachel Myers cuya presencia discreta pero alerta era un escudo invisible, se abrió paso entre la multitud con dificultad. No hizo declaraciones. Su campo de batalla estaba dentro de la sala del tribunal.

La sala asignada al juicio estaba abarrotada. En la primera fila, detrás de la mesa de la fiscalía, se sentaban los directivos de BioGen Corp: Marcus Thorne, el CEO, con su aire de suficiencia patricia, y Elian Sterling, el jefe de I+D, cuya palidez y nerviosismo eran apenas perceptibles bajo una máscara de arrogancia. Sus carísimos abogados, un equipo formidable, susurraban estrategias a su alrededor. Michael Trent no estaba presente, pero su influencia se sentía en cada mirada calculadora, en cada traje costoso, en la atmósfera de poder y dinero que impregnaba el lado de la acusación.

Alistair Finch, sentado junto a Daniel en la mesa de la defensa, era la viva imagen de la desolación. Su traje prestado le quedaba grande, sus manos temblaban sobre la mesa, y sus ojos, detrás de las gruesas lentes, se movían con pánico de un lado a otro de la sala. Daniel le puso una mano tranquilizadora en el hombro.

—Respira hondo, Alistair —susurró—. Confía en nosotros. Vamos a contar tu verdad.

La jueza Caroline Prescott entró en la sala, su presencia imponente acallando los murmullos. Su rostro, enmarcado por un cabello plateado recogido con severidad, era impasible, pero sus ojos agudos no perdían detalle. Era conocida por su independencia y su aversión a las tácticas dilatorias o a la influencia externa. Era su mejor esperanza.

El juicio comenzó con la selección del jurado, un proceso largo y tedioso en el que Daniel y Hale se enfrentaron en una batalla de ingenio y psicología, cada uno intentando moldear el panel a su favor. Daniel buscaba jurados escépticos, capaces de ver más allá de las apariencias, mientras Hale prefería a los más convencionales, a

los que se dejarían impresionar por la autoridad y las pruebas "científicas" que la fiscalía planeaba presentar.

Mientras tanto, en el piso franco, Lisa Chang libraba su propia batalla contra la encriptación del paquete "VERITAS". La contraseña del libro de Marco Aurelio no había funcionado. Esta nueva encriptación era diferente, más robusta, como si el topo hubiera querido asegurarse de que solo las personas adecuadas, o las más persistentes, pudieran acceder a su contenido.

—Es un algoritmo de encriptación asimétrica de grado militar, Daniel —informó Lisa a través del comunicador encriptado durante un receso del juicio, su voz sonaba frustrada—. Necesitaría una supercomputadora y semanas, quizás meses, para romperlo por fuerza bruta. Tiene que haber una clave, una frase de acceso específica que no conocemos.

Daniel sintió una punzada de desesperación. El juicio avanzaba, y la información del topo seguía siendo inaccesible.

De vuelta en la sala, Victor Hale comenzó su alegato de apertura. Su voz, potente y persuasiva, pintó un cuadro de Alistair Finch como un científico mediocre, consumido por los celos hacia la brillante Dra. Hanson, un hombre que, en un arrebato de ira, la había silenciado para siempre. Presentó las pruebas circunstanciales: las huellas de Finch en la jeringuilla, su presencia en el laboratorio, los testimonios de colegas que hablaban de "tensiones" entre él y la víctima.

Daniel escuchaba con atención, tomando notas, preparando su contraataque. Sabía que la estrategia de Hale sería pintar a Finch como el único culpable posible, aislando el asesinato de cualquier contexto de corrupción en BioGen.

Durante el primer día de testimonios de la fiscalía, los abogados de BioGen observaban con atención, sus rostros impasibles. Elian Sterling subió al estrado, su testimonio cuidadosamente ensayado describiendo a la Dra. Hanson como una científica brillante pero "ocasionalmente difícil" y a Finch como un subordinado "competente pero a veces errático".

Daniel, en su contrainterrogatorio, comenzó a sembrar las primeras semillas de la duda, preguntando a Sterling sobre los protocolos de seguridad en los laboratorios, sobre quién más tenía

acceso, sobre las presiones para cumplir con los plazos de NeuroCure. Sterling se mantuvo firme, negando cualquier irregularidad, pero Daniel notó un ligero tic nervioso en su ojo izquierdo, una pequeña grieta en su fachada de confianza.

Esa noche, de vuelta en el piso franco, el ambiente era sombrío. El primer día del juicio había sido duro. La fiscalía había presentado un caso aparentemente sólido, aunque basado en pruebas circunstanciales.

—Necesitamos algo más, Daniel —dijo Sam, su voz reflejando el cansancio de todos—. La "Evidencia Mortal" que tenemos es fuerte, pero si el topo tiene información que conecta directamente a Thorne o a Sterling con la orden de silenciar a Hanson... eso cambiaría el juego.

Lisa seguía trabajando en el paquete "VERITAS", probando diferentes combinaciones de palabras clave relacionadas con BioGen, con NeuroCure, con los nombres de los directivos, con la Dra. Hanson. Nada.

—Quizás la clave no está relacionada con el caso en sí —sugirió Rachel, que había estado observando en silencio—. Quizás es algo personal del topo. O algo relacionado con la forma en que se comunicó contigo, Daniel.

Daniel repasó mentalmente la breve llamada del informante. La voz áspera, la urgencia... y una frase que le había llamado la atención: *"Algunos de nosotros creemos que la 'Evidencia Mortal' debe salir a la luz completa."*

"Luz completa". Veritas. Verdad. ¿Y si la clave estaba relacionada con la propia palabra "VERITAS" que etiquetaba el archivo?

—Lisa —dijo Daniel, una idea comenzando a tomar forma—. Prueba con variaciones de "VERITAS". Quizás con alguna fecha importante para BioGen. O con el nombre del fármaco. O...

De repente, Lisa levantó la vista de la pantalla, sus ojos muy abiertos. —Espera. Hay un archivo de texto muy pequeño dentro del paquete encriptado, fuera de la encriptación principal. Casi invisible. Parece un... un acertijo.

Proyectó el archivo de texto en la pared. Contenía una sola línea:

"Donde la primera verdad fue silenciada, la última encontrará su voz. El guardián del río conoce la fecha."

Un acertijo. Del topo.

—"Donde la primera verdad fue silenciada..." —murmuró Daniel —. ¿Se refiere a la Dra. Hanson?

—"El guardián del río conoce la fecha" —continuó Sam, pensativo —. ¿El río Potomac? ¿El Anacostia? ¿Qué guardián?

Rachel, que había estado investigando discretamente los antecedentes de los directivos de BioGen, tuvo un destello de reconocimiento. —Marcus Thorne, el CEO. Su biografía menciona que es un ávido coleccionista de... antigüedades romanas. Y que su pieza más preciada, una que donó temporalmente a un pequeño museo de D.C. hace años, era una estatua de Janus, el dios romano de las dos caras, el guardián de las puertas y los comienzos. Y ese museo... está cerca del río.

—Janus... el guardián —dijo Lisa, tecleando frenéticamente—. Y si la "primera verdad silenciada" se refiere a la fecha de la muerte de Hanson...

Combinaron "JANUS" con la fecha de la muerte de Lena Hanson en diferentes formatos. Probaron varias combinaciones. Y entonces...

La pantalla del portátil de Lisa parpadeó. El paquete "VERITAS" comenzó a desencriptarse.

Estaban a punto de descubrir lo que el topo de BioGen quería que supieran. Y Daniel tuvo el presentimiento de que el color rojo burdeos de la conspiración estaba a punto de volverse mucho más oscuro y sangriento.

Capítulo 26

La barra de progreso en la pantalla del portátil de Lisa se deslizó hasta completarse con una lentitud exasperante. El pequeño icono de un candado abierto apareció finalmente, y el paquete de datos "VERITAS" se desplegó ante sus ojos como un mapa del tesoro prohibido. Un escalofrío recorrió la espalda de Daniel, una mezcla de aprensión y una esperanza casi dolorosa. Sam y Rachel se inclinaron sobre el hombro de Lisa, sus respiraciones contenidas en el silencio del piso franco.

Lo que vieron los dejó sin aliento.

No eran solo más datos de ensayos clínicos manipulados o correos electrónicos ambiguos. El topo de BioGen había entregado la médula espinal de la conspiración.

—Dios mío… —susurró Lisa, su voz apenas un hilo de sonido mientras abría el primer archivo.

Era un memorando interno, clasificado como "ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL – SOLO PARA DISTRIBUCIÓN INTERNA DEL CONSEJO", firmado por el propio Marcus Thorne, CEO de BioGen Corp, y dirigido a Elian Sterling. El asunto era escueto: "Protocolo de Contención: Proyecto NeuroCure - Fase Final".

El contenido era dinamita pura.

"Elian," comenzaba el memorando, con la frialdad burocrática que a menudo enmascara las peores atrocidades, *"como discutimos, la disidencia interna de la Dra. Hanson respecto a los hallazgos de NeuroCure ha alcanzado un nivel inaceptable y representa una amenaza existencial para la viabilidad comercial del proyecto y para la reputación de BioGen Corp. Sus continuas objeciones y su intención declarada de contactar a las autoridades regulatorias y a*

los medios de comunicación requieren una intervención decisiva e inmediata."

Daniel sintió que la sangre se le helaba. "Intervención decisiva e inmediata".

Continuó leyendo, cada palabra un clavo más en el ataúd de BioGen. El memorando detallaba un plan para desacreditar profesionalmente a la Dra. Hanson, para aislarla dentro de la compañía y, si eso fallaba, para iniciar "medidas de contingencia más robustas para proteger los activos de la corporación". No mencionaba explícitamente el asesinato, pero la implicación era escalofriante, ineludible.

—Esto es… esto es una orden de silenciamiento —dijo Sam, su voz ronca por la incredulidad y la rabia contenida—. Thorne lo ordenó.

Pero había más. El paquete "VERITAS" contenía también registros de pagos. No los pagos de Trent a BioGen, que ya conocían, sino pagos *desde* una cuenta offshore de BioGen, una cuenta no declarada, a una empresa de consultoría de seguridad con un nombre anodino: "Soluciones Estratégicas Globales".

—"Soluciones Estratégicas Globales" —murmuró Rachel, sus ojos grises entrecerrados por la concentración—. He oído ese nombre antes. Es una fachada. Una de las muchas que utiliza Aegis Security para contratos… discretos.

Lisa tecleó rápidamente, cruzando datos. —Confirmado. "Soluciones Estratégicas Globales" comparte directores y direcciones registradas con varias empresas pantalla conocidas de Michael Trent.

La conexión era directa. BioGen, a través de Marcus Thorne, había contratado a los hombres de Trent, a Aegis Security, para "manejar" a la Dra. Hanson. El asesinato ya no era una simple consecuencia de la corrupción corporativa; era una operación orquestada, un contrato.

Y la joya de la corona del paquete "VERITAS": un breve archivo de audio. No era de las grabaciones de Hanson. La calidad era diferente, más profesional, como si hubiera sido grabado con equipo de vigilancia.

Lisa lo reprodujo. La voz inconfundible de Elian Sterling, tensa, nerviosa:

"…está hecho. Hanson ya no será un problema. El… el paquete ha sido entregado según sus especificaciones. Espero que esto satisfaga al Sr. Thorne. Y a… sus otros socios."

Luego, una segunda voz. Más grave, más fría. Una voz que Daniel reconoció con un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. Arthur Jenkins. El ejecutor de Trent.

"El Sr. Trent siempre aprecia la eficiencia, Dr. Sterling. Y la discreción. Asegúrese de que no queden cabos sueltos. BioGen ha pagado por un servicio completo."

Un silencio sepulcral llenó la habitación cuando la grabación terminó. Tenían la prueba. La conexión directa entre BioGen, el asesinato de la Dra. Hanson y los operativos de Michael Trent. La "Evidencia Mortal" estaba completa. Y era más sangrienta, más explícita, de lo que jamás habían imaginado. El color rojo burdeos de la conspiración ahora tenía la firma de Trent grabada en él.

—Esto… esto lo cambia todo —dijo Daniel, su voz apenas un susurro. La magnitud de lo que tenían era abrumadora—. No solo podemos exonerar a Finch. Podemos ir tras Thorne, tras Sterling… y tenemos una prueba directa de la implicación de Jenkins, y por tanto, de Trent, en el asesinato.

—Pero presentar esto en el juicio de Finch será una batalla campal —advirtió Sam, recuperando su compostura legal—. Hale y los abogados de BioGen dirán que es fabricado, que es inadmisible. La cadena de custodia de este paquete "VERITAS" es… anónima. No podemos llamar al topo al estrado.

—Nos centraremos en la autenticidad de los documentos y la grabación —dijo Daniel, su mente ya trabajando en la estrategia—. Lisa, ¿puedes verificar los metadatos del memorando, de la grabación? ¿Cualquier cosa que demuestre que son genuinos, que no han sido alterados?

—Lo intentaré —respondió Lisa—. Pero será difícil sin saber su origen exacto.

El segundo día del juicio de Alistair Finch comenzó con una tensión aún mayor que el primero. La sala estaba abarrotada, el aire

cargado de expectación. Daniel se sentía como un hombre caminando sobre la cuerda floja, con un tesoro invaluable en una mano y un abismo sin fondo debajo.

Victor Hale continuó presentando su caso contra Finch, llamando a testigos que describían al científico como un hombre aislado, resentido y con un comportamiento errático en las semanas previas a la muerte de Hanson. La defensa de Daniel consistió en un contrainterrogatorio incisivo, sembrando dudas sobre la fiabilidad de los testimonios, destacando las lagunas en la investigación policial y la prisa por señalar a Finch como el único culpable.

Durante un receso, Daniel se reunió con Sam y Rachel en una pequeña sala de conferencias del juzgado.

—Tenemos que decidir cuándo y cómo presentar la evidencia de "VERITAS" —dijo Daniel—. Si esperamos a nuestro turno de defensa, Hale podría intentar bloquearlo. Si lo presentamos como una moción sorpresa…

—Podría ser desestimado por la jueza Prescott si no seguimos el procedimiento adecuado —terminó Sam—. Pero si no lo hacemos, Finch podría ser condenado antes de que tengamos la oportunidad.

Rachel, que había estado observando a los abogados de BioGen y a los directivos en la sala, intervino. —Thorne y Elian Sterling están visiblemente nerviosos desde la filtración a la prensa. La noticia del escándalo de NeuroCure los tiene contra las cuerdas. Si supieran que tenemos pruebas directas de su implicación en el asesinato de Hanson…

—Podrían intentar algo desesperado —concluyó Daniel—. Otro ataque. O intentar silenciarnos de forma permanente.

La decisión era crítica. Tenían que golpear, y golpear fuerte, antes de que Trent y BioGen pudieran reagruparse y contraatacar con toda su fuerza.

—Lo haremos mañana —dijo Daniel, tomando una decisión—. Cuando la fiscalía termine con su último testigo. Presentaré una moción para introducir nueva evidencia crucial para la defensa, evidencia que ha salido a la luz recientemente. Le daremos a la jueza Prescott un resumen de lo que tenemos. La grabación de Jenkins y Sterling. El memorando de Thorne.

—Será un infierno en esa sala, Daniel —advirtió Sam.

—Lo sé —respondió Daniel, una sombría determinación en sus ojos—. Pero es la única forma de que la verdad silenciosa finalmente encuentre su voz.

Esa noche, mientras Lisa trabajaba febrilmente para intentar autentificar los archivos de "VERITAS" y Daniel preparaba su argumentación para la jueza, una figura solitaria observaba el piso franco desde un coche oscuro aparcado al final de la calle industrial. La "facilitadora" había recibido noticias de sus propios contactos. Foster tenía nueva información. Información peligrosa. Su sonrisa fue apenas perceptible en la oscuridad. El juego se estaba volviendo aún más interesante. Y las sombras de Washington D.C. estaban a punto de reclamar nuevas víctimas, o de coronar a un nuevo e inesperado rey.

Capítulo 27

La mañana del tercer día del juicio de Alistair Finch amaneció con una quietud premonitoria, como la calma tensa que precede a una tormenta devastadora. En el piso franco, el aire estaba cargado con el peso de las decisiones tomadas y la incertidumbre del resultado. El paquete "VERITAS", ahora desencriptado y analizado, era un arma de doble filo: contenía la verdad que podía liberar a Finch y hundir a sus perseguidores, pero también era una sentencia de muerte si Michael Trent o los directivos de BioGen lograban silenciarlos antes de que pudieran usarla. El color rojo burdeos de la conspiración estaba a punto de salpicar las paredes del sistema judicial.

Daniel se ajustó la corbata, un nudo de seda azul marino que de repente parecía oprimirle la garganta. Frente al espejo barato del baño, vio el reflejo de un hombre cansado, con ojeras profundas y una mirada que había perdido parte de su cinismo habitual, reemplazado por una determinación sombría y acerada. Hoy no solo luchaba por un cliente; luchaba por la memoria de Peter, por la integridad de un sistema que hombres como Trent y Thorne intentaban corromper hasta la médula.

Sam Ortega, a su lado, revisaba por última vez los documentos que presentarían. Su brazo herido aún le molestaba, pero su semblante era el de un veterano curtido en mil batallas legales, listo para una más, quizás la más peligrosa de todas. Rachel Myers, aunque no estaría en la sala del tribunal, había coordinado una discreta red de vigilancia alrededor del juzgado, sus contactos listos para alertar de cualquier movimiento sospechoso de Aegis Security. Lisa Chang, desde el piso franco, estaría monitoreando cualquier

actividad digital, cualquier intento de interferencia o represalia cibernética.

—¿Listos? —preguntó Daniel, su voz más firme de lo que se sentía por dentro.

Sam asintió. —Tan listos como podemos estarlo. Hoy, Daniel, haremos que la verdad encuentre su voz, como diría la Dra. Hanson.

El juzgado era un pandemonio. La noticia de que la defensa de Finch presentaría "nueva evidencia explosiva" se había filtrado, probablemente por obra de Victor Hale en un intento de controlar la narrativa o de presionar a la jueza Prescott. Los periodistas se agolpaban en la entrada, sus cámaras y micrófonos como armas en ristre.

Dentro de la sala del tribunal, la atmósfera era eléctrica. Marcus Thorne y Elian Sterling estaban sentados en la primera fila, sus rostros eran máscaras de estudiada indiferencia, pero la tensión en sus hombros y la forma en que sus abogados susurraban frenéticamente a sus oídos delataban su nerviosismo. Victor Hale, por su parte, parecía un volcán a punto de entrar en erupción, su rostro congestionado y sus ojos lanzando dagas hacia la mesa de la defensa.

La jueza Caroline Prescott entró con su habitual solemnidad, su mirada penetrante recorriendo la sala. El murmullo cesó al instante.

—Señor Fiscal, ¿tiene más testigos que presentar? —preguntó la jueza Prescott, su voz clara y autorizada.

—No, Su Señoría —respondió Hale, poniéndose en pie con una confianza que sonaba forzada—. La fiscalía considera que ha presentado un caso concluyente contra el acusado. Descansamos nuestro caso.

Era el momento. Daniel se levantó lentamente, sintiendo el peso de todas las miradas sobre él.

—Su Señoría —comenzó Daniel, su voz resonando en el silencio tenso de la sala—, la defensa solicita permiso para presentar nueva evidencia que ha salido a la luz recientemente. Evidencia que es crucial para demostrar la inocencia del Dr. Alistair Finch y para revelar la verdadera naturaleza de los eventos que rodearon la trágica muerte de la Dra. Lena Hanson.

Un murmullo recorrió la sala. Victor Hale saltó de su asiento como si le hubieran aplicado una descarga eléctrica.

—¡Objeción, Su Señoría! —bramó Hale, su rostro enrojeciendo—. ¡Esto es una táctica dilatoria! ¡Una emboscada procesal! La defensa ha tenido tiempo más que suficiente para presentar sus pruebas. ¡Esto es un intento desesperado de confundir al jurado y de manchar la reputación de una empresa honorable!

Los abogados de BioGen se unieron al coro de objeciones, sus voces superponiéndose en una cacofonía de indignación fingida.

La jueza Prescott golpeó la mesa con su mazo. —¡Silencio! ¡Orden en la sala! —Su mirada se fijó en Daniel, fría y escrutadora—. Señor Foster, ¿puede explicar la naturaleza de esta "nueva evidencia" y por qué no fue presentada antes?

Daniel mantuvo la calma, su voz firme. —Su Señoría, la evidencia a la que me refiero consiste en documentos internos de BioGen Corp y una grabación de audio que hemos obtenido de una fuente confidencial. Estos materiales demuestran, más allá de toda duda, que existía una conspiración dentro de BioGen para silenciar a la Dra. Hanson debido a su descubrimiento de la manipulación de datos del fármaco NeuroCure y sus efectos secundarios mortales. Y, lo que es más grave, implican directamente a altos directivos de BioGen en la orden de "neutralizar" a la Dra. Hanson, y vinculan la ejecución de esa orden con operativos de una conocida firma de seguridad privada.

La mención de una "conocida firma de seguridad privada" hizo que Thorne y Sterling se removieran incómodos en sus asientos. Los abogados de BioGen intercambiaron miradas de alarma.

—Esta evidencia, Su Señoría —continuó Daniel—, no solo establece un motivo claro para que otros quisieran la muerte de la Dra. Hanson, sino que también demuestra que el Dr. Finch está siendo utilizado como chivo expiatorio para encubrir un crimen mucho mayor. La obtuvimos hace apenas unas horas, y su contenido es tan sensible y explosivo que no podíamos arriesgarnos a revelarlo antes sin comprometer la seguridad de nuestra fuente y la integridad de las pruebas.

Victor Hale estaba lívido. —¡Esto es indignante, Su Señoría! ¡El señor Foster está haciendo acusaciones infundadas y difamatorias sin una pizca de prueba admisible! ¡Exijo que se desestime esta moción y que se sancione al abogado por conducta impropia!

La jueza Prescott observó a Daniel con una intensidad que helaba la sangre. El silencio en la sala era absoluto. El destino del juicio, y quizás de muchas vidas, pendía de su decisión.

—Señor Foster —dijo finalmente la jueza, su voz era un témpano de hielo—, la introducción de nueva evidencia en esta etapa del juicio es altamente irregular. Sin embargo, la gravedad de las acusaciones que usted plantea, y su posible impacto en el derecho del acusado a un juicio justo, me obligan a considerar su moción con la debida seriedad.

Hizo una pausa, sus ojos recorriendo los rostros tensos de los abogados y los directivos de BioGen.

—Concederé una audiencia *in camera* —dictaminó la jueza—. Usted, señor Foster, y usted, señor Hale, se reunirán conmigo en mi despacho inmediatamente. Presentará un resumen de esta supuesta evidencia, y yo determinaré su admisibilidad preliminar. La sala queda en receso hasta nuevo aviso.

El golpe del mazo resonó como un trueno. La sala estalló en un murmullo de sorpresa y especulación. Los abogados de BioGen rodeaban a Thorne y Sterling, hablando en susurros urgentes. Victor Hale miraba a Daniel con una mezcla de furia y una incipiente aprensión.

Daniel intercambió una mirada con Sam. Habían ganado la primera escaramuza. La jueza Prescott estaba dispuesta a escuchar.

En su despacho, un santuario de orden y libros de leyes que contrastaba con el caos de la sala, la jueza Prescott escuchó con atención impasible mientras Daniel exponía el contenido del paquete "VERITAS". Les mostró copias del memorando de Thorne, de los registros de pagos a "Soluciones Estratégicas Globales" y la transcripción de la grabación entre Elian Sterling y Arthur Jenkins.

Victor Hale intentó interrumpir varias veces, objetando la autenticidad, la cadena de custodia, la relevancia. Pero la jueza Prescott lo silenció con una mirada.

Cuando Daniel terminó, un pesado silencio llenó el despacho. La jueza Prescott permaneció inmóvil durante varios minutos, sus dedos entrelazados sobre el escritorio, su mirada perdida en algún punto más allá de la ventana.

Finalmente, habló, su voz era queda pero firme. —Señor Foster, la evidencia que ha presentado es... profundamente perturbadora. Si es auténtica, sus implicaciones son de una gravedad extrema.

Se volvió hacia Victor Hale, sus ojos brillando con una advertencia apenas velada. —Señor Fiscal, espero que su oficina haya investigado todas las posibles vías en este caso con la debida diligencia. Porque si se demuestra que ha habido un encubrimiento, o una negligencia grave en la investigación del asesinato de la Dra. Hanson... las consecuencias serán severas.

Luego, se dirigió de nuevo a Daniel. —Permitiré que presente esta evidencia ante el jurado. Bajo estrictas condiciones. Deberá establecer su relevancia para la defensa del Dr. Finch de manera clara e inequívoca. Y estará sujeto a un contrainterrogatorio exhaustivo por parte de la fiscalía y los abogados que representan los intereses de BioGen Corp, quienes tendrán derecho a refutar su autenticidad.

Era más de lo que Daniel había esperado. La jueza Prescott les estaba dando la oportunidad de presentar la verdad.

—Pero le advierto, señor Foster —añadió la jueza, su mirada endureciéndose—. Si se descubre que esta evidencia ha sido fabricada o manipulada de alguna manera, o si sus acusaciones resultan ser infundadas, las consecuencias para usted y su bufete serán igualmente severas. ¿Entendido?

—Entendido, Su Señoría —respondió Daniel, sintiendo el peso de la responsabilidad, pero también una oleada de determinación.

Salieron del despacho de la jueza. Victor Hale estaba pálido, su arrogancia reemplazada por una furia mal disimulada y una creciente sensación de pánico. Los abogados de BioGen los esperaban en el pasillo, sus rostros eran máscaras de fría hostilidad.

La noticia de la decisión de la jueza Prescott se extendió como la pólvora por el juzgado. La "Evidencia Mortal" iba a ser presentada. La verdadera batalla estaba a punto de comenzar.

Mientras Daniel y Sam se preparaban para reanudar el juicio, Daniel recibió un mensaje encriptado en su teléfono desechable. Era de Lisa.

"Daniel, he logrado un avance con la autenticación de la grabación de 'VERITAS'. Los metadatos del archivo de audio son consistentes con una grabación realizada con equipo de vigilancia de alta gama, no con un teléfono móvil o una grabadora de aficionado. Y la fecha de creación del archivo... es el día después del asesinato de Hanson."

Una pieza más del rompecabezas encajaba. Pero el mensaje de Lisa continuaba, y la siguiente línea hizo que a Daniel se le helara la sangre.

"Pero hay algo más, Daniel. He detectado una nueva amenaza. Un malware muy sofisticado intentando acceder a nuestros archivos de BioGen de forma remota. No es Trent. Es... diferente. Más sigiloso. Más avanzado. Alguien más sabe lo que tenemos. Alguien que no es la 'facilitadora'. Alguien nuevo está en el juego."

Las sombras de Washington D.C. acababan de volverse mucho más profundas. Y el color rojo burdeos de la conspiración amenazaba con ahogarlos a todos.

Capítulo 28

La noche se había desgarrado. El aullido penetrante de la alarma general de la finca de Michael Trent era un cuchillo al rojo vivo en el silencio del bosque, una señal inequívoca de que su incursión sigilosa había terminado y la batalla por la supervivencia había comenzado. El corte de luz provocado por Rachel en el puesto de guardia, la distracción que les había permitido a Daniel y Sam deslizarse dentro, ahora se veía eclipsado por el caos que se desataba.

Dentro del oscuro y claustrofóbico puesto de guardia, el corazón de la seguridad de Trent, el aire vibraba con la alarma y el brillo estroboscópico de las luces de emergencia. Daniel y Sam se encontraron en un pasillo estrecho, el olor a ozono de los equipos electrónicos y el sudor frío del miedo mezclándose en una sinfonía nauseabunda.

—¡Rachel dijo que la antena estaba en el tejado! ¡Los guardias deben haber ido hacia la escalera de servicio trasera! —gritó Daniel por encima del estruendo de la alarma, recordando el plan original.

—¡Y Trent está aquí dentro! ¡Con Bennett y la otra testigo! —respondió Sam, sus ojos agudos barriendo la penumbra, buscando la sala de control que habían visto a través de la cámara endoscópica. Su mano instintivamente fue hacia su brazo herido, un recordatorio de la violencia que sabían que se avecinaba.

Se movieron con una urgencia desesperada, guiados por la disposición del edificio que habían memorizado de los planos de la "facilitadora", aunque ahora cada pasillo, cada puerta, parecía una trampa potencial. Oían gritos confusos desde el exterior, el sonido de botas corriendo sobre la grava, órdenes siendo ladradas. Los

hombres de Trent, la infantería de Aegis Security, estaban convergiendo.

Llegaron a la puerta de la sala de control principal, la que habían visto con la cámara. Estaba cerrada, pero no con la misma cerradura de alta seguridad que la puerta exterior. Era una cerradura interna, más sencilla.

—¡Apártate! —dijo Sam, y con una patada precisa y brutal cerca del pomo, la puerta cedió con un crujido de madera astillada.

Irrumpieron en la sala. Los dos guardias que habían estado monitoreando las pantallas, los mismos que habían visto antes, se giraron, sorprendidos, sus rostros iluminados por el brillo caótico de los múltiples monitores que ahora mostraban imágenes estáticas, interferencias o la oscuridad exterior. Uno de ellos intentó alcanzar su arma, pero Sam fue más rápido. Se abalanzó sobre él, utilizando su corpulencia y la experiencia de innumerables forcejeos en callejones oscuros y salas de interrogatorio. El guardia cayó hacia atrás con un golpe sordo, su cabeza golpeando contra una consola.

El segundo guardia, más joven, más asustado, levantó las manos en señal de rendición cuando Daniel se enfrentó a él, la determinación fría en los ojos de Foster más intimidante que cualquier arma.

—¡No disparen! ¡No disparen! —tartamudeó el joven guardia.

—¿Dónde están las prisioneras? ¿Bennett y Rodríguez? —exigió Daniel, su voz era un gruñido bajo y peligroso.

El guardia, aterrorizado, señaló hacia un monitor que, milagrosamente, aún mostraba una imagen clara: la celda improvisada al final de un corto pasillo. Y, en otro monitor, la sala de interrogatorios adyacente, donde la silueta de Michael Trent seguía visible, ahora de pie, su postura irradiando una furia contenida.

—¡Y el Sr. Trent está en la sala de al lado! —añadió el guardia, su voz temblando.

—Sam, vigila a este —ordenó Daniel, indicando al guardia rendido—. Yo voy a por ellas.

Daniel corrió por el corto pasillo que conducía a la celda y a la sala de interrogatorios. La puerta de la celda, una pesada puerta de metal, estaba cerrada con un cerrojo electrónico. A su lado, la

puerta de la sala de interrogatorios estaba ligeramente entreabierta. Podía oír la voz de Trent, baja y siseante, cargada de una ira helada.

"...creyó que podía jugar conmigo, periodista entrometida. Creyó que podía esconderse. Nadie se esconde de mí."

Daniel empujó la puerta de la sala de interrogatorios y entró.

Michael Trent estaba allí, de espaldas a la puerta, frente a una Sarah Bennett que, aunque pálida y visiblemente maltratada, lo miraba con un desafío indomable en sus ojos. Sobre la mesa, entre ellos, había un ordenador portátil abierto.

—Se acabó el juego, Trent —dijo Daniel, su voz resonando en la pequeña sala.

Trent se giró lentamente, sus ojos oscuros, fríos como el hielo, se clavaron en Daniel. Una sonrisa cruel se dibujó en sus labios. No parecía sorprendido. Casi como si lo estuviera esperando.

—Daniel Foster —dijo Trent, su voz era una seda peligrosa—. Siempre apareciendo en los lugares más... inoportunos. Debo admitir que su persistencia es... admirable. Casi tanto como su estupidez.

—Suelte a la señorita Bennett —ordenó Daniel, ignorando la provocación, su mirada fija en el arma que Trent llevaba discretamente en una funda de hombro bajo su chaqueta impecable.

—¿O qué, abogado? —se burló Trent—. ¿Va a leerme mis derechos? ¿Va a presentar una moción? Estamos un poco lejos de su zona de confort, ¿no cree?

Sarah Bennett aprovechó la distracción. Con un movimiento rápido, intentó agarrar el ordenador portátil de la mesa. Trent reaccionó con la velocidad de una serpiente, su mano golpeando la de ella con una fuerza brutal, enviando el portátil al suelo con un estrépito.

—¡Ni se te ocurra! —siseó Trent.

En ese instante, Daniel se lanzó. No hacia Trent directamente, sino hacia la mesa, volcándola, creando una barrera improvisada entre ellos y el hombre armado. Sarah gritó, agachándose.

Trent sacó su arma, una elegante pistola automática de gran calibre.

Pero antes de que pudiera apuntar, la puerta de la sala se abrió de nuevo y Sam Ortega entró, arrastrando al joven guardia como escudo humano. El guardia gritaba de terror.

—¡Suelta el arma, Trent! —gritó Sam, su voz era un trueno—. ¡O tu chico de los recados lo pagará!

Trent vaciló por una fracción de segundo, sorprendido por la táctica de Sam. La vida de sus subordinados probablemente le importaba poco, pero la situación se había vuelto más compleja.

Fue la oportunidad que Daniel necesitaba. Rodeó la mesa volcada y se abalanzó sobre Trent. La lucha fue brutal, desesperada, en el espacio confinado de la sala de interrogatorios. Trent era fuerte, más de lo que aparentaba su elegante fachada, y luchaba con la ferocidad de un animal acorralado. Daniel recibió un golpe en la mandíbula que le hizo ver estrellas, pero respondió con un derechazo que hizo tambalear a Trent.

Mientras tanto, Rachel había llegado al pasillo. Había logrado neutralizar a los guardias que habían subido al tejado, utilizando su entrenamiento y el elemento sorpresa. Ahora, con una barra de metal que había encontrado, forzaba la cerradura electrónica de la celda donde estaba María Rodríguez.

—¡Ya casi está, María! —gritó Rachel por encima del ruido de la lucha y la alarma.

Dentro de la sala de interrogatorios, Daniel y Trent forcejeaban por el arma. Rodaron por el suelo, golpeándose contra las paredes, el sonido de sus cuerpos chocando resonando en la pequeña habitación. Sarah Bennett, recuperándose del shock, agarró una silla de metal y, con un grito de rabia y desesperación, la estrelló contra la espalda de Trent.

Trent aulló de dolor, aflojando su agarre sobre el arma. Daniel aprovechó la oportunidad, le arrebató la pistola y la lanzó lejos, fuera de su alcance.

Pero Trent no se rindió. Se giró y golpeó a Daniel en el estómago, dejándolo sin aliento. Se levantó, jadeando, sus ojos brillando con una furia asesina.

En ese momento, la puerta de la celda se abrió con un chirrido. Rachel entró, seguida de una María Rodríguez aterrorizada pero

decidida.

—¡Se acabó, Trent! —gritó Rachel, apuntando con el arma que le había quitado a uno de los guardias.

Trent miró a su alrededor. Estaba rodeado. Daniel se levantaba con dificultad, recuperando el aliento. Sam seguía sosteniendo al guardia como escudo, aunque el joven ya apenas se resistía. Sarah Bennett estaba de pie, temblando pero firme, con la silla aún en sus manos. Y ahora, Rachel y María.

Una sonrisa lenta y escalofriante se extendió por el rostro de Michael Trent. Una sonrisa que no prometía nada bueno.

—¿De verdad creen que han ganado, abogados? —dijo, su voz era un susurro helado—. Esto... esto es solo el principio. Siempre hay más sombras. Sombras mucho más profundas que yo.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Trent se movió con una velocidad sorprendente. No hacia ellos, sino hacia un pequeño panel oculto en la pared, uno que no aparecía en ningún plano. Presionó un botón.

Un sonido metálico profundo resonó en el edificio. Un temblor. Y luego, el inconfundible olor a gas.

—¡Está intentando volar el edificio! —gritó Sam, reconociendo el peligro.

—¡Tenemos que salir de aquí! ¡Ya! —ordenó Daniel.

Agarraron a Sarah y a María y corrieron hacia la salida, dejando a Trent en la sala de interrogatorios, su risa helada resonando detrás de ellos, una risa que prometía destrucción. El puesto de guardia, la fortaleza de Trent, se estaba convirtiendo en una trampa mortal. Y el color rojo burdeos del fuego y la explosión inminente amenazaba con consumirlos a todos.

Capítulo 29

El olor acre y dulzón del gas llenó el aire viciado del puesto de guardia con una rapidez aterradora, un perfume letal que se mezclaba con el polvo del hormigón y el eco de la risa helada de Michael Trent. El profundo sonido metálico que había resonado en el edificio, seguido por el temblor bajo sus pies, no dejaba lugar a dudas: Trent había activado algún tipo de sistema de autodestrucción, una trampa final para asegurarse de que nadie, y ninguna evidencia, saliera de allí con vida. El color rojo burdeos de una explosión inminente parecía teñir ya las sombras danzantes.

—¡Tenemos que salir de aquí! ¡Ya! —la voz de Daniel fue un grito ahogado por la urgencia, la adrenalina anulando el dolor de los golpes recibidos en la pelea con Trent.

Agarraron a Sarah Bennett y a María Rodríguez, ambas pálidas y temblando, pero moviéndose por puro instinto de supervivencia. Sarah, a pesar de su cautiverio y el maltrato evidente, aún conservaba una chispa de lucha en sus ojos. María, por otro lado, parecía al borde del colapso, sus sollozos ahogados por el terror.

Sam, apoyándose en la pared, con el rostro contraído por el dolor de su brazo herido, señaló hacia la puerta principal por la que habían entrado los guardias y Arthur Jenkins. —¡Es la salida más directa! ¡Rachel, tú delante!

Rachel no necesitó que se lo dijeran dos veces. Con el arma que le había quitado a uno de los guardias de Trent en la mano, se movió hacia la puerta, sus ojos grises barriendo el pasillo exterior, que ahora estaba sumido en un caos de espuma blanca del extintor y la confusión de los hombres de Aegis.

El pasillo principal del puesto de guardia era una escena de pesadilla. La espuma del extintor cubría el suelo y las paredes, creando una superficie resbaladiza y cegadora. Varios guardias de Aegis, desorientados por la espuma y la alarma aún aullando, intentaban recuperar la compostura. Arthur Jenkins estaba entre ellos, su rostro una máscara de furia mientras intentaba limpiarse la espuma de los ojos y dar órdenes.

—¡No los dejen escapar! —rugió Jenkins, su voz distorsionada por la rabia y el eco del pasillo.

Rachel no dudó. Disparó dos veces, no para matar, sino para disuadir, las balas impactando en la pared muy por encima de las cabezas de los guardias, arrancando trozos de hormigón. El sonido de los disparos, amplificado en el espacio cerrado, fue suficiente para que los hombres de Aegis se agacharan instintivamente, dándoles a Daniel y a su grupo la fracción de segundo que necesitaban.

—¡Ahora! —gritó Rachel.

Se lanzaron por el pasillo, resbalando en la espuma, empujándose unos a otros. Daniel y Sam flanqueaban a Sarah y María, protegiéndolas con sus cuerpos. El olor a gas era más fuerte ahora, picando en sus ojos y gargantas, dificultando la respiración.

Llegaron a la puerta principal del puesto de guardia, la que daba al claro. Estaba abierta, dañada por la entrada forzada de los guardias de Trent. Salieron al aire nocturno, frío y comparativamente limpio, aunque el olor a gas comenzaba a filtrarse también al exterior.

Detrás de ellos, oyeron más gritos y el sonido de más disparos. Jenkins y sus hombres se habían recuperado y los perseguían.

—¡Hacia el bosque! ¡Al coche! —ordenó Daniel, su voz ronca.

Corrieron a través del claro, la hierba húmeda bajo sus pies. La mansión de Trent, a lo lejos, seguía iluminada, pero el puesto de guardia, el pequeño edificio de hormigón, parecía ahora una bestia oscura y amenazante, a punto de estallar.

Las luces de las linternas de los perseguidores cortaban la oscuridad detrás de ellos, acercándose. Los ladridos de los perros de

rastreo, que habían estado momentáneamente confundidos por el caos, volvieron a oírse, más feroces que nunca.

—¡No podemos llegar al coche a tiempo! —jadeó Sam, su herida comenzaba a pasarle factura, su ritmo disminuyendo.

Rachel miró a su alrededor, evaluando rápidamente la situación. El bosque ofrecía cobertura, pero también era un laberinto en la oscuridad, y con los perros pisándoles los talones, no tardarían en alcanzarlos.

—¡El puesto de guardia va a volar! —gritó Sarah Bennett, su voz sorprendentemente firme a pesar del miedo. Como periodista de investigación, su mente analítica seguía funcionando—. ¡Tenemos que alejarnos lo más posible! ¡La onda expansiva!

Tenía razón. El olor a gas era ahora abrumador. Un temblor recorrió el suelo bajo sus pies, más fuerte esta vez.

—¡Al suelo! ¡Cúbranse! —gritó Daniel, empujando a María y Sarah hacia una pequeña depresión en el terreno, un antiguo lecho de arroyo seco que ofrecía una mínima protección. Él y Sam se lanzaron junto a ellas, cubriéndolas con sus cuerpos.

Rachel se agachó a su lado, su arma aún en la mano, vigilando a sus perseguidores.

El mundo pareció contener la respiración por un instante. Un silencio antinatural, roto solo por los ladridos frenéticos de los perros y los gritos distantes de los hombres de Trent.

Y entonces, la explosión.

Fue un rugido ensordecedor, una fuerza cataclísmica que sacudió la tierra hasta sus cimientos. Una bola de fuego de un intenso y terrorífico color rojo burdeos se elevó hacia el cielo nocturno desde donde estaba el puesto de guardia, iluminando el bosque con un resplandor infernal, devorando la oscuridad. El calor los golpeó incluso a esa distancia, una ola abrasadora que les chamuscó el pelo y la piel. Fragmentos de hormigón y metal llovieron a su alrededor, silbando como proyectiles mortales.

Daniel sintió que el aire le era arrancado de los pulmones, el sonido de la explosión resonando en sus oídos hasta dejarlo momentáneamente sordo. Abrazó a María con más fuerza, intentando protegerla de la lluvia de escombros. Sam gruñó de dolor

cuando un trozo de metal le golpeó la espalda. Rachel se mantuvo firme, su mirada fija en la dirección de sus perseguidores, que habían sido igualmente sorprendidos y derribados por la onda expansiva.

Cuando el primer impacto de la explosión pasó, y el rugido infernal comenzó a disminuir, reemplazado por el crepitar del fuego y el sonido de árboles cayendo, Daniel levantó la cabeza con cautela. El puesto de guardia de Michael Trent ya no existía. En su lugar, solo había un cráter humeante y llamas que se elevaban hacia el cielo, devorando la vegetación circundante.

El olor a gas quemado y a humo acre llenaba el aire.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Daniel, su voz era un graznido ronco.

Hubo gemidos y toses. Sam se incorporó con dificultad, su rostro pálido y cubierto de hollín. —Creo que sí. Ese trozo de metal... me dio en la espalda, pero creo que la mochila lo paró un poco.

María y Sarah estaban asustadas, cubiertas de tierra y hollín, pero aparentemente ilesas. Rachel también estaba bien, aunque su rostro estaba manchado de negro y sus ojos brillaban con una intensidad salvaje.

—La explosión... ha debido acabar con algunos de los hombres de Trent —dijo Rachel, observando el caos en la distancia. Las luces de las linternas de los perseguidores se habían dispersado, algunas se habían apagado. Se oían gritos de dolor y confusión—. Y ha creado la distracción perfecta.

—¿Trent? —preguntó Daniel, pensando en el hombre que había activado la bomba, que había estado dispuesto a morir para destruir las pruebas y a sus enemigos.

—Estaba dentro —dijo Sam con gravedad—. Dudo que haya sobrevivido a eso. Nadie podría.

Michael Trent, el arquitecto de tanto dolor, de tanta corrupción, probablemente estaba muerto, consumido por el fuego que él mismo había desatado. Era un final apropiado, pensó Daniel con una mezcla de alivio sombrío y la persistente sensación de que las cosas rara vez eran tan sencillas.

—¿Y Jenkins? —preguntó Lisa a través del comunicador, su voz temblaba ligeramente. Había oído la explosión incluso a través de la línea segura—. ¿Qué ha pasado?

—Trent ha volado el puesto de guardia —informó Daniel—. Creemos que estaba dentro. Jenkins y sus hombres estaban fuera, persiguiéndonos. La explosión los ha dispersado. Es nuestra oportunidad de llegar al coche.

Con renovada urgencia, pero con la ventaja del caos y la confusión que reinaban entre los hombres de Trent, se pusieron en pie y comenzaron a correr de nuevo hacia el lugar donde habían dejado el coche alquilado. El fuego detrás de ellos iluminaba su camino, un faro infernal que marcaba el final de un capítulo, pero no necesariamente el final de la guerra.

La "Evidencia Mortal" había reclamado a su creador y a su principal encubridor. Pero las sombras de Washington D.C. eran profundas. Y Daniel sabía, con una certeza helada, que la advertencia de Trent sobre "sombras mucho más profundas" no era una simple bravuconada de un hombre al borde de la muerte. Era una verdad aterradora que aún tendrían que enfrentar.

Capítulo 30

El resplandor infernal de la explosión pintaba el bosque con tonalidades de un rojo burdeos sangriento y un naranja apocalíptico. El aire, antes frío y puro, ahora era una mezcla sofocante de humo acre, gas quemado y el olor metálico de los escombros calientes. El puesto de guardia de Michael Trent, el corazón de su fortaleza de vigilancia, se había convertido en una pira funeraria, un cráter humeante que escupía llamas y chispas hacia el cielo nocturno.

Daniel se incorporó con dificultad, el pitido en sus oídos comenzaba a ceder, reemplazado por el crepitar del fuego y los gritos distantes y confusos de los hombres de Trent. Ayudó a María Rodríguez a levantarse; la joven temblaba como una hoja, sus ojos fijos en el infierno que ardía a pocos cientos de metros. Sarah Bennett, a su lado, tosía violentamente, pero su mirada, aunque horrorizada, conservaba una chispa de la periodista de investigación que era, analizando la escena incluso en medio del caos.

—Sam, ¿cómo estás? —preguntó Daniel, acercándose a su socio, que se apoyaba en un árbol, el rostro contraído por el dolor.

—Ese maldito trozo de metal... —jadeó Sam, señalando su espalda—. Creo que la mochila absorbió la mayor parte del impacto, pero duele como el demonio. Necesitaré que Lisa me revise bien. Pero estoy de una pieza. Más o menos.

Rachel ya estaba en pie, su figura ágil y alerta en la penumbra iluminada por el fuego. Su arma seguía en su mano, sus ojos grises barrían el perímetro del bosque, buscando cualquier señal de los hombres de Aegis que pudieran estar reagrupándose.

—La explosión ha creado un caos total entre ellos —informó Rachel, su voz era baja y tensa, pero con un matiz de control—. Las

luces de sus linternas están dispersas. Algunos gritan órdenes, otros parecen estar heridos o desorientados. Es nuestra mejor oportunidad para llegar al coche. Pero tenemos que movernos ya, antes de que se organicen.

—¿Trent? —preguntó Sarah Bennett, su voz era ronca por el humo y la tensión. Era la primera vez que hablaba desde que la habían encontrado en la habitación.

—Estaba dentro cuando activó la bomba —respondió Daniel, mirando las llamas que devoraban los restos del puesto de guardia. Una sensación extraña, una mezcla de alivio sombrío y una inquietante incredulidad, se asentó en su pecho—. Dudo que alguien haya podido sobrevivir a eso.

Michael Trent. El hombre que había orquestado la muerte de su hermano, que había corrompido a tantos, que había construido un imperio sobre el miedo y la violencia, probablemente había encontrado su fin en el fuego de su propia creación. Era un final casi poético en su brutalidad.

—¿Y Jenkins? —preguntó Lisa a través del comunicador, su voz temblaba ligeramente. Había escuchado el rugido de la explosión incluso a través de la línea segura y encriptada, y la espera de noticias había sido una tortura.

—Estaba fuera, con sus hombres, persiguiéndonos —informó Daniel—. La explosión los ha dispersado. No sabemos su estado, pero por ahora, no son nuestra principal amenaza. Tenemos que salir de aquí.

Con la urgencia espoleándolos, y con el resplandor del incendio iluminando su camino de forma macabra, comenzaron la ardua carrera de regreso hacia el lugar donde habían dejado el coche alquilado. El bosque, antes un laberinto oscuro y amenazante, ahora parecía un poco menos hostil, como si la propia naturaleza estuviera conteniendo la respiración tras la violencia desatada.

El camino fue una prueba de resistencia. Sam cojeaba visiblemente, apoyándose en Daniel. María, aunque aún aterrorizada, encontraba fuerzas que no sabía que tenía, impulsada por el instinto de supervivencia y la presencia tranquilizadora de Sarah Bennett, quien, a pesar de su propio calvario, intentaba

infundirle ánimos. Rachel, como siempre, se movía con una eficiencia silenciosa, explorando el camino, asegurándose de que no caían en una emboscada.

Los ladridos de los perros de rastreo se habían extinguido, probablemente confundidos por la explosión o llamados por sus guías para ayudar en la confusión. Las luces de las linternas de los hombres de Trent se veían cada vez más lejanas, concentradas alrededor del cráter humeante.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad de tensión y esfuerzo, llegaron al coche. Estaba intacto, oculto entre los árboles donde lo habían dejado. Subieron con un suspiro colectivo de alivio, el olor a sudor, humo y miedo llenando el pequeño habitáculo.

Rachel tomó el volante, sus manos firmes y seguras. Arrancó el motor, y el coche se deslizó por el camino forestal, alejándose de la finca de Michael Trent, dejando atrás el resplandor del incendio y el eco de la violencia.

El viaje de regreso a D.C. fue largo y silencioso, cada uno perdido en sus pensamientos, procesando los eventos de la noche. La muerte de Trent, si se confirmaba, era un punto de inflexión. Pero, ¿qué significaba realmente? ¿Era el final de la amenaza, o solo el comienzo de algo nuevo, quizás aún más peligroso? Las palabras de Trent sobre "sombras mucho más profundas" resonaban en la mente de Daniel.

Llegaron al nuevo piso franco, el apartamento en el distrito industrial, justo cuando las primeras luces del alba comenzaban a disipar las últimas sombras de la noche. Lisa los esperaba en la puerta, su rostro una mezcla de alivio al verlos sanos y salvos, y una ansiedad palpable por saber los detalles.

Mientras Rachel y Lisa atendían las heridas de Sam –la mochila había evitado una lesión grave, pero tenía una contusión considerable y varios cortes–, Daniel se sentó con Sarah Bennett y María Rodríguez en la desvencijada mesa de la cocina.

—Sarah —comenzó Daniel, su voz suave pero firme—, sé que ha pasado por una experiencia terrible. Pero necesitamos saber qué pasó. ¿Cómo la capturó Trent? ¿Y qué sabe sobre su investigación, sobre el "dead man's switch"?

Sarah Bennett, a pesar del agotamiento y el trauma evidentes en su rostro pálido y en sus ojos hundidos, conservaba una chispa de la periodista tenaz que era. Respiró hondo, reuniendo sus fuerzas.

—Trent me encontró poco después de que ustedes estuvieran en mi cabaña —comenzó a relatar, su voz era ronca—. Sus hombres... eran profesionales. Me llevaron a esa finca. Quería mi investigación. Sabía del "dead man's switch". Intentó obligarme a desactivarlo, a darle las claves de acceso a mis servidores seguros.

—¿Lo hizo? —preguntó Daniel, el corazón en un puño.

Sarah negó con la cabeza, una leve sonrisa amarga curvando sus labios. —No. Aguanté. Sabía que si le daba todo, no tendría ninguna razón para mantenerme con vida. Mi "seguro" era mi única baza.

—La "facilitadora"... la mujer que nos dio la información para entrar en la finca... ¿sabe quién es? ¿Trabajaba con usted?

Sarah frunció el ceño, confundida. —¿Qué mujer? ¿Qué información? Yo no... yo no sé nada de ninguna facilitadora. Creí que ustedes me habían encontrado por sus propios medios.

Daniel intercambió una mirada con Rachel y Sam. La "facilitadora" seguía siendo un enigma, una jugadora independiente con sus propias motivaciones. Su intervención había sido crucial, pero sus intenciones seguían ocultas.

—Trent estaba desesperado por obtener mi investigación sobre BioGen y sus otras... operaciones —continuó Sarah—. La "Evidencia Mortal" que ustedes tienen es solo una parte. Hay mucho más. Conexiones con el lavado de dinero internacional, tráfico de armas, corrupción política al más alto nivel...

La magnitud de lo que Sarah Bennett había descubierto era asombrosa, mucho más allá de lo que habían imaginado. Michael Trent no era solo un empresario corrupto; era la cabeza de una hidra con múltiples tentáculos que se extendían por los rincones más oscuros del poder.

—¿Y el "dead man's switch"? ¿Sigue activo? —preguntó Lisa, uniéndose a la conversación después de asegurarse de que Sam estaba estable.

—Sí —confirmó Sarah—. Está programado para activarse si no introduzco un código de seguridad cada cierto tiempo. El plazo...

está cerca. Muy cerca. Si no lo desactivo pronto, toda mi investigación se filtrará a una lista predeterminada de periodistas y organizaciones internacionales.

La urgencia era máxima. Tenían que proteger a Sarah, ayudarla a recuperarse y, si ella estaba dispuesta, decidir cómo y cuándo liberar la información de su "seguro".

La muerte de Trent había creado un vacío de poder, un caos momentáneo. Pero las "sombras mucho más profundas" que él había mencionado seguían ahí. Y Arthur Jenkins, el leal ejecutor de Trent, seguía libre, probablemente buscando venganza o intentando salvar los restos del imperio de su jefe.

La guerra no había terminado. Simplemente, había cambiado de rostro. Y la "Evidencia Mortal", junto con la investigación de Sarah Bennett, eran las armas que ahora poseían para continuar la lucha. El amanecer traía consigo la promesa de un nuevo día, pero también la certeza de que la oscuridad aún no se había disipado por completo.

Capítulo 31

El amanecer en el nuevo piso franco del distrito industrial llegó con la promesa vacía de un nuevo comienzo. El olor a café rancio y a la humedad incrustada en las paredes desconchadas no lograba disipar el hedor a humo, a miedo y a la adrenalina quemada que se había adherido a ellos como una segunda piel tras la explosiva noche en la finca de Michael Trent. El sol, un disco pálido y anémico que luchaba por atravesar la sucia ventana, iluminaba los rostros demacrados del equipo de Daniel Foster, cada uno de ellos un mapa de las cicatrices invisibles y visibles de la batalla.

Sam Ortega, con el brazo en un cabestrillo improvisado por Rachel y el rostro surcado por el dolor y el cansancio, intentaba mantener una apariencia de normalidad, revisando mentalmente los próximos pasos legales, aunque cada movimiento le arrancaba una mueca. María Rodríguez, acurrucada en un viejo sofá bajo una manta raída, apenas había dormido, sus ojos muy abiertos seguían reviviendo el horror de su cautiverio y la aterradora huida. Sarah Bennett, por otro lado, a pesar de los evidentes signos de su terrible experiencia –los moratones que comenzaban a florecer en su piel pálida, la mirada acechada que no la abandonaba–, ya mostraba la resiliencia indomable de la periodista de investigación que era. Sostenía una taza de té humeante entre sus manos temblorosas, pero sus ojos, fijos en Daniel, brillaban con una inteligencia aguda y una determinación renovada.

Lisa Chang, que había pasado la noche en vela monitorizando cualquier actividad digital sospechosa y asegurando las copias de la "Evidencia Mortal" y la investigación de Sarah, parecía funcionar únicamente a base de cafeína y pura fuerza de voluntad. Rachel

Myers, silenciosa y alerta como una pantera, se movía por el pequeño apartamento, revisando las precarias medidas de seguridad, sus sentidos constantemente en guardia.

—Trent está muerto —afirmó Daniel, rompiendo el tenso silencio de la mañana. Las palabras, dichas en voz alta, aún sonaban irreales, como la conclusión de una pesadilla de la que acababan de despertar—. El puesto de guardia voló por los aires con él dentro. No hay forma de que haya sobrevivido a eso.

Un silencio cargado siguió a su afirmación. La muerte de Michael Trent, el arquitecto de tanto sufrimiento, el hombre que había perseguido a Daniel y a su familia durante tanto tiempo, debería haber sido motivo de celebración, o al menos de un profundo alivio. Pero la sensación predominante en la habitación era una extraña mezcla de incredulidad y una inquietud persistente.

—Su cuerpo no ha sido encontrado oficialmente, Daniel —señaló Rachel, siempre la voz del realismo—. La finca estará acordonada por las autoridades locales, quizás incluso federales si la explosión fue lo suficientemente grande como para llamar su atención. Pero hasta que no haya una confirmación forense...

—Nadie sobrevive a una explosión así, Rachel —intervino Sam, su voz ronca—. Lo vimos. Lo sentimos. Trent se llevó su fortaleza con él.

—Pero su imperio, sus conexiones, sus... "sombras mucho más profundas"... eso no desaparece con él —dijo Daniel, recordando las últimas y ominosas palabras de Trent. El color rojo burdeos de su legado de sangre y corrupción no se borraría tan fácilmente—. Arthur Jenkins sigue ahí fuera. Y la "facilitadora"... ella es la verdadera incógnita en todo esto.

Sarah Bennett dejó su taza de té sobre la desvencijada mesa de centro. —La mujer que los ayudó a entrar en la finca... la que les dio los planos... ¿Quién es? ¿Por qué nos ayudaría para luego traicionarnos con María?

Daniel relató brevemente el encuentro en el Jardín Botánico, la información proporcionada, la trampa en la que habían caído. Sarah escuchó con atención, su rostro ensombreciéndose.

—No lo sé, Sarah —admitió Daniel—. Dice que tiene enemigos comunes con Trent. Que sus "empleadores" quieren verlo caer. Pero sus métodos son... opacos. Y peligrosos. Nos usó.

—Y sigue siendo una amenaza —añadió Rachel—. Si sabía tanto sobre la seguridad de Trent, sabe mucho sobre nosotros. Y si su objetivo era solo debilitar a Trent, o apoderarse de una parte de su imperio, podría vernos como cabos sueltos ahora.

La conversación se centró entonces en lo más urgente: el "dead man's switch" de Sarah.

—El plazo está a punto de expirar, Daniel —dijo Sarah, su voz, aunque débil, era firme—. Si no introduzco el código de seguridad en las próximas... —miró su reloj, un modelo deportivo y resistente que había sobrevivido a su cautiverio— ...doce horas, toda mi investigación se liberará.

—¿A quién se enviará? —preguntó Lisa, inclinándose hacia adelante, su interés profesional superando momentáneamente el cansancio.

—A una lista cuidadosamente seleccionada de periodistas de investigación internacionales de gran reputación, a varias organizaciones de derechos humanos y de vigilancia de la corrupción, y a un par de... contactos discretos en agencias gubernamentales que sé que no están en el bolsillo de Trent o de sus protectores —explicó Sarah—. Está diseñado para causar el máximo impacto y para que la información no pueda ser fácilmente suprimida.

—Pero si se libera todo de golpe, sin contexto, sin una estrategia... podría ser contraproducente —advirtió Sam—. Podría crear un caos que beneficie a otros jugadores, a esas "sombras más profundas". Y podría poner en peligro a tus fuentes, Sarah.

Sarah asintió, la preocupación visible en su rostro. —Lo sé. Por eso necesito desactivarlo temporalmente, o al menos, controlar la liberación. Pero para eso, necesito acceso a mis servidores seguros. Y no sé si es posible desde aquí, o si Trent... o quien sea que controlara mis equipos en la finca... ha comprometido mis credenciales.

Lisa se acercó. —Puedo intentarlo, Sarah. Si me das los detalles de acceso, puedo intentar establecer una conexión segura y ver si tus credenciales siguen siendo válidas. Pero si Trent tuvo acceso a tu ordenador principal, como dijiste, podría haber instalado keyloggers o troyanos.

La tarea era arriesgada. Si intentaban acceder y las credenciales estaban comprometidas, podrían alertar a quienquiera que estuviera monitoreando los servidores de Sarah, revelando su ubicación o sus intenciones.

Mientras Lisa y Sarah comenzaban a discutir los detalles técnicos, Daniel se centró en la "Evidencia Mortal" de BioGen.

—Tenemos que usar esto para el juicio de Finch —dijo—. La filtración anónima sobre BioGen ha abierto la puerta. La jueza Prescott admitió parte de nuestra evidencia. Ahora, con el testimonio de María sobre su secuestro y lo que vio, y con los archivos completos de la Dra. Hanson... podemos destrozar a BioGen en el tribunal.

—Victor Hale estará esperando cualquier error nuestro —recordó Sam—. Y los abogados de BioGen son tiburones. Necesitamos que la presentación sea impecable.

—Y necesitamos proteger a Alistair Finch —añadió Rachel—. Si Trent está muerto, la presión directa sobre él podría disminuir, pero los directivos de BioGen, Thorne y Elian Sterling, siguen ahí. Y estarán desesperados por silenciar a cualquiera que pueda implicarlos en el asesinato de Hanson o en el escándalo de NeuroCure.

La conversación fue interrumpida por una alerta en uno de los portátiles de Lisa, uno que no estaba conectado a la investigación de Sarah, sino a sus sistemas de monitoreo de noticias y comunicaciones de Aegis Security.

—Daniel, tenéis que ver esto —dijo Lisa, su voz tensa.

Giró la pantalla. Era un comunicado de prensa urgente, emitido hacía pocos minutos por Aegis Security.

"Aegis Security lamenta informar del trágico fallecimiento de su CEO, el Sr. Michael Trent, en un desafortunado accidente ocurrido en una de sus propiedades privadas en Virginia. Las autoridades locales

están investigando las circunstancias del incidente, que parece haber sido causado por una explosión accidental relacionada con una fuga de gas. Aegis Security colaborará plenamente con la investigación. La junta directiva ya ha iniciado el proceso para nombrar un sucesor interino y asegurar la continuidad de las operaciones de la compañía. Nuestros pensamientos están con la familia del Sr. Trent en estos difíciles momentos."

"Explosión accidental". "Fuga de gas". La maquinaria de encubrimiento ya estaba en marcha.

—No han tardado nada en fabricar una historia —comentó Sam con amargura.

—Pero lo importante es que lo confirman: Trent está muerto —dijo Daniel. Una parte de él sintió un alivio inmenso, la culminación de una larga y dolorosa búsqueda de justicia para Peter. Pero otra parte, la del abogado experimentado, sabía que esto no era el final.

—¿Y Jenkins? —preguntó Rachel, sus ojos fijos en el comunicado —. ¿Dirá algo sobre él?

Lisa escaneó rápidamente el resto del comunicado y las noticias relacionadas. —No hay mención a Arthur Jenkins. Ni a ningún otro empleado de Aegis herido o muerto en la explosión.

—Jenkins es un superviviente —dijo Daniel con una certeza helada—. Y es leal a Trent. O lo era. Con Trent fuera de juego, ¿a quién responderá ahora? ¿Intentará tomar el control de lo que queda del imperio? ¿O buscará venganza contra nosotros?

La muerte de Trent no significaba el fin de Aegis Security, ni el fin de la red de corrupción que había construido. Significaba un vacío de poder. Y los vacíos de poder, en Washington D.C., rara vez permanecían vacíos por mucho tiempo. Alguien intentaría llenarlo. Quizás la "facilitadora" y sus misteriosos "empleadores". O quizás alguien aún más peligroso.

La "Evidencia Mortal" seguía en sus manos. El juicio de Finch se avecinaba. Y Sarah Bennett, con su "dead man's switch" a punto de activarse, era una bomba de relojería andante. La partida, lejos de terminar con la muerte de Trent, acababa de volverse infinitamente más compleja e impredecible. Las sombras seguían acechando.

Capítulo 32

El comunicado de prensa de Aegis Security, con su aséptica y calculada descripción de la "explosión accidental" y el "trágico fallecimiento" de Michael Trent, era una obra maestra de la desinformación corporativa. Lo leyeron y releyeron en el pequeño y lúgubre piso franco, cada palabra una confirmación de que, aunque Trent estuviera muerto, la maquinaria que había construido seguía funcionando, lista para proteger sus secretos y su legado. El color rojo burdeos de la mentira oficial se superponía al de la sangre que aún no se había secado.

—"Colaborará plenamente con la investigación" —leyó Sam con sorna, señalando la frase en la pantalla del portátil de Lisa—. Eso significa que Aegis controlará la narrativa, se asegurará de que la "fuga de gas" sea la única explicación y de que cualquier pregunta incómoda sobre lo que realmente hacía Trent en esa finca sea enterrada bajo una montaña de informes técnicos y burocracia.

—Y ninguna mención a Jenkins —añadió Rachel, sus ojos grises fijos en el texto—. Sigue siendo un fantasma para el público. Lo que significa que tiene libertad para moverse, para actuar. Y con Trent fuera, ¿quién controla ahora a Aegis? ¿Quién da las órdenes?

La pregunta flotaba en el aire, cargada de una nueva incertidumbre. La muerte de Trent había creado un vacío de poder, y en Washington D.C., los vacíos de poder eran invitaciones al caos y a la aparición de nuevos depredadores.

—Jenkins era el perro de presa de Trent —dijo Daniel, su voz era sombría—. Su lealtad era hacia Trent. Pero también es un hombre pragmático, un superviviente. Podría intentar tomar el control de lo que queda de las operaciones de Trent, o podría buscar un nuevo

amo. O, lo que más me preocupa, podría buscar venganza contra nosotros por la muerte de su jefe.

—Y luego está la "facilitadora" —recordó Lisa, la misteriosa mujer del Jardín Botánico seguía siendo una presencia inquietante en sus mentes—. Si sus "empleadores" querían a Trent fuera de juego, lo han conseguido. ¿Cuál es su siguiente movimiento? ¿Nos ayudarán o nos verán como una amenaza ahora que hemos cumplido nuestro propósito en su plan?

La complejidad de la situación era abrumadora. Tenían la "Evidencia Mortal" de BioGen, el testimonio de María Rodríguez, y a Sarah Bennett con su "dead man's switch" a punto de activarse. Pero también tenían a Arthur Jenkins suelto, a una "facilitadora" con una agenda desconocida y a los directivos de BioGen, Marcus Thorne y Elian Sterling, que lucharían con uñas y dientes para evitar la cárcel.

—Nuestra prioridad inmediata sigue siendo el juicio de Alistair Finch —dijo Daniel, intentando centrar al equipo—. La muerte de Trent no cambia el hecho de que Finch está acusado de asesinato y que BioGen intentará destruirlo. Tenemos que usar la "Evidencia Mortal" para exonerarlo y para exponer a Thorne y Sterling.

—El comunicado de Aegis sobre Trent nos da una ventaja inesperada —señaló Sam, su mente legal ya trabajando—. Si la versión oficial es una "explosión accidental", cualquier intento de vincularnos con la muerte de Trent será más difícil para ellos. Podemos centrarnos en BioGen.

La conversación se interrumpió cuando Sarah Bennett, que había estado descansando en la otra habitación junto a María, entró en la pequeña sala de estar. A pesar de su palidez y los moratones que comenzaban a oscurecerse en su rostro, había una nueva determinación en su mirada. Sostenía un pequeño teléfono satelital, el que habían recuperado de la cabaña.

—He estado pensando en el "dead man's switch" —dijo Sarah, su voz aún ronca pero firme—. El plazo está a punto de cumplirse. Si no lo desactivo o lo modifico, toda mi investigación se liberará en menos de diez horas.

—¿Puedes acceder a tus servidores desde aquí, Sarah? —preguntó Lisa, acercándose con su portátil—. Si me das las credenciales, puedo intentar establecer una conexión segura. Pero si Trent tuvo acceso a tu ordenador principal en la finca, como dijiste, podría haber comprometido tus contraseñas.

Sarah asintió, la preocupación ensombreciendo su rostro. —Lo sé. Es un riesgo. Pero no podemos permitir que toda la información se libere sin control. Como dijo Sam, podría causar un caos impredecible, poner en peligro a mis fuentes, y quizás no lograr el impacto que buscaba. Necesito controlar la narrativa, al menos inicialmente.

Pasaron la siguiente hora trabajando con Lisa. Sarah, con una memoria asombrosa a pesar de su terrible experiencia, recordó las complejas contraseñas y los protocolos de acceso a sus servidores seguros. Lisa, utilizando múltiples capas de encriptación y VPNs, intentó establecer una conexión. La tensión era palpable. Si las credenciales estaban comprometidas, podrían estar alertando a quienquiera que estuviera monitoreando los servidores de Sarah, ya fueran los hombres de Trent que quedaban, o la misteriosa "facilitadora".

Finalmente, después de varios intentos fallidos y ajustes en la configuración, Lisa logró establecer una conexión. —Estoy dentro —susurró, un pequeño triunfo en su voz—. Tus credenciales siguen siendo válidas, Sarah. Parece que Trent no tuvo tiempo, o los medios, para comprometer tus servidores antes de... bueno, antes de la explosión.

Sarah sintió un alivio visible. —Bien. Necesito acceder al panel de control del "dead man's switch". Puedo retrasar la activación automática y programar una liberación secuencial de la información, empezando por lo más relevante para el caso BioGen y las actividades de Trent que podamos probar de forma independiente.

Mientras Sarah y Lisa trabajaban en el control del "seguro" digital, Daniel, Sam y Rachel planificaban los siguientes pasos para el juicio de Finch.

—Con la muerte de Trent, la conexión financiera con BioGen se vuelve aún más crucial —dijo Daniel—. Demuestra el tipo de socios

que tenía Marcus Thorne. Y la grabación de Jenkins con Elian Sterling, la del paquete "VERITAS", es nuestra bala de plata contra ellos.

—Hale intentará impedir que la presentemos, o la desacreditará como una falsificación —advirtió Sam—. Necesitaremos un experto forense en audio que pueda testificar sobre su autenticidad, si la jueza Prescott lo permite.

—Puedo encargarme de eso —dijo Rachel—. Conozco a algunos de los mejores en el campo, discretos y fiables.

La noticia de la muerte de Trent comenzó a extenderse por los medios de comunicación, aunque la versión oficial de Aegis Security sobre una "explosión accidental" era la única que se difundía. No había mención a una incursión, a prisioneros, a un tiroteo. Por ahora, el encubrimiento parecía estar funcionando.

Pero Daniel sabía que la calma era temporal. Arthur Jenkins no se quedaría de brazos cruzados. Y la "facilitadora" seguía siendo una sombra, una jugadora cuyas verdaderas intenciones y poder aún no conocían.

A media tarde, Lisa levantó la vista de su portátil, una expresión de triunfo y alivio en su rostro. —Hecho. Sarah ha logrado reprogramar el "dead man's switch". La liberación masiva se ha pospuesto. Ahora tiene el control de cuándo y cómo se liberará su investigación.

Sarah Bennett se reclinó en la silla, el agotamiento finalmente haciendo mella en ella, pero con una leve sonrisa en sus labios. —Gracias, Lisa. Y gracias a todos ustedes. Me salvaron la vida. Y quizás, también mi trabajo.

—Aún no hemos terminado, Sarah —dijo Daniel con suavidad—. Trent está muerto, pero su legado de corrupción sigue vivo. Y tenemos un juicio que ganar para Alistair Finch. Tu investigación, combinada con la "Evidencia Mortal" de la Dra. Hanson, es la clave.

La muerte de Trent había cerrado un capítulo sangriento y doloroso en la vida de Daniel. La sombra de su hermano Peter, aunque siempre presente, parecía un poco menos pesada. Pero la guerra contra las fuerzas oscuras que operaban en Washington D.C. estaba lejos de terminar. Nuevos enemigos podrían surgir del vacío

dejado por Trent. Y la "Evidencia Mortal" que ahora poseían era un arma poderosa, pero también un imán para aquellos que querían que la verdad permaneciera enterrada para siempre, bajo capas de mentiras teñidas del infame color rojo burdeos.

Capítulo 33

El amanecer se deslizó sobre Washington D.C. con la promesa de un día que marcaría un antes y un después en la guerra silenciosa que Daniel Foster libraba contra las sombras. El piso franco, un refugio temporal y anónimo, bullía con una actividad contenida. Hoy comenzaba la verdadera batalla en el juicio de Alistair Finch, el momento de desenmascarar la corrupción de BioGen Corp y, con ello, asestar un golpe al legado de Michael Trent. El color rojo burdeos de la "Evidencia Mortal" estaba a punto de ser expuesto bajo la fría luz de la justicia, o al menos, eso esperaban.

Sam Ortega, con el brazo aún vendado pero con una determinación férrea en la mirada, repasaba los últimos detalles de la estrategia legal con Daniel. —Hale va a intentar bloquear cada prueba, Daniel. Va a gritar, a objetar, a intentar convertir esto en un circo. Tenemos que ser más listos, más rápidos y, sobre todo, más creíbles que él.

Daniel asintió, el peso de la responsabilidad oprimiéndole el pecho. —Lo sé, Sam. La jueza Prescott nos ha dado una oportunidad, pero no será un camino de rosas. La autenticidad de las grabaciones de Hanson y los documentos de "VERITAS" será nuestro mayor desafío.

Lisa Chang, que había trabajado toda la noche, tenía los ojos enrojecidos pero brillantes de excitación profesional. —He logrado rastrear algunos metadatos de los archivos del topo que podrían ayudar a corroborar su origen interno en BioGen, aunque no revelen la identidad del filtrador. Y el experto forense en audio que Rachel contactó está listo para testificar sobre la integridad de las grabaciones de la Dra. Hanson, si la jueza lo permite.

Rachel Myers, por su parte, había organizado la seguridad para el traslado al juzgado y la protección de Alistair Finch, quien llegaría directamente desde Vermont bajo una discreta pero férrea escolta. También había puesto a sus contactos a trabajar, intentando averiguar cualquier movimiento inusual de Arthur Jenkins o de los restos de la organización de Trent. La muerte del líder había creado un vacío, pero los lobos seguían hambrientos.

Sarah Bennett y María Rodríguez permanecían en el piso franco, bajo la atenta mirada de uno de los asociados de confianza de Rachel. Sarah, aunque aún recuperándose de su terrible experiencia, había comenzado a colaborar con Lisa, intentando recordar detalles de su investigación que pudieran complementar la "Evidencia Mortal" o ayudar a entender mejor la red de Trent. María, por su parte, estaba aterrada ante la perspectiva de testificar, pero la presencia tranquilizadora de Sarah y la determinación del equipo de Daniel le infundían un frágil coraje.

El viaje al juzgado fue una sinfonía de tensión y vigilancia. Cada coche que se acercaba demasiado, cada mirada curiosa, era analizada por Rachel con la precisión de un halcón. Llegaron sin incidentes, pero la atmósfera alrededor del edificio era eléctrica. La prensa, alertada por las filtraciones y la promesa de un juicio explosivo, se agolpaba en la entrada.

Dentro de la sala del tribunal, el aire estaba cargado. Marcus Thorne y Elian Sterling, los directivos de BioGen, ocupaban sus asientos en primera fila, sus rostros eran máscaras de estudiada compostura, pero la tensión en sus mandíbulas y la forma en que sus dedos tamborileaban sobre los reposabrazos de sus costosos asientos delataban su nerviosismo. Victor Hale, el fiscal, paseaba arriba y abajo frente a la mesa de la acusación, como un león enjaulado esperando el momento de atacar.

Alistair Finch, sentado junto a Daniel, estaba pálido como un fantasma, sus manos aferradas con fuerza a un pequeño crucifijo que llevaba en el bolsillo. Daniel le dirigió una mirada tranquilizadora.

La jueza Caroline Prescott entró en la sala, su presencia imponente acallando los murmullos. El juicio se reanudó.

La fiscalía, a través de Victor Hale, continuó presentando su caso contra Finch, llamando a testigos que intentaban pintar al científico como un hombre inestable y resentido, capaz de cometer un acto de violencia desesperada. Daniel, en sus contrainterrogatorios, fue metódico, paciente, desmantelando con preguntas precisas las inconsistencias en sus testimonios, sembrando dudas razonables en la mente del jurado.

Finalmente, llegó el turno de la defensa.

—Su Señoría, miembros del jurado —comenzó Daniel, su voz resonando con calma y autoridad en la sala silenciosa—, la fiscalía les ha presentado una historia. Una historia simple, conveniente, que señala a un hombre asustado y desesperado como el asesino de su mentora. Pero esa historia, como descubrirán, está llena de agujeros, de omisiones, de verdades a medias. La defensa demostrará que el Dr. Alistair Finch no solo es inocente, sino que es una víctima más de una conspiración mucho más grande y siniestra, una conspiración orquestada desde las más altas esferas de BioGen Corp para ocultar una verdad mortal.

Los abogados de BioGen y Victor Hale saltaron con objeciones, pero la jueza Prescott, con una mirada severa, los hizo callar.

Daniel comenzó a presentar la "Evidencia Mortal". Primero, llamó al estrado a un experto forense en informática, quien testificó sobre la autenticidad de los datos recuperados de la memoria USB de Alistair Finch, los primeros indicios de la manipulación de los ensayos de NeuroCure. Luego, con una moción cuidadosamente argumentada, solicitó la admisión de los archivos obtenidos de los servidores de BioGen, la evidencia que la Dra. Hanson había recopilado.

La batalla legal fue encarnizada. Hale y los abogados de BioGen lucharon con todas sus fuerzas para impedir que esos archivos fueran admitidos, alegando obtención ilegal, falta de cadena de custodia, irrelevancia. Pero Daniel y Sam estaban preparados. Argumentaron que la evidencia era vital para demostrar el motivo del asesinato de la Dra. Hanson y la inocencia de Finch.

La jueza Prescott, después de escuchar los argumentos de ambas partes y revisar en privado una muestra de la evidencia, tomó una

decisión que hizo temblar los cimientos de la sala.

—Dada la gravedad de las acusaciones y la potencial relevancia de esta evidencia para garantizar un juicio justo —dictaminó la jueza, su voz firme e implacable—, admitiré, bajo protesta de la fiscalía y de los representantes de BioGen Corp, los documentos y grabaciones de audio que la defensa alega provienen de la investigación interna de la Dra. Lena Hanson. Sin embargo, la defensa deberá establecer una conexión clara y directa entre esta evidencia y el caso que nos ocupa.

Un murmullo de sorpresa y excitación recorrió la sala. Marcus Thorne y Elian Sterling se pusieron visiblemente pálidos. Victor Hale apretó los puños con furia.

Con la puerta abierta por la jueza Prescott, Daniel comenzó a desgranar la "Evidencia Mortal". Proyectó en las pantallas de la sala los correos electrónicos internos de BioGen, las órdenes de "gestionar la narrativa" de NeuroCure. Luego, reprodujo las grabaciones de audio de la Dra. Hanson, su voz firme y ética enfrentándose a la fría indiferencia de sus superiores.

La sala escuchaba en un silencio sepulcral, roto solo por los jadeos ahogados de algunos miembros del jurado y el sonido de los periodistas tecleando frenéticamente en sus portátiles. La verdad, cruda y brutal, comenzaba a emerger.

El clímax llegó cuando Daniel llamó a declarar a María Rodríguez. La joven, aunque visiblemente nerviosa, subió al estrado con una dignidad sorprendente. Con voz temblorosa pero clara, relató lo que había presenciado la noche del asesinato del concejal Sterling, la discusión, la violencia, la figura de la mujer que huyó. Y luego, con lágrimas en los ojos, contó su secuestro por la "facilitadora" y su cautiverio en la finca de Trent, vinculando indirectamente la violencia del caso Sterling con las tácticas utilizadas por aquellos que querían silenciar la verdad.

Victor Hale intentó destrozar su testimonio en el contrainterrogatorio, pero María se mantuvo firme, su relato coherente y creíble.

Finalmente, Daniel presentó el memorando de Marcus Thorne y la grabación de audio entre Elian Sterling y Arthur Jenkins, la

evidencia del paquete "VERITAS". La sala contuvo la respiración cuando la voz fría de Jenkins confirmó que "el paquete había sido entregado" y que "el Sr. Trent siempre apreciaba la eficiencia".

La conexión entre BioGen, el asesinato de la Dra. Hanson y los operativos de Michael Trent quedó expuesta ante el jurado y el mundo.

Cuando la sesión terminó ese día, la atmósfera en el juzgado era de conmoción. Marcus Thorne y Elian Sterling salieron escoltados por sus abogados, sus rostros eran máscaras de furia y pánico. Victor Hale evitó a la prensa, su arrogancia hecha añicos.

Daniel y Sam sabían que la batalla aún no había terminado. Quedaban los alegatos finales, la deliberación del jurado. Pero habían logrado algo que parecía imposible: habían hecho que la "Evidencia Mortal" hablara. Y su voz, amplificada por la verdad silenciosa de la Dra. Hanson, resonaba con la fuerza de un terremoto en los cimientos del imperio de corrupción que habían jurado derribar.

Esa noche, en el piso franco, recibieron un mensaje encriptado. No era de Lisa ni de Rachel. Era una sola frase, sin remitente:

"Las sombras más profundas observan. Y a veces, incluso las sombras buscan la luz. Buen trabajo, Foster."

La "facilitadora". Seguía observando. Y su juego, fuera cual fuera, aún no había terminado.

Capítulo 34

El mensaje encriptado, breve y enigmático, se quedó flotando en la pantalla del teléfono desechable de Daniel como un espectro digital. "Las sombras más profundas observan. Y a veces, incluso las sombras buscan la luz. Buen trabajo, Foster." La "facilitadora". Su juego, fuera cual fuera, continuaba, y su aprobación tácita era tan inquietante como lo había sido su traición en la finca de Trent.

—¿"Buen trabajo, Foster"? —Sam releyó el mensaje por encima del hombro de Daniel, su escepticismo era una barrera palpable—. ¿Se supone que debemos tomar eso como un cumplido de alguien que nos llevó directamente a una trampa mortal y que tiene a María Rodríguez traumatizada de por vida?

—O como una advertencia de que, aunque hayamos ganado una batalla, la guerra contra esas "sombras más profundas" apenas ha comenzado —añadió Rachel, sus ojos grises fijos en el teléfono, analizando cada posible implicación—. Y que ella sigue observando, quizás decidiendo si somos piezas útiles o prescindibles en su tablero.

Lisa, sin embargo, estaba más preocupada por la otra amenaza que había detectado. —El malware, Daniel. El que intentó acceder a nuestros archivos de BioGen. Sigue activo. He logrado contenerlo en una sandbox virtual por ahora, pero es increíblemente sofisticado. No se parece a nada que haya usado Trent o Aegis. Es... diferente. Más sigiloso, más inteligente. Intenta aprender de nuestros sistemas, adaptarse.

—¿Quién podría estar detrás de algo así? —preguntó Daniel, una nueva oleada de aprensión recorriéndole. Si no era Trent, ¿entonces

quién? ¿Los "empleadores" de la facilitadora? ¿Otro jugador desconocido?

—No lo sé —admitió Lisa, la frustración tiñendo su voz—. Pero quienquiera que sea, quiere la "Evidencia Mortal" tanto como la quería Trent. O quiere saber exactamente qué tenemos y qué planeamos hacer con ello.

La perspectiva de un nuevo enemigo, tecnológicamente avanzado y con motivaciones desconocidas, era un peso adicional en la ya de por sí precaria situación. Tenían que prepararse para los alegatos finales del juicio de Alistair Finch, protegerse de las posibles represalias de los restos de la organización de Trent o de los directivos acorralados de BioGen, y ahora, enfrentarse a una amenaza cibernética de origen desconocido.

Los alegatos finales comenzaron al día siguiente. La sala del tribunal estaba, si cabe, aún más abarrotada. La presentación de la "Evidencia Mortal" había causado conmoción, y la expectación por el desenlace era máxima.

Victor Hale, aunque visiblemente afectado por la admisión de las pruebas de la defensa, intentó recuperar la iniciativa con un alegato apasionado y lleno de demagogia. Pintó a Alistair Finch como un hombre consumido por la ambición y el resentimiento, capaz de cualquier cosa, incluso de fabricar pruebas para incriminar a sus superiores. Desestimó las grabaciones y los documentos de BioGen como "material obtenido de forma dudosa, potencialmente manipulado y presentado con la única intención de crear una cortina de humo". El color rojo burdeos de su corbata parecía vibrar con la intensidad de su indignación fingida.

Cuando llegó el turno de Daniel, un silencio tenso se apoderó de la sala. Se levantó lentamente, sus ojos recorriendo al jurado, a la jueza Prescott, a los rostros pálidos de Marcus Thorne y Elian Sterling.

—Miembros del jurado —comenzó Daniel, su voz era tranquila pero cargada de una convicción inquebrantable—, el fiscal les ha contado una historia. Una historia de celos y venganza. Pero la evidencia que han visto y escuchado en esta sala cuenta una historia

muy diferente. Una historia de codicia corporativa, de negligencia criminal y de un encubrimiento mortal.

Con una lógica implacable y una claridad meridiana, Daniel desgranó la "Evidencia Mortal". Recordó al jurado los datos manipulados de NeuroCure, los correos electrónicos que ordenaban "gestionar la narrativa", la voz firme de la Dra. Lena Hanson enfrentándose a sus superiores, y la escalofriante grabación de Elian Sterling confirmando a Arthur Jenkins que "el paquete había sido entregado".

—La Dra. Lena Hanson no fue asesinada por un colega resentido —continuó Daniel, su mirada fija en el jurado—. Fue asesinada porque descubrió la verdad sobre NeuroCure. Una verdad que BioGen Corp y sus directivos estaban desesperados por ocultar, una verdad que valía miles de millones de dólares y que amenazaba con destruir su imperio de engaños. Y el Dr. Alistair Finch, su amigo y colega, fue elegido como el chivo expiatorio perfecto para silenciar cualquier investigación adicional.

Su alegato final fue una obra maestra de la oratoria legal, apelando tanto a la lógica como a la emoción del jurado. Conectó cada pieza de evidencia, demostrando no solo la inocencia de Finch, sino la culpabilidad moral y criminal de BioGen.

Cuando terminó, un silencio profundo llenó la sala. Incluso Victor Hale parecía momentáneamente sin palabras. La jueza Prescott dio las instrucciones finales al jurado, y estos se retiraron a deliberar.

La espera fue una tortura. Daniel, Sam, Rachel y Lisa regresaron al piso franco, la tensión era casi insoportable. Cada hora que pasaba sin noticias del jurado aumentaba la ansiedad.

—Hiciste todo lo que pudiste, Daniel —dijo Sam, poniendo una mano en el hombro de su socio—. El resto está en manos del jurado.

Lisa, mientras tanto, seguía luchando contra el malware. —Es persistente —informó, sus ojos pegados a la pantalla—. Sigue intentando encontrar una puerta trasera, una vulnerabilidad. Es como si estuviera vivo, aprendiendo. He logrado aislar su origen a una serie de servidores proxy en Europa del Este, pero la señal rebota por demasiados nodos como para rastrear al usuario final.

La idea de que alguien, en algún lugar remoto, estuviera observando sus movimientos digitales, intentando acceder a sus secretos más guardados, era profundamente inquietante.

Pasaron dos días. Dos días de espera agónica, de sobresaltos ante cada llamada telefónica, de mirar constantemente por encima del hombro. María Rodríguez y Sarah Bennett, aunque informadas de la situación, permanecían ocultas, su seguridad era primordial.

Al final del segundo día, llegó la llamada del secretario de la jueza Prescott. El jurado había llegado a un veredicto.

Regresaron al juzgado, el corazón de Daniel latiendo con una mezcla de esperanza y temor. La sala estaba en silencio, la tensión era palpable. Marcus Thorne y Elian Sterling estaban presentes, sus rostros eran máscaras de piedra.

El portavoz del jurado se puso en pie, un hombre de mediana edad con gafas y una expresión seria. Sostuvo un papel en sus manos temblorosas.

—En el caso del Estado contra Alistair Finch —comenzó el portavoz, su voz resonando en el silencio—, en el cargo de asesinato en primer grado de la Dra. Lena Hanson, nosotros, el jurado, encontramos al acusado...

El mundo pareció detenerse para Daniel.

—...no culpable.

Un suspiro colectivo de alivio y sorpresa recorrió la sala. Alistair Finch rompió a llorar, su cuerpo sacudido por sollozos de pura liberación. Daniel sintió que una enorme carga se levantaba de sus hombros. Lo habían logrado.

Pero la jueza Prescott golpeó la mesa con su mazo. —Orden. Aunque el jurado ha emitido su veredicto sobre el Dr. Finch, las implicaciones de la evidencia presentada en este juicio son de tal gravedad que este tribunal considera su deber remitir la totalidad de las transcripciones y las pruebas admitidas al Departamento de Justicia y a la Comisión de Bolsa y Valores para su inmediata investigación sobre las prácticas de BioGen Corp y sus directivos.

Un murmullo de aprobación recorrió la parte de la sala ocupada por los periodistas. Marcus Thorne y Elian Sterling se pusieron

pálidos como la cera. Sus abogados intentaron objetar, pero la jueza Prescott fue implacable.

Habían ganado. No solo habían salvado a Finch, sino que habían abierto la puerta para una investigación federal masiva contra BioGen. Era una victoria importante, un golpe significativo contra la corrupción.

Pero mientras salían del juzgado, rodeados por el caos de los medios, Daniel recibió otro mensaje encriptado en su teléfono. Era de la misma fuente anónima que el paquete "VERITAS".

"Felicidades, Foster. Ha ganado una batalla. Pero la guerra por las sombras de esta ciudad apenas ha comenzado. El malware que detectó su analista... es solo un saludo de sus nuevos adversarios. Son mucho más peligrosos que Trent. Y ahora, usted está en su radar. Cuídese."

La victoria se sintió repentinamente agridulce. Habían derrotado a un enemigo, pero habían atraído la atención de otro, quizás aún más formidable. Las sombras más profundas no solo observaban; comenzaban a moverse. Y el juego, lejos de terminar, se volvía más letal.

Capítulo 35

La palabra "no culpable" aún flotaba en el aire viciado de la sala del tribunal, un eco de triunfo que luchaba por imponerse al zumbido de incredulidad y a la inminente tormenta mediática. Alistair Finch, un hombre que había entrado en el juzgado como un cordero al matadero, ahora lloraba abiertamente, sus hombros sacudidos por sollozos de pura liberación, una imagen de fragilidad redimida que las cámaras de televisión no tardarían en convertir en el símbolo de una victoria pírrica contra la Goliat corporativa.

Daniel sintió la mano de Sam apretando su hombro, un gesto de camaradería y alivio compartido. Habían ganado. Contra todo pronóstico, contra la maquinaria legal de BioGen y la furia de Victor Hale, habían conseguido que un jurado viera la verdad, o al menos, la duda razonable. Pero la admonición de la jueza Prescott, remitiendo el caso BioGen al Departamento de Justicia y a la SEC, era la verdadera bomba, la que prometía réplicas mucho más devastadoras.

El caos estalló en cuanto la jueza abandonó la sala. Los periodistas se abalanzaron sobre la mesa de la defensa como una jauría hambrienta. Daniel, con un brazo protector alrededor de un Finch aún tembloroso, y flanqueado por un Sam de rostro impasible, se abrió paso entre la multitud de micrófonos y flashes.

—¡Señor Foster! ¿Un comentario sobre el veredicto?

—¿Cree que el Dr. Finch recibirá alguna compensación por la acusación falsa?

—¿Qué opina de la decisión de la jueza de investigar a BioGen Corp?

—¿Implica esto a Michael Trent, a pesar de su reciente fallecimiento?

Daniel se detuvo un instante ante el enjambre. Sabía que cada palabra sería analizada, diseccionada. —El jurado ha hablado —dijo con calma, su voz proyectándose por encima del tumulto—. Y su veredicto reivindica la inocencia del Dr. Alistair Finch. En cuanto a BioGen Corp, esperamos que las autoridades competentes investiguen a fondo las graves irregularidades que han salido a la luz en este juicio. La justicia para la Dra. Lena Hanson, y para todos aquellos cuyas vidas han sido afectadas por las acciones de esta corporación, así lo exige.

No mencionó a Trent. No era necesario. La conexión, aunque indirecta en este juicio, ya estaba sembrada en la mente pública.

Lograron escapar del juzgado gracias a la ayuda de un par de alguaciles que, con una eficiencia sorprendente, les abrieron un pasillo entre la multitud. Rachel los esperaba en un coche discreto a varias manzanas de distancia, el motor en marcha.

—Felicidades, Daniel, Sam —dijo Rachel, una rara sonrisa curvando sus labios mientras se incorporaban al tráfico—. Ha sido una victoria importante.

—Una batalla ganada, Rachel —corrigió Daniel, el mensaje encriptado del topo aún fresco en su memoria—. Pero la guerra...

De vuelta en el piso franco del distrito industrial, el ambiente era una extraña mezcla de euforia contenida y una creciente aprensión. La victoria de Finch era un bálsamo, una prueba de que, a veces, la verdad podía prevalecer. Pero el mensaje del topo, *"El malware que detectó su analista... es solo un saludo de sus nuevos adversarios. Son mucho más peligrosos que Trent. Y ahora, usted está en su radar"*, era una nube oscura que se cernía sobre ellos.

Lisa, que había seguido el veredicto a través de las noticias online, los recibió con un abrazo rápido y una expresión de alivio. Pero su preocupación por la amenaza digital no había disminuido.

—El malware sigue activo, Daniel —informó, mientras se reunían alrededor de la desvencijada mesa de la cocina, el olor a café instantáneo y a victoria legal flotando en el aire—. He logrado mantenerlo contenido en la sandbox, pero sigue intentando

encontrar una forma de propagarse a nuestros sistemas principales. Es como una inteligencia artificial primitiva, aprendiendo, adaptándose. Y su origen... sigo sin poder rastrearlo más allá de esos servidores encriptados en Europa del Este. Quienquiera que esté detrás de esto tiene recursos y conocimientos técnicos muy avanzados.

—¿"Nuevos adversarios"? —Sam meditó las palabras del mensaje del topo—. ¿Quiénes podrían ser? ¿Los "empleadores" de la facilitadora? ¿Rivales de Trent que ahora ven una oportunidad?

—O algo completamente diferente —dijo Rachel, su rostro serio —. La advertencia de Trent sobre "sombras mucho más profundas" podría no haber sido una simple bravuconada. Si BioGen estaba involucrada en algo más que la simple manipulación de datos de un fármaco, si NeuroCure tenía un propósito dual, como sospechábamos, o si la corrupción llegaba a niveles gubernamentales o de inteligencia... podríamos haber pateado un avispero mucho más grande de lo que imaginamos.

La idea era escalofriante. Habían luchado contra la corrupción corporativa, contra el crimen organizado de guante blanco de Trent. Pero enfrentarse a una entidad desconocida, con capacidades tecnológicas superiores y motivaciones ocultas, era un juego completamente diferente.

—Por ahora, tenemos que centrarnos en lo que podemos controlar —dijo Daniel, intentando anclar la conversación en la realidad inmediata—. Alistair Finch es libre, pero necesitará protección. BioGen y sus directivos no se quedarán de brazos cruzados mientras el Departamento de Justicia y la SEC revuelven sus trapos sucios. Intentarán desacreditarlo, intimidarlo, quizás algo peor.

—Me encargaré de la seguridad de Finch —aseguró Rachel—. Lo trasladaremos a un lugar seguro, fuera de D.C., hasta que las aguas se calmen. Y María Rodríguez y Sarah Bennett también necesitan protección continua. Especialmente Sarah.

Sarah Bennett, que había observado la conversación en silencio, asintió. La activación controlada de su "dead man's switch" aún estaba pendiente. La información que poseía era una bomba de

relojería que podía destruir los restos del imperio de Trent y exponer a muchos otros jugadores poderosos.

—He estado revisando los protocolos de mi "seguro" con Lisa —dijo Sarah, su voz más fuerte, más decidida que en los días anteriores—. Podemos programar una liberación secuencial, comenzando con la información más relevante para las investigaciones federales sobre Trent y sus asociados conocidos. Pero quiero asegurarme de que mis fuentes estén protegidas.

—Trabajaremos contigo en eso, Sarah —dijo Daniel—. Tu investigación es crucial. Pero tu seguridad es lo primero.

La tarde transcurrió en una tensa planificación. Mientras Rachel coordinaba la reubicación segura de Finch, María y Sarah, Daniel, Sam y Lisa comenzaron a analizar las implicaciones del mensaje del topo y la nueva amenaza del malware.

—Si estos "nuevos adversarios" quieren la "Evidencia Mortal" o la investigación de Sarah, ¿por qué no un ataque directo, como el que sufrimos por parte de Trent? —se preguntó Sam—. ¿Por qué un malware sigiloso?

—Quizás su objetivo no es solo obtener la información, sino también saber qué sabemos nosotros, cómo operamos, quiénes son nuestros contactos —sugirió Lisa—. El malware no solo intenta robar datos; parece estar mapeando nuestros sistemas, aprendiendo. Es una forma de inteligencia, de reconocimiento.

—O están probando nuestras defensas antes de un ataque mayor —añadió Rachel, que se había unido a ellos después de hacer sus llamadas—. Quieren saber cuán vulnerables somos.

La idea de estar bajo el microscopio de una entidad desconocida y tecnológicamente superior era profundamente inquietante. Se sentían expuestos, vulnerables de una forma nueva y aterradora.

Mientras discutían, el teléfono desechable que Daniel había usado para comunicarse con el topo sonó de nuevo. Un solo mensaje de texto, sin remitente, sin rastro.

"El malware es solo el principio, Foster. Han abierto una puerta que no pueden cerrar. Algunos secretos están mejor guardados en la oscuridad. Y algunas verdades... son demasiado peligrosas para ser reveladas. Dejen de cavar, o se encontrarán enterrados."

No era de la "facilitadora". El tono era diferente. Más directo. Más amenazante.

Daniel leyó el mensaje en voz alta. Un silencio helado se apoderó de la habitación.

—Así que el topo no era un aliado después de todo —murmuró Sam, su rostro sombrío.

—O hay más de un jugador en BioGen con su propia agenda —dijo Rachel—. Alguien que nos dio la información para hundir a Thorne y Sterling, pero que no quiere que vayamos más allá, que no quiere que se revelen otros secretos.

—Secretos que podrían implicarlos a ellos, o a estos "nuevos adversarios" —concluyó Daniel.

La victoria en el juicio de Finch se sentía ahora como una trampa que se cerraba lentamente a su alrededor. Habían derrotado a un monstruo, solo para despertar a otro, quizás aún más formidable, que acechaba en las sombras más profundas de Washington D.C. El color rojo burdeos de la conspiración se negaba a desvanecerse; simplemente, cambiaba de matiz, volviéndose más oscuro, más ominoso. La guerra por la verdad estaba lejos de haber terminado. Acababa de entrar en un territorio desconocido y mucho más peligroso.

Capítulo 36

La euforia por la absolución de Alistair Finch se había disipado con la misma rapidez con que la resaca sigue a una noche de celebración excesiva. En su lugar, una nueva y más insidiosa capa de aprensión se había instalado en el destartalado piso franco del distrito industrial. La victoria en el tribunal, aunque significativa, se sentía ahora como haber ganado una escaramuza solo para descubrir que se habían adentrado en el territorio de un ejército mucho más formidable y desconocido. El mensaje anónimo, con su escalofriante advertencia sobre "nuevos adversarios" y secretos que era mejor no desenterrar, había teñido el triunfo con el amargo sabor de una trampa inminente. El color rojo burdeos, antes asociado a la corrupción de BioGen, ahora parecía susurrar el nombre de un peligro aún más profundo y oscuro.

Alistair Finch, aunque legalmente un hombre libre, era un manojo de nervios. La perspectiva de que BioGen o sus directivos intentaran represalias lo aterrorizaba. Rachel Myers, con su pragmatismo habitual, ya había organizado su traslado a un lugar seguro y completamente aislado, fuera de D.C., utilizando una red de contactos que había cultivado durante años.

—Estará a salvo allí, Alistair —le aseguró Daniel, mientras el científico recogía sus pocas pertenencias, su rostro aún pálido pero con un atisbo de gratitud en sus ojos—. Nadie lo encontrará. Y con la investigación federal sobre BioGen en marcha, Thorne y Sterling tendrán las manos demasiado ocupadas como para preocuparse por usted a corto plazo.

—Les debo mi vida, señor Foster —murmuró Finch, estrechando la mano de Daniel con una fuerza sorprendente—. A todos ustedes.

Si alguna vez necesitan algo…

—Cuídese, Doctor. Y manténgase localizable a través del canal seguro que Rachel le proporcionó —dijo Sam, su tono paternal contrastando con la dureza de la situación.

Una vez que Finch partió con uno de los discretos asociados de Rachel, la atención del equipo se centró en las amenazas pendientes. Lisa Chang estaba pegada a su portátil, su rostro iluminado por el resplandor de las líneas de código del malware que seguía intentando analizar.

—Esto es… extraordinariamente avanzado, Daniel —dijo Lisa, frotándose los ojos enrojecidos—. No es un simple virus o un troyano. Es un software espía adaptativo. Aprende de nuestros sistemas, busca vulnerabilidades específicas, intenta evadir la detección de formas que nunca había visto. Quienquiera que lo haya diseñado tiene acceso a tecnología de vanguardia, posiblemente a nivel de agencia de inteligencia.

—¿"Nuevos adversarios"? —preguntó Daniel, la frase del mensaje anónimo resonando en su mente—. ¿Crees que el topo que nos dio el paquete "VERITAS" es el mismo que nos envió esta… advertencia digital?

—El mensaje de texto amenazante no parecía provenir de la misma fuente que el paquete de datos —intervino Rachel, que había estado revisando los metadatos del mensaje con Lisa—. El tono es diferente. El paquete "VERITAS" era una entrega de información calculada, casi quirúrgica. El mensaje de texto era una amenaza cruda, directa. Podríamos estar lidiando con múltiples facciones, Daniel. Quizás el topo que nos ayudó con BioGen ahora se siente amenazado por lo que podríamos descubrir a continuación. O quizás los "nuevos adversarios" son una entidad completamente separada que ha detectado nuestra intromisión.

La idea de múltiples jugadores desconocidos, cada uno con su propia agenda, hacía que la cabeza de Daniel diera vueltas. La muerte de Michael Trent, lejos de simplificar las cosas, parecía haber abierto una caja de Pandora de conspiraciones y peligros.

—Mientras tanto, ¿qué hacemos con la investigación de Sarah? —preguntó Sam, trayéndolos de vuelta a un problema más inmediato

y tangible—. El "dead man's switch" está en espera, pero no podemos mantenerlo así indefinidamente. Y cada día que pasa es un día más en que sus fuentes podrían estar en peligro si Trent, antes de morir, o estos nuevos jugadores, tuvieron acceso a alguna parte de su información.

Sarah Bennett, que había estado observando la discusión en silencio, con una nueva y sombría determinación en sus ojos, habló por primera vez. —Tengo un plan para la liberación de la información. Lisa y yo hemos estado trabajando en ello. Una liberación secuencial y controlada. Empezaremos con los datos que implican directamente a los asociados conocidos de Trent en D.C.: políticos locales, empresarios, quizás incluso algunos miembros de la policía o del sistema judicial que estaban en su nómina.

—Eso causará un terremoto en esta ciudad —comentó Sam, con una mezcla de aprensión y la anticipación de un viejo sabueso legal que huele una gran cacería.

—Ese es el objetivo —afirmó Sarah—. Crear suficiente ruido, suficiente caos en las filas de los corruptos, como para que las "sombras más profundas" tengan más dificultades para moverse sin ser detectadas. Y quizás, solo quizás, algunos de los que se sientan acorralados decidan hablar, cooperar, para salvarse a sí mismos.

—Es arriesgado, Sarah —dijo Daniel—. Te convertirás en el objetivo número uno de mucha gente muy poderosa y muy desesperada.

—Ya lo soy, Daniel —respondió Sarah con una sonrisa amarga—. Desde el momento en que empecé a investigar a Trent. Al menos ahora, tendré la satisfacción de ver cómo su imperio se desmorona, pieza por pieza. Y mi "seguro" está diseñado para proteger a mis fuentes más vulnerables, liberando primero la información que ya está corroborada por múltiples vías o que implica a individuos que ya no pueden tomar represalias.

El plan de Sarah era audaz, pero también peligroso. Cada filtración sería como lanzar una piedra en un avispero.

Mientras discutían la logística de la liberación de la información de Sarah, el teléfono desechable que Daniel había usado para

comunicarse con el topo que les dio "VERITAS" emitió un pitido. Un nuevo mensaje.

Daniel lo abrió con cautela. Era breve, críptico, y esta vez, no parecía una amenaza.

"El malware no es nuestro. Busquen el origen en aquellos que temen la luz que ustedes y Bennett están a punto de encender. Hay más de un guardián de secretos en esta ciudad. Y algunos prefieren que las tumbas permanezcan selladas. Cuidado con el color de la traición interna."

Un escalofrío recorrió a Daniel. "El malware no es nuestro". Entonces, ¿el topo seguía siendo un aliado, al menos en parte? ¿Y quiénes eran estos "guardianes de secretos" que temían la luz? La frase "cuidado con el color de la traición interna" era particularmente inquietante. ¿Se refería a alguien dentro de BioGen que aún no habían identificado? ¿O a alguien más cercano, alguien en quien confiaban?

—Esto se complica por momentos —murmuró Sam, leyendo el mensaje por encima del hombro de Daniel.

—"Traición interna" —repitió Rachel, sus ojos grises entrecerrándose—. ¿Podría haber alguien en el equipo de la jueza Prescott, o en el Departamento de Justicia, que esté filtrando información a estos "nuevos adversarios"?

—O podría ser una forma de sembrar la desconfianza entre nosotros —sugirió Lisa, siempre la analista racional—. De hacernos dudar de nuestras propias filas.

Daniel sintió un nudo de incertidumbre en el estómago. La victoria contra BioGen, la muerte de Trent... parecían haber desatado fuerzas que apenas comenzaban a comprender. La "Evidencia Mortal" había sido solo el comienzo. Ahora, se enfrentaban a un enemigo sin rostro, tecnológicamente superior, y a la posibilidad de una traición desde dentro de su propio círculo de confianza, o al menos, del sistema en el que intentaban operar.

—Tenemos que seguir adelante con el plan de Sarah —dijo Daniel finalmente, su voz firme a pesar de la creciente aprensión—. Liberar su investigación es nuestra mejor arma ahora mismo. Creará el caos que necesitamos para movernos, para investigar quiénes son estos

nuevos jugadores y qué quieren. Pero tenemos que hacerlo con los ojos bien abiertos, conscientes de que cada paso podría ser una trampa, y de que la amenaza podría venir de cualquier parte.

La noche cayó sobre el piso franco, trayendo consigo no la oscuridad del descanso, sino la de la incertidumbre y el peligro acechante. La primera entrega de la investigación de Sarah Bennett estaba programada para ser liberada al amanecer. Y Daniel sabía que, con esa liberación, la guerra silenciosa que libraban en las sombras de Washington D.C. entraría en una nueva y aterradora dimensión, una donde el color rojo burdeos de la conspiración podría teñir incluso los lazos de confianza más sagrados.

Capítulo 37

El nuevo piso franco, el tercero en una sucesión de refugios cada vez más anónimos y desoladores, olía a pintura barata, a miedo rancio y al eco persistente del café recalentado. La victoria en el juicio de Alistair Finch, que debería haber sido un momento de respiro, de celebración contenida, se había agriado rápidamente con la llegada del último mensaje encriptado. Las palabras, "Han abierto una puerta que no pueden cerrar. Algunos secretos están mejor guardados en la oscuridad... Dejen de cavar, o se encontrarán enterrados", eran un sudario helado que se había cernido sobre el equipo, más ominoso que cualquier amenaza directa de Michael Trent.

Alistair Finch ya estaba lejos, camino a un anonimato cuidadosamente orquestado por Rachel en algún rincón perdido de Nueva Inglaterra. María Rodríguez también había sido trasladada a un nuevo lugar seguro, su testimonio vital ahora formalizado en una declaración jurada que Sam guardaba como oro en paño. Quedaban Daniel, Sam, Lisa, Rachel y Sarah Bennett, un pequeño grupo de náufragos en una tormenta que, lejos de amainar con la muerte de Trent y la exposición de BioGen, amenazaba con desatar un nuevo tipo de infierno.

Lisa, con los ojos inyectados en sangre por el cansancio pero con una concentración febril, seguía luchando contra el malware adaptativo. Era como intentar contener mercurio con las manos. — Es increíblemente evasivo, Daniel. Cada vez que creo que he aislado su protocolo de comunicación o su método de aprendizaje, muta, encuentra una nueva vía. No solo nos observa; está probando nuestras defensas, buscando una forma de penetrar la sandbox y

acceder a los archivos de Sarah y a la "Evidencia Mortal" de BioGen. Quienquiera que esté detrás de esto, no juega en la misma liga que los matones cibernéticos de Trent. Esto es… otro nivel.

—¿Alguna pista sobre su origen? ¿Algo que nos diga quiénes son estos "nuevos adversarios"? —preguntó Daniel, la impotencia ante una amenaza tan intangible royéndole por dentro.

Lisa negó con la cabeza. —Siguen rebotando la señal a través de una red global de servidores proxy comprometidos y nodos encriptados. Europa del Este, Asia Central… es un laberinto digital diseñado para ser indescifrable. Pero el nivel de sofisticación sugiere una organización con recursos estatales o paraestatales.

"Organización con recursos estatales". Las palabras de Lisa resonaron con la advertencia de Trent sobre "sombras mucho más profundas".

Mientras tanto, Sarah Bennett, con una determinación que Daniel encontraba admirable y aterradora a partes iguales, preparaba la primera fase de la liberación de su investigación. Había pasado los últimos días con Lisa, organizando los archivos, verificando datos y estableciendo protocolos seguros para la difusión.

—Empezaremos con los políticos locales y los empresarios de D.C. que estaban directamente en la nómina de Trent —explicó Sarah, su voz, aunque aún con un rastro de la fragilidad de su cautiverio, sonaba firme. Extendió una serie de documentos impresos sobre la desvencijada mesa de la cocina, sus nombres y conexiones formando una telaraña de corrupción que llegaba a los rincones más insospechados de la ciudad. El color rojo burdeos de las anotaciones que había hecho en los márgenes parecía destacar las venas de esa red podrida—. Contratos amañados, recalificaciones urbanísticas fraudulentas, sobornos para bloquear investigaciones… Lo suficiente para causar un terremoto político y para que algunos de sus antiguos aliados empiecen a señalarse unos a otros.

—Será una carnicería —comentó Sam, revisando los documentos con la mirada de un viejo sabueso que anticipa la sangre—. Pero también te convertirás en el objetivo más visible de la ciudad, Sarah. Más de lo que ya eres.

—Lo sé —respondió Sarah con una calma escalofriante—. Pero mi "dead man's switch" sigue siendo mi mejor seguro de vida. Si me silencian, todo sale a la luz de golpe. Prefiero controlar la narrativa, liberar la información de forma estratégica, causar el mayor daño posible a la estructura de Trent y, quizás, obligar a estos "nuevos adversarios" a mostrar sus cartas.

El plan era lanzar la primera tanda de archivos a un grupo selecto de periodistas de investigación internacionales y a una plataforma de filtraciones segura a la medianoche siguiente. Veinticuatro horas. Veinticuatro horas en las que cualquier cosa podía pasar.

Rachel, siempre pragmática, se centró en la seguridad inmediata. —Tenemos que asumir que este piso franco ya está comprometido, o lo estará pronto. El malware es una señal. Necesitamos un nuevo lugar, y esta vez, tenemos que estar completamente fuera de la red, sin conexiones digitales que puedan rastrear.

La idea de operar completamente desconectados, sin el apoyo de la investigación digital de Lisa, era desalentadora, pero necesaria.

Mientras Rachel comenzaba a hacer planes para un nuevo traslado, el teléfono desechable que había recibido el último mensaje del supuesto topo de BioGen volvió a sonar. Era otro mensaje de texto, igual de críptico y anónimo.

"La traición interna tiene muchos colores, Foster. A veces, el rojo burdeos es el de la sangre de un amigo. Otras, el de la tinta de un juez. No confíen en el sistema que intentan salvar. Ya está infectado."

Daniel leyó el mensaje en voz alta. Un silencio aún más pesado que antes se instaló en la habitación.

—"La tinta de un juez" —repitió Sam, su rostro palideciendo visiblemente—. ¿Está sugiriendo… que la jueza Prescott podría estar comprometida? Es imposible. Ella nos dio la victoria contra BioGen.

—O nos dio una victoria controlada para ganarse nuestra confianza —dijo Rachel, su escepticismo era una coraza—. Para saber hasta dónde llegaríamos. Para evaluar qué tipo de amenaza representamos para estos "guardianes de secretos".

La idea de que la jueza Prescott, la figura de integridad que les había permitido presentar la "Evidencia Mortal", pudiera ser parte de

la conspiración, o estar siendo manipulada, era un golpe devastador. Desestabilizaba todo en lo que creían estar luchando.

—No podemos sacar conclusiones precipitadas —dijo Daniel, aunque la duda, como un veneno, ya había comenzado a extenderse por sus venas—. Podría ser una táctica para dividirnos, para hacernos dudar de todos. Para que no confiemos en nadie.

Pero la semilla de la sospecha había sido plantada. El "color de la traición interna". ¿Se refería a la jueza? ¿O a alguien más cercano? ¿Quizás incluso a alguien dentro de su propio y pequeño círculo? La paranoia era un arma poderosa.

La noche antes de la liberación programada de la investigación de Sarah, mientras Lisa intentaba una última y desesperada maniobra para neutralizar el malware o rastrear su origen, las luces del piso franco parpadearon una, dos veces, y luego se apagaron por completo, sumiéndolos en una oscuridad total y absoluta.

—¡Corte de energía! —gritó Lisa—. ¡No es un apagón normal! ¡Han cortado la línea desde fuera!

En la oscuridad, oyeron el sonido inconfundible de cristales rompiéndose en la planta baja del edificio. Y luego, pasos. Pasos pesados, subiendo las escaleras.

No eran los matones torpes de Trent. Estos se movían con una eficiencia silenciosa y coordinada, como sombras entrenadas.

Los "nuevos adversarios" habían decidido que el juego de las advertencias sutiles y el espionaje digital había terminado. Habían venido a recoger lo que consideraban suyo. O a silenciar a quienes sabían demasiado.

Y esta vez, Daniel tuvo el presentimiento aterrador de que no habría extintores de incendios ni explosiones convenientes para salvarlos. Estaban solos, en la oscuridad, y el enemigo estaba en la puerta.

Capítulo 38

El último mensaje encriptado, con su gélida advertencia sobre "nuevos adversarios" y la ponzoñosa sugerencia de una "traición interna", había caído en el piso franco como una granada de fragmentación, esparciendo esquirlas de paranoia y una desconfianza corrosiva. La breve euforia por la absolución de Alistair Finch se había evaporado, reemplazada por la cruda realidad de que habían emergido de una batalla solo para encontrarse en el umbral de una guerra mucho más vasta y oscura, una guerra cuyas reglas y contendientes apenas comenzaban a vislumbrar. El color rojo burdeos, antes el símbolo de la corrupción de BioGen, ahora parecía teñir las propias paredes de su precario refugio, susurrando la posibilidad de que el enemigo no solo estuviera fuera, sino quizás, también dentro.

—"El malware no es nuestro... Cuidado con el color de la traición interna." —Daniel releyó el mensaje en la pantalla del teléfono desechable, las palabras del supuesto topo de BioGen resonando con un eco siniestro.

Sam Ortega, con el rostro surcado por el cansancio y la preocupación, negó lentamente con la cabeza. —Si el topo dice la verdad, si el malware no es de su facción, entonces tenemos al menos dos grupos de "nuevos adversarios". Unos que nos dieron la información para hundir a BioGen, y otros que nos están atacando digitalmente y nos advierten que dejemos de cavar.

—Y ambos parecen saber mucho sobre nosotros —añadió Rachel, sus ojos grises entrecerrados, analizando cada posible ángulo. Se movía por la pequeña habitación como un animal enjaulado, la tensión vibrando en cada uno de sus músculos—. La "facilitadora"

nos llevó a una trampa mortal usando a María. El topo nos dio "VERITAS", pero también nos advierte sobre traidores. ¿Son aliados? ¿Enemigos? ¿O simplemente jugadores cínicos que nos utilizan para sus propios fines?

Lisa, que había pasado otra noche en vela luchando contra el software espía adaptativo, parecía exhausta pero implacable. —El malware es increíblemente sofisticado. Su objetivo principal parece ser el acceso a la investigación completa de Sarah y a la "Evidencia Mortal" de BioGen. Pero también está intentando mapear nuestras comunicaciones, nuestros contactos. Es como si quisiera entender toda nuestra red antes de... antes de algo más.

La idea de una entidad desconocida, con capacidades tecnológicas de nivel estatal, observando cada uno de sus movimientos digitales, era profundamente perturbadora.

—La advertencia sobre la "traición interna"... —murmuró Daniel, la frase le carcomía—. "El color de la tinta de un juez". ¿Realmente pueden estar sugiriendo que la jueza Prescott...?

—Es lo que quieren que pensemos, Daniel —intervino Sam con firmeza, aunque una sombra de duda cruzó su rostro—. Quieren sembrar la desconfianza. La jueza Prescott nos dio la oportunidad de presentar la evidencia. Su fallo fue valiente. No podemos empezar a dudar de todos, o nos destruirán desde dentro.

Pero la semilla de la sospecha, una vez plantada, era difícil de erradicar. ¿Había sido la victoria en el juicio de Finch demasiado fácil? ¿Había sido la jueza una pieza en un juego más grande, dirigiéndolos hacia un camino predeterminado por estas "sombras más profundas"?

Sarah Bennett, que había permanecido en silencio, observando al equipo con una intensidad renovada, finalmente habló. Su voz, aunque aún con un rastro de la fragilidad de su cautiverio, tenía un filo de acero.

—No podemos permitir que estas amenazas nos paralicen —dijo, su mirada fija en Daniel—. Sea quien sea el que esté detrás de ese malware o de esos mensajes, tienen miedo. Miedo de lo que sabemos. Miedo de lo que estamos a punto de hacer.

Se refería a la liberación de su investigación. El "dead man's switch" había sido reprogramado. La primera fase, la exposición de los políticos y empresarios de D.C. directamente vinculados a la red de sobornos de Michael Trent, estaba programada para esa misma medianoche. Menos de seis horas.

—¿Sigues decidida a hacerlo, Sarah? —preguntó Daniel, admirando su coraje a pesar del peligro evidente—. Después de estas nuevas amenazas...

—Más decidida que nunca, Daniel —respondió Sarah, una leve pero desafiante sonrisa curvando sus labios—. Si vamos a caer, caeremos luchando. Y nos llevaremos a cuantos más corruptos podamos con nosotros. Es hora de que esta ciudad sienta el terremoto.

El plan estaba trazado. Lisa había establecido un sistema de liberación seguro y anónimo, utilizando una serie de servidores encriptados y plataformas de filtraciones de confianza. La información se diseminaría simultáneamente a una lista cuidadosamente seleccionada de periodistas de investigación internacionales y a varias organizaciones de vigilancia de la corrupción. El impacto sería inmediato y, esperaban, devastador para los implicados.

Las horas que precedieron a la medianoche transcurrieron en una atmósfera de tensa anticipación. Rachel reforzó las precarias medidas de seguridad del piso franco, consciente de que, si los "nuevos adversarios" sabían de la inminente filtración, podrían intentar un ataque físico para detenerlos. Sam preparó un resumen legal de las implicaciones de la información que Sarah iba a liberar, anticipando las posibles repercusiones y las defensas que los acusados intentarían montar. Daniel, por su parte, no podía quitarse de la cabeza la advertencia sobre la "traición interna". ¿En quién podían confiar realmente?

A las once y cincuenta y cinco, Lisa dio la señal. —Todo listo. La secuencia de liberación está programada. Una vez que presione "Enter", no habrá vuelta atrás.

Se reunieron alrededor del portátil de Lisa, sus rostros iluminados por el resplandor de la pantalla. El reloj digital en la esquina inferior

derecha avanzaba inexorablemente hacia la medianoche.

Diez segundos. Nueve. Ocho.

Daniel miró a Sarah. Ella asintió, sus ojos brillando con una mezcla de miedo y una feroz determinación.

Tres. Dos. Uno.

Lisa presionó "Enter".

Por un instante, no pasó nada. Solo el zumbido silencioso del portátil. Luego, en la pantalla, comenzaron a aparecer notificaciones. "Transferencia completada". "Archivos recibidos". Uno tras otro.

La investigación de Sarah Bennett, años de trabajo meticuloso y arriesgado, estaba ahora en manos del mundo.

Esperaron, conteniendo la respiración.

Pasaron diez minutos. Veinte.

Y entonces, comenzaron a llegar las alertas de noticias a sus teléfonos. Primero, un goteo. Luego, una avalancha.

"ÚLTIMA HORA: Filtración masiva expone red de sobornos en el Ayuntamiento de D.C."

"DOCUMENTOS EXPLOSIVOS: Concejales y empresarios implicados en escándalo de corrupción vinculado al fallecido Michael Trent."

"AEGIS SECURITY EN EL PUNTO DE MIRA: Nuevas revelaciones sobre sus operaciones en la capital."

La ciudad de Washington D.C. acababa de despertar a una pesadilla. El terremoto político que Sarah había predicho había comenzado. Teléfonos sonando en despachos de abogados, en redacciones de periódicos, en las mansiones de los implicados. Negaciones furiosas. Acusaciones cruzadas. El pánico comenzaba a extenderse por los pasillos del poder.

—Lo hicimos —susurró Sarah, una lágrima solitaria rodando por su mejilla—. Lo hicimos, Peter.

Daniel sintió una oleada de emoción, una mezcla de triunfo y un profundo respeto por el coraje de Sarah. Habían encendido una cerilla en un polvorín.

Pero mientras observaban el caos desatarse en las pantallas de sus teléfonos y portátiles, el malware en el sistema de Lisa de

repente se activó con una nueva y aterradora agresividad. Ya no intentaba simplemente espiar o mapear. Intentaba borrar.

—¡Están atacando los archivos originales de Sarah en mis unidades encriptadas! —gritó Lisa, sus dedos volando sobre el teclado, intentando repeler la intrusión—. ¡Y están intentando borrar la "Evidencia Mortal" de BioGen! ¡Saben que la filtración ha ocurrido y quieren destruir cualquier copia que tengamos!

La alegría de la victoria se desvaneció, reemplazada por una nueva y desesperada urgencia. Los "nuevos adversarios" no solo querían la información; querían aniquilarla. Y a ellos con ella.

En ese momento, el teléfono desechable de Daniel, el del topo, sonó de nuevo. Esta vez, no era un mensaje de texto. Era una llamada.

Daniel contestó, el corazón en un puño.

Una voz distorsionada, la misma que le había advertido sobre el malware, habló con una urgencia frenética.

—Foster, tienen que salir de ahí. Ahora mismo. El ataque digital es solo una distracción. Van a por ustedes. Un equipo de asalto. Están a menos de cinco minutos. Y no son de Trent. Son... son ellos. Los que no quieren que se sepa la verdad completa. ¡Salgan!

La llamada se cortó.

Menos de cinco minutos. Un equipo de asalto. Y no eran los matones de Trent. Eran los "nuevos adversarios", los "guardianes de secretos", las "sombras más profundas".

El juego acababa de volverse infinitamente más letal. Y esta vez, no había escapatoria fácil. Estaban atrapados, con la verdad como única arma, y un enemigo sin rostro llamando a su puerta.

Capítulo 39

La resaca de la victoria en el juicio de Alistair Finch era un brebaje agridulce. El alivio por la libertad del científico se mezclaba con el sabor amargo de las nuevas amenazas, un regusto metálico a peligro que el café recalentado del piso franco no lograba disipar. El mensaje del topo, con su ominosa advertencia sobre "nuevos adversarios" y la ponzoñosa sugerencia de una "traición interna", había envenenado el aire, transformando el triunfo en una tensa vigilia.

Alistair Finch ya estaba lejos, en un santuario anónimo en la costa de Maine, cortesía de los contactos de Rachel. María Rodríguez también había sido reubicada, su declaración jurada a buen recaudo. Pero para Daniel, Sam, Lisa, Rachel y ahora Sarah Bennett, el juego estaba lejos de terminar. La muerte de Michael Trent no había sido el final de la partida, sino el inicio de una nueva, con jugadores más esquivos y reglas aún más mortales.

—Sigo sin poder rastrear el origen exacto del malware —murmuró Lisa, sus dedos moviéndose con una velocidad casi febril sobre el teclado de su portátil seguro. El pequeño apartamento del distrito industrial estaba repleto de tecnología, un nido digital en medio de la decadencia urbana—. Es como si se anticipara a cada uno de mis movimientos. Quienquiera que esté detrás de esto, no solo tiene recursos; tiene una comprensión aterradora de cómo operamos.

La idea de un enemigo invisible, capaz de penetrar sus defensas digitales y observar cada uno de sus movimientos, era una fuente constante de ansiedad. La advertencia del topo sobre la "tinta de un juez" había sembrado una desconfianza corrosiva. ¿Podían realmente

confiar en la jueza Prescott? ¿O su fallo favorable había sido una jugada calculada en un tablero mucho más grande?

Sarah Bennett, sin embargo, no se dejaba intimidar. La periodista, con la resiliencia forjada en años de investigar a los poderosos y corruptos, estaba lista para su siguiente movimiento. Sobre la desvencijada mesa de la cocina, había extendido los documentos que conformarían la primera oleada de su "dead man's switch" activado manualmente. Nombres de concejales de D.C., empresarios influyentes, directores de agencias locales... todos ellos cuidadosamente anotados con el ya familiar color rojo burdeos, vinculados a la red de sobornos y favores de Michael Trent.

—Esta noche, a medianoche —anunció Sarah, su voz firme a pesar del cansancio que marcaba su rostro—. Liberaremos la primera parte. Lo suficiente para sacudir los cimientos del ayuntamiento y de varios consejos de administración. Lo suficiente para que el pánico se extienda como una plaga.

—Y para que cada uno de esos nombres se convierta en un enemigo desesperado buscándote, Sarah —advirtió Sam, su tono grave—. Y a nosotros por asociación.

—Es un riesgo que estoy dispuesta a correr, Sam —replicó Sarah, sus ojos brillando con una determinación fría—. La verdad tiene que salir a la luz. Y si estos "nuevos adversarios" temen la luz, vamos a darles una buena dosis de ella. Quizás así se vean obligados a mostrar sus rostros.

El plan era audaz, casi temerario. Utilizarían la misma red de servidores encriptados y plataformas de filtraciones seguras que Lisa había preparado. La información se diseminaría de forma anónima, pero el impacto sería innegable.

Las horas que precedieron a la medianoche transcurrieron en una atmósfera de tensa anticipación. Rachel había reforzado la seguridad del piso franco, consciente de que la liberación de la información de Sarah podría provocar una reacción violenta e inmediata. Daniel y Sam repasaron los posibles escenarios legales y las repercusiones políticas, intentando anticipar los movimientos de aquellos que se verían expuestos.

A las once y cincuenta y nueve, Lisa dio la señal. —Todo listo. Servidores en línea. Protocolos de anonimización activados. A tu señal, Sarah.

Sarah Bennett se acercó al portátil de Lisa. Por un instante, sus dedos flotaron sobre el teclado. Luego, con una exhalación profunda, presionó "Enter".

En la pantalla, las barras de progreso comenzaron a llenarse. Archivos encriptados, documentos escaneados, registros financieros, fotografías comprometedoras... años de investigación meticulosa comenzaban a fluir hacia la red, como un torrente imparable.

Cuando la última transferencia se completó, un silencio expectante llenó la habitación. Esperaron.

No tuvieron que esperar mucho.

Poco después de la una de la madrugada, los teléfonos comenzaron a sonar. No los suyos, sino los de los periodistas de investigación a los que Sarah había incluido en su lista de distribución prioritaria. Y luego, las alertas de noticias en los portales digitales.

"ESCÁNDALO DE CORRUPCIÓN MASIVA SACUDE D.C.: Filtración anónima implica a altos funcionarios y empresarios en red de sobornos."

"LOS TENTÁCULOS DE TRENT: Documentos revelan pagos millonarios a concejales y favores políticos."

"AEGIS SECURITY BAJO FUEGO CRUZADO: Nuevas pruebas de sus operaciones ilegales y su influencia en la política local."

El terremoto había comenzado. Las redacciones de los principales periódicos y cadenas de televisión de la ciudad eran un hervidero de actividad. Los teléfonos de los políticos implicados no dejaban de sonar. Las primeras negaciones furiosas y las acusaciones de "caza de brujas" comenzaron a inundar las redes sociales.

Daniel, Sam, Lisa, Rachel y Sarah observaban el caos desatarse en tiempo real a través de las pantallas de sus portátiles y teléfonos. Era una sinfonía de pánico y destrucción, la implosión de una red de corrupción que había permanecido oculta durante demasiado tiempo.

—Lo has conseguido, Sarah —dijo Daniel, con una mezcla de admiración y aprensión—. Has desatado la tormenta.

Sarah asintió, sus ojos fijos en las noticias, una extraña calma en su rostro. —Esto es solo el principio. Hay mucho más.

Pero la tormenta que habían desatado también tenía el potencial de volverse contra ellos.

A la mañana siguiente, la ciudad de Washington D.C. amaneció en estado de shock. Los nombres de los implicados estaban en todas las portadas, sus rostros en todos los noticieros. Las peticiones de dimisión y las investigaciones internas comenzaron a surgir desde todos los frentes.

En el piso franco, sin embargo, la atmósfera era de alerta máxima.

—Están buscando el origen de la filtración con todos sus recursos —informó Lisa, que había estado monitoreando la actividad en la red —. Los implicados, sus equipos legales, e incluso algunas agencias gubernamentales están intentando rastrear los servidores, identificar la fuente.

—¿Y el malware? —preguntó Daniel.

—Sigue ahí —respondió Lisa, su rostro sombrío—. Y después de la filtración de anoche, su actividad ha cambiado. Ya no solo intenta espiar o mapear. Está intentando... comunicarse. Enviar pequeños paquetes de datos encriptados a una dirección desconocida.

—¿Comunicarse? ¿Con quién? —preguntó Rachel.

—No lo sé. Pero es como si estuviera informando a alguien sobre lo que hemos hecho, sobre la información que hemos liberado.

La idea de que el malware no solo los espiara, sino que también actuara como un informante para sus "nuevos adversarios", era escalofriante.

En ese momento, el teléfono desechable del topo de BioGen volvió a sonar. Otro mensaje de texto.

"La luz que han encendido es brillante, Foster. Pero también ciega. Han molestado a guardianes muy antiguos, a sombras que controlan más de lo que imaginan. La 'traición interna' no es solo una frase. Es una advertencia. El color rojo burdeos puede manchar

incluso los juramentos más sagrados. Tengan cuidado con quién celebran sus victorias. No todos los que sonríen son amigos."

Daniel leyó el mensaje, un nudo de hielo formándose en su estómago. "Guardianes muy antiguos". "Traición interna". "No todos los que sonríen son amigos".

La victoria contra BioGen, la exposición de la red de Trent... todo parecía haber sido solo el preludio de un enfrentamiento mucho más peligroso. Habían ganado una batalla, sí. Pero la guerra por el alma de Washington D.C., una guerra contra enemigos sin rostro y con un poder inimaginable, acababa de entrar en su fase más oscura y letal. Y la pregunta seguía en el aire: ¿en quién podían confiar realmente?

Capítulo 40

La ciudad de Washington D.C. amaneció convulsionada, como si un terremoto de grado nueve hubiera sacudido sus cimientos de mármol y poder. La primera descarga de la investigación de Sarah Bennett, meticulosamente dosificada y liberada en la oscuridad de la medianoche, había explotado en las redacciones de los principales medios de comunicación con la fuerza de una bomba de fragmentación. Los titulares, en un furioso tono rojo burdeos digital, gritaban nombres, exponían transacciones ilícitas y detallaban una red de sobornos y favores políticos que se extendía desde el Ayuntamiento hasta los consejos de administración de algunas de las empresas más influyentes de la ciudad.

En el lúgubre piso franco del distrito industrial, el equipo de Daniel Foster observaba el pandemonio en tiempo real a través de múltiples pantallas de portátiles y tabletas. El olor a café rancio y a la tensión de una noche en vela impregnaba el aire.

—Es una masacre —murmuró Sam Ortega, sus ojos, normalmente cargados de una sabiduría legal y una calma estoica, ahora reflejaban una mezcla de asombro y una sombría satisfacción. En la pantalla de un canal de noticias local, un concejal visiblemente alterado intentaba balbucear una negación incoherente ante un enjambre de micrófonos.

Sarah Bennett, sentada en el borde del viejo sofá, con una taza de té humeante entre las manos, observaba la implosión de su trabajo con una calma casi distante. Había encendido la mecha; ahora solo quedaba ver hasta dónde llegaba la onda expansiva. —Esto es solo la punta del iceberg, Sam. La primera capa. Los peones y algunas torres. Los reyes y las reinas aún están por caer.

Lisa Chang, con los ojos enrojecidos por el esfuerzo y la falta de sueño, seguía luchando su propia guerra silenciosa contra "Cerberus". El malware, después de su intento fallido de transmitir datos tras la filtración, había vuelto a un modo de observación sigilosa, pero su presencia era una amenaza constante, un ojo invisible que los vigilaba desde el ciberespacio.

—Sigue ahí —informó Lisa, su voz era un hilo de cansancio—. Adaptándose. Aprendiendo. Es como si estuviera esperando algo. O a alguien.

Rachel Myers, que había pasado la mayor parte de la noche asegurando el perímetro del edificio y estableciendo nuevas contramedidas de vigilancia, entró en la pequeña sala de estar, su rostro serio. —La ciudad está en caos. He oído sirenas toda la mañana. La policía está en alerta máxima. Y los implicados en la filtración... estarán buscando el origen como locos. Este piso franco tiene los días contados. Si no las horas.

Daniel asintió, la gravedad de la situación reflejada en su rostro. La liberación de la información de Sarah había sido un golpe necesario, una forma de contraatacar, de exponer la corrupción. Pero también los había convertido en el epicentro de una tormenta de furia y desesperación.

—El último mensaje del topo... —comenzó Daniel, la inquietud volviendo a instalarse en su pecho como una piedra fría—. "No se fíen de nadie que no haya sangrado con ustedes".

La frase había resonado en su mente durante toda la noche. Miró a su alrededor, a su pequeño y heterogéneo equipo. Sam, que llevaba la cicatriz de un disparo en el brazo como una medalla de guerra en esta lucha. Rachel, que había arriesgado su vida innumerables veces, operando en las sombras, enfrentándose a peligros que él apenas podía imaginar. Lisa, que libraba batallas invisibles en el mundo digital, protegiéndolos de amenazas que no podían ver. Y Sarah, que había sobrevivido al cautiverio y al terror, y que ahora estaba dispuesta a sacrificarlo todo por la verdad. Todos ellos habían "sangrado" de una forma u otra.

—¿Cree que se refiere a alguien fuera de este círculo? —preguntó Sam, interpretando la mirada de Daniel.

—O a alguien que creemos que está de nuestro lado, pero que no lo está realmente —respondió Daniel, la sombra de la duda sobre la jueza Prescott, o sobre otros contactos en el sistema, aún presente—. La "facilitadora" nos dio información crucial, pero también nos llevó a una trampa. El topo nos dio "VERITAS", pero sus mensajes son cada vez más ominosos, más ambiguos.

—Estamos jugando en un tablero donde no conocemos a todos los jugadores, ni todas las reglas —dijo Rachel, su voz era un eco de la advertencia de Trent—. Y cada movimiento que hacemos parece atraer la atención de nuevas... entidades.

En ese momento, el teléfono desechable que Daniel usaba para comunicarse con el topo emitió un pitido. Un nuevo mensaje. El corazón de Daniel dio un vuelco.

Lo abrió con cautela. Esta vez, no era una advertencia críptica. Era una instrucción.

"Foster. La filtración ha agitado el avispero correcto. Pero también ha alertado a Cerberus y a sus amos. Están rastreando el origen del malware. Y están cerca de identificar a su analista. Tienen que moverse. Ahora. Hay un paquete de información esperándolos. Un lugar seguro. Coordenadas adjuntas. Solo usted y la periodista. Nadie más. Es vital para entender contra quién luchan realmente. Y para proteger lo que han desatado. Confíen solo en la sangre que han compartido. El tiempo se acaba."

Debajo del mensaje, un archivo encriptado con coordenadas GPS.

Un silencio tenso llenó la habitación.

—¿"Solo usted y la periodista"? —Rachel fue la primera en reaccionar, su tono era una mezcla de incredulidad y alarma—. ¿Y se supone que debemos confiar en esto? ¿Después de la última trampa?

—Dice que están cerca de identificar a Lisa —dijo Daniel, mirando a su analista con preocupación. Lisa palideció visiblemente —. Y que el paquete es vital para entender a nuestros enemigos.

—"Confíen solo en la sangre que han compartido" —repitió Sam, su mirada fija en Daniel—. Eso nos excluye a Rachel y a mí de esta... invitación. Suena a una forma de dividiros.

Sarah Bennett, sin embargo, tenía una expresión diferente. Una mezcla de aprensión y una extraña resolución. —¿Coordenadas? ¿Un lugar seguro? ¿Información sobre contra quién luchamos? Daniel, si hay una mínima posibilidad de que esto sea real, de que podamos obtener una ventaja sobre estos... "guardianes de secretos"... tenemos que considerarlo.

—Es demasiado arriesgado, Sarah —intervino Daniel—. Podría ser otra trampa. Y esta vez, sin Sam ni Rachel como apoyo...

—Pero si no vamos, y Lisa está realmente en peligro... —Sarah no terminó la frase. La implicación era clara.

Lisa, a pesar del miedo evidente en sus ojos, asintió. —Si están cerca de identificarme, este piso franco ya no es seguro para mí, ni para ninguno de nosotros. Y si ese paquete contiene información que puede ayudarnos a entender a Cerberus, o a sus amos...

La decisión era casi imposible. Confiar en un topo anónimo que les había dado información crucial pero cuyas motivaciones seguían siendo un misterio. Arriesgarse a una nueva trampa, esta vez sin su equipo de seguridad completo. Pero la alternativa, quedarse quietos mientras una amenaza cibernética avanzada se cernía sobre Lisa y mientras enemigos desconocidos se movían en las sombras, era igualmente inaceptable.

—Rachel, Sam, necesito que aseguren un nuevo punto de extracción para Lisa, inmediatamente —dijo Daniel, tomando una decisión—. Llévenla a un lugar completamente aislado, sin conexiones digitales. Destruyan cualquier equipo que pueda estar comprometido. Sarah y yo... iremos a esas coordenadas.

—Daniel, es una locura —protestó Sam.

—Quizás lo sea, Sam —respondió Daniel, su mirada fija en la de su socio—. Pero si hay una oportunidad de entender contra quién estamos luchando realmente, de obtener una ventaja, por pequeña que sea, tenemos que tomarla. Y si el topo dice la verdad sobre el peligro para Lisa... no tenemos elección.

Rachel asintió con gravedad. —Entendido. Prepararemos la extracción de Lisa. Pero Daniel, Sarah... si esto huele a trampa, si algo no encaja, aborten de inmediato. No se arriesguen

innecesariamente. Su información ya está ahí fuera. Han ganado una batalla. No pierdan la guerra por una imprudencia.

El sol de la mañana, que antes parecía hostil, ahora se sentía como un reloj que avanzaba inexorablemente hacia un destino desconocido. La filtración de Sarah había desatado un infierno en la ciudad. Y ahora, ellos estaban a punto de adentrarse aún más en las llamas, guiados por la promesa de un topo anónimo y la amenaza de un enemigo sin rostro. La guerra por la verdad, teñida del rojo burdeos de la corrupción y el peligro, estaba a punto de reclamar un nuevo precio.

Capítulo 41

El último mensaje del topo había caído en el lúgubre piso franco del distrito industrial con el peso de una sentencia. Las palabras, crípticas y cargadas de una amenaza implícita, resonaban en la mente de Daniel: "Solo usted y la periodista... Es vital para entender contra quién luchan realmente... Confíen solo en la sangre que han compartido... El tiempo se acaba."

Un silencio tenso, más denso que el humo del café recalentado que flotaba en el aire, se apoderó de la pequeña habitación. Los rostros de Sam, Lisa y Rachel eran un estudio de aprensión y escepticismo.

—Esto es una locura, Daniel —Sam fue el primero en romper el silencio, su voz era un murmullo grave, cargado de la experiencia de quien ha visto demasiadas trampas en su larga carrera—. "Solo usted y la periodista". ¿Y se supone que debemos confiar en un desconocido que nos envía a una cita a ciegas mientras nos advierte sobre traidores y enemigos invisibles? Es el manual básico para una emboscada.

Rachel asintió, sus brazos cruzados sobre el pecho, su postura era la de una guerrera evaluando un campo de batalla minado. —El topo nos ha proporcionado información valiosa, sí. "VERITAS" fue crucial. Pero eso no lo convierte en un aliado incondicional. Podría estar jugando a dos bandas, o sirviendo a intereses que no comprendemos. Dividirnos, enviar a dos de nosotros a un lugar desconocido sin apoyo táctico... es un riesgo inaceptable.

Lisa, que había palidecido visiblemente ante la mención de que "Cerberus" estaba cerca de identificarla, intervino con una voz temblorosa pero firme. —Pero si el topo dice la verdad sobre el

peligro que corro... si realmente están cerca de rastrearme a través del malware... este piso franco, cualquier lugar con una conexión digital, se convierte en una trampa para todos nosotros. Y si ese "paquete de información" puede ayudarnos a entender a "Cerberus" y a sus amos...

—Es un "si" muy grande, Lisa —replicó Sam con suavidad, pero sin ceder—. Y el precio de equivocarnos podría ser demasiado alto.

Sarah Bennett, que había permanecido en silencio, observando la discusión con una intensidad que quemaba, finalmente habló. Sus ojos, que habían visto el horror de cerca, ahora brillaban con una extraña mezcla de miedo y una resolución casi temeraria. —El topo dijo: "Confíen solo en la sangre que han compartido". Daniel y yo... hemos estado en el infierno y hemos vuelto. Hemos visto la cara de nuestros enemigos. Quizás el topo sabe que solo aquellos que han enfrentado ese nivel de peligro juntos pueden entender lo que está en juego, o pueden ser confiables para recibir esta nueva información.

—O quizás quiere aislar a los dos que considera más peligrosos o más fáciles de manipular —contrapuso Rachel, su lógica implacable.

Daniel sopesó las opciones, el peso de la decisión oprimiéndole el pecho. La amenaza a Lisa era real; la sofisticación de "Cerberus" no dejaba lugar a dudas. La posibilidad de obtener información vital sobre sus nuevos y esquivos adversarios era tentadora, una luz en la oscuridad que los envolvía. Pero el riesgo... el riesgo era monumental.

—Rachel, Sam, tienen razón. Es un riesgo enorme —admitió Daniel finalmente, su voz era queda pero firme—. Pero creo que es un riesgo que tenemos que correr. Si hay una oportunidad de proteger a Lisa y de entender la verdadera naturaleza de la amenaza a la que nos enfrentamos, no podemos ignorarla.

Se volvió hacia Sarah. —¿Estás dispuesta a hacer esto conmigo, Sarah? Sabiendo que podría ser una trampa.

Sarah lo miró directamente a los ojos, una sombra de su antiguo cautiverio aún presente, pero superada por una determinación de acero. —He llegado demasiado lejos para echarme atrás ahora,

Daniel. Si hay una verdad más profunda que desenterrar, la encontraremos. Juntos.

La decisión estaba tomada. El aire en la habitación pareció cargarse aún más.

—Entonces, este es el plan —comenzó Daniel, su mente ya trabajando en la logística, en las precauciones—. Rachel, Sam, vuestra prioridad absoluta es Lisa. Necesitan sacarla de aquí inmediatamente. Llévenla a un lugar completamente aislado, sin ninguna conexión digital. Un verdadero agujero negro. Destruyan este piso franco, no dejen ningún rastro. Borren cualquier equipo que pueda estar comprometido. Lisa, necesito que prepares una última cosa antes de irte: un volcado completo de toda la información que tengas sobre "Cerberus", cualquier análisis, cualquier posible vulnerabilidad que hayas detectado, por mínima que sea. Dámelo en una unidad encriptada.

Lisa asintió, sus dedos ya volando sobre el teclado.

—Sarah y yo iremos a las coordenadas que nos dio el topo —continuó Daniel—. Iremos con extrema cautela. Si algo no encaja, si huele a trampa, abortaremos de inmediato. Mantendremos la comunicación con ustedes a través de un canal seguro y preestablecido, pero solo en intervalos específicos, para minimizar el riesgo de rastreo.

—Esto no me gusta nada, Daniel —insistió Sam, su rostro una máscara de preocupación.

—A mí tampoco, Sam —respondió Daniel—. Pero a veces, la única forma de salir de la oscuridad es caminar directamente hacia ella, aunque no sepas lo que te espera al otro lado.

Las siguientes horas fueron una carrera contra el reloj. Lisa preparó el volcado de información sobre "Cerberus", sus manos moviéndose con una precisión febril. Rachel y Sam organizaron la extracción, eligiendo un nuevo refugio para Lisa, un lugar remoto en las montañas de Virginia Occidental que Rachel conocía de sus tiempos en el FBI, un lugar donde la tecnología moderna apenas llegaba.

Cuando todo estuvo listo, se despidieron en la penumbra del piso franco. Hubo pocos abrazos, pocas palabras. La gravedad del

momento lo impedía. Solo miradas cargadas de significado, de miedo compartido y de una lealtad inquebrantable.

—Cuídense mucho —fue todo lo que dijo Daniel mientras Sam y Rachel escoltaban a una Lisa visiblemente afectada pero decidida hacia la puerta.

—Ustedes también, Daniel. Y Sarah —respondió Sam, su voz ronca por la emoción.

Una vez que se fueron, Daniel y Sarah se quedaron solos en el silencio opresivo del apartamento. La ciudad de Washington D.C., con su caos político desatado por la filtración de Sarah, parecía un mundo lejano. Ahora, solo importaba el viaje hacia lo desconocido, hacia las coordenadas que el topo les había proporcionado.

Revisaron su escaso equipo: teléfonos desechables con baterías nuevas, una pequeña cantidad de dinero en efectivo, identificaciones falsas preparadas por Rachel, un botiquín básico y la pistola automática de Daniel, que se sentía fría y pesada contra su costado. Sarah llevaba consigo una pequeña grabadora digital y una libreta, el instinto de la periodista siempre presente.

Las coordenadas los llevaban a un punto en las afueras de la ciudad, cerca del río Potomac, pero en una zona industrial abandonada, un laberinto de almacenes en ruinas y fábricas olvidadas, un lugar donde la ley rara vez se aventuraba y donde los secretos podían permanecer enterrados durante décadas. El color rojo burdeos del óxido y el ladrillo desmoronado parecía ser el único tono dominante en aquel paisaje de desolación.

Tomaron un taxi anónimo hasta el borde del distrito industrial, y luego continuaron a pie, adentrándose en el laberinto de calles desiertas y edificios fantasmales. El sol de la tarde comenzaba a descender, proyectando sombras largas y ominosas que se alargaban como dedos huesudos.

El aire era pesado, cargado del olor a metal oxidado, a humedad y a la decadencia de una era olvidada. El silencio era casi total, roto solo por el crujido de sus pasos sobre los escombros y el silbido del viento que se colaba por las ventanas rotas de los almacenes.

Finalmente, llegaron a las coordenadas. Se encontraban frente a un enorme almacén de ladrillo, de aspecto más antiguo y sólido que

los demás, con grandes puertas de carga metálicas, oxidadas y cerradas con cadenas gruesas. No había señales de vida, ni luces, ni coches aparcados. Solo el silencio y la sensación de abandono.

—¿Estás seguro de que es aquí, Daniel? —susurró Sarah, su voz apenas un soplo en el silencio.

Daniel consultó de nuevo el GPS en su teléfono desechable. —Las coordenadas son exactas. Tiene que ser aquí.

Pero, ¿qué les esperaba dentro? ¿El paquete de información prometido por el topo? ¿Una trampa mortal? ¿O simplemente... nada?

Se acercaron con cautela a una de las pequeñas puertas laterales del almacén, una puerta de metal oxidada y abollada. Estaba cerrada, pero la cerradura parecía antigua, vulnerable.

Daniel sacó una pequeña herramienta multiusos de su bolsillo. Con un poco de esfuerzo, y el sonido metálico de la cerradura cediendo, la puerta se abrió con un chirrido que resonó en el silencio como un grito.

Un olor a polvo, a moho y a algo más, algo indefinible y vagamente inquietante, emanó del interior oscuro del almacén.

Se miraron. La hora de la verdad había llegado. Con el corazón en un puño, Daniel empujó la puerta y entraron en la oscuridad, sin saber si estaban a punto de encontrar la clave para derrotar a sus enemigos, o de caer en la trampa final.

Capítulo 42

El último mensaje del topo, con su escalofriante advertencia sobre "Cerberus" y la traición que podía vestirse con la sonrisa de un amigo, había dejado una capa de hielo sobre la ya tensa atmósfera del piso franco. Las palabras "No se fíen de nadie que no haya sangrado con ustedes" eran un eco constante en la mente de Daniel, una brújula rota en un mar de incertidumbre. El amanecer, que se colaba con desgana por las sucias ventanas del distrito industrial, no traía consigo ninguna promesa de claridad, solo la cruda realidad de un nuevo día en el que el enemigo era más esquivo, más poderoso y, quizás, más cercano de lo que jamás habían imaginado.

El olor a café rancio y a la desesperación de una noche en vela impregnaba la pequeña sala de estar. Lisa Chang, con los ojos enrojecidos y rodeados de profundas ojeras, tecleaba con una furia silenciosa en su portátil, su rostro iluminado por el resplandor azulado de la pantalla. La batalla contra "Cerberus" era una guerra de desgaste, una lucha constante contra un adversario digital que parecía anticipar cada uno de sus movimientos.

—Sigue intentándolo —murmuró Lisa, más para sí misma que para los demás, aunque todos la escucharon—. Anoche, justo después de la primera gran oleada de titulares sobre la filtración de Sarah, "Cerberus" intentó enviar un paquete de datos masivo. Encriptado, por supuesto. Logré interrumpir la transmisión, pero una parte considerable se fue. Estaba extrayendo información, Daniel. No solo observando. Estaba informando.

—¿Informando a quién? ¿A sus "amos"? —preguntó Daniel, la palabra del topo resonando con un eco siniestro.

Lisa se encogió de hombros, la impotencia marcando sus facciones. —No lo sé. La dirección de destino sigue siendo un laberinto de servidores proxy y nodos anónimos. Pero el tamaño del paquete sugiere que no era un simple informe de estado. Era... sustancial. Podría ser un análisis de nuestra red, de nuestros archivos, o incluso perfiles detallados sobre nosotros.

Sam Ortega, que había estado observando en silencio, con el brazo aún vendado pero con una expresión de sombría determinación, intervino. —Si estos "nuevos adversarios" tienen esa capacidad, si pueden extraer información de nuestros sistemas a pesar de las defensas de Lisa, entonces cada minuto que pasamos aquí, cada pieza de información que manejamos, es un riesgo.

Rachel Myers, apoyada contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados y la mirada perdida en algún punto más allá de la mugrienta pared, asintió. —El topo tenía razón en una cosa: tenemos que movernos. Este lugar ya no es seguro. Y si "Cerberus" está informando sobre nosotros, significa que nuestros enemigos saben más de lo que nos gustaría.

Sarah Bennett, que había pasado la noche revisando los siguientes archivos que planeaba liberar, levantó la vista de sus documentos. El color rojo burdeos de sus anotaciones en los márgenes parecía un eco de la sangre que la corrupción de Trent había derramado. A pesar del peligro, había una nueva luz en sus ojos, la de una cazadora que ha probado la sangre y no está dispuesta a detenerse.

—La segunda fase de la liberación está lista —anunció, su voz firme a pesar del temblor apenas perceptible en sus manos—. Más nombres. Conexiones más altas. Implicaciones que llegarán a los despachos del Capitolio y a las salas de juntas de algunas de las corporaciones más grandes del país. Si vamos a caer, que sea con un estruendo que haga temblar esta ciudad hasta sus cimientos.

—Sarah, después del último mensaje del topo, después de lo que Lisa ha descubierto sobre "Cerberus"... ¿estás segura de que quieres continuar con esto ahora? —preguntó Daniel, la preocupación genuina en su voz. Admiraba su coraje, pero temía que estuvieran subestimando la ferocidad de sus nuevos enemigos.

—Es precisamente por eso que debemos continuar, Daniel —replicó Sarah, su mirada encontrando la de él, desafiante—. Si nos acobardamos ahora, si dejamos que sus amenazas nos silencien, habrán ganado. Mi investigación, la verdad por la que Lena Hanson murió, por la que Peter luchó... todo habrá sido en vano. No. Liberaremos la información. Esta noche.

La determinación de Sarah era contagiosa, pero la advertencia del topo sobre la "traición interna" seguía siendo una espina clavada en el corazón de Daniel. *"No todos los que sonríen son amigos."* ¿En quién podían confiar realmente fuera de ese pequeño círculo de personas que habían "sangrado" juntas?

—El topo también dijo: "La traición que temen no siempre lleva corbata. A veces, lleva una toga. O un uniforme" —recordó Daniel, la inquietud volviendo a atenazarle—. Sigo pensando en la jueza Prescott. Su fallo fue crucial para nosotros, sí. Pero, ¿y si fue... calculado? ¿Y si forma parte de un juego más grande que no entendemos?

—Daniel, no podemos caer en la paranoia —intervino Sam con suavidad, aunque la misma duda se reflejaba en sus ojos cansados —. Si empezamos a dudar de todos, nos aislaremos. Y aislados, somos más vulnerables. Tenemos que confiar en nuestro instinto, en la gente que nos ha demostrado su integridad.

—Pero el instinto puede fallar, Sam —dijo Rachel, su voz era un susurro frío—. Especialmente cuando te enfrentas a jugadores que son maestros del engaño. La "facilitadora" nos engañó a todos.

La conversación fue interrumpida por un nuevo mensaje en el teléfono desechable del topo. Esta vez, era una sola imagen. Una fotografía.

Daniel abrió el archivo con manos temblorosas. La imagen era ligeramente borrosa, tomada desde la distancia, pero inconfundible. Mostraba a dos personas saliendo de un discreto restaurante en Georgetown, riendo, compartiendo una confidencia. Una de ellas era una figura prominente del Departamento de Justicia, alguien que supervisaba investigaciones federales de alto nivel. La otra... era la "facilitadora".

Un escalofrío recorrió a Daniel. La mujer que los había llevado a una trampa, que jugaba su propio juego oscuro, estaba conectada con las altas esferas del sistema que se suponía debía impartir justicia.

—"Las sombras más profundas" —murmuró Daniel, mostrándoles la foto a los demás—. Parece que nuestra "facilitadora" tiene amigos muy, muy poderosos. O ella misma es una de esas sombras.

—Esto significa que cualquier información que llegue al Departamento de Justicia sobre BioGen o Trent podría ser interceptada, manipulada o enterrada por ella o por sus contactos —dijo Lisa, la implicación era aterradora.

—Entonces, la liberación de la investigación de Sarah es aún más crucial —afirmó Rachel—. Tenemos que llevar la verdad directamente al público, a los medios internacionales, a las organizaciones que no puedan ser fácilmente controladas o silenciadas.

El plan para la segunda fase de la liberación de la investigación de Sarah se puso en marcha con una nueva urgencia, con la conciencia de que estaban luchando no solo contra los restos del imperio de Trent, sino contra una red de poder e influencia mucho más vasta y arraigada, una red que tenía ojos y oídos en los lugares más insospechados.

Mientras Lisa y Sarah preparaban los archivos para la transmisión, Daniel no podía quitarse de la cabeza la última línea del mensaje del topo: *"No se fíen de nadie que no haya sangrado con ustedes."* Miró a su alrededor, a las caras cansadas pero decididas de Sam, Lisa, Rachel y Sarah. Eran su única familia en esta guerra, su único círculo de confianza. Y sabía que, sin importar cuán profundas fueran las sombras, sin importar cuán poderosos fueran sus nuevos adversarios, lucharían juntos hasta el final.

La medianoche se acercaba. Y con ella, una nueva tormenta estaba a punto de desatarse sobre Washington D.C. Una tormenta que, esperaban, finalmente comenzaría a limpiar el aire viciado de corrupción y secretos, aunque el precio fuera terriblemente alto. El color rojo burdeos de la verdad estaba a punto de reclamar su lugar en la historia.

Capítulo 43

La decisión de Daniel de seguir la pista del topo, de aventurarse con Sarah Bennett a las coordenadas proporcionadas, se asentó sobre el pequeño grupo como una niebla densa y fría. El aire en el piso franco del distrito industrial, ya viciado por el miedo y el café recalentado, se cargó con el peso de lo desconocido. La fotografía de la "facilitadora" con el alto funcionario del Departamento de Justicia había sido una sacudida, una prueba visual de que las "sombras más profundas" no eran una metáfora, sino una red tangible de poder que se extendía hasta el corazón mismo del sistema que juraban defender.

—No me gusta esto, Daniel —Sam Ortega rompió el silencio, su voz era un murmullo grave, sus ojos fijos en el mapa digital donde Lisa había marcado las coordenadas: un antiguo complejo industrial abandonado a orillas del río Anacostia, una zona conocida por ser un agujero negro para la ley y el orden—. Ir allí solos, sin apoyo táctico, basándose en la palabra de un fantasma digital que nos advierte sobre traidores... es jugar a la ruleta rusa con todas las balas en el tambor.

Daniel asintió, comprendiendo la lógica implacable de su socio. —Lo sé, Sam. Pero el topo también dijo que el paquete de información es "vital para entender contra quién luchan realmente". Si hay una oportunidad de obtener una ventaja, de saber quiénes son estos "amos" de Cerberus, no podemos ignorarla. Y la amenaza a Lisa... si están cerca de identificarla, no podemos quedarnos aquí esperando a que "Cerberus" nos devore.

Lisa, que había estado monitorizando la actividad del malware con una concentración febril, levantó la vista. Sus ojos, rodeados de

profundas ojeras, reflejaban una mezcla de miedo y una extraña determinación. —El topo tenía razón sobre una cosa: "Cerberus" es diferente. Su comportamiento ha cambiado desde la filtración de Sarah. Ya no solo observa. Intenta activamente extraer los archivos originales. Es como si supiera que la información liberada es solo una fracción, y quiere el resto. Y quiere saber quiénes somos.

—Lo que significa que el topo, o quienquiera que sea su fuente, sabe exactamente lo que tenemos y lo que hemos hecho —intervino Rachel, su voz era un filo de acero. Se había acercado a la ventana, observando la calle desolada con la atención de un halcón—. Y nos está utilizando. La pregunta es, ¿para qué?

Sarah Bennett, que había estado preparando una nueva tanda de archivos para la segunda fase de su filtración, se unió a la conversación. El color rojo burdeos de sus anotaciones en los documentos parecía un eco de la sangre que aún no se había secado en las calles metafóricas de Washington. —Quizás el topo es genuino en su deseo de exponer a estos "guardianes de secretos". Quizás necesita a alguien como Daniel, alguien con la credibilidad y la plataforma para llevar esta lucha al siguiente nivel, para enfrentarse a enemigos que operan más allá de la ley convencional.

—O quizás nos está llevando a una trampa donde esos "guardianes" puedan eliminarnos a todos de una vez —contrapuso Sam, su escepticismo inquebrantable.

La discusión se prolongó, sopesando los riesgos, las posibles recompensas, la fiabilidad de un informante anónimo que se comunicaba con acertijos y advertencias. Pero al final, la decisión de Daniel se mantuvo firme. La amenaza a Lisa era demasiado real, y la posibilidad de obtener información crucial sobre sus nuevos y esquivos adversarios era demasiado importante para dejarla pasar.

El plan se trazó con la precisión desesperada de quienes saben que están caminando sobre un campo minado. Daniel y Sarah irían a las coordenadas. Rachel y Sam se encargarían de la extracción de Lisa, trasladándola a un nuevo refugio aún más aislado, un verdadero "agujero negro" digital y físico que Rachel había estado preparando como última contingencia. La comunicación entre los dos

grupos sería mínima, a través de canales encriptados y solo en momentos preestablecidos.

La despedida fue breve, cargada de una emoción contenida que ninguno se atrevió a expresar con palabras. Eran una familia forjada en el crisol del peligro, unida por la "sangre que habían compartido", como había dicho el topo. Y cada separación podría ser la última.

Mientras Sam y Rachel escoltaban a una Lisa visiblemente afectada pero decidida fuera del piso franco, Daniel y Sarah se prepararon para su propia incursión en lo desconocido. Llevaban lo esencial: teléfonos desechables, una pequeña cantidad de dinero, identificaciones falsas, un botiquín, y la pistola de Daniel, un peso frío y tranquilizador contra su costado. Sarah, además, llevaba consigo una unidad de almacenamiento encriptada con una copia de la investigación que aún no había sido liberada, su propio "seguro" personal.

El viaje hacia el complejo industrial abandonado a orillas del Anacostia fue un ejercicio de tensión y vigilancia. Utilizaron un coche robado y abandonado que Rachel había localizado, un vehículo que no podría ser rastreado hasta ellos. Las calles desoladas del distrito industrial, con sus almacenes en ruinas y sus fábricas fantasmales, parecían el escenario de una película postapocalíptica. El color rojo burdeos del óxido y el ladrillo desmoronado dominaba el paisaje, un presagio silencioso.

Llegaron a las coordenadas indicadas por el topo: un enorme almacén de ladrillo, de aspecto más antiguo y sólido que los demás, con grandes puertas de carga metálicas, oxidadas y cerradas con cadenas gruesas. No había señales de vida, ni luces, ni coches aparcados. Solo el silencio opresivo y la sensación de abandono total.

—¿Estás seguro de que es aquí, Daniel? —susurró Sarah, su voz apenas un soplo en el silencio, sus ojos escrutando cada sombra, cada rincón oscuro del edificio.

Daniel consultó de nuevo el GPS en su teléfono desechable. —Las coordenadas son exactas. Tiene que ser aquí.

Se acercaron con cautela a una pequeña puerta lateral del almacén, una puerta de metal oxidada y abollada. Estaba cerrada,

pero la cerradura parecía antigua, vulnerable. Daniel sacó una pequeña herramienta multiusos de su bolsillo. Con un poco de esfuerzo, y el sonido metálico de la cerradura cediendo con un chirrido que resonó en el silencio como un grito ahogado, la puerta se abrió.

Un olor a polvo, a moho y a algo más, algo indefinible y vagamente inquietante, emanó del interior oscuro del almacén. Era el olor a secretos guardados durante demasiado tiempo, a verdades enterradas.

Se miraron. La hora de la verdad había llegado. ¿Qué les esperaba dentro? ¿El paquete de información prometido por el topo? ¿Una trampa mortal orquestada por sus nuevos y esquivos adversarios? ¿O simplemente... nada, un juego cruel para desviarlos de su camino?

Con el corazón en un puño, Daniel empujó la puerta y, junto a Sarah, se adentró en la oscuridad del almacén abandonado, sin saber si estaban a punto de encontrar la clave para derrotar a sus enemigos, o de caer en la trampa final que las "sombras más profundas" les habían tendido. La única certeza era que la guerra por la verdad acababa de entrar en su capítulo más incierto y peligroso.

Capítulo 44

El interior del almacén abandonado era una caverna de oscuridad y silencio, un vasto espacio donde el tiempo parecía haberse detenido. El aire, espeso y cargado de polvo de décadas, olía a moho, a metal oxidado y a la descomposición lenta de los sueños olvidados de una era industrial pasada. La única luz provenía de los escasos y sucios tragaluces del techo y de los débiles haces de las linternas que Daniel y Sarah sostenían con manos tensas, sus círculos de luz danzando sobre montañas de maquinaria oxidada, cajas apiladas y el esqueleto de lo que alguna vez fue una fábrica bulliciosa. El color rojo burdeos del óxido cubría casi todas las superficies metálicas, un recordatorio constante de la decadencia.

—No me gusta este sitio, Daniel —susurró Sarah, su voz apenas un eco en la inmensidad del almacén. Se movía con la cautela de un animal salvaje en territorio desconocido, sus ojos escrutando cada sombra, cada rincón oscuro—. Se siente… como una tumba.

Daniel asintió, compartiendo su aprensión. El mensaje del topo los había llevado hasta aquí, a este lugar desolado en los márgenes olvidados de la ciudad, con la promesa de un "paquete de información vital". Pero cada instinto le gritaba que estaban caminando directamente hacia una trampa, o hacia algo mucho más extraño y peligroso de lo que podían imaginar.

—El topo dijo que el paquete estaría en un "lugar seguro" dentro de estas coordenadas —recordó Daniel, su voz era baja, intentando no romper el silencio opresivo—. Tenemos que buscar algo que no encaje, algo que parezca fuera de lugar en este caos de abandono.

Comenzaron a explorar el vasto espacio, moviéndose con sigilo entre las hileras de maquinaria cubierta de telarañas y las pilas de

escombros. El suelo estaba cubierto de una gruesa capa de polvo, y sus pisadas, a pesar de su cuidado, dejaban huellas claras, una señal de que nadie había estado allí en mucho tiempo. ¿O quizás sí?

Avanzaron hacia el centro del almacén, donde una estructura de oficinas de dos plantas, con ventanas rotas y paredes desconchadas, se alzaba como un fantasma en la penumbra.

—Si hay algo aquí, probablemente esté en esas oficinas —sugirió Sarah, señalando la estructura con su linterna.

Subieron con cautela por una escalera metálica oxidada que crujía ominosamente bajo su peso. El segundo piso era un laberinto de pequeños despachos, la mayoría vacíos, con muebles volcados, papeles esparcidos por el suelo y el olor penetrante del moho y la podredumbre.

Revisaron cada habitación, cada cajón, cada armario, buscando cualquier cosa que pudiera ser el "paquete" del topo. La tensión era palpable, cada sombra parecía moverse, cada crujido del viejo edificio les hacía detenerse y escuchar.

En el último despacho, el más grande, el que probablemente había pertenecido al gerente de la fábrica, encontraron algo. No era un paquete de información en el sentido tradicional.

En el centro de la habitación, sobre un viejo escritorio de caoba cubierto de polvo, había un solo objeto: un ordenador portátil antiguo, un modelo de hacía al menos una década, pero en perfecto estado de conservación, como si hubiera sido colocado allí recientemente. Junto a él, una pequeña nota escrita a mano sobre un trozo de papel amarillento.

Daniel y Sarah intercambiaron una mirada. Esto tenía que ser.

Sarah se acercó al escritorio con cautela, como si temiera que el portátil fuera a explotar. Cogió la nota. La letra era pulcra, casi caligráfica.

Leyó en voz alta: *"La verdad tiene muchas capas, Sr. Foster, Sra. Bennett. Algunas son superficiales y fáciles de exponer, como la corrupción de un concejal o la codicia de una corporación. Otras son más profundas, más antiguas, y están protegidas por guardianes mucho más poderosos que un simple matón como Trent o un burócrata como Thorne. Lo que contiene este ordenador es una de*

esas verdades profundas. Una verdad que podría destruirlos, o liberarlos. La elección, como siempre, es suya. Pero recuerden: una vez que se abre esta puerta, no hay vuelta atrás. Y las sombras que convoquen podrían ser mucho más oscuras de lo que imaginan. La clave de acceso es la pregunta que Peter Foster nunca dejó de hacerse."

Un escalofrío recorrió a Daniel al oír el nombre de su hermano. El topo, quienquiera que fuese, conocía a Peter. Conocía su lucha. Y ahora, les ofrecía una verdad vinculada a él.

—"La pregunta que Peter Foster nunca dejó de hacerse" —repitió Daniel, su mente trabajando a toda velocidad, intentando recordar las conversaciones con su hermano, sus obsesiones, las preguntas que lo consumían antes de su muerte.

Sarah miró el portátil antiguo. —¿Crees que funciona? ¿Y qué pregunta podría ser? Peter investigó tantas cosas…

Daniel se acercó al portátil. Lo abrió con cuidado. La pantalla cobró vida, un resplandor azulado en la oscuridad del despacho. Mostraba una simple petición de contraseña.

Pensó. Peter. Su obsesión por la corrupción sistémica, por las conexiones ocultas entre el poder político, el dinero y el crimen. Su creencia de que había una estructura de poder invisible que controlaba la ciudad, una estructura que iba más allá de los políticos y empresarios conocidos.

—"¿Quién tira realmente de los hilos?" —murmuró Daniel, recordando una de las frases favoritas de Peter, una pregunta que a menudo se hacía en voz alta cuando se sentía frustrado por la impunidad de los poderosos.

Tecleó la frase en el campo de la contraseña, con los signos de interrogación incluidos: *¿Quién tira realmente de los hilos?*

Presionó "Enter".

La pantalla parpadeó. Y luego, se abrió el escritorio del ordenador. No había muchos archivos. Solo una carpeta, con un nombre críptico: "JANUS_ARCHIVE".

Janus. El dios romano de las dos caras. El guardián de las puertas. El mismo nombre que había sido la clave para el paquete "VERITAS". La conexión era innegable.

Abrieron la carpeta. Contenía una serie de archivos de vídeo, de audio y documentos de texto, todos ellos encriptados con una segunda capa de seguridad. Pero junto a ellos, había un archivo de texto sin encriptar, llamado "LEEME_PRIMERO".

Lo abrieron. Contenía un solo párrafo.

"Lo que están a punto de ver es el legado de Peter Foster. Su investigación final. La que le costó la vida. Y la que podría costarles la suya. Estos archivos detallan la existencia de una organización clandestina, conocida internamente como 'El Consorcio', que ha estado operando en las sombras de Washington D.C. durante décadas, infiltrándose en todos los niveles del gobierno, la justicia, las finanzas y los medios de comunicación. Michael Trent y BioGen Corp eran solo piezas menores en su tablero. La 'facilitadora' que conocieron... es una de sus agentes de más alto nivel, enviada para evaluar la amenaza que ustedes representan y, si es necesario, para neutralizarlos o reclutarlos. La contraseña para desencriptar los archivos es el nombre del único hombre al que Peter realmente temía, el hombre que creía que era la cabeza visible de 'El Consorcio' en D.C. Un hombre cuyo poder es tan vasto que su nombre rara vez se pronuncia en voz alta. Un hombre que, hasta ahora, ha permanecido intocable."

Debajo del párrafo, no había ningún nombre. Solo un espacio en blanco.

Daniel sintió que el aire se volvía denso, que las paredes del despacho comenzaban a cerrarse a su alrededor. El Consorcio. Una organización clandestina. La investigación final de Peter. Y un hombre, un nombre, tan poderoso que incluso Peter le temía.

—Dios mío, Daniel… —susurró Sarah, su rostro pálido como el papel—. Esto es… esto es mucho más grande de lo que jamás imaginamos.

La "Evidencia Mortal" de BioGen, la corrupción de Trent… todo palidecía en comparación con lo que ahora tenían ante ellos. Habían abierto una puerta, como había advertido el topo. Y detrás de esa puerta, no solo había sombras más profundas, sino un abismo.

—El nombre, Sarah —dijo Daniel, su voz era apenas un susurro —. ¿Mencionó Peter alguna vez un nombre? ¿Alguien a quien

realmente temiera? ¿Alguien por encima de Trent, por encima de todos los demás?

Sarah rebuscó en su memoria, en los fragmentos de conversaciones con Peter, en las notas de su propia investigación. Y entonces, un recuerdo vago, una conversación casual en la que Peter había mencionado, casi de pasada, a un filántropo multimillonario, un hombre de negocios con una reputación impecable, un pilar de la sociedad de Washington, pero del que Peter sospechaba que era la eminencia gris detrás de muchas de las operaciones más oscuras de la ciudad. Un nombre que rara vez aparecía en los titulares, pero cuya influencia se sentía en todas partes.

—Hay un nombre, Daniel —dijo Sarah, su voz temblando ligeramente—. Un hombre llamado Augustus Thorne.

Augustus Thorne. No Marcus Thorne, el CEO de BioGen. Otro Thorne. ¿Familia? ¿O una simple coincidencia de apellido en una ciudad llena de ellos?

Daniel tecleó el nombre en el campo de la contraseña de los archivos encriptados: AUGUSTUS THORNE.

Presionó "Enter".

Los archivos comenzaron a desencriptarse.

Y mientras las primeras líneas de los documentos de Peter Foster comenzaban a aparecer en la pantalla, revelando una red de poder y corrupción que se extendía hasta las más altas esferas del gobierno y las finanzas, Daniel y Sarah supieron, con una certeza helada, que la guerra por la verdad acababa de entrar en su fase más peligrosa y aterradora. Habían encontrado el legado de Peter. Y con él, al enemigo más formidable al que jamás se habían enfrentado. El color rojo burdeos de la conspiración ahora tenía un nombre. Y ese nombre era Augustus Thorne.

Capítulo 45

El aire en el despacho abandonado del almacén se había vuelto gélido, a pesar de la ausencia de corrientes. Las palabras "El Consorcio" y el nombre "Augustus Thorne" pendían entre Daniel y Sarah como una sentencia de muerte recién pronunciada. El resplandor azulado de la pantalla del viejo portátil iluminaba sus rostros pálidos, sus ojos fijos en las primeras líneas de la investigación de Peter Foster, un testamento digital de una lucha solitaria y, en última instancia, fatal.

Lo que leyeron en las siguientes horas los sumió en un abismo de incredulidad y un terror que trascendía cualquier cosa que hubieran enfrentado antes. Michael Trent, BioGen Corp, el concejal Sterling... eran meros peones, nodos menores en una red de influencia y corrupción tan vasta, tan profundamente arraigada en los cimientos de Washington D.C., que hacía que sus batallas anteriores parecieran simples escaramuzas.

Los archivos de Peter, meticulosamente organizados y protegidos por múltiples capas de encriptación que la contraseña "AUGUSTUS THORNE" había finalmente desvelado, pintaban un cuadro aterrador. "El Consorcio" no era una simple organización criminal; era una hidra de múltiples cabezas, una alianza secreta de individuos increíblemente poderosos en los más altos niveles del gobierno, las finanzas, la industria militar, la tecnología y los medios de comunicación. Operaban en las sombras, manipulando elecciones, dictando políticas, desviando miles de millones de dólares y eliminando a cualquiera que amenazara con exponer su existencia. Su objetivo: el control absoluto, la perpetuación de su poder a

cualquier coste. El color rojo burdeos de su influencia manchaba cada institución, cada decisión importante.

Augustus Thorne, el filántropo multimillonario de reputación intachable, el hombre cuyo nombre Peter apenas se había atrevido a susurrar, emergía de los archivos de Peter no como un simple miembro, sino como una de las figuras centrales, el arquitecto de muchas de sus operaciones más audaces y despiadadas en la capital. Su conexión con Marcus Thorne, el CEO de BioGen, no era una coincidencia; eran familia, aunque distante, y BioGen era solo una de las muchas empresas que "El Consorcio" utilizaba para sus fines: lavado de dinero, investigación tecnológica con posibles aplicaciones de control, y una fuente constante de financiación para sus operaciones clandestinas. NeuroCure, el fármaco mortal, podría haber sido solo un efecto secundario de una investigación mucho más oscura.

—Esto es… es inimaginable, Daniel —logró articular Sarah, su voz apenas un susurro ahogado. Había cubierto escándalos de corrupción durante años, había visto la podredumbre del poder de cerca, pero esto... esto era diferente. Esto era una sombra que lo devoraba todo—. Peter estaba investigando a los verdaderos amos de la ciudad. No es de extrañar que lo mataran.

Daniel sentía un nudo de hielo en el estómago. La muerte de su hermano, el "accidente" que nunca había aceptado, ahora cobraba un sentido terrible y monstruoso. Peter no había tropezado con un simple caso de corrupción; había descubierto el corazón mismo de la bestia.

—Trent era solo un lugarteniente, un ejecutor de alto nivel para ellos —dijo Daniel, las piezas encajando con una lógica aterradora—. Y la "facilitadora"... la mujer del Jardín Botánico... es una de sus agentes principales. Nos dio la información sobre la finca de Trent, nos llevó a la trampa con María, no para ayudarnos, sino para evaluar si éramos una amenaza para "El Consorcio", o quizás... quizás para reclutarnos, como decía la nota del topo.

—¿Reclutarnos? —Sarah lo miró con incredulidad—. ¿Después de todo lo que hemos hecho para exponer a Trent y a BioGen?

—Quizás ven en nosotros una... utilidad —reflexionó Daniel—. O quizás subestimaron nuestra determinación. O el topo... el topo que nos dio esto... está jugando su propio juego dentro de "El Consorcio", intentando usar a Peter, y ahora a nosotros, para desestabilizarlos desde dentro.

La complejidad de la situación era vertiginosa. Estaban atrapados en una guerra de sombras, con múltiples facciones y lealtades desconocidas.

Los archivos de Peter también contenían perfiles detallados de otros miembros clave de "El Consorcio", nombres que helarían la sangre a cualquier ciudadano informado: senadores, jueces federales, directores de agencias de inteligencia, magnates de los medios. Y pruebas de sus operaciones: registros financieros offshore, fotografías de reuniones secretas, testimonios de fuentes anónimas que, presumiblemente, habían pagado con sus vidas por hablar.

—Tenemos que sacar esto de aquí, Daniel —dijo Sarah, su instinto de periodista tomando el control a pesar del miedo—. Esta es la historia del siglo. Esto podría derribarlos a todos.

Daniel asintió, pero una nueva y terrible comprensión comenzaba a formarse en su mente. —¿Y si el topo nos dio esto no para que lo publiquemos, Sarah? ¿Sino para otra cosa?

—¿A qué te refieres?

—La nota decía: "Una verdad que podría destruirlos, o liberarlos. La elección, como siempre, es suya". Y luego: "Las sombras que convoquen podrían ser mucho más oscuras de lo que imaginan". ¿Y si liberar esta información de golpe, sin un plan, sin entender completamente las consecuencias, es exactamente lo que algunas de esas sombras quieren? ¿Para crear un caos aún mayor del que puedan beneficiarse?

La advertencia de la "facilitadora" sobre Trent siendo un "obstáculo" para sus "empleadores" cobraba un nuevo significado. Quizás la caída de Trent y la exposición de BioGen eran solo movimientos preliminares en un juego mucho más grande.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Sarah, la euforia inicial de tener la verdad en sus manos comenzando a ser reemplazada por

una profunda incertidumbre.

Antes de que Daniel pudiera responder, escucharon un ruido fuera del despacho. Un crujido metálico, seguido de pasos sigilosos en el pasillo del segundo piso del almacén.

No estaban solos.

Se miraron, el terror reflejado en sus ojos. ¿El topo los había traicionado? ¿O los "nuevos adversarios", los amos de "Cerberus", los habían rastreado hasta allí?

Daniel apagó rápidamente la pantalla del portátil, sumiendo el despacho de nuevo en la penumbra. Agarró su pistola, el metal frío un consuelo familiar en su mano. Sarah cogió la pequeña grabadora digital y la unidad de almacenamiento donde habían comenzado a copiar los archivos de Peter, guardándolas en su chaqueta.

Los pasos se detuvieron justo fuera de la puerta del despacho. Un silencio tenso, cargado de una amenaza inminente.

Luego, la puerta se abrió lentamente con un chirrido oxidado.

Una figura alta y oscura se recortó en el umbral, apenas visible en la penumbra. No era la "facilitadora". No era Arthur Jenkins. Era alguien nuevo. Alguien cuya presencia irradiaba una autoridad fría y una amenaza silenciosa que helaba la sangre.

—Daniel Foster. Sarah Bennett —dijo la figura, su voz era un susurro grave y cultivado, sin acento discernible—. Veo que han encontrado el legado de Peter. Un legado muy... peligroso.

La figura dio un paso hacia la luz que se filtraba por la ventana rota, revelando un rostro que Daniel reconoció vagamente de las noticias, de las galas benéficas de la alta sociedad de Washington. Un rostro que no encajaba en absoluto en el entorno decrépito de un almacén abandonado.

Era un senador de los Estados Unidos. Un hombre con una reputación impecable, un defensor de la ley y el orden. Y uno de los nombres que aparecía prominentemente en los archivos de Peter como un miembro de alto rango de "El Consorcio".

La trampa, si es que alguna vez hubo una, acababa de cerrarse de una forma que nunca habrían podido prever. Y el color rojo burdeos de la conspiración ahora tenía el rostro sonriente y amable de uno de los hombres más respetados de la nación.

Capítulo 46

El aire en el decrépito despacho del almacén abandonado se volvió irrespirable, cargado con el peso de una revelación que helaba la sangre y la presencia de un hombre que encarnaba el poder en su forma más insidiosa. El senador de los Estados Unidos, cuyo rostro sonriente adornaba las páginas de sociedad y los debates políticos televisados, ahora se erguía en el umbral, su silueta recortada contra la penumbra del pasillo, una figura de autoridad impecable en un entorno de absoluta decadencia. Su sonrisa, sin embargo, no era la afable del político en campaña; era la de un depredador que acaba de acorralar a su presa. El color rojo burdeos de la corbata de seda que lucía parecía un eco macabro de la conspiración que acababan de descubrir.

—Un legado muy peligroso, ciertamente —repitió el Senador, su voz era un susurro cultivado, casi amable, que contrastaba brutalmente con la amenaza implícita en su presencia—. Peter Foster era un hombre obstinado. Y, como usted, señor Foster, parece que la curiosidad es un rasgo familiar. Una curiosidad que, me temo, puede tener consecuencias... desagradables.

Daniel se puso lentamente en pie, interponiéndose instintivamente entre el Senador y Sarah Bennett, quien permanecía sentada, el horror y la incredulidad paralizándola momentáneamente. Su mano derecha se aferraba a la pistola oculta bajo su chaqueta, el metal frío un ancla en la tormenta de miedo y rabia que se desataba en su interior.

—¿Qué hace aquí, Senador? —preguntó Daniel, su voz era un eco ronco en el silencio opresivo. Intentó mantener un tono firme, pero la sorpresa y la magnitud del descubrimiento lo habían

descolocado. Este hombre era uno de los nombres clave en los archivos de Peter, un pilar de "El Consorcio".

El Senador avanzó un paso hacia la habitación, sus zapatos de cuero italiano, impecablemente lustrados, crujiendo ligeramente sobre el suelo cubierto de polvo. No parecía llevar un arma visible, pero su mera presencia irradiaba un poder y una confianza que eran más intimidantes que cualquier amenaza física.

—Digamos que he venido a... recoger algo que me pertenece —dijo el Senador, sus ojos grises, fríos y analíticos, fijos en el viejo portátil sobre el escritorio—. O más bien, algo que pertenece a ciertos... asociados míos. La investigación de Peter Foster. Un trabajo admirable en su tenacidad, debo admitir, aunque terriblemente equivocado en sus conclusiones. Y, por supuesto, muy peligroso para su salud.

Sarah Bennett finalmente encontró su voz, una mezcla de indignación y el instinto de la periodista que no se rinde. —¿Equivocado en sus conclusiones, Senador? ¿O demasiado acertado para su comodidad y la de sus amigos de "El Consorcio"?

La sonrisa del Senador se amplió, una mueca de diversión cínica. —Ah, la señorita Bennett. La intrépida reportera. Su reputación la precede. Y veo que no ha perdido el tiempo. "El Consorcio"... un nombre tan... melodramático. Peter siempre tuvo una inclinación por el teatro.

—Deje el teatro para sus discursos en el Senado —espetó Daniel, dando un paso adelante—. Sabemos quién es usted. Sabemos de Augustus Thorne. Sabemos de la red que controla esta ciudad.

—¿De verdad lo saben, señor Foster? —replicó el Senador, su tono volviéndose más frío, más acerado—. ¿O solo creen que lo saben? Han arañado la superficie de algo que va mucho más allá de su comprensión. Han abierto una puerta que deberían haber dejado cerrada. Y ahora... bueno, ahora tenemos un problema.

Dos figuras más aparecieron en el umbral detrás del Senador, hombres corpulentos con trajes oscuros, sus rostros impasibles, sus ojos vigilantes. No eran los matones de Aegis Security; estos tenían un aire diferente, más profesional, más letal. Eran los guardianes de "El Consorcio".

—No tienen que hacer esto, Senador —dijo Daniel, su mente trabajando a toda velocidad, buscando una salida, una forma de ganar tiempo—. La información de Peter... si intentan silenciarla, si nos silencian a nosotros...

—¿Cree que nos importa la opinión pública, señor Foster? —lo interrumpió el Senador con desdén—. La opinión pública es... maleable. Se moldea. Se controla. Lo que nos importa es el orden. Nuestro orden. Y ustedes dos, con su intromisión y su peligrosa curiosidad, amenazan ese orden.

—¿Y el topo que nos dio esta información? —preguntó Sarah, intentando ganar tiempo, buscando una fisura en la armadura del Senador—. ¿También forma parte de su "orden"? ¿O es una disidencia interna que no pueden controlar?

El Senador frunció ligeramente el ceño, una sombra de irritación cruzando su rostro por primera vez. —El "topo", como usted lo llama, es un asunto interno que será... debidamente atendido. Digamos que algunos miembros de cualquier organización, por muy disciplinada que sea, a veces desarrollan... ambiciones propias. O una conciencia inoportuna.

—¿Como la "facilitadora"? —aventuró Daniel, recordando la advertencia de la mujer sobre Trent siendo un "obstáculo" para sus "empleadores". Quizás la facilitadora y el topo eran parte de la misma facción disidente dentro de "El Consorcio".

La mención de la facilitadora pareció sorprender genuinamente al Senador. Su sonrisa desapareció por completo. —¿Sabe de ella? Interesante. Parece que ha estado más ocupado de lo que pensábamos, señor Foster. Ella es... un activo valioso, aunque a veces impredecible. Y con sus propias lealtades.

El Senador dio una señal casi imperceptible a sus hombres, que avanzaron lentamente hacia la habitación.

—El portátil, por favor, señor Foster —dijo el Senador, su voz ahora desprovista de cualquier amabilidad, fría y autoritaria—. Y la unidad de almacenamiento de la señorita Bennett. No hagan esto más difícil de lo necesario. No queremos... incidentes desagradables.

Daniel miró a Sarah. Sabían que no tenían muchas opciones. Estaban atrapados, superados en número, y enfrentándose a un

poder que apenas podían comprender. Pero rendirse, entregar el legado de Peter sin luchar... era impensable.

—¿Y si nos negamos? —preguntó Daniel, su mano aferrando con más fuerza la pistola bajo su chaqueta.

El Senador suspiró, como si estuviera tratando con niños obstinados. —Entonces, me temo, tendré que insistir. Y mis asociados pueden ser... muy persuasivos. Créame, señor Foster, no quiere llegar a eso. Ya ha causado suficientes problemas. La muerte de Michael Trent, la exposición de BioGen... ha sido un inconveniente. Pero esto... esto es diferente. Esto toca el corazón mismo de nuestra... organización. Y no podemos permitirlo.

Los dos hombres se acercaban, sus movimientos eran lentos, deliberados, profesionales. Daniel sabía que no tendría muchas oportunidades.

—Sarah —susurró Daniel, sin apartar la vista del Senador—. Cuando te dé la señal... corre.

Sarah asintió apenas, sus ojos fijos en los hombres que se acercaban.

—No habrá ninguna señal, señor Foster —dijo el Senador, como si hubiera leído sus pensamientos—. No habrá ninguna huida heroica. Solo la inevitable realidad. Entreguen los archivos. Ahora.

El primer hombre estaba a solo unos pasos. Daniel podía ver el bulto de un arma bajo su chaqueta.

Era ahora o nunca.

Con un grito que fue más de rabia y desesperación que de estrategia, Daniel se lanzó hacia un lado, empujando a Sarah hacia la única ventana del despacho que no estaba completamente tapiada, una ventana alta y estrecha que daba a un tejado oxidado a un nivel inferior. Al mismo tiempo, sacó su pistola y disparó dos veces, no hacia el Senador, sino hacia las luces fluorescentes que parpadeaban en el techo del pasillo, sumiendo la zona en una oscuridad casi total.

—¡Ahora, Sarah, salta! —gritó Daniel, mientras se giraba para enfrentarse a los hombres de "El Consorcio".

El caos estalló. Los hombres del Senador, momentáneamente cegados por la oscuridad repentina y sorprendidos por la resistencia,

dispararon a su vez, los fogonazos de sus armas iluminando brevemente la escena como relámpagos. Daniel se agachó detrás del viejo escritorio de caoba, el metal de su pistola frío en su mano, respondiendo al fuego.

Escuchó el sonido de cristales rotos y un grito ahogado de Sarah. Esperaba, rezaba, para que hubiera logrado saltar, para que estuviera a salvo, aunque fuera temporalmente.

La lucha en el despacho abandonado, en el corazón de un almacén olvidado, acababa de comenzar. Una lucha desesperada contra un enemigo inimaginable, con el legado de Peter Foster y la verdad sobre "El Consorcio" como único escudo y única esperanza. El color rojo burdeos de la sangre y la traición estaba a punto de manchar las paredes de aquel lugar olvidado, y Daniel sabía que, esta vez, la victoria podría ser un precio demasiado alto a pagar.

Capítulo 47

El eco de los disparos reverberó en el vasto y decrépito espacio del almacén abandonado, una sinfonía de violencia que ahogó el chirrido oxidado de la vieja estructura. Los fogonazos iluminaron brevemente la escena como relámpagos infernales: Daniel agazapado detrás del pesado escritorio de caoba, el metal de su pistola frío y firme en su mano; los dos hombres del Senador avanzando, sus armas escupiendo fuego; y el propio Senador, una figura de autoridad impecable ahora convertida en un depredador acorralado, su rostro una máscara de furia helada.

El aire se llenó del olor acre de la pólvora quemada, un perfume que se mezclaba con el polvo de décadas y el moho incrustado en las paredes. Daniel disparó de nuevo, apuntando bajo, no para matar, sino para crear confusión, para ganar tiempo. Una de sus balas impactó en una pila de cajas metálicas oxidadas, produciendo un estruendo que hizo que uno de los hombres del Senador dudara por una fracción de segundo.

—¡Sarah! ¿Estás bien? —gritó Daniel, su voz ahogada por el ruido y la adrenalina. No podía verla. La ventana por la que la había empujado estaba rota, un agujero oscuro en la pared que daba a un tejado inferior cubierto de óxido y escombros. Rezó para que hubiera logrado aterrizar sin romperse el cuello, para que hubiera encontrado una forma de escapar.

No hubo respuesta. Solo el sonido de más disparos y el grito furioso del Senador.

—¡No lo dejarán escapar, Foster! ¡Ríndase y quizás, solo quizás, sus asociados y usted tengan una muerte rápida!

Daniel sabía que era una mentira. "El Consorcio" no dejaba cabos sueltos. Si los capturaban, la muerte sería el menor de sus problemas. El legado de Peter, la información que ahora poseían, era demasiado peligrosa. Tenían que destruirla, y a ellos con ella.

Los dos hombres del Senador avanzaban, utilizando la maquinaria oxidada y las columnas de soporte del almacén como cobertura, moviéndose con una eficiencia profesional que helaba la sangre. No eran los matones de Aegis; estos eran de otra categoría, más entrenados, más letales.

Daniel se dio cuenta de que no podía mantener la posición por mucho tiempo. Estaba superado en número y en armamento. Su única esperanza era crear una distracción lo suficientemente grande como para escapar, para seguir la ruta de Sarah, si es que ella había logrado huir.

Vio una vieja palanca de metal apoyada contra una de las máquinas cercanas, cubierta de óxido. Con un movimiento rápido, mientras los hombres del Senador recargaban, se arrastró hacia ella, la agarró y, con todas sus fuerzas, la arrojó contra una de las pocas ventanas intactas del almacén, una ventana grande y polvorienta que daba al exterior, hacia el río Anacostia.

El estruendo de los cristales al romperse fue ensordecedor, una invitación abierta al mundo exterior, una señal de que algo estaba sucediendo allí dentro. Quizás, solo quizás, alguien lo oiría, alguien llamaría a la policía, aunque en aquel distrito industrial abandonado, era una esperanza remota.

La distracción funcionó, al menos momentáneamente. Los hombres del Senador se giraron hacia el ruido, sus armas apuntando a la nueva amenaza. Fue la oportunidad que Daniel necesitaba.

Se levantó de un salto y corrió, no hacia la ventana rota por donde había empujado a Sarah, sino en dirección opuesta, hacia la parte trasera del almacén, donde recordaba haber visto una serie de pasarelas metálicas oxidadas que cruzaban el espacio a varios metros de altura. Si podía llegar allí, tendría una mejor posición, una visión más amplia, y quizás, una ruta de escape alternativa.

Los disparos volvieron a resonar, las balas silbando a su alrededor, impactando en las paredes de ladrillo y en la maquinaria

oxidada con chispas y el olor a metal caliente. Daniel sintió un dolor agudo en el brazo izquierdo, como si un hierro al rojo vivo lo hubiera rozado. Siguió corriendo, la adrenalina anulando el dolor.

Llegó a la base de una escalera de mano metálica, oxidada y precaria, que subía hacia las pasarelas. Comenzó a trepar, sus manos resbalando sobre el metal frío y húmedo. Escuchó los gritos de sus perseguidores debajo, acercándose.

—¡Está subiendo! ¡No lo dejen escapar!

Llegó a la pasarela justo cuando el primer hombre del Senador llegaba a la base de la escalera. La pasarela era estrecha, oxidada, y se balanceaba peligrosamente bajo su peso. Corrió a lo largo de ella, buscando una salida, una ventana, otra escalera.

El almacén, visto desde arriba, era un laberinto de sombras y maquinaria. El color rojo burdeos del óxido lo cubría todo, como una enfermedad incurable.

Vio una pequeña puerta al final de la pasarela, una puerta que parecía conducir a una sección diferente del almacén, o quizás al exterior. Corrió hacia ella, sus pasos resonando sobre el metal oxidado.

Detrás de él, los hombres del Senador ya estaban subiendo por la escalera, sus movimientos rápidos y decididos. No tenía mucho tiempo.

Llegó a la puerta, la abrió de golpe. Daba a un pequeño cuarto de control, lleno de paneles eléctricos antiguos y palancas oxidadas. Y en la pared opuesta, otra ventana, esta más grande, aunque también sucia y rota en algunas partes. Daba al exterior, a un callejón estrecho y oscuro entre el almacén y el edificio contiguo.

Era su única oportunidad.

Corrió hacia la ventana, sin detenerse a pensar. Se lanzó a través de ella, el cristal roto arañándole la cara y las manos, y cayó con fuerza sobre un montón de basura y escombros en el callejón. El impacto le sacó el aire de los pulmones, y por un instante, el mundo se volvió negro.

Cuando recuperó el conocimiento, o quizás solo la conciencia, el dolor en su brazo izquierdo era agudo y punzante. Se tocó la manga

de la chaqueta. Estaba empapada de sangre. La bala no solo lo había rozado; lo había alcanzado.

Se incorporó con dificultad, ignorando el dolor, la adrenalina aún bombeando. Miró hacia arriba, hacia la ventana rota por la que había saltado. No vio a nadie. Pero sabía que no tardarían en encontrarlo.

Tenía que salir de allí. Tenía que encontrar a Sarah. Y tenía que contactar a Sam y Rachel.

Comenzó a cojear por el callejón oscuro, buscando una salida a la calle principal, su mente una vorágine de miedo, dolor y una determinación desesperada por sobrevivir. El legado de Peter, la verdad sobre "El Consorcio", estaba en juego. Y ahora, su propia vida pendía de un hilo aún más delgado que antes. Las sombras de Washington D.C. lo habían engullido por completo, y salir de ellas parecía una tarea imposible.

Capítulo 48

El callejón era un túnel de oscuridad y hedor, un laberinto de contenedores de basura volcados y escombros olvidados. Daniel se apretó contra la pared de ladrillo fría y húmeda, el dolor en su brazo izquierdo era una punzada aguda y constante que le robaba el aliento. La sangre caliente empapaba su manga, un recordatorio pegajoso de la bala que lo había alcanzado. A través del hueco irregular de la ventana rota del cuarto de control, en lo alto, aún podía oír los gritos ahogados y el eco de algún disparo ocasional dentro del almacén. El Senador y sus hombres no se darían por vencidos fácilmente.

"Sarah", pensó con una punzada de angustia. ¿Habría logrado escapar? La había empujado hacia un tejado inferior, una caída arriesgada, pero la única opción en medio del caos. Si la habían capturado... No quería ni imaginarlo. El legado de Peter, la información sobre "El Consorcio", estaba en ese viejo portátil. Y Sarah, con la copia que había hecho en su unidad de almacenamiento, era ahora tan peligrosa para ellos como lo había sido él.

Ignorando el dolor punzante, Daniel se arrancó un trozo de la camisa y lo ató con torpeza alrededor de la herida en su brazo, intentando improvisar un torniquete para detener la hemorragia. La sangre, de un intenso y oscuro color rojo burdeos, ya había manchado gran parte de su chaqueta. Necesitaba encontrar una salida, encontrar a Sarah, y contactar a Sam y Rachel. Su teléfono desechable, el que usaba para comunicarse con su equipo, estaba en el bolsillo de su chaqueta, pero no se atrevía a usarlo todavía, no

mientras estuviera tan cerca del almacén, no mientras los hombres del Senador pudieran estar rastreando cualquier señal.

Comenzó a moverse con sigilo por el callejón, cojeando ligeramente, cada paso una agonía. El callejón serpenteaba entre la parte trasera del almacén y otro edificio industrial igualmente decrépito y silencioso. Buscaba una salida a una calle principal, un lugar donde pudiera mezclarse, desaparecer.

Escuchó un ruido metálico más adelante, el sonido de algo cayendo. Se detuvo, conteniendo la respiración, su pistola aún en la mano, el cañón frío un ancla en la tormenta de miedo y dolor. Esperó, escuchando. Silencio. Solo el gemido del viento colándose por las ventanas rotas y el goteo constante de agua de alguna tubería oxidada.

Avanzó con cautela. Y entonces la vio.

Sarah Bennett estaba agazapada detrás de un contenedor de basura oxidado, su figura apenas visible en la penumbra. Su rostro estaba pálido y sucio, con un corte sangrante en la frente, pero sus ojos, al encontrarse con los de Daniel, brillaron con un alivio inmenso. Sostenía con fuerza la pequeña unidad de almacenamiento en una mano.

—¡Daniel! —susurró, su voz apenas un soplo—. ¡Estás herido!

Daniel se acercó rápidamente, dejándose caer a su lado detrás del contenedor. —¿Estás bien? ¿Te vieron?

Sarah negó con la cabeza. —Caí sobre el tejado. Me torcí un tobillo, creo, pero nada roto. Logré bajar por una escalera de incendios oxidada en la parte trasera de ese otro edificio. No creo que me vieran. Estaban demasiado ocupados contigo. ¿Y tú? Ese brazo...

—Estaré bien —mintió Daniel, aunque el dolor era cada vez más intenso y comenzaba a sentirse mareado por la pérdida de sangre—. Tenemos que salir de aquí. Ya deben estar buscándonos por los alrededores.

—El portátil... ¿lo tienen ellos? —preguntó Sarah, la angustia en su voz.

Daniel asintió con gravedad. —Sí. El Senador lo quería. Pero tenemos esto. —Señaló la unidad de almacenamiento que Sarah

apretaba en su mano—. Tenemos la investigación de Peter.

Era una pequeña victoria en medio del desastre, pero una victoria crucial.

—Tenemos que contactar a Sam y Rachel —dijo Daniel, sacando su teléfono desechable. La necesidad de ayuda superaba el riesgo de ser rastreado—. Lisa podría intentar triangular nuestra posición si activamos el GPS por un instante.

Marcó el número preestablecido. La llamada se conectó casi al instante.

—¿Daniel? ¿Sarah? ¡Dios mío! ¿Estáis bien? —La voz de Rachel al otro lado de la línea era una mezcla de alivio y una tensión palpable.

—Estamos fuera del almacén, Rachel —dijo Daniel, su voz era un susurro ronco—. Pero estoy herido. Un disparo en el brazo. Y Sarah tiene un tobillo lastimado. Necesitamos extracción. Ya.

—¿Dónde estáis? ¿Podéis activar el GPS de vuestros teléfonos por unos segundos? Lisa está lista.

Daniel activó el GPS. Unos segundos después, la voz de Lisa llegó a través del comunicador de Rachel, que esta había puesto en altavoz.

—Los tengo, Daniel. Distrito industrial del Anacostia, cerca del viejo complejo de "Miller & Sons". Hay un acceso a la red de alcantarillado en el callejón que corre paralelo al río, a unos doscientos metros al este de vuestra posición actual. Es una posible ruta de escape si no podéis llegar a una calle principal.

—Entendido, Lisa —dijo Rachel—. Daniel, Sam y yo vamos para allá. Pero tardaremos al menos veinte o treinta minutos en llegar, incluso con el tráfico de esta hora. Tienen que aguantar. Y tienen que moverse. Si el Senador y sus hombres no los han encontrado ya, lo harán pronto.

—¿El Senador? —preguntó Daniel, recordando la figura imponente en el despacho.

—Sí. El topo nos envió otro mensaje justo después de que perdiéramos contacto con ustedes —explicó Rachel—. Identificó al hombre que los confrontó. El Senador Harrison Blackwood. Uno de los nombres clave en los archivos de Peter. Uno de los pilares de "El Consorcio".

Harrison Blackwood. El nombre se grabó en la mente de Daniel con fuego. Un hombre con una reputación intachable, un supuesto servidor público, era en realidad uno de los amos de las sombras.

—Tenemos que movernos, Sarah —dijo Daniel, ayudándola a ponerse en pie. El tobillo de Sarah protestó con un dolor agudo, pero se apoyó en él, su determinación inquebrantable.

Comenzaron a avanzar por el callejón, dirigiéndose hacia el este, hacia la posible entrada a la red de alcantarillado. El olor a descomposición y a agua estancada se hizo más fuerte.

Escucharon gritos a lo lejos, el sonido de puertas metálicas siendo golpeadas. Los hombres de Blackwood estaban registrando el área.

Llegaron a una alcantarilla con una tapa de hierro pesada y oxidada. Daniel intentó levantarla, pero el dolor en su brazo y la falta de fuerzas se lo impidieron.

—Déjame a mí —dijo Sarah. A pesar de su tobillo lastimado, se agachó y, utilizando una barra de metal que encontró entre los escombros como palanca, logró mover la pesada tapa lo suficiente como para deslizarse por el hueco.

Daniel la siguió, el descenso a la oscuridad húmeda y maloliente de las alcantarillas fue un alivio momentáneo del peligro que los acechaba en la superficie.

Abajo, la oscuridad era casi total, rota solo por el débil haz de la linterna del teléfono de Daniel. El aire era fétido, el sonido del agua corriendo por los túneles un eco constante.

—Tenemos que seguir el flujo del agua —dijo Daniel, recordando las instrucciones de Lisa—. Nos llevará hacia el río, y con suerte, lejos de aquí.

Comenzaron a caminar por el túnel oscuro y resbaladizo, el agua helada llegándoles hasta los tobillos. Era una huida desesperada, a través de las entrañas olvidadas de la ciudad, con un Senador corrupto y sus secuaces pisándoles los talones. El legado de Peter Foster, la verdad sobre "El Consorcio", ahora dependía de su capacidad para sobrevivir a las próximas horas, para escapar de las sombras que amenazaban con devorarlos. Y el color rojo burdeos de la sangre de Daniel, goteando lentamente en el agua sucia de la

alcantarilla, era un testimonio silencioso de la brutalidad de la guerra en la que se habían visto envueltos.

Capítulo 49

La oscuridad en las entrañas de la red de alcantarillado de Washington D.C. era una entidad viva, densa y fétida, que se adhería a ellos como una mortaja húmeda. El único sonido, aparte de sus propias respiraciones agitadas y el goteo constante de agua sucia de las paredes rezumantes, era el chapoteo de sus pies al avanzar con dificultad por el túnel resbaladizo. El agua helada, que les llegaba hasta los tobillos, arrastraba consigo los detritus olvidados de la ciudad, un recordatorio nauseabundo del vientre oculto bajo la fachada de poder y mármol.

Daniel apretaba los dientes contra el dolor agudo que irradiaba desde su brazo izquierdo. El torniquete improvisado con un trozo de su camisa apenas lograba contener la hemorragia, y cada movimiento enviaba una nueva oleada de náusea a través de su cuerpo. La sangre, de un oscuro y espeso color rojo burdeos, se mezclaba con el agua sucia a sus pies, un rastro efímero de su desesperada huida. A su lado, Sarah Bennett cojeaba visiblemente, apoyándose en la pared del túnel, su rostro una máscara de dolor y determinación. El tobillo torcido protestaba con cada paso, pero no se quejaba. La unidad de almacenamiento con la investigación de Peter, el "JANUS_ARCHIVE", seguía firmemente sujeta en su mano, protegida dentro de una bolsa de plástico que había encontrado milagrosamente en uno de sus bolsillos.

—¿Cuánto… cuánto falta? —jadeó Sarah, su voz apenas un susurro en la oscuridad resonante. El olor era abrumador, una mezcla de aguas residuales, descomposición y el penetrante hedor químico de algún vertido industrial olvidado.

Daniel consultó la tenue luz de la pantalla de su teléfono desechable, el GPS luchando por obtener una señal en las profundidades. —Según Lisa… la salida al río debería estar… a unos cien metros más. Si logramos mantener esta dirección.

Pero en el laberinto de túneles que se bifurcaban y se cruzaban en la oscuridad, mantener la dirección era una tarea casi imposible. Se guiaban por el flujo del agua, esperando que los llevara, como había dicho Lisa, hacia el Anacostia.

El tiempo perdió su significado. Cada paso era una agonía. El dolor en el brazo de Daniel se volvía más intenso, la cabeza le daba vueltas por la pérdida de sangre y el esfuerzo. Sarah tropezó varias veces, ahogando gemidos de dolor, pero se negaba a detenerse. La imagen del Senador Harrison Blackwood, su sonrisa helada, la amenaza implícita en sus ojos, era un acicate más poderoso que cualquier dolor físico.

—Escucho… escucho algo —susurró Sarah de repente, deteniéndose.

Daniel aguzó el oído. En la distancia, por encima del constante murmullo del agua, oyó un sonido diferente. Un eco. ¿Pasos? ¿Voces?

—No puede ser —murmuró Daniel, el miedo atenazándole el pecho—. No pueden habernos seguido hasta aquí abajo.

Pero "El Consorcio", la organización que Blackwood representaba, no era un enemigo corriente. Sus recursos, su alcance… eran desconocidos, pero Daniel comenzaba a sospechar que eran prácticamente ilimitados.

Apresuraron el paso, el miedo infundiéndoles una nueva y desesperada energía. El túnel pareció estrecharse, el techo bajó, obligándolos a agacharse. El olor se volvió aún más sofocante.

Y entonces, vieron una luz. Una luz tenue, grisácea, al final del túnel. Y el sonido inconfundible del agua fluyendo hacia un espacio más abierto.

—¡El río! —exclamó Daniel, un grito ahogado de alivio.

Salieron del túnel, tropezando, hacia una pequeña abertura de drenaje cubierta de maleza que daba directamente a la orilla fangosa del río Anacostia. El aire fresco de la noche, aunque

contaminado por los olores del río industrial, fue como una bocanada de vida. Estaban fuera.

Pero no estaban a salvo. La orilla del río estaba desierta, oscura, con los esqueletos de los muelles abandonados y los almacenes en ruinas recortándose contra el cielo nocturno. Las luces de la ciudad, al otro lado del río, parecían un mundo lejano e inalcanzable.

—Rachel… Sam… ¿dónde están? —murmuró Sarah, escrutando la oscuridad.

Daniel intentó activar su comunicador, pero sus manos temblaban demasiado. La pérdida de sangre comenzaba a pasarle factura. Se apoyó contra la pared de ladrillo de la salida del desagüe, sintiendo que las fuerzas lo abandonaban.

—Daniel… estás muy pálido —dijo Sarah, su voz llena de preocupación al ver el estado de su brazo y la mancha oscura que se extendía por su chaqueta.

Antes de que Daniel pudiera responder, oyeron el sonido de un motor acercándose. No un coche. Algo más pequeño, más silencioso. Una lancha.

Una pequeña lancha neumática, oscura y sin luces, se deslizó por el agua turbia del río y se detuvo a pocos metros de la orilla. Dos figuras estaban a bordo.

Rachel Myers y Sam Ortega.

—¡Justo a tiempo! —logró decir Daniel, una sonrisa débil dibujándose en sus labios ensangrentados.

Rachel saltó de la lancha al agua fangosa, acercándose rápidamente. Su rostro, en la penumbra, era una máscara de tensión y alivio. Sam la siguió, moviéndose con más dificultad debido a su propio brazo herido.

—Dios mío, Daniel, ese brazo… —Rachel examinó la herida con ojos expertos—. Tenemos que detener esa hemorragia ya mismo. Sam, el botiquín.

Mientras Sam buscaba el botiquín en la lancha, Rachel ayudó a Daniel y Sarah a subir a bordo. La pequeña embarcación se balanceó precariamente.

—¿El portátil? ¿Los archivos de Peter? —preguntó Sam, su voz tensa.

Sarah levantó la unidad de almacenamiento. —Aquí. Lo tenemos. Pero ellos… ellos tienen el portátil original. Y el Senador Blackwood…

—Lo sabemos —la interrumpió Rachel, mientras comenzaba a limpiar la herida de Daniel con antiséptico, haciéndole sisear de dolor—. Lisa interceptó algunas comunicaciones de Aegis. Blackwood está furioso. Ha puesto a toda la ciudad en alerta. Están buscándolos por todas partes.

—El topo nos advirtió —dijo Daniel, su voz débil—. Dijo que Blackwood era uno de los grandes. "El Consorcio".

Sam y Rachel intercambiaron una mirada sombría. Ya habían recibido el informe de Lisa sobre los archivos de Peter.

—Nos enfrentamos a algo mucho más grande de lo que imaginábamos, Daniel —dijo Sam, mientras Rachel vendaba con firmeza el brazo de Daniel—. Trent era solo la punta del iceberg.

La lancha se alejó de la orilla, deslizándose silenciosamente por las aguas oscuras del Anacostia, dejando atrás el distrito industrial abandonado y la amenaza inmediata de los hombres de Blackwood. El resplandor de la ciudad, con sus promesas de poder y sus secretos mortales, se reflejaba en el agua como un espejismo peligroso.

Estaban a salvo, por ahora. Tenían la investigación de Peter. Pero también tenían a un enemigo inimaginablemente poderoso pisándoles los talones, un enemigo que controlaba las sombras más profundas de Washington D.C. Y la pregunta que flotaba en el aire, más pesada que la noche misma, era: ¿qué harían ahora? ¿Cómo luchar contra un enemigo que parecía estar en todas partes y en ninguna a la vez? La "Evidencia Mortal" había sido solo el comienzo. La verdadera prueba de supervivencia acababa de empezar.

Capítulo 50

La lancha neumática se deslizó por las aguas oscuras y aceitosas del río Anacostia como un espectro, alejándose del resplandor infernal del distrito industrial abandonado. El olor a humo y a metal quemado aún se adhería a ellos, un recordatorio nauseabundo de la trampa en el almacén y la confrontación con el Senador Harrison Blackwood. A bordo, el silencio era denso, roto solo por el suave murmullo del motor fuera de borda y los gemidos ahogados de Daniel, a quien Rachel intentaba estabilizar la herida de bala en el brazo.

Sarah Bennett, con la unidad de almacenamiento que contenía la investigación de Peter Foster –el "JANUS_ARCHIVE"– a salvo en una bolsa impermeable, observaba la silueta de Washington D.C. recortándose contra el cielo del amanecer. La ciudad, con sus monumentos de mármol y sus promesas de democracia, parecía ahora una máscara grotesca ocultando un rostro de corrupción y poder insondable. "El Consorcio". Augustus Thorne. Nombres que resonaban en su mente como una sentencia.

Sam Ortega, con el rostro pálido y demacrado, ayudaba a Rachel, su propia herida olvidada momentáneamente ante la gravedad de la de Daniel. La pérdida de sangre había sido considerable.

—Tenemos que llevarlo a un lugar seguro, Rachel, y conseguir un médico de confianza —dijo Sam, su voz era un susurro ronco—. No podemos arriesgarnos a un hospital. Blackwood tendrá todos los accesos vigilados.

Rachel asintió, sus ojos grises fijos en la herida de Daniel. —Conozco a alguien. Una doctora que trabajó en zonas de conflicto.

Discreta y muy competente. Pero está fuera de la ciudad. Tardaremos unas horas en llegar. Daniel, ¿puedes aguantar?

Daniel apretó los dientes, un sudor frío perlaba su frente. —Tengo… tengo que hacerlo. Sarah… los archivos de Peter…

—Están a salvo, Daniel —le aseguró Sarah, su voz sorprendentemente firme a pesar del temblor en sus manos—. Lo tenemos. Gracias a ti.

La lancha atracó en un pequeño embarcadero abandonado en la orilla opuesta del río, donde Lisa Chang los esperaba con un vehículo discreto y sin matrícula, cortesía de uno de los contactos de Rachel en el submundo de la ciudad. El traslado de Daniel fue rápido y eficiente. Lo acomodaron en el asiento trasero, donde Rachel continuó aplicando presión sobre la herida.

Mientras se alejaban del río, dejando atrás la pesadilla del almacén, el teléfono desechable de Daniel, el que el topo había utilizado para comunicarse, emitió un pitido. Un último mensaje.

Daniel, con dificultad, lo sacó de su bolsillo. La pantalla iluminó su rostro pálido.

"Blackwood es solo un soldado, Foster. Poderoso, sí, pero reemplazable. El verdadero poder de 'El Consorcio' reside en su invisibilidad, en su capacidad para manipular el sistema desde dentro. La 'facilitadora' que conocieron… ella no es su enemiga. Ni su amiga. Es una variable. Y a veces, las variables pueden cambiar el curso del juego. La investigación de Peter es la llave, pero la cerradura es mucho más compleja de lo que imaginan. Augustus Thorne es el guardián de muchos secretos, pero incluso él responde ante otros. La 'traición interna' de la que les advertí… el color rojo burdeos no solo mancha los documentos; a veces, se encuentra en la toga de un juez que firma una sentencia injusta, o en el informe de un jurado comprado. Su próxima batalla no será en los callejones oscuros, sino en los sagrados recintos de la justicia misma. Prepárense para 'El Jurado Roto'. Y recuerden: en esta ciudad, la verdad es la evidencia más mortal de todas."

El mensaje se borró de la pantalla un instante después, sin dejar rastro.

Daniel cerró los ojos, las palabras del topo resonando en su mente. "El Jurado Roto". ¿Era una advertencia? ¿Una profecía? ¿Una nueva pista?

Miró a Sarah, que sostenía la unidad de almacenamiento como si fuera el objeto más preciado del mundo. La investigación de Peter. La llave.

—Tenemos trabajo que hacer, Sarah —murmuró Daniel, una nueva determinación comenzando a quemar a través del dolor y el agotamiento—. Un trabajo muy grande.

Sarah asintió, sus ojos encontrando los de él en la penumbra del coche. —Lo sé, Daniel. Y esta vez, no estarás solo en esto. Peter tampoco lo estará.

Mientras el coche se perdía en las calles de una Washington D.C. que apenas despertaba a un nuevo día de intrigas y poder, Daniel supo que la muerte de Michael Trent y la exposición de BioGen habían sido solo el preludio. La verdadera guerra contra "El Consorcio", contra las sombras que controlaban la ciudad, apenas había comenzado. Y la "Evidencia Mortal" que habían desenterrado era solo la primera pieza de un rompecabezas mucho más vasto y aterrador. Su próxima batalla, como había advertido el topo, se libraría en el corazón mismo del sistema judicial. Y el color rojo burdeos, el color de la sangre, la corrupción y la verdad traicionada, seguiría siendo el telón de fondo de su peligrosa cruzada.

FIN DE "EVIDENCIA MORTAL"